# EREBOS NYGHT

## DONDE MUEREN LAS MADRES




MARÍA MATEOS

Faro de Tinta



Copyright  2026 Universo Erebos Nyght

Autor: María Mateos

Corrección de estilo: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Maquetación: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Edición: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Diseño de Cubierta: María Mateos

Todos los derechos reservados.
Fecha de edición: Agosto de 2026

ISBN: 9798190125047

*A mis heridas*
*Porque a pesar de sangrar*
*Por la mente y por el alma,*
*Jodeos, que sigo en pie*

# ÍNDICE


Playlist
Advertencia al lector
Nota de la Autora
Capítulo Cero
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce

Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintirés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete

**Capítulo Treinta y Ocho**
**Capítulo Treinta y Nueve**
**Capítulo Cuarenta**
**Capítulo Cuarenta y Uno**
**Capítulo Cuarenta y Dos**
**Capítulo Cuarenta y Tres**
**Capítulo Cuarenta y Cuatro**
**Capítulo Cuarenta y Cinco**
**Capítulo Cuarenta y Seis**
**Capítulo Cuarenta y Siete**
**Capítulo Cuarenta y Ocho**
**Capítulo Cuarenta y Nueve**
**Capítulo Cincuenta**
**Capítulo Cincuenta y Uno**
**Capítulo Cincuenta y Dos**
**Capítulo Cincuenta y Tres**
**Epílogo**
Agradecimientos
Acerca de la Autora

# Playlist

—«*Fly*», de Ludovico Einaudi.

—«*Como el agua*», de Camarón de la Isla.

—«*Welcome to the Fire*», de Skye Emanuel, LA VADER y Linasko Licks.

—«*Star Sky*», de Mark Fowler.

—«*Cinnamon Girl*», de Lana del Rey.

—«*Only Time*», de Enya.

—«*Monster*», de Willyecho.

—«*Kecharitomene*», de Loreena McKennitt

—«*Long live the King*», de Sabaton.

—«*Shadows*», de Sam Tinnesz y Tommee Profitt.

—«*What have you done?*», de Within Temptation (feat. Keith Caputo).

—«*Wolf King*», de Two Steps from Hell.

—«*Ordinary*», de Alex Warren.

—«*Human*», de Sam Tinnesz.

—«*Clair de Lune*», de Debussy.

—«*Ghost Divison*», de Sabaton.

—«*Whole World Is Watching (versión acústica)*», de Within Temptation.

—«*Night*», de Ludovico Einaudi.

—«*Enemy*», de Tommee Profitt, Beacon Light, Sam Tinnesz.

# Advertencia al lector

Este libro tampoco viene a consolarte.

Aquí no hay un monstruo con cuernos al que señalar con el dedo y dormir tranquila. Aquí hay una sonrisa. Una que trae la fruta del pediatra, que se acuerda de tu cumpleaños, que se queda hasta tarde ayudando con el bebé. El mal, en estas páginas, no llama a la puerta de madrugada disfrazado de sombra. Llama a mediodía, con las manos llenas de comida casera, y tú le abres.

Esta es una historia sobre la manipulación lenta. Sobre cómo se le puede arrancar a una mujer, gota a gota, la confianza en su propia memoria, hasta que empieza a anotar la hora en que cierra su propia puerta porque ya no se cree capaz de recordarlo sola. Aquí se habla de *gaslighting* sin nombrarlo con esa palabra bonita y clínica que lo hace sonar manejable. Se habla de lo que de verdad es: alguien decidiendo, despacio y con cariño fingido, que tú ya no sabes lo que es real.

Aquí hay una madre reciente que se apaga sin que nadie note el apagón, porque el apagón viene envuelto en ayuda. Hay una envidia que no grita ni amenaza: se ofrece a fregar los platos. Hay una institución —un juzgado, un sistema entero— que durante semanas prefiere la explicación cómoda a la

pregunta incómoda, porque cerrar el expediente es más fácil que mirarlo de frente. Y hay, debajo de todo eso, una herencia de manipulación mucho más vieja: un hombre con máscara que aprendió hace años que la mente humana se dobla con las mismas palancas de siempre, y que sigue, desde la sombra, cobrándose lo que cree que le pertenece.

Este libro contiene manipulación psicológica sostenida, muerte disfrazada de suicidio, violencia institucional, control coercitivo, contenido de dominación y sumisión, tráfico de menores, envidia convertida en arma, y el tipo de crueldad que no deja marcas visibles hasta que ya es demasiado tarde para señalarlas. No hay aquí una villana con placer sádico ni monólogos de maldad de manual. Hay algo peor: alguien absolutamente convencida de que se merecía la vida de otra persona, y dispuesta a demostrarlo con la paciencia de quien nunca tiene prisa.

No se romantiza nada de esto. Se muestra. Con la misma frialdad con la que se archivaría un expediente que nadie quiso mirar dos veces.

Si esperas una advertencia clara desde la primera página —una sospechosa con cara de sospechosa, un peligro que se anuncia—, este libro no te la va a dar. Aquí el peligro sirve la cena y pregunta si has dormido bien.

Y está bien si prefieres no cruzar esa puerta.

Pero si la cruzas, que sea sabiendo que la persona que más confianza te inspire en las primeras páginas es exactamente a quien deberías estar mirando con más cuidado.

Lee bajo tu responsabilidad.

Este libro tampoco te debe nada.

Y tú, lectora, lector, tampoco le debes ninguna simpatía a nadie que la pida con demasiada dulzura.

# Nota de la Autora

Hay noches que uno recuerda con una precisión enfermiza.

No porque ocurriera algo extraordinario. No porque el cielo se partiera en dos o porque la vida cambiara de golpe, como sucede en las novelas cuando el autor necesita justificar un punto de inflexión.

Las recuerdas porque fueron noches en las que estuviste demasiado tiempo a solas contigo misma.

Y eso, en determinadas etapas de la vida, puede ser un lugar mucho más peligroso que cualquier calle oscura.

La noche en la que Aeris Harper apareció en mi cabeza fue una de esas noches.

No tenía nada de especial. No estaba escribiendo una novela. No estaba diseñando personajes. Ni siquiera estaba pensando en literatura de la buena.

Simplemente le daba a las teclas como el pianista de la Orquesta de los Condenados. Vomitaba ansiedad.

Estaba cansada.

Profundamente cansada.

De ese tipo de cansancio que no se arregla durmiendo ocho horas. Ni diez. Ni veinte. De ese cansancio que se instala detrás de los ojos y empieza a convertir cada mañana en una montaña imposible de escalar.

Recuerdo perfectamente el silencio de aquella noche. Porque la depresión tiene una forma muy particular de llenar las habitaciones. La gente cree que la depresión es tristeza. Yo también lo creía. Hasta que la conocí de cerca.

La depresión no se parece a la tristeza. La tristeza duele. La depresión vacía.

Te va quitando cosas poco a poco. Primero las ganas de salir. Luego las ganas de hablar. Después las ganas de escribir. Después las ganas de levantarte de la cama. Después las ganas de imaginar un futuro. Y cuando quieres darte cuenta, estás sentado en el suelo de una habitación preguntándote cuánto tiempo lleva apagada la luz.

Aeris Harper nació allí. En mitad de aquella oscuridad.

Y durante mucho tiempo pensé que me había salvado.

Supongo que era una forma sencilla de explicarlo.

La realidad es bastante más incómoda.

Porque los personajes no salvan a nadie.

Los personajes son espejos.

Y Harper no apareció para rescatarme.

Apareció para recordarme algo que yo ya sabía y había olvidado.

Que rendirse no era una opción.

Nada más. Ni nada menos.

Por eso siempre me resulta imposible responder cuando alguien me pregunta por qué le tengo tanto cariño a este personaje. Porque Harper

nunca fue el más amable. Ni el más divertido. Ni siquiera el más fácil de escribir.

Fue el primero que llegó cuando todo se estaba derrumbando.

Y hay deudas que uno nunca termina de pagar.

Después vinieron otros.

Llegó Lyra Blackthorn.

Llegaron historias mejores.

Llegaron personajes que terminaron creciendo más de lo que jamás imaginé.

Llegó Iker Santamaría.

Y aquí voy a confesar algo que probablemente me gane alguna discusión con los lectores.

Nunca he tenido dudas sobre cuál de los dos elegiría.

Porque Iker es un regalo.

Harper es una cicatriz.

Iker nació cuando gran parte de mí ya estaba reconstruida. O al menos eso creía. Es una carta de amor a la neurodivergencia. Un homenaje. Una historia escrita desde un lugar mucho más luminoso.

Harper, en cambio, nació cuando todavía estaba aprendiendo a respirar.

Y eso deja una marca.

Con el tiempo descubrí algo curioso. Las heridas emocionales nunca desaparecen del todo. Cambian de forma. Aprendes a convivir con ellas.

Aprendes a rodearlas. Aprendes incluso a bromear sobre ellas algunos días.

Pero siguen ahí.

Como ciertas manchas de humedad que permanecen ocultas bajo la pintura nueva.

Nadie las ve.

Tú sí.

Y supongo que esa es una de las razones por las que existe esta novela.

Porque *Donde mueren las madres* habla precisamente de eso.

De heridas invisibles, que no dejan moratones.

De las que no aparecen en informes médicos y tampoco salen en las noticias. Habla de una violencia especialmente perversa porque muchas veces se parece demasiado al amor.

A la preocupación. Al cuidado. A la ayuda.

Habla de las personas que consiguen convencerte de que no puedes confiar ni siquiera en tu propia memoria, y te utilizan como herramienta para construir una versión del mundo donde ellos siempre tienen razón.

De quienes necesitan romperte para sentirse poderosos.

Durante mucho tiempo pensé que el verdadero peligro eran los monstruos evidentes. Los que gritan. Los que golpean. Los que enseñan los dientes.

La experiencia me enseñó algo mucho más inquietante. Los monstruos realmente peligrosos suelen ser encantadores, educados, amables, carismáticos.

La clase de personas a las que todo el mundo defendería en una conversación; pero sobre todo, las que consiguen que la víctima termine pidiendo perdón.

Si has llegado hasta aquí, probablemente ya conozcas el universo de Erebos Nyght. Y si no lo conoces, quizá estés a punto de descubrir por qué sigo regresando a él una y otra vez.

Porque este lugar nunca fue una colección de crímenes, ni una serie de novelas negras. Siempre fue una excusa para hablar de las sombras que nos acompañan cuando nadie está mirando.

Y esta vez las sombras son más profundas. Más crueles. Más humanas.

Yo sobreviví a algunas de ellas. Otras sigo aprendiendo a transitarlas.

Pero algo bueno tenía que salir de todo aquello.

Y como no sé hacer otra cosa, decidí convertirlo en una historia.

Ahora te toca a ti abrir la puerta.

Bienvenido.

Estás a punto de entrar en el lugar donde mueren las madres.

Y donde algunas heridas, incluso después de muchos años, siguen respirando bajo la piel.

María Mateos
La Farera de Tinta

# CAPÍTULO CERO
## El último relato de «Erebos Nyght»

*Lunes, 08 de Julio de 2024*
*Casa de Aeris Harper y Nya Palacios. El Puerto de Santa María*
*03:40 h.*

La lluvia, aun siendo verano, llevaba horas cayendo sobre la Ribera del Marisco con una paciencia casi íntima, sin violencia, sin ese aparato eléctrico con el que algunas tormentas parecen necesitar anunciarse al mundo. No era una lluvia de verano hecha para asustar a nadie, ni para arrancar toldos, ni para golpear las ventanas con dramatismo. Era más bien una lluvia constante, densa, baja, suspendida sobre los tejados oscuros de El Puerto de Santa María y sobre el Guadalete, que avanzaba al otro lado de los cristales con su olor viejo a sal, fango removido, madera mojada y puerto dormido.

Desde dentro de la bodega, el agua tenía otro sonido. No caía simplemente sobre una casa, porque aquello nunca había sido una casa en el sentido limpio y doméstico de la palabra. La lluvia despertaba algo en los muros, en las vigas restauradas, en el ladrillo antiguo que todavía conservaba la temperatura de otras décadas. Cada gota parecía tocar una memoria que no pertenecía a Nya y que, sin embargo, aquella madrugada la envolvía como si la hubiera estado esperando durante años.

La bodega había pertenecido a su tío Rafael, el hermano de Antonio, dado por muerto cuando ella tenía diez años. Durante mucho tiempo no fue más que una palabra dentro de una herencia,

un bien dormido entre papeles, tasaciones, trámites y conversaciones de adultos que hablaban del patrimonio como si una niña pudiera entender que la muerte también deja escrituras notariales. Nya recordaba poco de él, o quizá recordaba solo lo suficiente: unas manos grandes, el olor de una colonia antigua, una voz que no llegó a convertirse en costumbre, aunque ella hubiera querido y deseado lo contrario. El edificio, en cambio, permaneció. Cerrado. Envejeciendo junto al río. Acumulando humedad, polvo, sombra y una especie de abandono digno.

Años llevaba con acceso al dinero de aquella herencia sin llegar a tocarla del todo, hasta que su vida cambió de rumbo: en noviembre de 2023, cuando su relación con Harper dejó de ser una posibilidad y se convirtió en lo único real que tenía, entendió que la libertad también podía tener forma de obra mayor, licencias, planos, aislamiento térmico y facturas indecentes, y decidió restaurarla. No rehabilitarla para venderla. No convertirla en alojamiento rural ni en capricho decorativo para visitas. Restaurarla para vivir allí. Para hacer de aquel lugar enorme, áspero y lleno de memoria una casa que no mintiera sobre su pasado.

La obra había empezado en diciembre, y para marzo, poco más de tres meses después, ya vivían allí los dos, aunque todavía quedaran rincones enteros de la planta baja sin dividir ni amueblar, esperando a que ella decidiera, con calma, qué hacer con ellos. Tres meses de polvo blanco pegado a la ropa, de presupuestos que crecían sin pedir permiso, de arquitectos intentando domesticar lo que ella quería precisamente por indomesticado. Habían querido ocultar demasiado. Cubrir paredes, alisar superficies, limpiar las marcas de las antiguas barricas, borrar el carácter industrial de la nave. Nya se negó con una obstinación tranquila. No quería una casa perfecta. Las casas perfectas le daban desconfianza. Prefería conservar el ladrillo visto, las vigas oscuras, las heridas de la madera, los suelos con una irregularidad leve y ese olor profundo que subía desde las zonas más viejas cuando llovía.

La planta superior había quedado completamente diáfana. Sin tabiques, sin pasillos, sin habitaciones pequeñas que obligaran a pedir permiso al espacio. Allí habían construido la biblioteca, aunque

llamarla biblioteca se quedaba corto. Era una planta entera entregada a los libros, una extensión de madera, papel, hierro y silencio que se abría sobre la bodega como una segunda vida. Las estanterías subían hasta casi tocar las vigas, una pasarela metálica recorría parte del perímetro y los ventanales dejaban entrar la luz del río durante el día, cuando el Guadalete parecía menos oscuro y más dispuesto a fingir inocencia.

Los libros de Harper ocupaban zonas precisas, ordenadas con una lógica que Nya aún no terminaba de descifrar pero que respetaba como se respeta el ritual de otro. Derecho penal, procesal, criminología, filosofía, ensayo, volúmenes antiguos con anotaciones en márgenes estrechos y una severidad casi física. Los suyos vivían de otra manera. Se acumulaban, respiraban, se invadían entre sí. Novela negra, terror, poesía, diarios, libros subrayados hasta la indecencia, páginas con esquinas dobladas, *post-its*, *tickets* olvidados, pétalos secos entre capítulos. Harper no decía nada, pero a veces se quedaba mirando aquel desorden con la expresión exacta de un hombre enfrentado a una escena del crimen donde la víctima era el método.

En la planta baja habían distribuido el resto de su vida con una precisión menos estética que práctica. Cada uno tenía su despacho, porque Harper necesitaba silencio y Nya necesitaba espacio. También tenían un despacho compartido para las tardes en que querían trabajar cerca sin estorbarse, con dos mesas amplias, lámparas bajas, enchufes suficientes y una distancia exacta entre ambos que decía más de su relación que cualquier declaración solemne. Había cocina grande, patio exterior, garaje, zonas de lectura, sofás hondos, armarios bien pensados y suficiente margen físico para que ninguno tuviera que pedir aire al otro.

Aquello era enorme, sí. A veces absurdamente enorme para dos personas. Pero Nya había aprendido que el tamaño de una casa no se mide solo en metros, sino en la cantidad de miedo que permite dejar fuera. La bodega tenía espacio para libros, expedientes, silencios, discusiones pequeñas, noches en vela, días sin hablar demasiado, incluso para una pandemia si el mundo volvía a cerrarse, para que Harper pudiera desaparecer en su despacho sin que ella lo

sintiera como abandono, y para que ella pudiera caminar de madrugada sin sentir que cada paso era una huida.

Esa noche estaba en la planta baja, sentada frente al portátil abierto sobre una mesa de madera recuperada. Llevaba una sudadera gris demasiado grande, de esas que no favorecen a nadie y por eso mismo parecen más verdaderas que cualquier prenda escogida con intención. El pelo le caía desordenado sobre un lado del rostro, los pies estaban fríos sobre el suelo y la pantalla le iluminaba las manos con una claridad azulada, casi clínica, que no terminaba de encajar con la calidez de las lámparas bajas ni con el olor húmedo de la bodega.

No había encendido todas las luces. Solo las necesarias. Una junto al escritorio, otra cerca del sofá y una línea tenue bajo las estanterías de la planta baja, donde todavía convivían cajas sin clasificar, archivadores, cuadernos viejos… Un cenicero de cerámica para cuando necesitaba pensar. Una jarra azul desconchada. Un pequeño barco de madera que no pegaba con nada y por eso mismo resultaba imposible de quitar.

Antes de abrir las carpetas, conectó *Spotify* desde el teléfono.

No tuvo que buscar demasiado. La canción estaba en una lista que escuchaba de vez en cuando, aunque casi nunca admitía por qué volvía a ella. Pulsó sobre el título y dejó el móvil boca abajo junto al portátil, como si así pudiera quitarle importancia al gesto. Las primeras notas de *Fly*, de Ludovico Einaudi, empezaron a extenderse por la bodega desde los altavoces ocultos entre las estanterías.

La música no irrumpió. No ocupó el espacio con violencia ni reclamó atención. Se deslizó.

Primero fue apenas un piano limpio, una secuencia de notas que parecía tantear la oscuridad con la misma cautela con que una mano busca una pared al despertarse en una habitación desconocida. Después la melodía empezó a abrirse despacio, mezclándose con la lluvia sobre los cristales y con el rumor bajo del Guadalete al otro lado de la noche. Nya siempre había pensado que algunas composiciones no se escuchaban realmente. Se habitaban. *Fly* tenía

esa cualidad: no imponía una emoción concreta, pero modificaba la temperatura de todo lo que tocaba.

La pieza llenó la planta baja con una delicadeza casi incómoda. Pasó sobre la mesa, el portátil envejecido, la madera marcada, los sofás, sobre las cajas que aún esperaban un lugar definitivo. Subió hacia la biblioteca, rozó los lomos de los libros, las vigas restauradas, la pasarela metálica y la chaqueta oscura de Harper colgada sobre el respaldo de una silla. La casa pareció aceptar la música como aceptaba la lluvia: sin preguntarle de dónde venía, sin pedirle explicación.

Nya se había despertado casi una hora antes.

No por una pesadilla. Eso habría sido más fácil de nombrar. Había abierto los ojos en la oscuridad del dormitorio con la sensación de que algo dentro de ella llevaba un rato llamándola sin hacer ruido. Harper dormía a su lado, de espaldas al ventanal, con el ceño apenas fruncido incluso en sueños y una mano cerca del borde de la almohada. Su respiración era profunda, regular, atravesada por esa tensión mínima que nunca lo abandonaba del todo, como si alguna parte de él siguiera de guardia incluso cuando el cuerpo conseguía rendirse.

Nya había permanecido unos minutos escuchándolo. No con ternura evidente, porque lo evidente rara vez le salía de forma natural, sino con esa atención silenciosa que había ido aprendiendo desde que vivían juntos. Antes, el sueño de otra persona en la misma cama habría podido parecerle una invasión o una responsabilidad. Con Harper era distinto. Su presencia no la llenaba de ruido. No le exigía ser más disponible, más suave, más sencilla. Dormía allí, ocupando su lado de la cama con una gravedad sobria, y esa simple permanencia había terminado convirtiéndose en una forma de refugio.

Cuando bajó, lo hizo sin encender la luz. Se puso la sudadera que había dejado sobre una silla, recogió el móvil y caminó descalza por la escalera interior, sintiendo el frío del suelo subirle por los pies. No buscaba agua. No buscaba un libro. No buscaba comprobar una puerta ni responder un correo urgente. Al llegar a la planta baja y

ver el portátil cerrado sobre la mesa, comprendió con una claridad molesta que había bajado a buscar a *Erebos Nyght*.

El portátil era el mismo de siempre.

Resultaba casi ridículo conservarlo allí, rodeado de muebles nuevos, estanterías hechas a medida, lámparas escogidas con paciencia y una cafetera que Harper limpiaba cada noche con una concentración digna de un informe judicial. Aquel ordenador tenía una esquina golpeada, la carcasa arañada, el teclado gastado en algunas letras y una pegatina negra con una luna blanca medio despegada en el borde inferior. No era bonito. No era rápido. A veces se calentaba demasiado y emitía un zumbido bajo, como si protestara por seguir vivo.

Pero durante años había sido más que una máquina.

Había sido una prótesis.

Nya había escrito allí cuando no podía dormir, cuando no podía hablar ni llorar, cuando el miedo le trepaba por la espalda con una precisión asquerosamente paciente y convertía cualquier habitación en otra habitación anterior. Había escrito relatos de terror para no escribir ciertas frases en primera persona. Había inventado cadáveres porque algunos daños resultaban más soportables cuando se disfrazaban de ficción. Había creado monstruos porque los monstruos reales, casi siempre, tenían la mala educación de parecer personas razonables.

En la pantalla, el blog de *Erebos Nyght* seguía abierto en una pestaña antigua del navegador. La página tardó unos segundos en cargar del todo, como si también ella despertara de una especie de sueño sucio. Aparecieron los títulos, las fechas, las etiquetas, las imágenes oscuras que acompañaban cada relato. Todo estaba demasiado ordenado, limpio y quieto.

Nya apoyó los dedos sobre el teclado sin escribir.

*Fly* continuaba sonando, suave, como una corriente subterránea bajo la lluvia. La melodía tenía algo de despedida sin dramatismo, de movimiento contenido, de puerta que se cierra sin golpe. Aquella música no la empujaba hacia el dolor, pero tampoco le permitía fingir que no estaba allí. Simplemente lo acompañaba. Lo volvía respirable.

Durante una época, cada notificación del blog había sido una mezcla de alimento y amenaza. Alguien leía. Alguien esperaba. Alguien podía encontrarla. *Erebos Nyght* había empezado como una máscara y terminó convirtiéndose en un territorio. Un lugar donde escribir desde la herida sin que la herida llevara su nombre. Un lugar donde la oscuridad parecía obedecerla porque ella decidía el final de cada relato, la posición de cada cadáver, el ritmo de cada revelación.

Ahora, sin embargo, la página tenía la quietud incómoda de una casa cerrada después de una muerte.

Nya movió el cursor sobre el primer archivo.

No lo abrió todavía.

La lluvia golpeó los cristales con una intensidad leve, apenas un cambio de respiración en la madrugada. El Guadalete siguió avanzando hacia el mar, invisible y oscuro, con esa paciencia sucia de los ríos que han visto demasiado como para sorprenderse por algo. En la planta superior, Harper dormía bajo la biblioteca que ambos habían levantado sobre la vieja bodega de su abuelo.

Y en la planta baja, mientras Ludovico Einaudi llenaba el silencio con una música que parecía hecha para despedirse sin saber muy bien de qué, Nya Palacios abrió por fin la primera carpeta de *Erebos Nyght*.

La primera carpeta contenía los relatos publicados.

Nya observó durante unos segundos la lista de títulos alineados en la pantalla mientras *Fly* continuaba avanzando por la bodega con la misma naturalidad que la lluvia. No abrió ninguno. No necesitaba hacerlo. Había textos que uno recuerda palabra por palabra y otros que terminan viviendo en lugares más profundos, donde ya no importan las frases exactas sino la persona que las escribió.

Le bastaba ver algunos nombres para recordar la temperatura de determinadas noches, el sabor del café recalentado, las madrugadas frente a aquel mismo portátil cuando escribir era la única forma de no romperse. Durante años había creído que *Erebos Nyght* era un refugio. Más tarde comprendió que había sido algo mucho más complejo: una muleta emocional tan necesaria como peligrosa. La había ayudado a sobrevivir, sí. Pero también la había mantenido caminando alrededor de ciertas heridas sin obligarla a atravesarlas.

Envió la carpeta a la papelera.

El ordenador emitió un sonido breve y administrativo. Nada más.

Aquello la desconcertó.

Había imaginado muchas veces ese momento y, sin embargo, no ocurrió nada. Ningún vértigo. Ninguna revelación. Ninguna sensación de final. Solo una carpeta desapareciendo de una pantalla.

Quizá así terminaban realmente las cosas importantes.

No con explosiones.

Con *clics*.

La segunda carpeta contenía borradores. Esbozos de historias. Fragmentos. Documentos con una única frase perdida en mitad de una página en blanco. Aquello resultó más difícil. Los relatos terminados pertenecen al pasado. Los inacabados pertenecen a la imaginación, y la imaginación siempre encuentra maneras de reclamar lo que cree suyo.

Mientras recorría aquellas carpetas, *Fly* alcanzó uno de esos momentos en los que la melodía parece elevarse unos centímetros sobre el suelo. Nya apoyó la espalda en la silla y cerró los ojos apenas un instante. Siempre le había gustado esa pieza por la sensación de movimiento que transmitía. No parecía una música que hablara de llegar a algún lugar. Parecía una música que aceptaba el viaje.

Al volver a mirar la pantalla encontró una carpeta llamada «*GEMELA*».

No la abrió.

Selene seguía existiendo en algún lugar de la ciudad, detrás de puertas que se cerraban desde fuera. Pensar en ella seguía produciéndole una sensación difícil de clasificar, una mezcla de tristeza, rabia, culpa y cansancio emocional. Algunas heridas se cierran. Otras simplemente dejan de sangrar.

Movió la carpeta a la papelera.

Después llegaron otras.

Notas.

Imágenes.

Versiones antiguas.

Archivos de trabajo.

A medida que desaparecían, la pantalla parecía vaciarse y, al mismo tiempo, la bodega parecía ensancharse a su alrededor.

Lucian apareció varias veces durante el proceso, aunque nunca de forma completa. Nunca era una escena concreta. Era una sensación. Una voz. Una mirada. El recuerdo físico de cómo algunas personas consiguen ocupar una habitación sin necesidad de levantar el tono.

Nya comprendió que ya no le tenía miedo.

No exactamente.

Había cosas peores que el miedo.

La memoria, por ejemplo.

Creó una carpeta nueva.

La llamó «CASA».

Allí guardó algunos correos, algunas fotografías y un puñado de archivos que no pertenecían realmente a *Erebos Nyght*. Eran restos de vida. Fragmentos de una historia más grande que el blog. No quería borrarlos. No porque fueran felices, sino porque eran suyos.

Cuando encontró la carpeta de *Lady Black* permaneció inmóvil varios segundos.

La lluvia seguía cayendo.

La música seguía sonando.

El Guadalete seguía avanzando hacia el mar.

Todo parecía seguir moviéndose mientras ella observaba aquel nombre.

*Lady Black*.

Durante mucho tiempo había creído que era una máscara. Ahora entendía que había sido una respuesta. Una forma de ocupar espacio cuando todavía no sabía cómo hacerlo siendo simplemente Nya. Había dolor allí. Errores. Y partes de sí misma que todavía no terminaba de comprender.

Pero también había supervivencia.

No la borró.

La movió a un disco duro externo.

Quizá algún día desaparecería también.

Quizá no.

Al cerrar la última carpeta, el silencio pareció hacerse un poco más amplio.

No más vacío.

Más amplio.

Como si la bodega respirara mejor.

Fue entonces cuando vio el piano.

La pieza de *Einaudi* seguía sonando mientras se acercaba. No era casualidad que fuera precisamente ese piano, y no otro cualquiera comprado en una tienda, el único mueble que se había traído consigo de la Finca La Negra el día que fue a recuperar, junto con un puñado de cajas de documentación, lo poco que todavía le pertenecía de verdad en aquel lugar vacío desde que Antonio desapareciera. Tampoco era casualidad que Harper jamás hubiera preguntado demasiado por él. Había comprendido desde el principio que algunas preguntas necesitan tiempo antes de poder formularse.

Nya levantó la tapa.

Las teclas aparecieron bajo la luz tenue de la lámpara más cercana.

Apoyó los dedos sobre ellas.

Durante unos segundos no hizo nada.

Después dejó caer tres notas suaves.

Luego una cuarta.

Y una quinta.

Nada más.

La música del piano real se mezcló durante un instante con la música que salía de Spotify. Dos voces distintas ocupando el mismo espacio. Dos versiones diferentes de una misma conversación.

Las notas subieron hacia la biblioteca.

Rozaron las vigas.

Regresaron convertidas en eco.

Y desaparecieron.

Nya cerró la tapa con suavidad.

Cuando volvió al escritorio encontró el documento vacío.

No recordaba cuándo lo había creado.

Tal vez durante las obras.

Tal vez meses atrás.

Tal vez una noche cualquiera.

Lo abrió.

La página en blanco apareció frente a ella.

El cursor parpadeaba en silencio.

Esperando.

Durante mucho tiempo había creído que el miedo más grande de un escritor era quedarse sin historias.

Aquella madrugada descubrió algo distinto.

No le preocupaba quedarse sin historias.

Lo que le preocupaba era no necesitarlas.

Observó el cursor durante varios minutos.

No escribió una sola palabra.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, no tenía nada que esconder dentro de un relato.

La idea resultaba extraña.

Y también agradable.

La barra de reproducción de Spotify avanzaba lentamente hacia el final de *Fly* cuando Nya cerró el documento sin guardarlo.

Después vació la papelera.

La barra de progreso fue eliminando años de escritura con una lentitud burocrática que le pareció casi cómica. Observó el proceso sin apartar la vista. No lloró. No sintió alivio. Solo un cansancio limpio, parecido al que queda después de terminar una mudanza o cerrar una puerta que llevaba demasiado tiempo abierta.

Cuando terminó, apagó el portátil.

La pantalla se volvió negra.

Su reflejo desapareció.

La lluvia continuaba golpeando los cristales.

Nya recogió la taza de café frío que había olvidado junto al escritorio y la dejó en el fregadero. Después apagó la lámpara, comprobó por costumbre la puerta del patio y comenzó a subir la escalera interior.

La biblioteca permanecía sumida en una penumbra azulada.

Los libros parecían dormir.

La chaqueta de Harper seguía sobre el respaldo de una silla.

Su taza olvidada descansaba junto a una pila de expedientes.

Pequeñas pruebas de existencia.

Pequeñas pruebas de hogar.

Cuando llegó al dormitorio, Harper no despertó del todo. Se movió apenas lo suficiente para buscar su mano bajo la sábana y encontrarla con una precisión somnolienta que seguía sorprendiéndola.

Nya dejó que la encontrara.

Se acomodó junto a él y cerró los ojos.

En algún punto de la biblioteca, *Fly* seguía reproduciendo sus últimos compases.

La melodía se deslizaba entre los libros, por encima de los escritorios y bajo las vigas restauradas con la misma naturalidad con la que la lluvia recorría los cristales de la bodega.

Nya escuchó el final de la pieza con la mano de Harper entrelazada con la suya.

Después llegó el silencio.

Un silencio limpio. Sereno.

Extrañamente parecido a la paz.

Sonrió sin abrir los ojos.

Creía que algunas historias terminaban.

Y quizá era mejor que aquella noche siguiera creyéndolo.

# CAPÍTULO UNO
# Las vías

*Sábado, 13 de julio de 2024*
*05:00 horas*
*Cinco días después.*
*PK 98+400 de la línea Sevilla-Cádiz.*
*Jerez de la Frontera*

A las cinco de la mañana, Jerez todavía no era una ciudad, sino una respiración oscura extendida entre viñas, naves industriales, caminos secundarios y ese silencio espeso que queda en los lugares donde la noche se resiste a soltar del todo las cosas. La humedad se había quedado pegada al campo como una segunda piel. No llovía, pero todo parecía haber sido tocado por el agua durante la madrugada: el balasto junto a las vías conservaba un brillo opaco, las traviesas exhalaban olor a madera vieja y grasa ferroviaria, el metal de los raíles devolvía una luz mínima bajo el resplandor lejano de alguna farola, y el aire tenía ese sabor oxidado que solo existe cerca de las infraestructuras antiguas, cuando el hierro, el polvo, el gasoil y la tierra removida se mezclan en la boca antes incluso de que uno sea consciente de estar respirando.

Manuel Aranda llevaba treinta y dos años trabajando en mantenimiento ferroviario y había aprendido que las vías tienen carácter, aunque nadie que no haya pasado media vida caminando junto a ellas se tome en serio una frase así. Había tramos secos, tramos mentirosos, tramos que parecían limpios y escondían siempre una incidencia pequeña, tramos que crujían de una forma concreta con los cambios de temperatura y tramos que, por algún motivo que no figuraba en ningún informe técnico, daban mala espina incluso cuando todo estaba en orden. Aquel, cerca del punto kilométrico

98+400 de la línea Sevilla-Cádiz, no era el peor ni el más conflictivo, pero a Manuel nunca le había gustado del todo. Demasiada explanada alrededor. Demasiado silencio antes de amanecer. Demasiada facilidad para que cualquier sombra pareciera más grande de lo que era.

Iba solo, como tantas otras veces, con el chaleco reflectante mal abrochado sobre una camiseta vieja, los pantalones de trabajo endurecidos por lavados industriales y unas botas que ya habían pisado más grava mojada que la mayoría de los hombres de su edad. Caminaba despacio por el margen autorizado, pendiente del terreno, de los pequeños movimientos bajo los pies, de la inclinación de las piedras, de cualquier irregularidad que pudiera indicar un problema antes de que el problema tuviera nombre. No era miedo ni heroísmo, sino costumbre. La gente que trabaja de madrugada en sitios donde el resto del mundo solo pasa dentro de un tren aprende a desconfiar de las sorpresas y a tratar la rutina como una herramienta de supervivencia.

En los auriculares sonaba Camarón.

No lo había escogido por ninguna razón especial. Manuel no era de buscar significados donde no hacían falta. Había puesto una lista antigua de flamenco mientras salía de la caseta, casi por inercia, y la voz de Camarón había empezado a acompañarlo con esa forma de cantar que parecía venir de un sitio más hondo que la garganta. A aquellas horas, con el campo aún negro y el aire húmedo pegándosele al bigote, el flamenco no sonaba igual que en la cocina de su casa ni en el coche los domingos. Allí, junto a los raíles, la música parecía salir de la tierra, mezclarse con el zumbido leve de la catenaria, con el roce de las botas contra el balasto y con el rumor distante de una carretera donde algún camión avanzaba hacia Cádiz antes de que el día tuviera cara.

Manuel tarareó por lo bajo sin darse cuenta. Lo hacía siempre que creía estar solo, que era casi siempre a esas horas. No tenía buena voz, y tampoco pretendía tenerla. Su mujer se lo decía cada vez que lo pillaba cantando mientras se afeitaba, con esa mezcla de cariño y mala leche que solo sobreviven en los matrimonios largos. «Manolo, hijo, tú tienes compás, pero lo tienes escondido en algún

sitio donde no lo encuentra nadie». Él solía contestarle que por eso se había hecho ferroviario y no artista, y después seguía cantando peor todavía solo para verla negar con la cabeza. Pensó en ella un momento, en que al volver quizá estaría ya levantada, haciendo café con la radio puesta y quejándose del calor antes incluso de abrir la ventana. Julio en Jerez tenía esa crueldad: a las cinco de la mañana aún podía fingir cierta clemencia, pero todo el mundo sabía que el día venía cargado de fuego.

La incidencia que lo había llevado hasta allí era menor, al menos sobre el papel. Una señal de aviso, una comprobación preventiva, uno de esos pequeños ajustes que nadie agradece porque, si se hacen bien, nadie llega a enterarse de que existieron. Manuel había visto suficientes accidentes, averías y chapuzas encadenadas como para respetar las incidencias menores. Lo pequeño, en las vías, casi nunca se queda pequeño si se le deja crecer. Por eso caminaba con la linterna baja, no enfocando al frente como un guardia de película, sino barriendo el terreno inmediato, observando tornillos, juntas, cables, restos de vegetación, cualquier objeto extraño arrastrado por el viento o abandonado por alguien con demasiada prisa y demasiado poco seso.

El olor a óxido era más intenso cerca de la curva suave donde el terreno descendía unos centímetros hacia la cuneta. Manuel se detuvo para ajustarse un auricular que se le había aflojado con el sudor. Camarón seguía cantando, ajeno a la humedad, a las traviesas, al pequeño dolor que Manuel sentía en la rodilla derecha desde hacía cuatro inviernos y a la certeza cada vez más concreta de que la jubilación no era ya una palabra de viejos, sino una fecha que empezaba a acercarse con malas artes. Miró hacia el este. Todavía no amanecía, pero el cielo había perdido parte de su negrura. Había una claridad sucia detrás de la línea baja de las naves, un gris muy débil, casi una sospecha de día.

Fue entonces cuando vio algo junto a las vías.

Al principio no pensó en un cuerpo. Nadie piensa en un cuerpo a la primera, salvo quienes viven esperando uno. Manuel vio una forma clara sobre el margen oscuro, un bulto donde no debía haber nada, una interrupción en la continuidad del balasto y la hierba

húmeda. Podía ser una bolsa grande, una manta, ropa tirada, algún animal muerto, cualquier basura abandonada por alguien que había decidido que las vías eran un vertedero. La madrugada agranda lo inútil y deforma lo conocido. Manuel levantó la linterna un poco más, sin apagar la música, y el haz de luz avanzó temblando sobre las piedras, rozó un trozo de plástico, una lata vieja, la línea brillante del raíl, y terminó deteniéndose sobre algo que tenía color de piel.

No se movió durante varios segundos.

La voz de Camarón siguió sonando dentro de sus oídos, y esa continuidad absurda fue lo primero que le molestó. La música no entendía de interrupciones. Seguía adelante como si nada, como si el mundo no acabara de cambiar de peso ante sus ojos. Manuel se quitó un auricular con un gesto brusco, pero el otro quedó colgando y todavía dejaba escapar una queja lejana, una voz rota, bellísima e inoportuna, que se mezcló con el zumbido de la instalación eléctrica y con el ruido de su propia respiración.

Dio dos pasos.

Luego otros tres.

No llamó todavía. Había en él una resistencia primaria, casi infantil, a convertir aquello en realidad mediante una llamada. Mientras no llamara, mientras no dijera ciertas palabras, quizá todavía podía ser otra cosa. Una muñeca. Un maniquí. Una borrachera mal dormida. Una mujer viva que había caído, que necesitaba ayuda, que iba a abrir los ojos en cualquier momento y a insultarlo por alumbrarle la cara. Pero la linterna ya había encontrado demasiados detalles para sostener esa mentira. Un brazo en una posición demasiado quieta. El cabello oscuro pegado a la mejilla por la humedad. Una mano abierta sobre la grava, con los dedos ligeramente curvados, como si hubiera soltado algo que ya no estaba allí.

Manuel se detuvo a unos metros.

Había visto muertos antes, aunque no muchos, y ninguno de aquella manera. Los muertos de las vías suelen ser otra cosa. Algo más violento. Más deshecho. Más difícil de mirar sin que el estómago se defienda. Aquella mujer, en cambio, parecía colocada en el límite exacto entre la vía y la cuneta, lo bastante cerca del raíl como para

explicar una desgracia y lo bastante entera como para que la explicación no terminara de cerrarse. No había sangre visible en cantidad. No había una postura grotesca. No había ese desorden brutal que deja el impacto de una máquina sobre un cuerpo. Había humedad en la ropa, tierra adherida a un lado del abrigo ligero que llevaba pese al verano, un zapato medio hundido entre las piedras y una quietud tan limpia que resultaba indecente.

Manuel apagó la música.

El silencio que quedó después no fue silencio de verdad, sino una suma de ruidos pequeños que hasta entonces Camarón había mantenido al fondo: el roce del viento contra la vegetación seca, una vibración lejana en los cables, el crujido de sus botas cuando cambió el peso de una pierna a otra, algún pájaro desorientado ensayando el primer sonido del día. También estaba su respiración, demasiado alta, demasiado húmeda dentro de la boca. Se pasó la lengua por los labios y notó sabor a metal.

—Ay la puta que me parió… —murmuró, sin saber muy bien a quién se lo decía.

No se acercó más. Treinta y dos años de oficio sirven, entre otras cosas, para que uno aprenda a no meter las manos donde no debe. Sacó el teléfono del bolsillo del chaleco con una torpeza que le irritó incluso en aquel momento. Los dedos, endurecidos por el trabajo, parecían de pronto menos precisos de lo normal. Marcó emergencias y se obligó a mirar alrededor mientras esperaba, no por curiosidad, sino porque sabía que después alguien preguntaría qué había visto, desde dónde venía, si había tocado algo, si había oído algo, si había pasado algún tren, si la zona estaba alterada.

A su alrededor, el mundo seguía siendo el mismo y, sin embargo, ya no lo era. La línea Sevilla-Cádiz continuaba extendiéndose en ambas direcciones con su indiferencia de hierro. El campo seguía oliendo a humedad y óxido. El cielo seguía aclarando de forma sucia hacia el este. En algún punto lejano, Jerez comenzaba a despertarse sin saber que allí, junto a las vías, una mujer yacía en el margen de la madrugada con una serenidad que no parecía pertenecer a la muerte ni al sueño.

Cuando al otro lado de la línea contestaron, Manuel tragó saliva antes de hablar. Había frases que nadie quiere pronunciar porque después de pronunciarlas ya no se puede volver a la rutina anterior, ni al flamenco en los auriculares, ni al café con su mujer, ni a la pequeña incidencia ferroviaria que lo había sacado de la caseta antes de amanecer.

—Soy Manuel Aranda, mantenimiento ferroviario —dijo al fin, con la vista fija en la mano inmóvil de la mujer—. Estoy en el punto kilométrico noventa y ocho cuatrocientos, línea Sevilla-Cádiz, término de Jerez. Hay una persona junto a la vía. Una mujer. No se mueve.

La operadora le hizo varias preguntas más. Nombre completo. Empresa. Ubicación exacta. Si había comprobado constantes vitales. Si observaba riesgo inmediato para la circulación ferroviaria. Manuel respondió lo mejor que pudo, mirando alternativamente la pantalla del teléfono y el cuerpo tendido junto a las vías, como si en algún momento fuera a descubrir que había entendido mal lo que estaba viendo.

Le indicaron que no se acercara más.

Que no tocara nada.

Que permaneciera en la zona hasta la llegada de los servicios de emergencia y de las fuerzas de seguridad.

Después la llamada terminó.

El silencio regresó de golpe.

Manuel guardó el teléfono en el bolsillo del chaleco y permaneció inmóvil unos segundos, sin saber muy bien qué hacer con las manos. Siempre había pensado que las situaciones graves iban acompañadas de algún tipo de claridad especial, una sensación instintiva que permitía comprender inmediatamente lo que estaba ocurriendo. La realidad era bastante menos elegante. La realidad consistía en quedarse quieto junto a unas vías húmedas a las cinco de la mañana, sintiéndose extrañamente inútil mientras esperaba que llegaran personas mejor preparadas para gestionar aquello.

El cielo empezaba a aclararse muy despacio hacia el este.

Todavía no podía hablarse de amanecer. Era más bien una pérdida gradual de oscuridad. Los perfiles de las naves industriales

comenzaban a definirse en el horizonte y las líneas del terreno dejaban de confundirse unas con otras. El campo aparecía poco a poco, como una fotografía revelándose en una cubeta.

Manuel volvió a mirar a la mujer.

Seguía sintiendo la misma incomodidad.

No miedo.

No exactamente.

La incomodidad que producen las cosas que parecen correctas a primera vista y, sin embargo, contienen algo que no termina de encajar.

Había visto accidentes ferroviarios antes.

Pocos, afortunadamente.

Los suficientes para saber que la muerte junto a unas vías suele tener una violencia particular. Incluso cuando el cuerpo permanece relativamente entero, siempre existe una sensación de interrupción brutal. Algo roto. Algo desplazado.

Aquella mujer, en cambio, parecía formar parte del paisaje de una manera inquietante.

La humedad había oscurecido parte de su ropa.

El cabello se extendía sobre las piedras húmedas.

Una mano descansaba junto al balasto con los dedos ligeramente curvados.

No parecía estar luchando contra nada.

No parecía haber intentado aferrarse a nada.

Parecía … descansando.

La idea le resultó tan desagradable que apartó la vista.

A lo lejos comenzaron a aparecer destellos azules.

Primero débiles.

Después más definidos.

Las luces avanzaban por la carretera de servicio como pequeños reflejos artificiales sobre la oscuridad todavía dominante.

Manuel dejó escapar el aire lentamente.

La responsabilidad empezaba a desplazarse hacia otras personas.

Y agradeció más de lo que estaba dispuesto a reconocerlo que así fuera.

Mientras observaba acercarse a los vehículos, volvió a llevarse una mano al bolsillo donde guardaba el teléfono. Por pura costumbre, abrió la aplicación de música. La reproducción seguía detenida en mitad de una canción de Camarón.

Durante un instante contempló la pantalla.

Después la bloqueó sin volver a poner los auriculares.

Aquella mañana ya no iba a escuchar más música.

-*.*-

*El Puerto de Santa María.*
*05:23 horas.*

La bodega permanecía sumida en ese silencio particular que solo existe durante los minutos previos al amanecer, cuando la noche ya ha comenzado a retirarse pero el día todavía no ha decidido ocupar su lugar. La lluvia había desaparecido horas atrás y el aire que entraba por alguna ventana mal cerrada conservaba un frescor extraño para mediados de julio. Sobre la planta superior, la biblioteca descansaba bajo una penumbra azulada donde las estanterías parecían más altas y los pasillos más profundos de lo que eran durante el día.

El teléfono comenzó a sonar.

El sonido atravesó el silencio de la casa con una educación casi irritante. No era una alarma estridente ni un timbre agresivo. Era simplemente una llamada. Una más.

Pero las llamadas a las cinco y veintitrés de la mañana rara vez eran una más.

En el dormitorio, Aeris Harper abrió los ojos antes de ser plenamente consciente de haber despertado.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, observando la oscuridad difusa del techo. Había desarrollado aquella costumbre muchos años atrás. No incorporarse de golpe. No reaccionar inmediatamente. Darle al cerebro el tiempo suficiente para identificar dónde estaba antes de empezar a resolver problemas.

El teléfono siguió sonando.

A su lado, Nya apenas se movió.

Sólo un gesto mínimo bajo la sábana.

Una respiración más profunda.

Nada más.

Harper giró la cabeza hacia la mesita de noche.

La pantalla iluminaba tenuemente la habitación.

No necesitó mirar el nombre.

Las llamadas de madrugada pertenecían a una categoría demasiado específica de su vida.

Se incorporó despacio y pasó una mano por su rostro antes de coger el dispositivo.

La madera del suelo estaba fría bajo sus pies.

El resto de la casa seguía completamente en silencio.

Aceptó la llamada.

—Harper.

Escuchó.

No dijo nada durante varios segundos.

Su expresión apenas cambió.

La voz al otro lado continuó hablando.

Harper se puso en pie.

Caminó hasta la ventana.

Observó las sombras inmóviles de la biblioteca y, más allá, la oscuridad todavía suspendida sobre el Guadalete.

—Entendido.

Escuchó una última indicación.

Asintió por pura costumbre, aunque nadie pudiera verlo.

—Voy para allá.

La llamada terminó. Se volvió de nuevo hacia la cama y la observó. Nya seguía dormida con la mano extendida donde, segundos antes, había estado el propio Harper. Se acercó lentamente y, sin mayor floritura, se inclinó para besar su frente.

Giró la vista de nuevo a la ventana, observando cómo la primera claridad empezaba a dibujar lentamente los contornos del río.

Tras él, la casa seguía dormida.

Delante, alguien acababa de morir.

Y la distancia entre ambas realidades comenzaba a cerrarse.

# CAPÍTULO DOS
# El informe perfecto

*Sábado, 13 de julio de 2024*
*06:10 horas*
*PK 98+400 de la línea Sevilla-Cádiz.*
*Jerez de la Frontera*

La autovía estaba prácticamente vacía a aquellas horas. Aeris Harper apoyó una mano sobre el volante del Hyundai Kona rojo cereza mientras la primera claridad de la mañana comenzaba a desprenderse lentamente del horizonte. Todavía no había amanecido del todo. El cielo conservaba una tonalidad gris azulada que convertía los campos en manchas oscuras y las naves industriales en siluetas sin profundidad. Desde la carretera, el mundo parecía suspendido en ese territorio extraño donde la noche ya no manda, pero el día todavía no se ha presentado oficialmente.

El aire acondicionado expulsaba una corriente suave que olía a coche nuevo, aunque el vehículo ya no lo fuera. Harper siempre había pensado que algunos olores permanecían mucho más tiempo de lo razonable, aferrándose a los materiales con una obstinación casi humana. Quizá por eso los recuerdos también funcionaban así. Uno creía haber ventilado una habitación y, sin embargo, años después seguía encontrando el mismo aroma escondido en una esquina.

La llamada había llegado a las cinco y veintitrés. A las cinco y treinta y cinco había salido de la bodega. Entre ambas cosas solo habían ocurrido los movimientos necesarios: la ducha rápida, la ropa, las llaves, el teléfono, la costumbre. Después de tantos años ejerciendo de juez de instrucción, las madrugadas tenían un protocolo propio que no figuraba en ningún manual jurídico.

Antes de salir había vuelto al dormitorio, no porque necesitara nada, simplemente había regresado. Nya seguía dormida. La tenue claridad que entraba por la ventana apenas alcanzaba a dibujar parte de su rostro sobre la almohada. Dormía de lado, abrazada parcialmente a la sábana, con el cabello desordenado extendido sobre el colchón y una expresión infinitamente más joven que la que mostraba cuando estaba despierta. Harper se había quedado observándola apenas unos segundos, inmóvil junto a la puerta.

No la despertó. Jamás lo hacía cuando conseguía dormir profundamente, porque ocurría pocas veces. Mucho menos de las que ella creía que él sabía. Nya pensaba que ocultaba bien ciertas cosas. La mayoría de la gente ocultaba bien ciertas cosas. El problema de convivir con alguien durante un año era que terminabas aprendiendo los patrones invisibles: las noches en las que la encontraba despierta en la biblioteca cuando iba a beber agua, los días en que parecía especialmente cansada sin admitirlo, los sobresaltos mínimos ante determinados sonidos, la forma en que evitaba algunas conversaciones concretas sin necesidad de cambiar de tema de forma evidente, la cantidad absurda de café que consumía cuando llevaba varias noches durmiendo mal.

Harper jamás le había puesto nombre. Los diagnósticos eran cómodos porque permitían fingir que comprender algo equivalía a solucionarlo. La experiencia le había enseñado exactamente lo contrario. Solo sabía que Nya dormía poco, que a veces soñaba cosas que la dejaban agotada y que cuando conseguía descansar de verdad, él prefería proteger aquel sueño como quien protege una tregua demasiado frágil. Por eso se había limitado a observarla. Después había salido de la habitación. Y de la casa. Y ahora estaba allí, conduciendo hacia Jerez mientras el amanecer comenzaba a extenderse lentamente sobre la campiña gaditana.

La muerte tenía una curiosa capacidad para alterar los horarios de los vivos. Harper siempre lo había considerado una de las mayores muestras de poder que conservaba un cadáver. Los muertos ya no tenían obligaciones. No tenían reuniones. No tenían hipotecas. No tenían problemas de agenda. Eran los vivos quienes reorganizaban sus días alrededor de ellos: jueces, policías, forenses,

abogados, familias, periodistas. Todos terminaban girando alrededor de una ausencia. La mayoría de las personas tardaban años en adquirir semejante influencia. Los muertos la obtenían de inmediato.

La señal de Jerez apareció varios kilómetros más adelante. Harper redujo ligeramente la velocidad mientras el cielo adquiría una tonalidad más clara. A un lado de la carretera comenzaron a aparecer gasolineras todavía cerradas, polígonos industriales medio dormidos y los primeros vehículos de reparto iniciando su jornada. El mundo estaba despertando. Lentamente. Sin saber todavía que una mujer había aparecido muerta junto a unas vías ferroviarias cuarenta minutos antes.

Harper tampoco sabía gran cosa. Lo que le habían dicho por teléfono. Mujer. Treinta y pocos años. Posible suicidio. Línea férrea. Nada especialmente llamativo, ni urgente, ni extraño. Y, sin embargo, algo en la llamada le había dejado una sensación incómoda que todavía no lograba identificar.

No era intuición. Harper desconfiaba profundamente de la intuición. La mayoría de las veces no era más que información incompleta disfrazada de misticismo. Simplemente había algo. Una ligera resistencia mental. Una pequeña aspereza. Como una piedra diminuta dentro de un zapato. Todavía era incapaz de explicar por qué.

Las primeras notas de *Welcome to the Fire* comenzaron a sonar a través del bluetooth justo cuando abandonaba uno de los accesos secundarios que conectaban con la zona donde se encontraba el escenario. Harper no cambió la canción. Tampoco subió el volumen. La dejó sonar. La música ocupó el interior del coche mientras las ruedas avanzaban sobre el asfalto todavía húmedo por el rocío nocturno. Había algo casi contradictorio en aquella canción. Una energía contenida. Una tensión constante que parecía empujar hacia delante sin llegar a romper nada. No era el tipo de música que la mayoría de la gente asociaría con un juez de instrucción de cuarenta años conduciendo hacia un posible suicidio al amanecer.

A Harper nunca le habían interesado demasiado las asociaciones que la gente hacía sobre lo que debía gustarle a alguien. La experiencia también le había enseñado que las personas construían

perfiles psicológicos absurdos a partir de detalles ridículamente pequeños: la música, la ropa, la bebida, el coche, la forma de caminar. La mayoría de las veces se equivocaban.

Pensó fugazmente en el traje que había decidido no ponerse. Julio en Cádiz convertía ciertas convenciones en actos de terrorismo climático. Llevaba unos pantalones negros de hilo, una camisa blanca igualmente ligera y unos náuticos cómodos. Nada más. La toga ya tendría ocasión de arruinarle la temperatura corporal más adelante. De momento pensaba aprovechar cada minuto que le permitiera seguir sintiendo que era un ser humano y no un producto textil recalentado.

La canción continuó avanzando mientras el paisaje cambiaba poco a poco. Campos. Terreno ferroviario. Postes eléctricos. Hierba castigada por el verano. La clase de lugares que la mayoría de los ciudadanos solo contemplan desde la ventanilla de un tren y olvidan inmediatamente después. Harper, sin embargo, había aprendido que los espacios periféricos suelen ser más sinceros que los céntricos. Las ciudades se maquillan. Las afueras rara vez tienen interés en hacerlo. Por eso los cadáveres aparecen tantas veces allí. No porque sean lugares especialmente peligrosos, sino porque son lugares donde resulta más difícil fingir.

El teléfono permanecía en silencio. No habían vuelto a llamarlo. No había novedades. No había urgencias. Nada. Todo apuntaba a una mañana relativamente sencilla en una guardia cualquiera. Y precisamente eso era lo que más le molestaba. No porque creyera que hubiera algo extraño, porque no tenía motivo alguno para creerlo. Lo que le incomodaba era la facilidad con la que todos parecían haber llegado a una conclusión antes incluso de que él hubiera visto el cuerpo. Suicidio. Palabra sencilla. Palabra cómoda. Palabra que permite archivar mentalmente una muerte antes de haber empezado a entenderla.

Harper había visto suficientes suicidios reales para saber que existían. Y suficientes homicidios disfrazados para desconfiar de cualquier explicación excesivamente rápida. No estaba pensando en el caso. Todavía no. Simplemente estaba pensando en las personas.

En su necesidad desesperada de ordenar el mundo cuanto antes. De etiquetar. De clasificar. De cerrar.

La canción llegó a su estribillo cuando divisó las primeras luces policiales reflejándose a lo lejos entre la humedad del amanecer. El escenario estaba cerca. Harper bajó ligeramente el volumen. Y durante unos segundos observó el resplandor azul que parpadeaba en la distancia mientras el cielo terminaba de despertar sobre Jerez. Algo había terminado para aquella mujer. Algo estaba empezando para todos los demás. Y todavía nadie lo sabía.

La primera sensación al bajar del coche fue la humedad. No el calor. No el olor. La humedad. Aquel tipo de humedad que se adhiere a la piel antes incluso de que uno sea consciente de haber abandonado el aire acondicionado. Harper cerró la puerta del Kona y permaneció inmóvil unos segundos, observando el escenario mientras el motor terminaba de apagarse a su espalda. La música desapareció con él, dejando paso a un silencio fragmentado por conversaciones lejanas, transmisiones de radio, el zumbido constante de la instalación ferroviaria y el rumor sordo de una mañana que empezaba a ponerse en marcha.

El amanecer había terminado de imponerse sobre la noche, aunque todavía conservaba algo de su suciedad. El cielo mostraba una tonalidad gris pálida, sin dramatismo, sin belleza particular, la clase de amanecer que pasa desapercibido para cualquiera que no tenga obligación de estar despierto a esas horas. Las vías atravesaban el paisaje con una rectitud casi arrogante, prolongándose en ambas direcciones hasta perderse entre naves industriales, terreno ferroviario y manchas dispersas de vegetación castigada por el verano.

Había varios vehículos policiales estacionados junto al acceso de servicio. También una unidad de Policía Científica, una ambulancia que ya no tenía ninguna utilidad médica y un pequeño grupo de personas moviéndose alrededor de la escena con esa eficiencia discreta que suele aparecer cuando cada uno conoce exactamente cuál es su trabajo. Nadie corría. Nadie levantaba la voz. Los muertos generan urgencia en las películas. En la realidad generan procedimientos.

Harper cerró el coche con el mando y comenzó a caminar hacia el perímetro acordonado. Algunos agentes lo saludaron con un gesto de cabeza. Otros simplemente se apartaron para dejarle paso. No era cuestión de autoridad ni de jerarquía. Era costumbre. Después de tantos años trabajando con los mismos juzgados, las mismas comisarías y los mismos cuerpos policiales, uno termina formando parte del paisaje profesional de los demás. Como una señal de tráfico especialmente desagradable o una curva que obliga a reducir la velocidad.

Desde cierta distancia distinguió a Pedro. El forense estaba agachado junto al cuerpo, hablando con uno de los técnicos de científica mientras señalaba algo sobre una libreta. Tenía el mismo aspecto de siempre: ligeramente despeinado, moderadamente cansado y con la expresión resignada de quien ha aceptado hace años que la muerte insiste en aparecer a horas poco razonables.

Un poco más allá se encontraba Parra. Harper lo reconoció antes incluso de verle la cara. Algunos policías desarrollan una forma particular de ocupar el espacio. No es una cuestión física. Es una actitud. Una manera de permanecer de pie, de observar el entorno y de hablar con otras personas sin dejar nunca de vigilar lo que ocurre alrededor. Parra pertenecía a esa categoría. Estaba conversando con un hombre de mantenimiento ferroviario que Harper supuso sería quien había encontrado el cuerpo. El trabajador gesticulaba poco. Parecía agotado. También parecía desear encontrarse en cualquier otro lugar del planeta.

A unos metros de ellos, sosteniendo una carpeta contra el pecho con más fuerza de la necesaria, una mujer joven observaba discretamente todo cuanto ocurría. La nueva LAJ. Rocío Robles. Harper la había conocido apenas unos días antes. Recordaba su nombre. Recordaba su expediente. Recordaba que había llegado al juzgado con una mezcla de entusiasmo profesional y terror administrativo bastante habitual en quienes todavía conservan expectativas razonables sobre el funcionamiento de la Justicia.

La joven lo vio aproximarse y se enderezó de forma casi inmediata. Harper reprimió el impulso de suspirar. Era una reacción

frecuente. Las primeras semanas. Después solía desaparecer. O empeorar. Dependía de la persona.

El terreno crujió suavemente bajo sus náuticos mientras se aproximaba al grupo. Parra fue el primero en verlo. Y sonrió. Mala señal. Las sonrisas de los inspectores de homicidios antes de las siete de la mañana rara vez anuncian nada positivo.

—Sabía yo que nos íbamos pronto a casa —dijo Parra en cuanto estuvo a distancia de conversación—. Si la ley de eficiencia judicial funcionara como Aeris Harper, la Justicia funcionaría como un reloj suizo.

Harper lo observó unos segundos. Después miró alrededor. Las vías. La ambulancia. Los agentes. El cadáver. El amanecer. Volvió a mirar a Parra.

—Las quejas al ministro. Yo solo soy el daño colateral.

Parra soltó una carcajada breve. El trabajador ferroviario pareció agradecer que alguien hubiera introducido algo parecido a la normalidad en aquella mañana. Incluso la nueva LAJ sonrió antes de recordar que probablemente no sabía todavía si estaba permitido sonreír delante de un juez de instrucción. Harper decidió salvarla del dilema.

—Buenos días.

La joven tardó una fracción de segundo en comprender que el saludo iba dirigido a ella.

—Buenos días, señoría.

—¿Primer levantamiento?

La pregunta la pilló desprevenida.

—Sí.

—No se preocupe. La primera vez siempre parece peor antes de empezar.

—¿Y después?

—Después suele parecer peor cuando termina.

La respuesta tardó un instante en ser procesada. Parra volvió a reírse. La joven no estaba segura de si aquello era una broma. Harper tampoco parecía especialmente interesado en aclararlo. Se volvió hacia el inspector.

—¿Qué tenemos?

La transformación fue inmediata. No teatral. No exagerada. Simplemente desapareció la conversación informal y apareció el trabajo. Parra adoptó una postura ligeramente distinta. Más concentrada. Más precisa.

—Mujer. Treinta y cinco años aproximadamente. Hallada a las cinco de la mañana por un trabajador de mantenimiento ferroviario. Sin documentación visible. Sin signos aparentes de violencia. Sin indicios evidentes de participación de terceros. La primera impresión es suicidio.

La frase quedó suspendida unos segundos entre ambos. Primera impresión. Harper siempre agradecía a los policías que utilizaban expresiones prudentes. La prudencia era una virtud subestimada.

—¿Y la segunda impresión?

Parra se encogió de hombros.

—La misma.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—Las escenas sencillas nos ahorran mucho trabajo.

Parra sonrió. Conocía a Harper desde hacía demasiado tiempo. Sabía reconocer cuándo una frase significaba exactamente lo contrario de lo que parecía.

—No te gusta.

—Todavía no la he visto.

—Ya.

—Y tú ya has decidido que no me gusta.

—También llevo demasiado tiempo trabajando contigo.

Harper dejó escapar una exhalación casi imperceptible. No era una respuesta. Tampoco una negación. Simplemente siguió caminando hacia la zona donde esperaba Pedro.

Mientras avanzaba, Rocío se colocó discretamente a un lado para acompañarlo. Intentaba parecer profesional, tomar notas mentales, no mirar demasiado el cadáver. En resumidas cuentas, hacerlo todo bien. Harper la observó apenas un segundo. Recordó perfectamente aquella sensación. La primera vez que uno se enfrenta a una muerte profesionalmente suele creer que el problema es el cadáver. Con los

años descubre que el verdadero problema casi nunca es el cadáver. Son los vivos que quedan alrededor.

Frente a ellos, junto a las vías, la mujer permanecía inmóvil bajo la luz gris del amanecer. Y por algún motivo que Harper todavía no lograba explicar, la escena parecía haber sido construida exactamente para producir tranquilidad. Eso era lo que le molestaba. No el cuerpo. No la muerte. La tranquilidad. Porque la muerte rara vez se preocupa tanto por dejarlo todo en orden.

Pedro levantó la vista cuando vio aproximarse a Harper.

—Buenos días, excelencia judicial.

—Sigues vivo, veo.

—De momento. Aunque me has sacado de la cama a una hora que debería ser ilegal incluso para los jueces.

—Yo estaba durmiendo. A ti te han llamado antes.

—Siempre encuentras la forma de empeorar mis argumentos.

Harper se agachó junto al cuerpo sin responder. La conversación murió por sí sola, como ocurría a menudo cuando el trabajo ocupaba el espacio. Pedro tampoco insistió. Llevaban demasiados años coincidiendo en escenarios parecidos como para necesitar explicaciones.

La mujer descansaba sobre el margen de las vías con una serenidad que seguía resultando incómoda cuanto más tiempo la observaba. Desde cerca parecía incluso más joven que desde la distancia. El cabello oscuro, todavía húmedo por el rocío de la madrugada, se extendía parcialmente sobre las piedras. La ropa estaba limpia. No impecable, pero limpia. No había desgarros evidentes. No había barro en cantidades extrañas. No había señales visibles de arrastre.

Harper recorrió la escena con la mirada sin tocar absolutamente nada. La distancia hasta el raíl. La inclinación del terreno. La posición de los brazos. La dirección de los pies. La vegetación próxima. Los pequeños detalles. Siempre los pequeños detalles. No porque escondieran necesariamente la verdad. A veces no escondían nada. Pero los detalles eran el lenguaje natural de los escenarios. La mayoría de las personas observaban una escena buscando

respuestas. Harper observaba buscando contradicciones. Y todavía no encontraba ninguna.

A pocos metros, uno de los agentes de científica levantó la mano.

—Inspector.

Parra se acercó. Intercambiaron unas palabras breves antes de que el inspector dirigiera la vista hacia Harper.

—Hemos localizado un bolso.

Harper giró la cabeza. El bolso descansaba parcialmente oculto entre la vegetación baja, a varios metros del cuerpo. No demasiado lejos. Tampoco demasiado cerca. La clase de distancia que parecía razonable. Otra vez esa palabra. Razonable. Todo allí parecía razonable.

—¿Se ha manipulado?

—Negativo.

—Documentad posición exacta y apertura.

El agente asintió. Rocío ya había sacado la libreta. Tomaba notas con una concentración casi feroz. Harper sospechaba que todavía no era plenamente consciente de qué cosas eran importantes y cuáles no, así que probablemente estaba intentando anotarlo todo. Era una estrategia razonable. Agotadora, pero razonable.

Los técnicos fotografiaron el bolso desde varios ángulos antes de proceder a su apertura. Nadie se movió deprisa. La burocracia tiene muchos defectos, pero una escena de muerte es uno de los pocos lugares donde la lentitud suele ser una virtud. Finalmente apareció una cartera. Después documentación. Tarjetas. Algunas fotografías. Y varios objetos cotidianos cuya importancia probablemente solo conocía la persona que los llevaba encima.

El agente revisó el documento de identidad.

—Claudia Serrano Morales.

Parra tomó nota.

—Treinta y cinco años.

El nombre quedó suspendido unos segundos sobre el escenario. Hasta ese momento había sido una mujer. Ahora era una persona. Harper siempre encontraba interesante ese momento concreto. El instante en que un cadáver recupera parcialmente su identidad. Porque la muerte simplifica. Los nombres complican.

—Hay más cosas —añadió el agente.

Extrajo una fotografía doblada. No era especialmente antigua. Aparecía un bebé. Muy pequeño. Quizá unos meses. Dormía envuelto en una manta blanca mientras alguien lo sostenía fuera del encuadre.

Pedro observó la imagen.

—Madre reciente.

No era una conclusión brillante. Era una observación. Las observaciones suelen ser más útiles.

El agente siguió revisando el contenido. Pañuelos. Recibos. Una cita pediátrica. Más documentación. Nada extraño. Nada alarmante. Nada que alterara significativamente la hipótesis inicial. Parra terminó de anotar los datos y volvió la vista hacia Harper.

—Todo sigue apuntando en la misma dirección.

Harper no respondió inmediatamente. Seguía observando a Claudia Serrano. Claudia. Treinta y cinco años. Madre. Sin signos evidentes de violencia ni de intervención de terceros. Sin escenario alterado. Sin lucha. Sin caos. La muerte, presentada de aquella manera, parecía haber firmado un acuerdo de colaboración con el sentido común. Y eso era precisamente lo que empezaba a resultarle molesto.

El levantamiento se desarrolló sin incidentes. Las autorizaciones se firmaron. Los procedimientos avanzaron. Los técnicos continuaron trabajando. La ambulancia aguardó el momento de trasladar el cuerpo. Y mientras todo aquello ocurría, Harper permaneció observando. No de forma espectacular. No como los detectives de ficción. Simplemente observando.

Años atrás había descubierto que la mayoría de los errores aparecen cuando las personas sienten la necesidad de demostrar que están pensando. Los escenarios no suelen revelar nada a quien los interroga. Lo hacen con quienes tienen paciencia suficiente para escucharlos.

La posición del cuerpo encajaba. La distancia respecto a las vías encajaba. La ropa encajaba. La hora encajaba. El bolso encajaba. La documentación encajaba. Incluso la historia preliminar que comenzaba a dibujarse encajaba. Una mujer. Treinta y cinco años.

Madre reciente. Madrugada. Soledad. Vías ferroviarias. El tipo de relato que cualquier periodista sería capaz de resumir en seis líneas antes de comer. Y sin embargo.

Harper contempló nuevamente el entorno. La humedad seguía suspendida sobre el terreno. El cielo ya había abandonado los tonos nocturnos. Los primeros sonidos normales del día comenzaban a imponerse sobre los de la escena. Vehículos lejanos. Algún pájaro. El murmullo de conversaciones profesionales. La vida retomando su curso con esa indiferencia característica que siempre le había parecido una de las cualidades más brutales del mundo.

Todo encajaba. Demasiado bien. No había ninguna prueba. Ninguna teoría. Ningún indicio concreto. Ni siquiera una sospecha articulada. Solo una sensación. Una pequeña resistencia interna. Como cuando una pieza entra perfectamente en un mecanismo y, aun así, uno percibe que algo no funciona.

Parra apareció a su lado.

—¿Sigues pensando?

—Siempre.

—Error mío.

Harper permitió una sombra de sonrisa. Muy pequeña. Lo justo para demostrar que había escuchado la broma.

—¿Algo raro?

La pregunta llegó sin presión. Sin expectativas. Parra ya conocía la respuesta.

Harper observó por última vez el lugar donde había aparecido Claudia Serrano. Después negó lentamente con la cabeza.

—No.

Y era verdad. No había nada raro. Nada visible. Nada demostrable. Nada que pudiera incorporarse a un informe. Solo aquella incomodidad absurda. Aquella sensación persistente de que la escena había sido construida exactamente para que nadie hiciera preguntas.

La experiencia le había enseñado que los escenarios complicados suelen resolverse antes que los sencillos. Los complicados muestran sus grietas. Las contradicciones. Los errores. Las prisas. Los

sencillos, en cambio, tienen la desagradable costumbre de ocultarlas.

Harper observó cómo introducían el cuerpo de Claudia Serrano en la bolsa mortuoria. Después miró nuevamente las vías. Y por primera vez aquella mañana tuvo la certeza de que iba a volver. Todavía no sabía por qué. Pero iba a volver.

# CAPÍTULO TRES
## Rutinas

*Sábado, 13 de julio de 2024*
*08:32 horas*
*La Bodega. Casa de Aeris y Nya*
*El Puerto de Santa María*

Harper aparcó el Kona en el garaje de la bodega con la camisa pegada ligeramente a la espalda y la incomodidad del escenario de las vías todavía instalada en algún lugar detrás de los ojos. Había vuelto conduciendo sin música durante los últimos diez minutos, no por cansancio ni por solemnidad, sino porque el ruido empezaba a molestarle cuando necesitaba ordenar impresiones que aún no admitían forma. El motor se apagó con un suspiro breve. Al otro lado de la puerta automática, la mañana de julio ya había tomado posesión de la Ribera del Marisco con esa claridad blanca que convertía el río en una lámina viva, sucia, atravesada por reflejos rotos, por el paso lento de alguna embarcación temprana y por el graznido insolente de las gaviotas disputándose algo invisible cerca del muelle.

Al entrar en la casa, lo primero que percibió fue el café. No el olor de una cafetera recién hecha, sino el rastro de varias tazas preparadas con demasiada prisa y abandonadas a distintos grados de enfriamiento. El café viejo tenía una acidez reconocible, una nota amarga que quedaba suspendida en el aire de la planta baja incluso cuando las ventanas estaban abiertas. Harper dejó las llaves en la bandeja junto a la entrada, colocadas exactamente en el mismo sitio de siempre, y permaneció un momento quieto, escuchando. La bodega de día no se parecía a la bodega de madrugada. La luz entraba por los ventanales altos, subía por el ladrillo visto, tocaba los lomos de algunos libros de la planta superior y dejaba al descubierto

pequeñas motas de polvo que la noche había vuelto invisibles. Desde fuera llegaban el murmullo del Guadalete, un motor de barco mal ajustado, voces lejanas de alguien descargando mercancía y el chillido de una gaviota que parecía tener motivos personales contra el mundo.

No llamó a Nya. Sabía dónde estaba.

La encontró en el despacho compartido, sentada ante la mesa grande, con el portátil abierto, dos códigos extendidos a la izquierda, un temario subrayado a la derecha y una libreta llena de esquemas que solo ella habría podido descifrar sin perder media mañana en el intento. Llevaba una sudadera oscura pese al calor, el pelo recogido de cualquier manera y una pierna doblada bajo el cuerpo en una postura que más tarde le dolería y que negaría haber mantenido durante horas. En el altavoz pequeño del escritorio sonaba una versión de piano de Star Sky, de Mark Fowler, una de esas piezas que Nya llevaba semanas reproduciendo a todas horas con una insistencia que no comentaba y que Harper, por supuesto, había archivado mentalmente sin necesidad de convertirlo en conversación.

La música ocupaba el despacho con discreción. No competía con la luz ni con el sonido del río. Se quedaba debajo, acompañando el roce del bolígrafo contra el papel, el paso ocasional de una página, la respiración contenida de Nya cuando memorizaba un artículo especialmente árido o cuando volvía sobre una misma idea hasta arrancarle obediencia. Harper se apoyó en el marco de la puerta unos segundos. Ella no levantó la vista. No porque no lo hubiera oído. Nya oía demasiado. Distinguía sus pasos de los de cualquiera, distinguía cuándo abría un cajón, cuándo dejaba un vaso sobre la encimera, cuándo se quedaba parado detrás de ella calculando el modo menos invasivo de interrumpirla. Fingió no percibirlo porque estaba en mitad de un párrafo, porque si perdía el hilo tendría que empezar de nuevo, porque a veces estudiar era una forma socialmente aceptable de no hablar de nada.

Harper miró el reloj de pared sin mover la cabeza. Ocho treinta y seis. Nya se había levantado a las seis cuarenta y cinco. La cafetera lo confirmaba antes que cualquier confesión. Una taza en el

fregadero, otra junto al temario, otra a medio terminar cerca del teclado, la marca húmeda de una cuarta sobre la encimera. A las siete ya debía de estar sentada allí. No era difícil reconstruirlo. Había dejado el dormitorio sin hacer ruido, habría bajado en calcetines, habría puesto café, habría abierto el temario con esa disciplina suya que parecía admirable desde fuera y mucho más inquietante cuando una persona vivía lo bastante cerca como para ver el coste. La noche anterior se había acostado cerca de las cuatro. Él había recibido la llamada a las cinco y veintitrés, y cuando salió, ella seguía dormida, o haciendo una imitación convincente del sueño, que en Nya a veces era casi lo mismo.

Menos de tres horas. Otra vez.

Harper no dijo nada.

Entró en el despacho, retiró con naturalidad la taza vacía que estaba demasiado cerca del portátil y la sustituyó por el vaso de agua que ella había dejado intacto al otro lado de la mesa. Nya hizo una anotación en el margen del tema, subrayó una frase con rotulador verde y solo entonces levantó los ojos hacia él. Tenía la mirada limpia de quien ha dormido poco y ha decidido seguir funcionando por pura insolencia. La piel demasiado pálida bajo la luz de la mañana. Una pequeña marca de almohada en la mejilla que no había desaparecido todavía.

—Has vuelto pronto —dijo.

—La muerte ha sido razonablemente eficiente.

—Qué detalle por su parte.

La voz de Nya salió baja, algo ronca, todavía sin terminar de pertenecer al día. Harper dejó la taza vacía sobre una bandeja, bajó apenas la persiana lateral porque el reflejo empezaba a caer sobre las páginas del código y abrió la ventana superior del despacho un palmo. Entró aire del río, caliente ya, con olor a agua quieta, gasoil y sal vieja. Nya lo observó hacer todo aquello sin apartar el bolígrafo del papel.

—Me has movido el vaso.

—Estaba lejos.

—A una distancia perfectamente asumible para una persona con brazos.

—No he querido arriesgarme a un incidente anatómico antes de las nueve.

Nya soltó una risa pequeña, más aire que sonido, y volvió al temario. Harper se quedó junto a la mesa el tiempo justo para mirar la disposición de los apuntes. Administrativo. Constitucional. Penal. Jurisprudencia impresa. Una pestaña abierta con una sentencia del Supremo. Otra con un foro de opositores que Nya juraba no leer nunca y que aparecía en su historial con la frecuencia de una mala adicción. En la esquina inferior derecha de la libreta había dibujado varias líneas sin sentido, garabatos hechos durante una lectura difícil o durante un momento en que la cabeza había intentado escapar del texto.

El piano de Mark Fowler siguió llenando el despacho, más cálido ahora con la ventana abierta. Nya había descubierto aquel artista en Spotify semanas atrás y desde entonces lo reproducía como quien vuelve al mismo banco de una plaza porque ahí la sombra cae de una manera concreta. Harper no le había preguntado por qué. Tampoco hacía falta. Las rutinas de Nya siempre tenían una raíz, aunque ella las presentara como casualidades. Un tipo de café. Una sudadera determinada. Una pieza de piano repetida hasta desgastarla. Un sitio exacto de la mesa desde el que el mundo parecía obedecer un poco más.

—¿Has desayunado? —preguntó él.

Nya pasó una página.

—Café.

—Eso no es desayunar.

—Es una postura ideológica.

—Es una úlcera con vocabulario.

Ella marcó una línea con el dedo para no perder el punto de lectura.

—¿Vienes de levantar un cadáver y me vas a dar la charla nutricional?

Harper miró las tazas, la botella de agua intacta, el paquete de galletas cerrado desde hacía dos días y una manzana que había empezado a arrugarse en el frutero del despacho con una dignidad deprimente. Luego miró a Nya. Ella no le sostuvo la mirada

demasiado tiempo. Volvió al texto, subrayó una frase que no necesitaba subrayar y escribió algo en la libreta con una letra un poco más inclinada de lo habitual.

—No —dijo él—. Voy a hacer tostadas.

—No tengo hambre.

—No te he preguntado.

Nya resopló, pero no discutió. Esa era una de las formas en que Harper sabía que el cansancio estaba haciendo más trabajo del que ella admitiría. Cuando tenía energía, discutía con precisión, elegía sus palabras como cuchillos pequeños y convertía un asunto doméstico en una cuestión de principios. Cuando estaba agotada, protestaba lo justo para conservar la dignidad y permitía que él invadiera el margen práctico de su vida sin llamarlo cuidado.

Harper salió hacia la cocina mientras Star Sky seguía sonando en el despacho. No cerró la puerta.

La cocina de la bodega recibía la luz de julio con una falta absoluta de pudor. Los muebles claros, la piedra de la encimera, los azulejos restaurados cerca del fregadero y las plantas que Nya había colocado junto a la ventana parecían demasiado despiertos para una casa donde alguien había dormido menos de tres horas. Harper puso pan en la tostadora, sacó aceite, tomate, un plato pequeño, un cuchillo, y abrió la nevera con la concentración de un hombre que no estaba preparando comida sino corrigiendo una desviación del sistema. Había queso fresco, fruta cortada, yogures, sobras de la noche anterior y un táper con pasta que Nya olvidaría hasta que desarrollara vida independiente si nadie intervenía. Eligió lo que sabía que ella aceptaría sin convertir el desayuno en una negociación constitucional.

Mientras el pan se tostaba, escuchó desde la cocina el murmullo del piano, el paso de una página, la punta del bolígrafo golpeando dos veces contra la mesa. Nya hacía eso cuando memorizaba. Dos golpes suaves. Pausa. Otros dos. A veces, de madrugada, Harper se despertaba y oía ese sonido desde la planta superior, repetido en la biblioteca, en el despacho común o en cualquier rincón donde ella hubiera decidido sentarse para no volver a la cama. Al principio había pensado que sería temporal. Después dejó de pensarlo.

Algunas conductas no desaparecen porque una casa cambie, ni porque la persona que duerme al lado sea distinta, ni porque el peligro real se haya desplazado a otro sitio. El cuerpo tiene una memoria grosera. Aprende tarde y olvida peor.

Sacó el pan antes de que se quemara. Nya odiaba el pan quemado y luego lo comía igual, arrancando las partes negras con una paciencia irritante en lugar de meter otra rebanada. Harper trituró el tomate, añadió aceite, una pizca de sal, cortó algo de fruta y colocó todo en una bandeja. No añadió nada dulce. A esas horas ella lo apartaría. Tampoco preparó más café. Le llenó el vaso de agua hasta arriba y dejó una botella pequeña junto al plato. Si se lo decía, Nya no bebería. Si se lo ponía delante, tal vez sí, aunque solo fuera por no darle la satisfacción de tener razón.

Volvió al despacho y dejó la bandeja en una esquina despejada de la mesa, lo bastante cerca para que tuviera que verla y lo bastante lejos para que no pudiera acusarlo de invadir el temario. Nya miró el plato, luego a él, luego el plato de nuevo.

—Qué agresividad.

—Tomate y aceite. El horror.

—Hay fruta.

—La he puesto para intimidarte.

Nya giró el bolígrafo entre los dedos. Tenía ojeras leves, de esas que no aparecen de una noche mala sino de una suma de noches mal resueltas. Harper se fijó en la uña del pulgar, mordida en un borde, y en la forma en que el pie derecho se movía bajo la mesa con un ritmo demasiado rápido para la calma aparente del resto del cuerpo. Ella cogió la tostada sin entusiasmo, le dio un mordisco pequeño y volvió a mirar los apuntes antes de terminar de masticar.

—Te estás convirtiendo en una señora de pueblo.

—Tengo cualidades.

—En cualquier momento vas a empezar a envolverme filetes en papel de aluminio.

—Eso exige una planificación que respeto profundamente.

La boca de Nya se curvó apenas. No levantó la vista, pero la tensión de los hombros cedió un poco. Harper se sentó en la otra silla del despacho, no frente a ella, sino en diagonal, donde no le

bloqueaba la luz ni la obligaba a establecer una conversación completa. Había aprendido esa geometría con el tiempo. A Nya había que acercarse por los laterales cuando estaba atrincherada en el estudio o en su propia cabeza. De frente se defendía. Desde un lado, a veces dejaba sitio.

En la mesa, el temario abierto hablaba de plazos, actos administrativos, recursos, competencias, nulidades. La letra impresa tenía esa neutralidad antipática de los textos que creen estar por encima de la vida. Nya había llenado los márgenes de flechas, abreviaturas, ejemplos y comentarios sarcásticos diminutos. Uno de ellos decía: «esto lo escribió alguien sin amigos». Harper lo leyó sin tocar la hoja.

—¿Desde las siete?

Nya se llevó el vaso de agua a la boca con una lentitud sospechosa.

—Más o menos.

—Lo tomaré como un sí.

—Eres insufrible, ¿lo sabes?

—También.

Bebió dos tragos. No los suficientes. Harper decidió aceptarlo como una victoria provisional. La música cambió de movimiento dentro de la misma pieza, o quizá fue el altavoz ajustando mal el volumen. El piano sonó un poco más cercano, más brillante, y durante unos segundos ninguno dijo nada. Por la ventana entraba la luz del río y se quedaba sobre los papeles, sobre el borde del plato, sobre los dedos de Nya apoyados en la libreta. La casa tenía ruidos pequeños de mañana habitada: una tubería, madera dilatándose, una gaviota fuera, el motor lejano de una embarcación. Nada extraordinario. Precisamente por eso costaba tanto no mirarlo.

—No me has preguntado por las vías —dijo Harper.

Nya no respondió enseguida. Subrayó una palabra, cerró el tapón del rotulador y lo dejó junto a otros tres, perfectamente alineados de mala manera, si tal cosa era posible.

—Estaba esperando a que dejaras de vigilar si mastico.

—Puedo hacer ambas cosas.

—Sí. Esa es una de tus múltiples taras funcionales.

Harper apoyó la espalda en la silla. La camisa de hilo ya empezaba a perder la pulcritud con que había salido de casa, arrugada en los antebrazos, abierta en el primer botón. Nya le miró la ropa un instante, quizá el rastro de humedad en el cuello, quizá el cansancio discreto que él no se molestaba en esconder del todo allí dentro.

—¿Suicidio? —preguntó ella.

La palabra cayó sobre la mesa sin dramatismo. Afuera, una gaviota chilló con una indignación ridícula. Harper miró el plato. Había comido media tostada. No estaba mal.

—Eso parece.

—Qué frase más poco tuya.

—Es una frase prudente.

—No. Es una frase de alguien que no quiere decir todavía que no.

Nya volvió al temario, pero ya no estaba leyendo. Harper lo supo por la ausencia del bolígrafo. Cuando Nya leía de verdad, la mano siempre trabajaba. Subrayaba, marcaba, corregía, discutía con el texto. Ahora el bolígrafo descansaba entre sus dedos sin moverse.

—Treinta y cinco años —dijo él—. Claudia Serrano Morales. Madre de un bebé. Encontraron el bolso cerca del cuerpo. Documentación, cita pediátrica, objetos personales. Sin signos evidentes de violencia. Sin pelea. Sin nada llamativo.

Nya guardó silencio un momento demasiado largo para ser casual.

—Qué limpio.

Harper levantó la vista. Ella seguía mirando el papel.

—No he dicho eso.

—No. Lo has puesto todo encima de la mesa para que lo diga yo.

El piano de Mark Fowler continuó llenando el despacho. La melodía, que en otro contexto habría parecido expansiva, casi luminosa, allí adquiría una cualidad más seca, más contenida, encajada entre códigos, tostadas, café frío y una mujer muerta cuyo nombre acababa de entrar en la casa sin pedir permiso. Nya cogió otro trozo de tostada y lo sostuvo sin comerlo.

—¿Qué no te gusta?

Harper no contestó al momento. Desde la cocina llegó un sonido leve, probablemente la nevera ajustando temperatura. Le molestó fijarse en eso. Le molestó porque significaba que estaba evitando ordenar una respuesta. No tenía una. No una que mereciera el nombre de respuesta.

—Todo encaja.

Nya lo miró entonces.

—Eso debería gustarte.

—A veces.

—Pero no hoy.

Harper bajó la vista hacia los apuntes, hacia el comentario diminuto sobre el redactor sin amigos, hacia la botella de agua que ella seguía sin tocar de nuevo. Había pasado menos de una hora desde que vio el cuerpo de Claudia Serrano junto a las vías, y la escena seguía allí, intacta, demasiado serena. El bolso. La documentación. La ausencia de señales. La posición. La manera en que todos habían aceptado la palabra suicidio con el alivio de quien encuentra una etiqueta y la pega antes de que la realidad se mueva.

—Hoy no —dijo.

Nya dejó la tostada en el plato. No preguntó más. A veces sabía callarse de una forma que no tenía nada que ver con rendirse.

Harper permaneció sentado a su lado mientras Star Sky seguía sonando en el altavoz del despacho, y durante unos minutos la mañana volvió a parecer una mañana cualquiera en la bodega: libros, café, agua intacta, temarios abiertos, luz de julio sobre el Guadalete y dos personas que habían aprendido a cuidar del otro sin decir casi nunca lo que estaban haciendo.

La conversación murió durante unos minutos. No de forma incómoda. La mayoría de las conversaciones entre Harper y Nya terminaban entrando y saliendo del silencio con una naturalidad que habría puesto nerviosa a mucha gente. La casa seguía llena de pequeños sonidos: el roce de una página, una gaviota particularmente agresiva al otro lado del río, el rumor lejano de una embarcación maniobrando cerca del muelle. Star Sky continuaba sonando desde el altavoz, deslizándose por el despacho sin reclamar

protagonismo, como si hubiera encontrado su lugar exacto entre los libros, los apuntes y la luz blanca de julio.

Nya volvió al temario. O al menos volvió a mirarlo. Harper observó cómo sus ojos recorrían una página durante varios segundos sin detenerse realmente en ninguna línea. Después pasó la hoja. Luego volvió a la anterior. Encontró el párrafo que buscaba y lo leyó por tercera vez.

No dijo nada.

La mayoría de las personas creen que ocultar el cansancio consiste en no mencionar que están cansadas. Nya pertenecía a esa categoría. Harper llevaba tiempo sabiendo que el agotamiento tiene una gramática propia. Aparece en detalles pequeños. En las veces que alguien relee el mismo párrafo. En las llaves olvidadas sobre una mesa. En el café que se enfría porque la persona ha olvidado que lo preparó. En una respuesta que tarda dos segundos más de lo habitual.

Nya cogió el vaso de agua. Bebió. Lo dejó exactamente donde estaba. Harper decidió no celebrar la victoria.

—¿Qué hora era cuando te acostaste?

La pregunta llegó sin énfasis. Como si hablara del tiempo. Nya siguió mirando el temario.

—No lo sé.

—Lo sabes.

—Las tres y media.

Harper levantó una ceja. Ella continuó leyendo.

—Las cuatro.

—Ajá.

—No empieces.

—No he empezado nada.

—Llevas treinta segundos preparando una réplica.

Harper apoyó los brazos sobre la mesa.

—Simplemente intento averiguar qué sistema horario utilizas para que tres horas de sueño parezcan suficientes.

—El mismo que utilizan los opositores.

—Eso explica muchas cosas.

—No las que tú crees.

Nya pasó otra página. La música siguió avanzando. Durante unos segundos pareció que la conversación había terminado. Harper conocía esa maniobra. Nya también.

—¿Pesadillas?

Ella tardó un instante en responder. No fue mucho. Lo justo.

—Alguna.

—¿Alguna o varias?

—Harper.

—Nya.

Ella cerró el código jurídico con más fuerza de la necesaria. No un golpe. Pero casi.

—Estoy bien.

La frase quedó flotando sobre la mesa. Harper observó la cubierta del código. Después la miró a ella. No discutió. No porque estuviera de acuerdo. Porque conocía perfectamente el recorrido de aquella conversación. Si insistía demasiado, Nya levantaría murallas. Si fingía no verlo, la dejaría sola con ello. La única opción útil era permanecer cerca.

Aquella había sido una de las primeras cosas que aprendió sobre ella. No necesitaba que la rescataran. Necesitaba que alguien siguiera allí cuando terminara de convencerse de que no hacía falta rescatarla.

Por eso cambió de tema. O aparentó hacerlo.

—Anoche te encontré en la biblioteca.

Nya levantó la vista.

—¿A qué hora?

—Dos y cuarto.

—No estaba haciendo nada.

—Estabas leyendo.

—Eso cuenta como no hacer nada.

—Había seis libros abiertos.

—Estaba comparando fuentes.

—Había una novela.

Nya guardó silencio.

—Dos novelas.

Ella intentó contener una sonrisa. No lo consiguió del todo.

—Eran relevantes.

—Naturalmente.

—Una de ellas sí.

—¿Y la otra?

—Me gustaba la portada.

Harper asintió con absoluta seriedad.

—Un criterio académico impecable.

La sonrisa apareció unos segundos más claramente esta vez. Pequeña. Breve. Después desapareció. Porque el cansancio seguía allí. Porque el temario seguía allí. Porque las noches seguían siendo demasiado largas. Y porque ambos sabían que estaban hablando de libros cuando en realidad estaban hablando de cualquier otra cosa.

Harper observó la libreta. La letra de Nya se había vuelto más irregular conforme avanzaba la mañana. No mucho. Lo suficiente. Volvió a fijarse en el bolígrafo detenido entre sus dedos. En la forma en que movía la pierna bajo la mesa. En los segundos de más que tardaba en responder algunas preguntas.

Y recordó una noche concreta de hacía apenas dos semanas.

Había despertado cerca de las cuatro. No por un ruido. Por ausencia de ruido. Nya no estaba en la cama. La encontró sentada en el suelo de la biblioteca, junto a una de las estanterías más alejadas, leyendo con una manta sobre los hombros y una taza de café que llevaba tanto tiempo allí que ya estaba fría. Ella había dicho que no tenía sueño. Él había dicho que de acuerdo. Y se había sentado a su lado. Ninguno habló del motivo real. Tampoco aquella noche. Ni ahora.

Fue Nya quien volvió al caso. No porque quisiera. Porque la conversación había terminado regresando allí por sí sola.

—¿Cómo se llamaba?

Harper tardó un segundo en entender la pregunta.

—Claudia Serrano Morales.

Nya repitió el nombre mentalmente. Se notó. Algunas personas hacen listas. Otras memorizan. Nya archivaba.

—Treinta y cinco años.

—Aproximadamente.

—Y un bebé.

—Sí.

Ella apoyó el codo sobre la mesa. La música seguía sonando. El Guadalete seguía avanzando más allá de los ventanales. La mañana continuaba desarrollándose con una normalidad casi ofensiva.

—¿Y nadie vio nada?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Carta?

—No.

—¿Testigos?

—No.

—¿Cámaras?

—No lo sé aún.

Nya asintió lentamente. Después volvió a mirar el temario. No leyó una sola palabra.

—No te gusta.

Harper se quedó observándola.

—¿Qué?

—El caso.

—Acabo de volver.

—Precisamente.

La respuesta le arrancó una sombra de sonrisa. Muy leve. Muy Harper.

—Esa lógica es jurídicamente discutible.

—No estoy haciendo derecho ahora.

—Ya me había dado cuenta.

Nya giró el bolígrafo entre los dedos.

—¿Qué pasa?

Harper permaneció callado unos segundos. No estaba buscando una respuesta brillante. No tenía ninguna. Lo irritante era precisamente eso. Que no tenía nada. Ni pruebas. Ni contradicciones. Ni indicios. Ni una observación concreta a la que agarrarse. Solo aquella sensación. Aquella pequeña piedra mental que seguía ahí.

—Todo encaja.

—Eso ya me lo has dicho.

—Lo sé.

—¿Y?

Harper miró hacia el río. Un barco pequeño avanzaba lentamente por el Guadalete. La estela se abría detrás de él durante unos segundos antes de desaparecer.

—No me gustan las cosas que encajan demasiado rápido.

—Eso es porque te dedicas profesionalmente a desconfiar.

—Es posible.

—Es literalmente tu trabajo.

—También.

Nya apoyó la barbilla sobre la mano. Lo observó. No al juez. No al instructor. A Harper.

—¿Qué es lo que no encaja?

—Nada.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé.

El silencio volvió a instalarse entre ambos. Nya bajó la vista hacia el temario. Harper hacia la mesa. La música continuó avanzando. Y Claudia Serrano permaneció allí, invisible y presente al mismo tiempo, ocupando una silla vacía entre ellos sin que ninguno necesitara mencionarla de nuevo.

Porque algunas historias empiezan exactamente así. No con una pista. No con una revelación. Ni siquiera con una sospecha. Empiezan con una incomodidad. Con una sensación difícil de explicar. Con la impresión persistente de que alguien ha ordenado demasiado bien una habitación antes de marcharse.

Nya terminó la tostada mucho después de que dejara de estar caliente. Harper no comentó nada. Tampoco comentó que la botella de agua estuviera ya por la mitad ni que hubiera conseguido que desayunara sin convertirlo en una negociación diplomática. Algunas victorias eran más útiles cuando nadie las señalaba.

La mañana siguió avanzando alrededor de ellos. Los apuntes continuaban sobre la mesa. El temario seguía abierto. El Guadalete reflejaba destellos blancos al otro lado de los ventanales. Nada especialmente importante estaba ocurriendo y, precisamente por eso, Harper se permitió permanecer allí unos minutos más antes de regresar al juzgado.

Nya garabateó una anotación en el margen de una sentencia.

—¿Te vas a quedar observándome estudiar?

—Estoy valorando si es legal.

—Debería denunciarte por acoso académico.

—Lo archivaría.

—Corrupción judicial.

—Eficiencia procesal.

Ella soltó una risa breve. Harper la observó apenas un segundo.

Ocho meses antes apenas estaban aprendiendo a acercarse el uno al otro sin romper nada. Ahora compartían una cama, una casa enorme, una biblioteca imposible y una cantidad preocupante de cafés. Las cosas importantes seguían siendo complicadas. Las pequeñas, en cambio, se habían vuelto fáciles.

Nya estiró una mano por encima de los apuntes y le rozó los dedos. Un gesto mínimo. Casi distraído. Harper cerró la mano sobre la suya durante unos segundos antes de soltarla.

No dijeron nada. Tampoco hacía falta. La relación entre ellos nunca había funcionado especialmente bien con los discursos. Funcionaba mejor con los silencios. Con la convivencia. Con la certeza tranquila de encontrar al otro exactamente donde esperaba encontrarlo.

Harper terminó por ponerse en pie. Tenía trabajo. Informes. Llamadas. Un juzgado entero esperando que volviera a comportarse como una persona razonable. Nya ya había regresado al temario. O lo intentaba. Porque llevaba varios minutos leyendo la misma página.

Cuando Harper llegó a la puerta del despacho se detuvo.

—¿Sabes qué es lo que no me gusta?

Nya levantó la vista.

—¿El qué?

Harper permaneció unos segundos mirando el río a través de los ventanales.

—Que si alguien me hubiera pedido diseñar un suicidio para que nadie hiciera preguntas… probablemente habría acabado pareciéndose mucho a éste.

La frase quedó suspendida en el despacho. Nya dejó el bolígrafo sobre la mesa. Ya no miraba el temario. Miraba a Harper.

—Eso es una barbaridad.

—Lo sé.

—No tienes nada.

—Lo sé.

—Ni una sola prueba.

—Lo sé.

Ella apoyó los brazos sobre la mesa.

—Entonces deja de pensar como un juez.

Harper sonrió apenas.

—Ese ha sido siempre mi principal defecto.

Nya abrió la boca para responder algo. No llegó a hacerlo. Porque ambos sabían que el problema no era una teoría. Ni una prueba. Ni una hipótesis. Era Harper. Y la forma en que funcionaba su cabeza cuando algo empezaba a molestarle.

Harper abandonó el despacho. La música siguió sonando. El río continuó avanzando hacia el mar. Y Nya permaneció varios segundos mirando la puerta por la que acababa de salir antes de volver lentamente la vista hacia el nombre que había escrito en una esquina de la libreta.

Claudia Serrano Morales.

Ya no estaba pensando en oposiciones.

# CAPÍTULO CUATRO
## La Puerta

*Sábado, 13 de julio de 2024*
*11:25 horas*
*Urbanización Montealto*
*Jerez de la Frontera*

A las once y media de la mañana el verano ya había tomado posesión de la ciudad. El calor no era todavía insoportable, pero había dejado claro cuáles eran sus intenciones para el resto del día. El asfalto comenzaba a desprender esa vibración tenue que difumina los contornos más lejanos, las fachadas blancas devolvían la luz con una intensidad incómoda y los pocos árboles que sobrevivían entre aparcamientos, glorietas y zonas peatonales proyectaban sombras pequeñas que parecían insuficientes para todo el mundo. Desde el interior del vehículo policial, el aire acondicionado libraba una batalla desigual contra julio mientras el tráfico avanzaba con esa lentitud resignada de media mañana, cuando los colegios ya han cerrado sus puertas, los funcionarios han empezado a mirar el reloj y las cafeterías sirven los últimos desayunos a quienes llegaron demasiado tarde para llamarlo desayuno y demasiado pronto para llamarlo aperitivo.

Parra conducía con una mano apoyada sobre el volante y la otra descansando cerca de la palanca de cambios. Llevaba años recorriendo las mismas calles y había desarrollado una habilidad curiosa para circular sin prestar demasiada atención consciente al trayecto. Los giros, los semáforos y las incorporaciones parecían ocurrir por memoria muscular mientras su cabeza permanecía ocupada en otras cosas. Aquella mañana, sin embargo, no estaba pensando en Claudia Serrano. Todavía no. Pensaba en la

conversación que inevitablemente iba a tener dentro de unos minutos.

Había descubierto hacía tiempo que los cadáveres le resultaban más sencillos que las familias. Los cadáveres no hacían preguntas. No lloraban. No se derrumbaban. No te miraban intentando encontrar una explicación que tú tampoco tenías. Los cadáveres eran trabajo. Los vivos eran otra cosa.

A su lado, ocupando el asiento del copiloto, Sergio Cárdenas observaba la ciudad a través de la ventanilla con una expresión cansada que empezaba a convertirse en permanente. Tenía treinta y cuatro años, siete menos que Parra, y una hija de cinco meses que había transformado su relación con el sueño en una negociación humillante y desigual. Durante los últimos meses había aprendido que una persona puede seguir funcionando con cantidades ridículas de descanso siempre que el organismo renuncie previamente a cualquier expectativa razonable de bienestar.

Llevaba un café de máquina apoyado entre las piernas. El tercero de la mañana. Probablemente el cuarto si contaban el que había abandonado a medias en comisaría. No estaba seguro. La paternidad reciente había convertido el tiempo en una sustancia extraña. Los días se mezclaban unos con otros. Las noches desaparecían. A veces despertaba convencido de que seguía trabajando cuando en realidad estaba en casa. Otras veces ocurría justo lo contrario.

Parra lo observó de reojo.

—Tienes cara de llevar una semana muerto.

—Cinco meses.

—¿Sigue sin dormir?

—Duerme perfectamente.

—Ah.

—El problema es que decide hacerlo en horarios incompatibles con la civilización.

Parra dejó escapar una sonrisa breve. Sergio bebió un poco de café y torció el gesto inmediatamente después.

—Esto sabe a delito.

—Por eso lo sirven en dependencias oficiales.

—Algún día alguien va a denunciaros.

—Algún día alguien demostrará que el café de comisaría vulnera varios convenios internacionales.

Durante unos segundos ninguno habló. La conversación murió con naturalidad. No porque existiera tensión entre ellos. Todo lo contrario. Los compañeros que trabajan juntos durante años terminan aprendiendo que los silencios no necesitan ser rellenados constantemente.

Fuera, la ciudad seguía avanzando. Una mujer empujaba un carrito de bebé por una zona peatonal. Dos adolescentes cruzaban la avenida sin mirar el semáforo. Un repartidor descargaba cajas frente a una farmacia. La vida ordinaria. La misma vida ordinaria que iba a romperse dentro de pocos minutos al final de una calle cualquiera.

Sergio observó otro carrito infantil mientras pasaban junto a un parque. No pudo evitarlo. Desde que nació Lucía los veía en todas partes. Carritos. Pañaleras. Juguetes. Sillas infantiles. Niños dormidos sobre hombros agotados. Era como si la paternidad hubiera instalado un filtro nuevo sobre el mundo.

—¿Sabes qué es lo peor de estas visitas? —preguntó.

Parra no respondió inmediatamente. Conocía la pregunta. Todos los policías terminaban haciéndosela alguna vez.

—Depende.

—No.

—Entonces ya conoces la respuesta.

Sergio apoyó la cabeza contra el respaldo. Durante unos segundos observó el techo del vehículo.

—Lo peor es que siempre imaginas la puerta antes de llegar.

Parra asintió. Porque era verdad. La puerta. Siempre la puerta. Nunca sabían exactamente quién iba a abrir. Nunca sabían qué iban a encontrar al otro lado. Pero siempre imaginaban la puerta. Y siempre deseaban equivocarse de dirección.

El navegador anunció el siguiente giro. Parra redujo la velocidad. La urbanización apareció unos metros más adelante, limpia, ordenada y perfectamente normal. La clase de lugar donde uno espera encontrar bicicletas, reuniones de vecinos y discusiones por

plazas de aparcamiento. No tragedias. No cadáveres junto a unas vías. No llamadas de la Policía Nacional a media mañana.

Sergio miró la pantalla de la tablet donde aparecían los datos de Claudia Serrano. Treinta y cinco años. Madre reciente. Una fotografía tomada para el documento nacional de identidad. Nada más. Una vida entera reducida a unas pocas líneas administrativas. Apagó la pantalla. Y por primera vez desde que salieron de comisaría deseó estar en cualquier otro sitio.

A unos cientos de metros de allí, una puerta seguía cerrada. Y detrás de ella, alguien todavía vivía en el mundo anterior.

La urbanización era exactamente el tipo de lugar que nadie recuerda cuando piensa en una tragedia. Los edificios no tenían nada de particular. Cuatro alturas, fachadas claras castigadas por el sol de Andalucía y pequeños jardines comunitarios donde las adelfas sobrevivían como podían al verano. Había coches aparcados en batería, bicicletas infantiles apoyadas junto a algunos portales y varias terrazas donde todavía permanecían tendidas las toallas de la playa del día anterior. Nada destacaba. Nada llamaba la atención.

Parra detuvo el vehículo frente al bloque indicado en el informe. Durante unos segundos ninguno de los dos se movió. El motor permaneció encendido. El aire acondicionado siguió funcionando. La radio emitía en voz baja una conversación deportiva que ninguno estaba escuchando realmente.

Sergio observó el edificio. Después la tablet. Después volvió a mirar el edificio. Como si esperara encontrar alguna diferencia entre ambos. No la había. Solo un portal. Una dirección. Una familia.

—Nunca parece el sitio correcto —murmuró.

Parra apagó el motor. El silencio llenó inmediatamente el interior del coche.

—Porque si pareciera el sitio correcto, nos preocuparíamos más.

Sergio dejó escapar una exhalación lenta. A pocos metros, una mujer empujaba un carrito de bebé por la acera mientras hablaba por teléfono. Un hombre regaba varias macetas en una terraza del primer piso. Alguien reía detrás de una ventana abierta. La vida seguía funcionando con absoluta normalidad. Era precisamente eso

lo que resultaba tan incómodo. Que el mundo nunca se detiene para esperar a una tragedia.

Parra abrió la puerta del vehículo. El calor entró de golpe.

—Vamos.

Sergio asintió. Salieron del coche. Cerraron las puertas. Y comenzaron a caminar hacia el portal donde vivía Claudia Serrano.

A cada paso, la distancia física disminuía. La otra distancia, la importante, seguía intacta. Porque detrás de aquella puerta todavía había alguien que no sabía que su vida acababa de partirse en dos.

El portal olía a producto de limpieza reciente y a calor acumulado. No era un olor desagradable. Era el olor de los edificios habitados. De los ascensores utilizados demasiadas veces al día. De los felpudos húmedos cuando alguien friega la escalera. De las vidas corrientes desarrollándose unas encima de otras sin prestar demasiada atención a los vecinos del rellano.

Parra y Sergio subieron hasta la segunda planta sin hablar. El ascensor era pequeño y antiguo, de esos que parecen tardar más de la cuenta en cada trayecto aunque probablemente no sea verdad. Sergio observó cómo los números luminosos cambiaban lentamente sobre la puerta metálica. Primera planta. Segunda planta. Después llegó el silencio.

El rellano estaba vacío. Una puerta frente a ellos. Un número. Nada más.

Parra había perdido la cuenta de cuántas veces se había encontrado exactamente en aquella situación. Sin embargo, jamás había conseguido acostumbrarse a esos segundos previos. Había algo profundamente violento en lo que iban a hacer. No porque fueran a gritar. No porque fueran a irrumpir en una vivienda. Ni siquiera porque fueran a detener a nadie. La violencia estaba precisamente en lo contrario. En llamar educadamente. En esperar. En sonreír si era necesario. En pronunciar unas pocas frases cuidadosamente escogidas. Y destruir una vida.

Porque eso era lo que ocurría realmente. Al otro lado de aquella puerta alguien seguía viviendo en un mundo donde Claudia Serrano estaba viva. Dentro de unos minutos ese mundo desaparecería para siempre.

Parra observó el número una última vez. Después llamó. No muy fuerte. Lo justo.

Esperaron. Ningún sonido. Ningún movimiento.

Parra volvió a llamar. Esta vez escucharon algo. Pasos. Lentos. Arrastrados. El ruido de una cerradura.

La puerta se abrió.

El hombre que apareció al otro lado llevaba una camiseta gris y un pantalón corto de deporte. Tendría alrededor de cuarenta años, quizá alguno menos. El cabello oscuro estaba despeinado de una forma que no parecía estética sino consecuencia directa del agotamiento. Tenía ojeras marcadas, barba de dos días y esa expresión ligeramente desconectada de quien ha dormido poco y mal durante demasiado tiempo.

Parra supo inmediatamente que era Álvaro. No porque lo reconociera físicamente. Porque tenía exactamente el aspecto que esperaba encontrar. Un hombre que acababa de llegar de trabajar. Un padre reciente. Alguien que todavía estaba intentando cambiar de marcha mentalmente para entrar en el fin de semana.

—¿Sí?

Su voz sonó ronca. Cansada. Detrás de él se veía parte del salón. Un sofá. Una televisión apagada. Una manta abandonada sobre uno de los reposabrazos. La luz de la mañana entrando por un ventanal abierto. Una vivienda normal. Una vida normal.

Parra mostró la placa.

—Buenos días. Policía Nacional.

El hombre frunció ligeramente el ceño. No parecía preocupado todavía. Solo confundido.

—¿Ha ocurrido algo?

Parra intercambió una mirada rápida con Sergio. Aquel era siempre el momento más difícil. Porque todavía existía una salida. Todavía podían decir cualquier otra cosa. Una citación. Una consulta. Un trámite. Todavía no habían pronunciado las palabras que cerrarían todas las demás posibilidades.

—¿Es usted Álvaro Ortiz?

—Sí.

—¿Marido de Claudia Serrano?

Algo cambió. Muy poco. Pero cambió. La mayoría de las personas lo percibían antes de entenderlo. Una alteración mínima en la respiración. Una tensión nueva en los hombros. Un movimiento involuntario de los ojos. Como si el cuerpo llegara antes que la razón a una conclusión terrible.

—Sí.

La respuesta ya no sonó igual. Parra sostuvo su mirada. No prolongó la espera. Había aprendido que retrasar una noticia así nunca ayuda a nadie.

—Señor Martín, necesitamos hablar con usted.

El silencio que siguió duró apenas unos segundos. Pero resultó inmenso.

Álvaro no respondió inmediatamente. Observó a los dos policías. Después volvió a mirar la placa. Y finalmente preguntó:

—¿Qué ha pasado?

La pregunta salió casi en un susurro. Como si una parte de él ya conociera la respuesta y estuviera intentando negociar unos segundos más de ignorancia. Parra sintió la mirada de Sergio a su lado. Sintió el calor del rellano. El zumbido lejano de una televisión en otro piso. El ruido de una cisterna descargándose en alguna vivienda vecina. La normalidad continuando a escasos metros.

Y entonces habló.

—Esta madrugada ha aparecido una mujer junto a las vías ferroviarias de Jerez.

Álvaro dejó de moverse. Literalmente. Como si alguien hubiera pulsado una pausa invisible.

—Hemos encontrado documentación a nombre de Claudia Serrano.

La sangre desapareció de su rostro.

—No.

La palabra salió sola. Instintiva. Inmediata.

—No.

Parra no dijo nada. No intentó corregirlo. No intentó suavizarlo. Porque la negación siempre llega primero. Siempre.

Álvaro negó con la cabeza una vez. Después otra. Cada vez más rápido.

—No. No. No puede ser.

Miró detrás de él. Hacia el interior de la vivienda. Como si esperara verla aparecer desde el pasillo. Desde la cocina. Desde cualquier rincón. Como si la realidad pudiera corregirse sola.

—No puede ser.

Su voz empezó a romperse.

—Claudia estaba…

Se interrumpió. Parpadeó. Intentó ordenar algo dentro de su cabeza.

—Claudia estaba con su madre.

Parra frunció ligeramente el ceño. Aquello no figuraba todavía en el informe.

—¿Con su madre?

Álvaro asintió. Estaba respirando demasiado deprisa.

—Todos los viernes. Siempre. Deja a la niña con su madre los viernes. Yo trabajo de noche. Ella se queda allí muchas veces para no estar sola con la niña. He llegado hace diez minutos. Todavía no… todavía no…

La frase murió. El bombero se llevó una mano a la boca. Miró a los dos policías. Y por primera vez comprendió que aquello no era una confusión administrativa. No era un error. No era una equivocación de identidad.

Parra observó cómo la comprensión se instalaba lentamente en su rostro. Era una de las cosas más terribles que había presenciado en su carrera. No el llanto. No los gritos. Ese momento. El instante exacto en que una persona deja de luchar contra la noticia y empieza a entenderla.

Álvaro retrocedió un paso. Después otro. La puerta quedó completamente abierta. Y el mundo anterior desapareció.

La conversación continuó durante varios minutos más, aunque más tarde ninguno de los tres habría sido capaz de reconstruirla con precisión. Parra respondió preguntas. Las mismas preguntas que aparecen siempre. Preguntas que nacen del dolor, no de la lógica. ¿Están seguros? ¿Podría tratarse de otra persona? ¿Había documentación? ¿La han identificado visualmente? ¿Dónde está ahora? Cada respuesta parecía abrir una herida nueva. Porque las

respuestas tienen esa mala costumbre: convierten las posibilidades en realidad.

Álvaro terminó sentado en el sofá. No porque alguien se lo sugiriera. Porque las piernas dejaron de sostenerlo con normalidad. La vivienda permanecía exactamente igual que cuando abrió la puerta. La televisión seguía apagada. La manta continuaba arrugada sobre el reposabrazos. Una taza descansaba sobre la mesa baja del salón. La luz de julio seguía entrando por las ventanas. Todo permanecía en su sitio. Todo excepto el mundo.

Parra observó una fotografía colocada sobre un mueble cercano. Claudia aparecía sonriendo. Sostenía a un bebé envuelto en una manta azul mientras un hombre, probablemente Álvaro, los abrazaba desde atrás. Era una fotografía corriente. Feliz. Tan corriente y feliz que resultaba difícil asociarla con el cuerpo inmóvil que había visto aquella mañana junto a las vías.

La tragedia rara vez anuncia su llegada. Ése era uno de los mayores problemas. La mayoría de las personas salen de casa convencidas de que volverán. Y casi siempre tienen razón. Hasta que dejan de tenerla.

—El niño está con mi suegra.

La frase apareció de repente. Álvaro seguía mirando algún punto indeterminado del suelo. No parecía dirigirse a nadie en concreto.

—Siempre se queda allí los viernes.

Parra no respondió.

—Tengo que llamarla.

Su voz se quebró ligeramente.

—Tengo que decirle que…

La frase murió antes de completarse. Durante unos segundos el silencio ocupó el salón. Un silencio pesado. Irregular. Humano.

Sergio apartó la mirada. Pensó en Lucía. Cinco meses. Pensó en la última vez que la había tenido dormida sobre el pecho mientras él luchaba por mantenerse despierto en el sofá. Pensó en el olor de la cabeza de un bebé. Pensó en lo rápido que alguien puede convertirse en padre. Y en lo imposible que resulta prepararse para dejar de ser marido.

Parra se puso en pie. No porque quisiera marcharse. Porque ya no podía hacer nada más.

Aquella era la parte más cruel de todas las comunicaciones de fallecimiento. La noticia se entrega en cuestión de segundos. Las consecuencias permanecen durante años.

—Le dejaremos una tarjeta con los datos del grupo —dijo con suavidad—. Si necesita cualquier cosa, cualquier información o cualquier aclaración, puede llamarnos a cualquier hora.

Álvaro asintió. No parecía haber escuchado realmente. La mente ya estaba en otro lugar. Intentando comprender algo que todavía no aceptaba.

Parra dejó la tarjeta sobre la mesa. Después él y Sergio caminaron hacia la puerta. Nadie los acompañó. Nadie se despidió. Algunas despedidas pertenecen a los vivos. Otras no.

Cuando salieron al rellano, el calor del edificio les golpeó de nuevo. La puerta permaneció abierta detrás de ellos. Desde dentro no llegaban gritos. Ni llantos. Ni sonidos dramáticos. Solo silencio. Un silencio mucho más inquietante.

Parra esperó unos segundos antes de comenzar a bajar las escaleras. Sergio lo siguió. Ninguno habló hasta llegar a la calle.

La urbanización seguía exactamente igual que media hora antes. Los vecinos caminaban. Los coches circulaban. Las terrazas continuaban abiertas. La ciudad seguía avanzando con absoluta indiferencia.

Sergio miró una última vez hacia el edificio. Después exhaló lentamente.

—Harper tenía razón.

Parra abrió la puerta del coche.

—¿Sobre qué?

—Los muertos son la parte fácil.

Parra permaneció unos segundos observando la fachada. Pensó en Claudia Serrano. Pensó en Álvaro. Pensó en la llamada que todavía estaba pendiente. La de la abuela. La del bebé. La de todos los que aún no sabían que aquella mañana también iba a partirles la vida por la mitad.

—Sí —dijo finalmente—. Siempre lo son.

Y por primera vez desde que encontraron el cadáver junto a las vías, el caso dejó de parecer un procedimiento.

Ahora era una familia.

# CAPÍTULO CINCO
## Cambio de planes

*Sábado, 13 de julio de 2024*
*17:32 horas*
*La Bodega. Casa de Aeris y Nya*
*El Puerto de Santa María*

La guardia terminó exactamente igual que terminan la mayoría de las guardias que no acaban ocupando titulares: entre papeles, conformidades y una cantidad deprimente de estupidez humana perfectamente documentada. Durante el resto de la mañana y buena parte de la tarde, Aeris Harper había firmado diligencias, resuelto incidencias, escuchado versiones contradictorias de hechos absurdamente simples y contemplado cómo varias personas dedicaban una energía admirable a complicarse la existencia por cantidades de dinero que apenas justificaban la discusión. Hurtos menores. Peleas que ya ni sus protagonistas recordaban con precisión. Un quebrantamiento de condena tan previsible que parecía haber sido redactado por alguien sin imaginación. Abogados cansados. Funcionarios pendientes del reloj. Policías deseando terminar informes. La maquinaria habitual de la justicia funcionando con esa mezcla de rutina y resignación que solo adquieren las instituciones después de muchos años viendo exactamente los mismos errores con nombres diferentes.

Nada relacionado con Claudia Serrano había avanzado un solo centímetro. Tampoco esperaba que lo hiciera. Era demasiado pronto. La autopsia aún no había comenzado. Los informes tardarían días. Las entrevistas llegarían después. La investigación apenas había dado sus primeros pasos. Sin embargo, mientras resolvía asuntos completamente ajenos a aquella muerte, la imagen de las vías

regresaba una y otra vez a su cabeza con la persistencia de una melodía mal recordada.

No era una obsesión. Harper conocía las obsesiones. Había visto demasiadas. Aquello se parecía más a una ecuación que se negaba a cerrarse correctamente. Una operación sencilla cuyo resultado parecía correcto y, aun así, producía una incomodidad difícil de justificar. Todo encajaba. La escena. La posición del cuerpo. La ausencia de signos evidentes de violencia. La historia preliminar que empezaba a dibujarse alrededor de Claudia. Todo encajaba. Y precisamente por eso seguía molestándole.

A las cinco cerró el último expediente, guardó varios documentos en el maletín de cuero y abandonó el juzgado sin mirar atrás. La sensación continuó acompañándolo hasta el aparcamiento, pero por primera vez en todo el día decidió ignorarla deliberadamente. Claudia Serrano seguiría muerta dentro de una hora. La investigación seguiría allí por la mañana. Y, por una vez, Harper pensaba concederse unas horas lejos de ambos.

La luz de la tarde transformaba la bodega. Había algo en el sol de finales de julio que conseguía volver irreales incluso los lugares más conocidos. El ladrillo antiguo adquiría tonalidades anaranjadas, la madera parecía más cálida y los ventanales devolvían reflejos dorados que se deslizaban lentamente por el suelo a medida que avanzaban las horas. Desde el exterior llegaba el murmullo constante del Guadalete, mezclado con el graznido ocasional de alguna gaviota y el ruido lejano de un motor navegando hacia la desembocadura. No era silencio exactamente. Era algo mejor. El tipo de ruido que solo existe en los lugares donde uno se siente en casa.

Harper redujo la velocidad antes de entrar en el garaje. La puerta se cerró detrás del Kona con un sonido amortiguado. Durante unos segundos permaneció sentado observando cómo la luz del atardecer se filtraba por las cristaleras superiores de la bodega. Había días en los que aquel lugar todavía le sorprendía. No porque fuera especialmente lujoso ni espectacular, sino porque resultaba difícil asociarlo con la vida que ambos llevaban apenas un año atrás.

Nya había heredado aquella bodega de su tío Rafael, el hermano de Antonio, años atrás. Durante años había permanecido cerrada,

acumulando polvo, humedad y recuerdos. Después, tras empezar su relación con Harper, llegaron las obras. Poco más de tres meses de reformas, de arquitectos, permisos, albañiles, electricidad, carpintería y discusiones sobre detalles absurdamente específicos que solo parecen importantes cuando uno está construyendo un hogar. Y ahora allí estaba. Una biblioteca que ocupaba toda la planta superior. Dos despachos independientes. Un despacho compartido. Un patio interior. Un garaje. Un dormitorio enorme. Miles de libros. Y suficiente espacio para que dos personas acostumbradas a la soledad aprendieran a convivir sin invadirse.

Harper cogió el maletín y entró en la casa. El olor fue lo primero que lo recibió. Papel. Café. Madera. El leve aroma salino que llegaba desde el río cuando las ventanas permanecían abiertas. Después llegaron los sonidos. El ventilador del techo. Alguna embarcación alejándose. El roce de una página al pasar. Y entonces sonrió. Porque ya sabía exactamente dónde estaba Nya.

No necesitó buscarla. Ni llamarla. Ni recorrer la casa. Simplemente lo supo.

Subió la escalera que conducía a la biblioteca y la encontró donde esperaba encontrarla. Sentada en una de las mesas largas del ala este. Rodeada de libros. Otra vez.

La biblioteca ocupaba toda la planta superior de la bodega. Sin tabiques. Sin divisiones. Un espacio diáfano donde las estanterías ascendían hasta el techo y los pasillos entre libros parecían multiplicarse con la luz del atardecer. Desde allí arriba podía verse parte del río a través de los ventanales, así como los tejados cercanos y el movimiento lento de las embarcaciones.

Nya ni siquiera levantó la vista cuando él apareció. Estaba leyendo. O quizá releyendo. Con ella nunca era fácil distinguir ambas cosas. Tenía varios códigos abiertos sobre la mesa, una libreta cubierta de anotaciones, el portátil encendido y dos bolígrafos colocados en paralelo con una precisión sospechosa. La sudadera negra que llevaba por la mañana seguía puesta a pesar de que cualquier persona razonable se habría derretido dentro de ella hacía horas.

Harper observó la escena durante unos segundos. Después observó el reloj. 17:45. Nya había empezado a estudiar a las siete de la mañana. La matemática era sencilla. Y preocupante. Sobre la mesa seguían acumulándose varias tazas de café. La botella de agua estaba casi llena. El plato donde había dejado el desayuno por la mañana permanecía apartado a un lado. Vacío, al menos. Aquello ya era una mejora.

La luz dorada del atardecer caía directamente sobre una parte de la mesa, iluminando parte de su cabello y dibujando reflejos anaranjados sobre las páginas abiertas. Desde allí parecía tranquila. Serena incluso. Pero Harper conocía la diferencia entre tranquilidad y agotamiento funcional. Llevaba meses observándola. Demasiados meses. Y sabía reconocer cuándo estaba forzando la máquina.

Nya subrayó una frase. Escribió algo en la libreta. Pasó una página. Y solo entonces habló.

—Llevas tres minutos mirándome.

Harper dejó el maletín junto a una estantería.

—Cuatro.

—Eso es preocupante.

—Tú llevas casi once horas estudiando.

Ahora sí levantó la vista. Y por la expresión que puso, Harper supo inmediatamente que acababa de encontrar el punto exacto donde iba a empezar la siguiente discusión. Lo cual, curiosamente, era justo lo que pretendía.

Nya sostuvo su mirada durante unos segundos antes de volver a bajar la vista hacia los apuntes.

—Me quedan dos temas.

—Llevas diciendo eso desde abril.

—Es una oposición. Los temas se reproducen.

Harper avanzó hasta la mesa. No parecía enfadado. Ni preocupado. Ni especialmente interesado en discutir. Era peor. Parecía haber tomado una decisión. Se detuvo junto a ella, observó el código abierto delante de sus ojos y pasó una página al azar. Después otra. Después cerró el libro. Simplemente lo cerró. Con calma. Sin brusquedad.

El golpe sordo de las tapas resonó sobre la mesa.

Nya levantó la vista inmediatamente.

—Harper.

Él cogió el siguiente manual. Lo cerró también.

—Harper.

Después bajó la pantalla del portátil. La biblioteca quedó en silencio. Solo el ventilador girando lentamente sobre sus cabezas y el ruido lejano del río entrando por las ventanas abiertas.

—Ya está bien por hoy.

Nya lo observó con una mezcla de incredulidad y resignación.

—Ése no es un argumento jurídico válido.

—No estamos en el juzgado.

—Tengo una oposición dentro de ocho meses.

—Y un sistema nervioso dentro de tu cuerpo.

—Eso ha sonado sorprendentemente emocional para ser tú.

Harper apoyó una mano sobre la mesa.

—Has estudiado desde las siete de la mañana.

—He parado para desayunar.

—Porque te obligué.

—Eso es discutible.

—No especialmente.

Nya dejó escapar una exhalación larga. No porque estuviera enfadada. Porque sabía que estaba perdiendo. Lo sabía desde el momento en que Harper había cerrado el primer libro. Cuando él tomaba una decisión de ese tipo no lo hacía impulsivamente. Antes observaba. Calculaba. Esperaba. Y cuando finalmente actuaba, significaba que llevaba horas llegando a la misma conclusión.

—Podría estudiar un rato más.

—Podrías.

—Y debería.

—Probablemente.

—Entonces…

—No vas a hacerlo.

La respuesta llegó con una tranquilidad absoluta. Sin autoridad. Sin imposición. Como si estuviera describiendo el tiempo.

Nya entrecerró los ojos.

—A veces eres desesperante.

—Lo sé.

—Lo peor es que lo sabes.

—También lo sé.

Durante unos segundos permanecieron mirándose. Después, muy despacio, Nya se reclinó en la silla. Por primera vez en todo el día. El gesto parecía insignificante. Pero Harper vio inmediatamente cómo desaparecía parte de la tensión acumulada en sus hombros. Como si alguien hubiera aflojado una cuerda demasiado estirada.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

La sombra de una sonrisa apareció en la comisura de la boca de Harper. Pequeña. Peligrosa.

—Ahora vas a recordar que tienes vida fuera del Código Penal.

—Eso suena agotador.

—Lo superarás.

Y por primera vez desde que había regresado a la bodega, la sensación de Claudia Serrano se alejó unos pasos de su cabeza. No había desaparecido. Seguía allí. Esperando. Pero podía esperar hasta el día siguiente.

-*.*-

La discusión terminó exactamente como terminaban la mayoría de las discusiones entre ellos: sin que ninguno reconociera formalmente la victoria del otro y con Harper consiguiendo lo que quería de todas formas.

Una hora después ambos habían pasado por la ducha, abandonado la bodega y cruzado el puente en dirección a San Fernando mientras el sol comenzaba lentamente a perder intensidad sobre la bahía. El aire seguía siendo cálido, pero ya no tenía la agresividad de las horas centrales del día. Desde ciertos puntos del trayecto podía verse el agua extendiéndose a ambos lados de la carretera, brillante bajo la luz de la tarde, salpicada de embarcaciones pequeñas y aves que parecían suspendidas sobre las corrientes.

Bahía Sur estaba razonablemente lleno. Familias. Adolescentes. Parejas. Gente que simplemente mataba las últimas horas de la

tarde antes de regresar a casa. La clase de normalidad que siempre le había gustado a Harper precisamente porque no exigía nada.

Caminaron sin prisa. Sin rumbo especialmente definido. Entrando en tiendas. Saliendo de otras. Comentando libros que ninguno pensaba comprar. Discutiendo sobre la utilidad real de ciertos objetos que claramente existían porque alguien había conseguido convencer a la humanidad de que los necesitaba.

Nya terminó saliendo de una tienda de informática con un ordenador nuevo bajo el brazo después de que Harper le recordara que el anterior llevaba meses amenazando con jubilarse cada vez que intentaba abrir más de tres pestañas simultáneamente.

—Funciona perfectamente.

—Esta mañana tardó siete minutos en abrir un PDF.

—Es un ordenador reflexivo.

—Es un fósil tecnológico.

—Tiene personalidad.

—Tiene síntomas.

Después llegaron dos sudaderas para Nya. Dos camisas ligeras para Harper. Una conversación absurda sobre cuál de los dos era más difícil de convencer para comprarse ropa. Y varias risas que ninguno de los dos habría sabido explicar después.

En algún momento Nya anunció que iba al baño. Harper asintió. Esperó a que desapareciera entre la gente. Y cambió discretamente de dirección.

La tienda estaba exactamente donde recordaba. Tardó menos de tres minutos. Conocía incluso la estantería. Esencias de la India. Sándalo. Jazmín. Canela. Vainilla. Cogió varias cajas. Las mismas que Nya elegía siempre. No porque ella se lo hubiera pedido. Porque llevaba meses observándolo. La forma en que respiraba cuando encendía uno. La forma en que sus hombros descendían unos centímetros después. La manera en que la habitación parecía resultar menos hostil cuando aquel aroma ocupaba el espacio.

Pagó. Guardó la bolsa dentro de otra más grande. Y regresó antes de que Nya volviera.

Ella nunca llegó a enterarse. Al menos no aquella tarde.

La compra terminó en un supermercado. Carne para la plancha. Lechuga. Tomates. Queso. Pan. Una botella de vino. Nada sofisticado. Nada especialmente romántico. Solo ingredientes suficientes para preparar una cena sencilla en casa.

Porque había noches en las que la felicidad se parecía mucho más a una bolsa de la compra compartida que a cualquier gesto espectacular. Y aquella, pensó Harper mientras caminaban hacia el aparcamiento bajo la luz dorada del atardecer, iba a ser una de ellas.

# CAPÍTULO SEIS
## Esencias de la India

*Sábado, 13 de julio de 2024*
*20:32 horas*
*La Bodega. Casa de Aeris y Nya*
*El Puerto de Santa María*

Cuando regresaron a la bodega, el sol ya había comenzado a esconderse detrás de los edificios del otro lado del río. La luz que entraba por los ventanales había dejado de ser dorada para adquirir ese tono cobrizo y suave que dura apenas unos minutos antes de desaparecer por completo. Desde el Guadalete llegaba una brisa ligera que movía las cortinas abiertas de la cocina y arrastraba el olor del agua mezclado con sal, madera húmeda y verano. Las gaviotas seguían discutiendo sobre los tejados cercanos como si tuvieran asuntos importantes que resolver.

Nya dejó las bolsas sobre la isla de la cocina. Harper hizo lo mismo. Durante unos segundos contemplaron la compra. Nya fue la que rompió el silencio.

—Hemos comprado comida para unas seis personas.

—Hemos comprado queso.

—Eso no contradice mi argumento.

—El queso nunca sobra.

—Eso tampoco.

Harper sacó la tabla de cortar. Nya abrió la nevera. Y, sin necesidad de hablarlo, ambos empezaron a moverse por la cocina con la naturalidad de quienes llevan meses compartiendo espacio.

Aquello era algo que todavía sorprendía a Harper de vez en cuando. No la convivencia. La facilidad. Durante años había vivido solo. Demasiados años. La soledad tiene ventajas prácticas. Todo

permanece donde uno lo deja. Nadie altera rutinas. Nadie invade espacios. Nadie obliga a modificar costumbres. También tiene inconvenientes. Uno de ellos es olvidar que compartir una vida puede resultar sencillo cuando se hace con la persona adecuada.

Nya cortaba tomates mientras él preparaba la plancha. Ella abría el vino. Él sacaba los platos. Ella protestaba porque había comprado demasiado queso. Él ignoraba la protesta porque ambos sabían que era mentira. La conversación saltaba de un tema a otro sin dirección aparente: un libro que habían visto aquella tarde, un hombre que casi se lleva por delante una columna mirando el móvil, una discusión absurda escuchada en una tienda de informática, las gaviotas, los turistas, la temperatura. Cualquier cosa. Todo menos oposiciones, juzgados y sobre todo, menos Claudia Serrano.

La carne comenzó a chisporrotear sobre la plancha. El olor llenó rápidamente la cocina. Nya se apoyó sobre la encimera con una copa de vino entre las manos mientras observaba a Harper concentrado en algo tan aparentemente trascendental como darle la vuelta a unos secretos ibéricos.

—Tienes cara de estar instruyendo un procedimiento.

—Estoy cocinando.

—La diferencia es mínima.

—La carne no suele recurrir mis decisiones.

—Eso es porque aún no ha conocido a tus abogados.

Harper levantó la vista. Ella sonreía. Y por algún motivo aquella imagen consiguió hacer desaparecer parte del ruido acumulado durante el día. No completamente. Nunca completamente. Pero lo suficiente.

La cena terminó servida sobre la mesa larga que daba al río. No encendieron ninguna luz durante un rato. No la necesitaban. La claridad residual del atardecer seguía entrando por los ventanales y dibujaba reflejos suaves sobre la madera, sobre las copas de vino y sobre las estanterías lejanas de la biblioteca superior.

Comieron despacio. Sin prisas. Como dos personas que no tienen ningún sitio al que llegar. La conversación continuó derivando hacia asuntos cada vez más insignificantes. Y precisamente por eso más importantes. Nya le contó una anécdota absurda de la universidad.

Harper confesó que había utilizado una sentencia del Tribunal Supremo para sujetar una mesa coja durante casi una semana antes de darse cuenta. Ella se rio tanto que terminó derramando parte del vino. Él sostuvo que aquello demostraba una falta de respeto institucional inadmisible. Ella respondió que el Supremo llevaba años sobreviviendo a cosas peores. Y durante varios minutos ninguno habló porque seguían riéndose.

Era una escena tan normal que habría resultado insoportable para cualquiera que necesitara emociones fuertes para sentirse vivo. A Harper le parecía perfecta. Porque había aprendido algo durante el último año. Las personas no construyen una vida juntas a partir de los grandes acontecimientos. La construyen a partir de cenas como aquella. De bromas privadas. De conversaciones sin importancia. De compras en Bahía Sur. De una botella de vino compartida frente al río. De descubrir, un día cualquiera, que el lugar donde termina la jornada coincide exactamente con el lugar donde uno quiere estar.

Cuando terminaron de cenar, Nya recogió los platos. Harper abrió otra vez la botella. Y durante unos segundos ambos permanecieron en silencio observando el Guadalete oscurecerse al otro lado de los cristales. No era un silencio incómodo. Era uno de esos silencios raros que solo aparecen cuando dos personas ya no sienten la necesidad de llenarlo.

Y quizá por eso funcionaban. No porque se parecieran. No porque pensaran igual. Ni siquiera porque se entendieran siempre. Funcionaban porque ninguno exigía al otro convertirse en alguien distinto para ser querido. Y eso, descubrió Harper mientras observaba el río avanzar lentamente hacia la noche, era mucho más raro de encontrar que cualquier historia de amor.

La cena terminó sin prisas. Nya recogió los platos mientras Harper guardaba la botella de vino y ordenaba la cocina con esa eficiencia silenciosa que aplicaba a cualquier tarea, desde una instrucción judicial hasta colocar vasos en un armario. La noche había terminado de caer sobre el Guadalete y las ventanas abiertas dejaban entrar una brisa suave que mitigaba parcialmente el calor acumulado durante el día.

—Voy a subir un momento —dijo Harper.

Nya levantó la vista desde el fregadero.

—¿Tengo que preocuparme?

—Probablemente.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Era una advertencia.

Ella negó con la cabeza y siguió lavando una tabla de cortar.

Harper desapareció escaleras arriba. No tardó mucho. Dos minutos. Quizá tres. El tiempo suficiente.

Cuando Nya terminó de recoger la cocina, apagó las luces de la planta baja y comenzó a subir hacia la biblioteca. La casa estaba en silencio. No un silencio vacío, sino ese otro más amable que aparece al final de los días buenos, cuando ya no queda nada urgente que hacer y las horas dejan de exigir cosas.

Atravesó parte de la biblioteca. La luz estaba apagada. Los libros permanecían sumidos en penumbra. Y entonces lo notó. El aroma. Suavemente. Antes incluso de llegar al dormitorio. Antes incluso de ver la puerta abierta. Se detuvo. Respiró una segunda vez. Y sonrió.

Esencias de la India. Sándalo. El mismo. Siempre el mismo.

Nya continuó caminando despacio. La habitación estaba iluminada únicamente por la luz tenue de las lámparas de las mesillas. Una de las ventanas permanecía abierta. El ventilador giraba lentamente sobre sus cabezas, moviendo el aire cálido de la noche. Sobre una cómoda de piedra, junto a la pared, el pequeño inciensario desprendía una columna fina de humo que ascendía hacia el techo antes de desaparecer.

Harper estaba sentado al borde de la cama, hojeando distraídamente un libro. Levantó la vista al verla entrar.

—Has encendido incienso.

—Observación correcta.

—Muy gracioso.

—Gracias.

Nya se acercó al inciensario. El aroma era exactamente el que recordaba. No parecido. No similar. Exactamente ése. La clase de detalle que la mayoría de la gente no habría retenido. La clase de detalle que Harper llevaba meses almacenando en algún rincón de la cabeza sin comentarlo jamás.

—¿Cuándo los has comprado?

Harper pasó una página.

—Mientras estabas en el baño.

La respuesta llegó con absoluta naturalidad. Como si no tuviera importancia. Como si aquello no significara nada. Nya observó unos segundos el humo ascendiendo lentamente. Después volvió la vista hacia él. Y comprendió algo que ya sospechaba desde hacía tiempo.

Harper veía mucho más de lo que decía. Muchísimo más.

La diferencia era que nunca utilizaba ese conocimiento como un arma. Nunca para controlar. Nunca para dirigir. Nunca para exigir. Simplemente observaba. Y recordaba. Porque le importaba.

—Eres raro.

—Lo sé.

—Mucho.

—También lo sé.

Nya se acercó a la cama. Harper dejó el libro a un lado. Durante unos segundos ninguno habló. El humo del incienso seguía elevándose lentamente desde el inciensario de piedra, dibujando formas cambiantes bajo la luz cálida de las lámparas. La noche respiraba al otro lado de las ventanas abiertas. Desde el río llegaba una corriente suave de aire que apenas conseguía mover las cortinas.

Harper tomó el teléfono que descansaba sobre la mesilla. Buscó algo. Pulsó la pantalla. Y unos segundos después los primeros acordes de Cinnamon Girl comenzaron a extenderse por la habitación.

Nya sonrió inmediatamente.

—Sabías que iba a reconocerla.

—Era una apuesta bastante segura.

La música llenó el espacio sin imponerse. Como el incienso. Como la luz tenue. Como tantas cosas importantes que no necesitan llamar la atención para estar presentes.

Harper se puso en pie. Y entonces se acercó a ella. Despacio. Sin prisas. Como hacía casi todo lo que realmente le importaba. Nya sintió una de sus manos buscar la suya. Los dedos se entrelazaron con una naturalidad que ya no necesitaba aprendizaje. Ni

explicaciones. Ni permiso. Habían pasado demasiadas cosas juntos para eso.

Durante un instante permanecieron simplemente así, observándose en silencio mientras la canción avanzaba alrededor de ellos. Harper levantó la otra mano y apartó un mechón de cabello de su rostro. Un gesto pequeño. Sencillo. Pero Nya conocía bien aquella forma de tocar. La delicadeza casi obsesiva con la que él trataba todo aquello que consideraba valioso.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada.

—Mentira.

Una sombra de sonrisa apareció en la comisura de los labios de Harper.

—Te has reído más hoy.

La respuesta la tomó por sorpresa. Porque era exactamente el tipo de observación que él hacía. Las que nadie más parecía registrar. Nya sostuvo su mirada unos segundos. Y después fue ella quien acortó la distancia.

El beso llegó despacio. Sin urgencia. Sin necesidad de demostrar nada. La clase de beso que solo existe cuando dos personas ya conocen todos los caminos posibles para llegar hasta el otro. El calor de julio permanecía suspendido en la habitación. La música seguía sonando. El incienso continuaba consumiéndose lentamente. Y por primera vez en mucho tiempo Nya sintió cómo algo dentro de ella dejaba de resistirse. No al deseo. A la calma. A la posibilidad de descansar.

Harper apoyó la frente contra la suya. La respiración de ambos terminó encontrando el mismo ritmo. La mano de Harper descendió por la curva de su espalda, deteniéndose en la cintura como si quisiera memorizarla una vez más. El roce era lento. Tranquilo. Sin urgencia. Como casi todo lo importante entre ellos.

Nya apoyó una mano sobre su pecho. Sentía los latidos bajo la tela ligera de la camisa. Regulares. Firmes. Extrañamente tranquilizadores. La música continuaba llenando la habitación mientras el humo del incienso ascendía en espirales perezosas hacia

el techo. El aire olía a sándalo. A verano. A noche abierta sobre el río.

Harper volvió a besarla. Y después otra vez. Sin hambre. Sin precipitación. Como si el objetivo no fuera llegar a ninguna parte. Como si el propio camino fuese suficiente.

Aquello era algo que Nya había tardado meses en comprender de él. Harper no parecía vivir el amor como una conquista. Ni como una necesidad. Ni como una batalla. Lo vivía como observación. Como presencia. Como una forma extraordinariamente atenta de permanecer junto a alguien.

La atrajo hacia sí. Sus frentes se rozaron. Sus respiraciones terminaron mezclándose. Y durante unos segundos permanecieron simplemente así, escuchando la canción, el ventilador girando sobre sus cabezas y el rumor lejano del Guadalete al otro lado de las ventanas.

Harper cerró los ojos. No porque quisiera dejar de verla. Porque precisamente estaba sintiendo algo que pocas veces se permitía sentir.

Paz.

Una paz sencilla. Doméstica. Profundamente humana. La misma que encontraba algunas mañanas cuando despertaba antes que ella y descubría que había conseguido dormir una noche entera. La misma que aparecía cuando la escuchaba reírse de algo absurdo. La misma que sentía cada vez que Nya olvidaba durante unos minutos que el mundo podía ser un lugar hostil.

Porque esa era la verdad que nunca decía en voz alta. El placer no estaba únicamente en la cercanía. Ni siquiera en el deseo. Estaba en verla descansar. En verla segura. En verla dejar de luchar.

Nya apoyó la cabeza contra su hombro. Y Harper comprendió que llevaba todo el día intentando apartar a Claudia Serrano de su cabeza. Las vías. La sensación incómoda. La ecuación mal resuelta. Todo seguía allí. Esperándolo. Pero en aquel instante, mientras el humo del incienso continuaba elevándose lentamente y Cinnamon Girl se derramaba por la habitación, decidió permitirse unas horas de tregua. Solo unas horas.

Porque había aprendido algo durante el último año. Hay personas que llegan a tu vida y la cambian. Y después están las pocas capaces de convertirla en hogar. Nya pertenecía a la segunda categoría. Y quizá por eso Harper la abrazó un poco más fuerte. No para retenerla. Para agradecer que estuviera allí.

Fuera, el Guadalete seguía avanzando hacia la noche. Dentro de la habitación, el mundo parecía haberse reducido a aquella luz tenue, a aquella canción y a la certeza sencilla de que ninguno de los dos necesitaba ser otra persona para quedarse. Y, durante unas horas, eso fue suficiente.

La canción había terminado hacía tiempo. El incienso se consumía lentamente en el inciensario de piedra, reducido ya a una línea fina de ceniza gris que amenazaba con derrumbarse sobre sí misma en cualquier momento. El ventilador seguía girando sobre sus cabezas con la misma constancia tranquila de siempre. Fuera, el Guadalete avanzaba en la oscuridad. Invisible desde la cama. Presente de todos modos.

La habitación estaba casi a oscuras. Solo quedaba encendida una de las lámparas de la mesilla. La suficiente para dibujar sombras suaves sobre las paredes y convertir la estancia en algo parecido a un refugio.

Nya dormía. De verdad. No medio dormida. No fingiendo descansar. No tumbada con los ojos cerrados mientras su cabeza seguía funcionando a una velocidad absurda. Dormida. Profundamente dormida. Apoyada contra él. Con una mano descansando sobre su pecho. La respiración lenta. Regular. Sin sobresaltos. Sin tensión. Sin esa inquietud silenciosa que a veces aparecía incluso cuando conseguía conciliar el sueño.

Harper observó el techo durante unos segundos. Después bajó la vista hacia ella. Y permaneció así. Sin hacer nada. Simplemente observándola. No porque estuviera preocupado. No aquella noche. No porque temiera que fuera a desaparecer en cuanto apartara los ojos. Aquello habría sido propio de otra persona. Harper solo estaba contemplando algo que sabía extraordinariamente raro.

Paz.

Porque la conocía. Había aprendido a conocerla mejor de lo que probablemente Nya imaginaba. Sabía cuándo había dormido mal aunque insistiera en negarlo. Sabía cuándo estaba agotada. Sabía cuándo llevaba demasiado tiempo estudiando. Sabía cuándo estaba fingiendo encontrarse mejor de lo que realmente estaba. Sabía cuándo las pesadillas habían regresado. Y sabía que noches como aquella ocurrían pocas veces.

Por eso las apreciaba. No como quien contempla algo frágil. Sino como quien comprende el valor real de algo difícil de conseguir.

Harper deslizó una mano sobre su cabello. Despacio. Sin despertarla. Nya emitió un pequeño sonido ininteligible y se acomodó un poco más contra él. La reacción hizo aparecer una sonrisa mínima en la comisura de sus labios. Apenas visible. La clase de sonrisa que nadie veía nunca. Porque casi nunca había nadie mirando.

Pensó en Claudia Serrano. Pensó en las vías. Pensó en aquella sensación persistente que seguía sin abandonarlo del todo. La ecuación mal resuelta. La piedra dentro del zapato. La pregunta sin formular. Todo seguía allí. Esperándolo. Y seguiría allí por la mañana.

Pero también sabía otra cosa. Las investigaciones terminaban. Los casos terminaban. Las guardias terminaban. Los expedientes terminaban. Incluso los peores días acababan convirtiéndose en recuerdos. Lo único que realmente le importaba conservar estaba allí. Dormido entre sus brazos. Respirando acompasadamente contra su pecho.

Harper nunca había sido especialmente bueno poniendo nombre a determinadas emociones. La mayoría de las personas necesitaban pronunciarlas. Él no. Le bastaba con reconocerlas. Y reconocía perfectamente aquella. No era pasión. No era deseo. No era siquiera felicidad. Era algo mucho más profundo. La necesidad tranquila de que alguien esté bien. De que tenga una vida larga. De que encuentre motivos para reírse más veces. De que algún día consiga dormir sin luchar contra sus propios recuerdos.

Y si para conseguirlo hacían falta meses, los tendría. Si hacían falta años, también. Y si hacía falta una vida entera, Harper descubrió que tampoco le parecía un precio especialmente alto.

La habitación permaneció en silencio. El incienso terminó consumiéndose. La última lámpara siguió proyectando una luz cálida sobre las paredes. Y mientras la noche avanzaba lentamente sobre el río, Aeris Harper comprendió que había cosas que ya no estaba dispuesto a perder.

Nya era una de ellas.

Y quizá la más importante.

Por primera vez en todo el día, la sensación de Claudia Serrano desapareció completamente. Solo durante unos minutos. Solo aquella noche. Pero fue suficiente.

# CAPÍTULO SIETE
## Todo y nada

*Lunes, 15 de julio de 2024*
*09:45 horas*
*Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Cádiz.*
*Servicio de Patología Forense.*
*Cádiz*

A las nueve y cuarenta y cinco de la mañana Cádiz ya había decidido que aquel iba a ser un día caluroso. No era todavía el calor brutal de las primeras horas de la tarde, pero sí esa fase previa en la que el aire empieza a perder cualquier intención de resultar agradable. El asfalto del aparcamiento devolvía reflejos blancos bajo el sol de julio y los edificios administrativos parecían irradiar una claridad cansina que obligaba a entornar los ojos incluso a quienes llevaban años entrando y saliendo de ellos. Funcionarios con carpetas bajo el brazo atravesaban la explanada en todas direcciones. Un celador fumaba junto a una zona sombreada. Dos vehículos policiales ocupaban varias plazas cercanas a la entrada principal. Nada llamaba especialmente la atención.

Como ocurría casi siempre alrededor de la muerte.

Harper apagó el motor del Kona y permaneció unos segundos sentado en el asiento antes de salir. La mayoría de la gente imaginaba los institutos anatómicos forenses como lugares sombríos. Fríos. Inquietantes. Casi teatrales. La realidad era mucho más decepcionante. Y mucho más burocrática.

La muerte, una vez atravesada la tragedia inicial, acababa convertida en formularios, informes, firmas, sellos, protocolos y expedientes administrativos que circulaban entre despachos con la misma normalidad que cualquier otro documento público. Los cadáveres llegaban. Los forenses trabajaban. Los funcionarios

tramitaban. Los jueces firmaban. Y el sistema seguía avanzando. Era eficiente. Incluso necesario. Pero también tenía algo profundamente extraño. Porque las personas desaparecían muy deprisa. Los nombres se convertían en números. Las vidas en procedimientos. Y las preguntas en carpetas archivadas.

Harper cerró la puerta del coche y comenzó a caminar hacia la entrada. El aire acondicionado del interior desapareció inmediatamente. El calor le golpeó la cara acompañado por el olor lejano del alquitrán caliente. Frente a él, las puertas automáticas del edificio se abrían y cerraban constantemente al paso de trabajadores, policías, abogados y personal sanitario. Una rutina perfectamente normal.

Dos días. Solo habían pasado dos días desde el hallazgo de Claudia Serrano junto a las vías. Y sin embargo ya empezaba a percibir cómo la investigación se desplazaba lentamente hacia una conclusión cómoda.

Suicidio.

Era una palabra sencilla. Ordenada. Tranquilizadora. Explicaba la escena. La autopsia preliminar. La ausencia de violencia. La ausencia de terceros. Prácticamente todo.

Y ese era precisamente el problema.

Todo.

Harper atravesó las puertas automáticas. El cambio de temperatura fue inmediato. También el olor. Desinfectante. Papel. Aire acondicionado. Café mediocre. La mezcla habitual de cualquier edificio público donde las personas pasan más tiempo trabajando que viviendo. Los fluorescentes iluminaban los pasillos con una luz uniforme y sin personalidad. Varias conversaciones se desarrollaban a media voz junto a una ventanilla administrativa. Un funcionario arrastraba un carro cargado de archivadores. Al fondo, alguien discutía por teléfono sobre un informe pericial. La normalidad absoluta. La muerte convertida en jornada laboral.

Harper avanzó por el pasillo principal. No estaba pensando en el cadáver. Ni siquiera en la autopsia. Pensaba en las fotografías. En la posición del cuerpo. En la sensación incómoda que seguía sin desaparecer. No había encontrado una sola prueba que contradijera

la hipótesis del suicidio. Ni una. Y quizá por eso seguía allí. Porque una parte de él empezaba a sospechar que, si existía algo, no iba a encontrarlo buscando pruebas. Tendría que encontrarlo buscando otra cosa. Algo que todavía no sabía nombrar.

Giró la esquina final del pasillo. Y entonces vio a Parra.

El inspector estaba apoyado junto a una máquina de café con un vaso de plástico en la mano y una expresión que sugería que el contenido no estaba cumpliendo las expectativas mínimas exigibles a una bebida.

—Por tu cara, deduzco que sigue intentando matarte.

Parra levantó el vaso.

—Esto no es café.

—Lo llevo diciendo años.

—Esto es una agresión química.

Harper observó el líquido oscuro durante un segundo.

—He visto diligencias penales por menos.

Parra sonrió. Y señaló hacia una puerta situada unos metros más allá.

—Pedro nos espera. Y ya sabes cómo es.

Harper asintió. Al otro lado de aquella puerta estaba el informe. Dos días de trabajo. Horas de laboratorio. Autopsia. Toxicología. Fotografías. Análisis. Todo.

Y, probablemente, nada.

Porque algo le decía que iba a salir de allí exactamente igual que había entrado. Con más respuestas. Y con la misma pregunta.

Pedro los recibió exactamente igual que llevaba recibiéndolos los últimos diez años: con un café en una mano, una carpeta en la otra y el aspecto de alguien que dormía menos horas de las recomendables por motivos estrictamente profesionales.

—Buenos días, criaturas.

—No nos llames criaturas —respondió Parra.

—Entonces dejad de comportaros como tales.

Pedro les hizo un gesto para que entraran. El despacho era funcional hasta la ofensa. Un escritorio, varias estanterías llenas de informes, un ordenador, dos archivadores metálicos y una ventana

que permitía contemplar una cantidad sorprendentemente deprimente de aparcamiento para tratarse de Cádiz.

Harper tomó asiento. Parra ocupó la silla de al lado. Pedro dejó la carpeta sobre la mesa y se acomodó detrás del escritorio. No había tensión. Ni solemnidad. Ni necesidad de teatralizar nada. Llevaban demasiados años trabajando juntos. Habían compartido suficientes madrugadas, suficientes cadáveres y cafés malos como para necesitar formalidades.

—Bueno —dijo Pedro abriendo el expediente—. Vamos a decepcionarte.

—Eso suena prometedor.

—Lo es para mí. Menos trabajo.

Parra apoyó los brazos sobre las rodillas.

—Dispara.

Pedro consultó varias páginas. Después empezó. Sin dramatismo. Sin construir suspense donde no lo había. Simplemente exponiendo hechos.

—Muerte compatible con suicidio.

La frase cayó sobre la mesa con la misma naturalidad que cualquier otra observación clínica. Pedro continuó.

—Ausencia de lesiones defensivas. Ausencia de signos de lucha. Ausencia de indicios de inmovilización. Ausencia de participación de terceros apreciable en la exploración externa o interna.

Pasó una página.

—Toxicología preliminar negativa. Nada relevante. Ni alcohol en cantidades significativas. Ni benzodiacepinas. Ni sustancias recreativas. Ni medicación incompatible con el contexto.

Otra página.

—Cronología compatible con la reconstrucción inicial. Intervalo post mortem coherente con el hallazgo. Nada especialmente llamativo.

Silencio.

Pedro cerró parcialmente la carpeta.

—Y antes de que lo preguntes, tampoco he encontrado ninguna lesión antigua que sugiera violencia doméstica reciente.

Parra asintió despacio. Todo era razonable. Todo era coherente. Todo encajaba. Otra vez. Harper observó la carpeta durante unos segundos. Después levantó la vista. Pedro ya lo estaba mirando. Y aquello no le sorprendió. Los forenses desarrollan una capacidad especial para leer expresiones. Pasan demasiadas horas observando cuerpos como para no terminar observando también personas.

—No te gusta.

Harper apoyó ambos antebrazos sobre la mesa.

—No.

Pedro bebió café.

—¿Por qué?

Harper tardó unos segundos en responder. No porque estuviera escogiendo las palabras. Porque la respuesta era frustrantemente sencilla.

—Todavía no lo sé.

El silencio que siguió fue breve. Pero auténtico. Porque ninguno de los tres necesitaba fingir que aquello era una teoría. No lo era. Tampoco era una prueba. Ni una intuición especialmente brillante. Era exactamente lo que Harper había dicho.

No lo sabía.

Pedro apoyó el vaso sobre la mesa. Parra cruzó los brazos. Y durante unos segundos los tres permanecieron observando la carpeta abierta. La muerte de Claudia Serrano estaba perfectamente explicada. Autopsia. Cronología. Toxicología. Exploración. Todo cuadraba. Todo encontraba su lugar. Todo permitía cerrar el expediente con una tranquilidad casi ofensiva.

Y quizá por eso Harper seguía incómodo. Porque la experiencia le había enseñado algo que rara vez aparecía en los manuales. Las mentiras suelen dejar grietas. Los errores dejan grietas. Las prisas dejan grietas. Lo verdaderamente peligroso son las historias que parecen no tener ninguna.

Pedro fue el primero en romper el silencio.

—Odio cuando haces eso.

—¿El qué?

—Esa cara.

—¿Qué tiene mi cara?

—Que normalmente significa que voy a acabar trabajando más.

Parra soltó una risa breve.

—En eso tiene razón.

Harper apoyó la espalda contra la silla.

—No he dicho nada.

—Precisamente —respondió Pedro.

Y por primera vez desde que había comenzado la reunión, los tres sonrieron. Porque también llevaban demasiados años trabajando juntos para ignorar lo evidente. Cuando algo no dejaba tranquilo a Aeris Harper, normalmente tampoco dejaba tranquilo al resto durante mucho tiempo.

La reunión debería haber terminado allí. El informe estaba completo. Las conclusiones eran claras. Las preguntas razonables habían recibido respuesta. No quedaba nada más que decir. Y sin embargo nadie se levantó. Pedro permaneció detrás del escritorio. Parra seguía sentado. Y Harper continuaba observando la carpeta abierta frente a él.

Durante unos segundos el único sonido de la habitación fue el zumbido constante del aire acondicionado. Después Parra suspiró. Abrió de nuevo el expediente. Y sacó varias fotografías. Las dejó sobre la mesa.

Ninguno comentó nada. No hacía falta.

Harper tomó la primera. La observó. Después la segunda. Luego la tercera. Sin prisa. Como si estuviera leyendo un idioma que todavía no comprendía del todo. La posición del cuerpo. La distancia a las vías. La inclinación de una pierna. El bolso. La ropa. La vegetación cercana. La grava. Los raíles. Las marcas de humedad sobre el terreno. La luz azulada de las primeras horas de la mañana. Todo. Y nada.

No buscaba una prueba. Ni una huella. Ni una evidencia olvidada por los técnicos. No era ese el motivo. Buscaba otra cosa. Una sensación. Una contradicción. Un pequeño error. La clase de detalle que obliga a replantearse una escena entera. Pero las fotografías seguían devolviéndole exactamente la misma respuesta. Nada. Todo estaba donde debía estar. Todo parecía coherente. Todo encontraba explicación.

Y precisamente eso era lo que empezaba a resultar incómodo.

Porque la perfección rara vez existe.

Harper dejó una fotografía sobre la mesa y tomó otra. Las vías aparecían extendiéndose hacia el horizonte bajo la luz gris de la madrugada. El cuerpo permanecía inmóvil a varios metros. Sereno. Ordenado. Casi demasiado.

Pedro observó la escena desde detrás del escritorio. No dijo nada. Parra tampoco. Los dos habían aprendido hacía años que interrumpir a Harper en momentos así era una pérdida de tiempo. Si encontraba algo, hablaría. Y si no encontraba nada, también. La diferencia estaba en cuánto tardaba.

Finalmente fue Parra quien rompió el silencio.

—Vamos a citar al marido esta tarde.

Harper seguía observando una fotografía.

—¿Álvaro?

—Sí.

—¿Para reconstruir contexto?

—Exacto.

Parra se encogió ligeramente de hombros.

—Familia. Amigos. Trabajo. Estado emocional. Rutinas. Lo habitual.

Harper asintió. La lógica era impecable. El siguiente paso siempre era el mismo. Reconstruir la vida. Porque los muertos rara vez explican nada. Los vivos sí. O al menos lo intentan.

Volvió a mirar la fotografía. La misma. Las vías. La distancia. La composición casi artificial de toda la escena. Como si alguien hubiera ordenado cuidadosamente cada elemento antes de marcharse. Y sin embargo sabía que aquello era absurdo. No existía ninguna prueba que apoyara semejante pensamiento. Ninguna. Solo una sensación. Y las sensaciones no aparecen en los informes.

Parra terminó de recoger algunas hojas. Después añadió:

—Si quieres venir…

La propuesta quedó suspendida unos segundos en el aire. Pedro ni siquiera levantó la vista. Porque conocía la respuesta. Parra también. No le estaba ofreciendo participar porque fuera necesario. Ni porque el caso dependiera de ello. Le estaba ofreciendo participar

porque sabía perfectamente cómo funcionaba Aeris Harper. Sabía que seguiría pensando en Claudia Serrano durante días. Quizá semanas. Aunque lo apartaran formalmente de la investigación.

Harper observó una última vez la fotografía. Las vías. El cuerpo. La calma extraña de toda aquella escena. Y finalmente dejó la imagen sobre la mesa.

—Sí.

Parra sonrió. Una sonrisa pequeña. Casi satisfecha. Como quien ve confirmada una teoría sencilla.

—Lo imaginaba.

Se puso en pie. Comenzó a recoger el expediente.

—El café lo pongo yo.

Harper cerró la carpeta.

—Pero no el de la máquina de comisaría.

Pedro soltó una carcajada. Parra negó con la cabeza.

—Algún día vais a superar esto.

—No.

—¿Por qué?

Harper se levantó.

—Porque eso no es café.

Pedro seguía riéndose.

—Exagerado.

—He visto delitos menos graves.

—Algún día vas a denunciar una cafetera.

—Si sigue funcionando, me lo plantearé.

Los tres abandonaron el despacho entre sonrisas. La conversación continuó unos metros más por el pasillo. Después derivó hacia otras cosas. Hacia otros asuntos. Hacia otras obligaciones. Como ocurría siempre.

Pero mientras caminaba hacia la salida del Instituto de Medicina Legal, Harper comprendió algo que no le gustó especialmente. No tenía pruebas. No tenía indicios. No tenía teorías. Ni siquiera tenía una pregunta formulada correctamente. Solo tenía una sensación.

Y aun así acababa de decidir implicarse.

Porque había algo en Claudia Serrano que seguía negándose a quedarse dentro de un expediente.

Y todavía no sabía por qué.

# CAPÍTULO OCHO
## Los que quedan

*Lunes, 15 de julio de 2024*
*11:45 horas*
*Comisaría de la Policía Nacional*
*Jerez de la Frontera*

Dos días podían parecer poco tiempo cuando se medían en calendarios. Dos días podían parecer una eternidad cuando se medían en horas sin dormir. Álvaro Ortiz tenía el aspecto de alguien que había descubierto esa diferencia por las malas.

La camisa que llevaba estaba limpia, pero arrugada. La barba había empezado a crecer sin orden. Las ojeras parecían más profundas que durante la comunicación del fallecimiento y había algo extraño en su forma de sentarse, como si todavía no hubiera conseguido acostumbrarse al peso de su propio cuerpo. No parecía una persona rota. Las personas rotas dejan de funcionar.

Álvaro seguía funcionando. Y precisamente ese era el problema. Funcionaba porque tenía una hija de pocos meses. Porque había documentos que firmar. Porque había llamadas que hacer. Porque había familiares a los que atender. Porque había un entierro que organizar. Funcionaba porque alguien tenía que hacerlo.

Parra ocupaba la silla situada frente a él. Sergio tomaba notas. Harper permanecía ligeramente apartado, observando. Escuchando. Como hacía casi siempre.

La sala de entrevistas estaba en silencio salvo por el ruido lejano de la actividad habitual de la comisaría filtrándose a través de las paredes. Teléfonos. Puertas. Conversaciones apagadas. La vida administrativa continuando mientras una familia intentaba comprender una tragedia.

—Háblame de Claudia —dijo Parra.

No de la muerte. De Claudia.

Álvaro tardó unos segundos en responder. No porque no supiera qué decir. Porque probablemente no sabía por dónde empezar.

—Era maestra.

La respuesta salió acompañada de una pequeña sonrisa cansada. La primera desde que había entrado.

—Bueno… todavía no. Terminó Magisterio, pero luego empezó a trabajar en otras cosas. Siempre decía que acabaría presentándose a las oposiciones algún día.

Parra asintió.

—¿Cómo os conocisteis?

Aquella sonrisa regresó brevemente. Más auténtica esta vez.

—En la biblioteca.

Sergio levantó la vista del cuaderno.

—¿En serio?

—Sí.

Álvaro se pasó una mano por la cara.

—Ella estudiaba Magisterio. Yo estaba preparando las oposiciones para bombero. Coincidíamos casi todos los días. Durante meses. Creo que tardamos medio año en hablarnos.

—¿Medio año?

—Era muy tímida.

—¿Y tú?

—Yo también.

Por primera vez desde que comenzó la entrevista, los tres policías sonrieron. Álvaro también. Solo un instante. Lo suficiente.

—Un día me pidió un subrayador.

—¿Y funcionó?

—Llevamos doce años juntos.

El silencio posterior resultó extrañamente amable. Porque durante unos segundos Claudia dejó de ser un informe. Volvió a convertirse en una persona.

Parra continuó avanzando despacio. Preguntó por el embarazo. Por el nacimiento de la niña. Por los últimos meses. Álvaro respondió a todo. Con honestidad. Sin intentar construir una imagen perfecta.

—Lo pasó mal después del parto.

Harper levantó ligeramente la vista. Aquella era la primera afirmación relevante de la mañana.

—¿En qué sentido? —preguntó Parra.

—Estaba agotada. Muy agotada. La niña dormía fatal. Apenas descansábamos ninguno de los dos. Había días buenos y días malos.

—¿Llegó a recibir tratamiento?

—No.

—¿Psicólogo?

—No.

Álvaro negó con la cabeza.

—Habló con su médico de cabecera. Le dijeron que era relativamente normal. Que muchas madres pasan por algo parecido durante los primeros meses.

—¿Y tú cómo la veías?

La pregunta quedó suspendida unos segundos. Álvaro bajó la mirada.

—Cansada.

La respuesta llegó en voz baja.

—Muy cansada.

Se quedó pensando. Buscando las palabras adecuadas.

—A veces lloraba sin motivo aparente. O eso decía ella. Otras veces se enfadaba consigo misma porque pensaba que no estaba siendo una buena madre. Pero luego se le pasaba. Había días malos. Como los tiene todo el mundo.

Harper observó cómo pronunciaba aquella última frase. No parecía estar ocultando nada. No parecía minimizar. Simplemente estaba intentando ser justo.

—¿Habló alguna vez de hacerse daño?

—Nunca.

La respuesta fue inmediata. Instintiva.

—¿De suicidarse?

—Nunca.

El silencio regresó a la sala. Sergio continuó escribiendo. Parra observó unos segundos sus notas. Y Harper permaneció inmóvil.

Porque aquello era precisamente lo incómodo. Todo seguía encajando. La depresión posparto estaba ahí. El agotamiento estaba ahí. La presión emocional estaba ahí. Incluso la posibilidad del suicidio seguía siendo razonable. Pero la imagen que empezaba a formarse de Claudia Serrano no era la de una mujer consumida por la desesperación. Era la de una mujer cansada. Agotada. Sobrepasada algunos días. Como tantas otras. Una vida normal. Una familia normal. Una historia normal. Y, por primera vez desde que comenzó la investigación, Harper tuvo la sensación de que aquello no aclaraba las cosas. Las complicaba.

La entrevista se detuvo durante unos minutos. No porque hubiera terminado. Simplemente porque Álvaro necesitaba salir de aquella habitación. Llevaba más de una hora hablando de Claudia. De su vida. De sus costumbres. De sus manías. Y había un límite para la cantidad de recuerdos que una persona puede sostener antes de necesitar respirar.

—¿Te traigo agua? —preguntó Sergio.

Álvaro asintió.

—Sí. Gracias.

Se puso en pie lentamente y abandonó la sala. La puerta se cerró detrás de él. Durante unos segundos nadie habló. Parra revisó algunas notas. Sergio consultó el móvil. Y Harper dejó que la mirada se perdiera al otro lado del cristal que daba a la sala de espera.

Fue entonces cuando la vio.

No entró. No apareció. No ocurrió nada especialmente memorable. Simplemente estaba allí. Sentada en una de las sillas de plástico situadas junto a la pared. Con la hija de Claudia en brazos.

La niña no lloraba. Tampoco dormía. Estaba entretenida sujetando uno de los dedos de la mujer con la concentración absoluta que solo poseen los bebés cuando descubren algo nuevo. Harper observó la escena durante unos segundos. La mujer hablaba con ella en voz baja. Sonriendo. No como alguien que intenta resultar cariñoso. Como alguien que simplemente lo era.

Había algo extraordinariamente natural en la forma en que sostenía a la pequeña. En cómo la acomodaba cuando se movía. En cómo apartaba con cuidado una manta que empezaba a resbalar. La

clase de gestos que suelen pasar desapercibidos. Precisamente porque son sinceros.

—¿Quién es? —preguntó Harper.

Parra levantó la vista. Miró hacia el cristal. Y entendió inmediatamente a quién se refería.

—Irene Salvatierra.

Sergio sonrió.

—Un santo con paciencia infinita.

—Eso mismo dijo la madre de Claudia —añadió Parra.

Harper volvió a mirar hacia fuera. Irene acababa de hacer reír a la niña por algún motivo que no alcanzó a escuchar. La pequeña agitó los brazos. Ella respondió con otra sonrisa. Y durante un instante resultó difícil asociar aquella escena con cualquier cosa relacionada con una investigación. Parecía una fotografía familiar. Una de esas imágenes corrientes que nadie conserva porque asume que habrá miles más.

La puerta volvió a abrirse. Álvaro regresó. Llevaba una botella de agua en una mano. Y durante un segundo siguió la dirección de la mirada de Harper.

—Ah.

La sonrisa cansada apareció de nuevo.

—Irene.

Harper se volvió hacia él.

—¿Es familia?

Álvaro negó con la cabeza.

—No. La conozco desde primero de carrera.

Se sentó de nuevo.

—A Claudia también. Los tres estudiábamos en la misma facultad.

La sonrisa se volvió algo más cálida. Más nostálgica.

—De hecho, ella fue quien nos presentó.

—¿Sí? —preguntó Sergio.

—Sí.

Álvaro bajó la vista hacia la botella.

—Lleva doce años solucionándonos la vida.

Aquello provocó varias sonrisas. Porque sonaba exactamente a la clase de frase que se dice sobre una persona imprescindible.

—Es la madrina de Vega —continuó—. Cuando nació prácticamente se mudó a nuestra casa durante un mes.

—¿Y ahora? —preguntó Parra.

Álvaro miró de nuevo hacia la sala de espera. Irene seguía entreteniendo a la niña.

—Ahora sigue haciendo lo mismo.

Nadie respondió. No hacía falta. La escena hablaba sola.

Durante los siguientes minutos la conversación volvió a centrarse en Claudia, pero Harper se sorprendió observando varias veces el cristal de la sala de espera. Siempre encontraba la misma imagen. Irene con la niña. La niña tranquila. La sensación de que alguien estaba sosteniendo a aquella familia mientras el resto intentaba mantenerse en pie.

Y si alguien le hubiera preguntado en aquel momento qué impresión le producía Irene Salvatierra, probablemente habría respondido lo mismo que cualquier otra persona presente en aquella comisaría. Que parecía buena gente. Porque era exactamente eso lo que transmitía. Y no había una sola razón para pensar lo contrario.

La entrevista terminó poco después. No porque se hubieran agotado las preguntas. Porque habían llegado a ese punto en el que seguir interrogando a alguien deja de aportar información y empieza a parecer una forma especialmente burocrática de crueldad.

Parra cerró la carpeta. Sergio guardó las notas. Álvaro permaneció sentado unos segundos más, observando la mesa vacía como si hubiera olvidado qué se suponía que debía hacer a continuación.

Aquello llamó la atención de Harper. No el dolor. El dolor era evidente. Lo llamativo era otra cosa. La desorientación. La forma en que las tragedias consiguen convertir las tareas más simples en problemas complejos. Levantarse. Salir de una habitación. Responder una llamada. Recordar una cita. Comer. Dormir. Seguir existiendo.

Álvaro acabó poniéndose en pie. Y cuando abrió la puerta, la primera persona que apareció al otro lado fue Irene.

No estaba sentada. Estaba haciendo cosas.

Harper tardó unos segundos en darse cuenta de que llevaba observándola durante toda la mañana sin verla realmente. Porque algunas personas poseen una habilidad extraña para pasar desapercibidas precisamente cuando más útiles resultan.

Irene sostenía a la niña con un brazo mientras sujetaba una carpeta con el otro. Hablaba con alguien por teléfono. Tenía una botella de agua bajo el brazo. Un bolso colgado del hombro. Y aun así parecía desenvolverse con una naturalidad insultante.

—Sí, a las cinco —la escuchó decir—. No te preocupes, yo me encargo.

Colgó. Miró a Álvaro. Le entregó la botella de agua. Le preguntó si estaba bien. Le recordó una cita relacionada con el entierro. Le comentó algo sobre una documentación pendiente. Todo en menos de treinta segundos. Sin dramatismo. Sin buscar reconocimiento. Sin convertirlo en una actuación. Simplemente ayudando.

Harper observó cómo Álvaro asentía varias veces sin necesidad de pensar demasiado. Como si una parte de él hubiera delegado temporalmente la tarea de funcionar. Y quizá fuera exactamente eso lo que estaba ocurriendo. Porque las tragedias siempre generan una figura parecida. Alguien que, de forma voluntaria o involuntaria, termina sosteniendo el peso que los demás ya no pueden cargar.

La familia de Claudia estaba rota. Álvaro estaba roto. La madre de Claudia estaba rota. Incluso aquella niña acabaría creciendo alrededor de una ausencia imposible de explicar completamente. Y mientras tanto Irene seguía moviéndose de un lado a otro organizando llamadas, recordando horarios, localizando documentos, respondiendo preguntas y evitando que todo terminara desmoronándose un poco más. Sin pedir nada. Sin esperar nada. Simplemente haciéndolo. Porque alguien tenía que hacerlo.

Harper salió finalmente de la sala. El pasillo olía a café recién hecho y a producto de limpieza. Varias voces resonaban a lo lejos. Una impresora trabajaba en algún despacho cercano. La vida cotidiana de la comisaría continuaba desarrollándose con absoluta normalidad alrededor de aquella pequeña tragedia privada.

Parra se despidió de Álvaro. Sergio hizo lo mismo. Irene agradeció la atención de ambos con una amabilidad tranquila que parecía

completamente sincera.

Y entonces ocurrió algo extraordinariamente sencillo.

La niña se quedó dormida.

No fue repentino. Simplemente dejó de moverse. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Irene. Y cerró los ojos. Irene acomodó una mano sobre su espalda sin interrumpir la conversación que mantenía con Álvaro. Un gesto automático. Instintivo. Protector. La clase de gesto que solo aparece cuando alguien ha repetido la misma acción muchas veces.

Harper observó la escena durante unos segundos. Después los vio alejarse por el pasillo. Álvaro caminando a un lado. Irene al otro. La pequeña dormida sobre su hombro. Segura. Ajena todavía a todo lo que había ocurrido durante aquellos últimos días. La luz blanca de los fluorescentes acompañó sus pasos hasta la salida.

Y mientras los observaba desaparecer tras una esquina, Harper descubrió que se llevaba dos cosas de aquella entrevista.

La primera seguía siendo Claudia Serrano. La sensación persistente de que algo no terminaba de encajar del todo. No una prueba. No una teoría. Ni siquiera una sospecha. Solo una incomodidad. Una pregunta que todavía no sabía formular correctamente.

La segunda era Irene Salvatierra. No como misterio. No como interés. No como posible sospechosa. Simplemente como alguien que parecía extraordinariamente buena.

Y quizá por eso, mientras regresaba lentamente hacia su despacho, pensó algo tan sencillo que ni siquiera llegó a verbalizarlo.

Al menos alguien estaba sosteniendo a aquella familia.

# CAPÍTULO NUEVE
## La madre que no pudo

*Martes, 23 de Julio de 2024*
*Juzgado de Instrucción nº2, Jerez de la Frontera. 08:32 h.*
*Despacho de Aeris Harper.*

A las ocho y media de la mañana el edificio todavía no había alcanzado el nivel de ruido habitual. Los pasillos comenzaban a poblarse lentamente de funcionarios que caminaban con carpetas bajo el brazo y vasos de café en la mano, mientras las primeras conversaciones del día se mezclaban con el sonido metálico de los ascensores, el zumbido lejano de una fotocopiadora y el inconfundible traqueteo de los carros cargados de expedientes. Los juzgados siempre tenían la extraña capacidad de despertar poco a poco, como si incluso la burocracia necesitara desperezarse antes de empezar a devorar horas.

El despacho de Aeris Harper permanecía en silencio. Sobre la mesa principal se acumulaban varias carpetas abiertas, un portátil, dos códigos cuidadosamente alineados y una taza de café que ya empezaba a perder temperatura. Junto a uno de los archivadores, casi escondido entre un pequeño montón de resoluciones pendientes de firma, descansaba un marco de madera oscura que cualquiera habría pasado por alto de no fijarse con atención.

La fotografía no tenía nada de especial. Nya aparecía de perfil, sentada en el patio de la bodega con un libro abierto sobre las piernas. No miraba a la cámara. Ni siquiera parecía saber que alguien la estaba fotografiando. Una ligera brisa le apartaba parte del cabello del rostro mientras el sol de última hora de la tarde iluminaba las pecas de su mejilla con una suavidad que ninguna

fotografía preparada habría conseguido reproducir. No sonreía. Tampoco estaba seria. Simplemente existía.

Harper nunca le había enseñado aquella fotografía. Ni le había dicho que la conservaba allí. No hacía falta.

Volvió la vista hacia la carpeta abierta frente a él. Durante la última semana el caso de Claudia Serrano había seguido exactamente el camino que cualquier investigación semejante debía recorrer. Habían llegado oficios. Declaraciones. Informes médicos. Diligencias policiales. Llamadas. Actas de comparecencia. Documentación remitida por el centro de salud. Notas de seguimiento. Entrevistas con familiares, vecinos y compañeros de trabajo. Cada nuevo documento añadía una pieza más a un puzle que, lejos de complicarse, parecía empeñado en simplificarse.

Parra le había ido dejando copias de todo. Nunca de manera oficial. Nunca formando parte de ningún encargo procesal. Simplemente aparecían sobre su mesa al comienzo de la jornada o al terminarla, como si ambos hubieran asumido sin necesidad de hablarlo que Harper iba a seguir pensando en Claudia Serrano hasta el final del procedimiento.

La investigación policial todavía no había concluido. Faltaban algunas diligencias menores. Alguna ampliación de declaraciones. Poco más. Pero los dos sabían perfectamente cuál iba a ser el desenlace. En cuanto el atestado llegara a Fiscalía, Fidel solicitaría el sobreseimiento provisional por ausencia de indicios de criminalidad. Y, siendo honestos, tendría motivos para hacerlo.

Harper pasó otra página. La madre hablaba de agotamiento. La suegra describía noches interminables sin dormir. El médico de atención primaria recogía un cuadro compatible con depresión posparto leve, sin ideación autolítica, sin criterios de ingreso, con seguimiento ambulatorio y recomendaciones habituales. Las amigas repetían casi las mismas palabras. Cansancio. Culpa. Ansiedad. Llantos ocasionales. Miedo a no estar siendo una buena madre. Los vecinos recordaban haberla visto cada vez más apagada durante los últimos meses. Nadie hablaba de violencia. Nadie hablaba de amenazas. Nadie hablaba de conflictos graves. Todo componía un

relato perfectamente coherente. Tan coherente que empezaba a incomodarlo.

Harper dejó el informe sobre la mesa y entrelazó las manos frente a la boca. No era la primera vez que una investigación terminaba apuntando hacia el suicidio. Tampoco sería la última. Había firmado demasiados levantamientos de cadáver como para convertir cada intuición en una cruzada personal. No funcionaba así. Nunca había funcionado. Las corazonadas carecen de valor jurídico. No existen en la Ley de Enjuiciamiento Criminal. No aparecen en las resoluciones. No sostienen una medida cautelar. No justifican una imputación.

Pero también había aprendido algo durante los años suficientes para desconfiar de las certezas demasiado cómodas. Los hechos son tercos. Los relatos, en cambio, tienen una extraordinaria facilidad para organizar los hechos hasta hacerlos parecer inevitables. Y el de Claudia Serrano empezaba a convertirse exactamente en eso. En un relato. Uno impecablemente construido. Uno que convencía a todo el mundo. Incluso a él.

Cerró la carpeta despacio. Después levantó la vista hacia la ventana. El sol comenzaba a colarse entre los edificios del otro lado de la calle, inundando parcialmente el despacho con una luz blanca y limpia que contrastaba con el peso de los documentos extendidos sobre la mesa. Durante un instante desvió la mirada hacia el pequeño marco de madera. Apenas un segundo. El tiempo suficiente para recordar que existían lugares donde las preguntas podían esperar unas horas. Después volvió al expediente de Claudia Serrano.

Porque aquella seguía sin hacerlo.

Parra llamó dos veces con los nudillos antes de abrir la puerta. No esperaba respuesta. Nunca la esperaba. Después de tantos años compartiendo investigaciones había terminado aprendiendo cuáles eran los silencios de Harper y cuáles merecía la pena interrumpir. Aquél pertenecía a la segunda categoría.

Entró con otra carpeta bajo el brazo. Más delgada que las anteriores. Pero lo suficientemente gruesa como para anunciar que la semana todavía no había terminado para Claudia Serrano.

—Buenos días.

Harper levantó apenas la vista.

—Has madrugado.

—Tú también.

—Yo tengo despacho.

—Y yo tengo escaleras. No te quejes.

Dejó la carpeta sobre la mesa. No se sentó inmediatamente. Primero se acercó a la cafetera que Harper mantenía en una esquina del despacho desde hacía años. Sirvió dos cafés sin preguntar. Uno quedó junto a Harper. El otro se lo llevó consigo antes de ocupar la silla situada frente al escritorio.

Ninguno habló durante unos segundos. No era un silencio incómodo. Era el tiempo que ambos necesitaban para colocarse mentalmente dentro del caso.

Parra abrió la carpeta.

—He terminado prácticamente todas las declaraciones.

Harper no respondió. Esperó. Sabía que Parra tenía una forma muy concreta de ordenar las investigaciones. Nunca empezaba por las conclusiones. Primero dejaba que las piezas respiraran por sí solas.

—La madre dice que llevaba meses agotada.

Pasó una hoja.

—La suegra habla de noches enteras sin dormir.

Otra.

—Los vecinos recuerdan que últimamente salía mucho menos de casa.

Otra más.

—Las compañeras de trabajo coinciden en que estaba más apagada.

Harper permanecía inmóvil. Los ojos fijos en los documentos. Las manos cruzadas delante de la boca. Parra continuó.

—El médico de cabecera mantiene el mismo criterio. Depresión posparto leve. Sin riesgo suicida objetivable. Sin necesidad de tratamiento farmacológico. Seguimiento habitual.

Volvió a pasar una página.

—Y las amigas…

Se detuvo un instante.

—Las amigas utilizan palabras casi idénticas.

Leyó directamente de varias declaraciones.

—«Últimamente estaba muy cansada».

Otra.

—«No descansaba nunca».

Otra.

—«Sentía que no llegaba a todo».

Otra.

—«Lloraba por cualquier cosa».

Otra más.

—«Decía que no estaba siendo una buena madre».

La carpeta volvió a cerrarse lentamente. El despacho quedó en silencio. No era un silencio vacío. Era el tipo de silencio que aparece cuando las palabras empiezan a formar un dibujo reconocible.

Harper tomó una de las declaraciones. Después otra. No estaba buscando contradicciones. Buscaba repeticiones. Y las encontró enseguida. No exactamente en los hechos. En el lenguaje. Cansada. Agotada. Superada. Lloraba. No dormía. Se culpaba. Las mismas palabras. Una y otra vez. Como si personas que apenas se conocían hubieran terminado describiendo exactamente a la misma mujer.

Aquello tenía sentido. Las personas cercanas suelen coincidir cuando hablan de alguien. Era lógico. Era incluso tranquilizador. Y, sin embargo, Harper sintió de nuevo aquella incomodidad que llevaba acompañándolo desde las vías. No porque las declaraciones fueran falsas. No había nada que indicara eso. Al contrario. Todas parecían sinceras. Precisamente ese era el problema.

Cada nueva declaración reforzaba la anterior. Cada recuerdo encontraba apoyo en otro recuerdo. Cada testimonio consolidaba el siguiente. Sin que nadie pareciera proponérselo, todos estaban construyendo la misma historia. Una mujer joven. Una madre reciente. Agotada. Consumida por la falta de sueño. Sobrepasada por una maternidad que amaba y que, al mismo tiempo, parecía exigirle más de lo que podía dar. Una historia perfectamente posible. Perfectamente humana. Perfectamente creíble.

Harper cerró la última declaración. No dijo nada. Parra tampoco esperaba que lo hiciera. Llevaba demasiado tiempo trabajando con él para saber que, cuando Harper permanecía callado de aquella manera, no era porque estuviera buscando una respuesta. Era porque todavía estaba intentando formular la pregunta correcta.

Fuera, el murmullo del juzgado seguía creciendo a medida que avanzaba la mañana. Alguien discutía en el pasillo. Sonó un teléfono. Una puerta se cerró con demasiada fuerza. El mundo continuaba funcionando con la indiferencia habitual. Dentro del despacho, en cambio, una historia empezaba a adquirir la consistencia suficiente para convertirse en verdad.

Y eso, descubrió Harper mientras volvía a mirar la palabra agotada subrayada en una de las declaraciones, era precisamente lo que más le preocupaba.

Parra volvió a abrir la carpeta. No porque necesitara consultar nada. Lo hizo por costumbre. Los años de investigación le habían enseñado que las manos también piensan. A veces era más fácil ordenar una idea mientras se pasaban páginas que mientras se sostenía una conversación mirando al techo. Sacó varias declaraciones y las extendió sobre la mesa. No estaban colocadas por fecha. Ni por parentesco. Simplemente una al lado de otra. La madre. La suegra. Dos vecinas. Tres amigas. El médico de atención primaria. Una compañera de trabajo. Distintas edades. Distintas profesiones. Distintas formas de hablar. Y, sin embargo, la misma historia.

Parra recorrió los documentos con un dedo. Después levantó la vista hacia Harper.

—Si juntas todas las declaraciones…

La frase quedó suspendida unos segundos. No necesitaba terminarla. Los dos estaban viendo exactamente lo mismo. Finalmente lo hizo.

—…empieza a parecer inevitable.

Harper no respondió. Continuó observando las hojas desperdigadas sobre la mesa como si no fueran declaraciones policiales, sino fragmentos de un mismo manuscrito escritos por

personas diferentes. Y fue entonces cuando comprendió qué era lo que llevaba días incomodándolo.

No tenía que ver con Claudia. Tenía que ver con la investigación.

Porque las investigaciones también cuentan historias. Empiezan con unos hechos. Después aparecen los testigos. Llegan los informes. Se incorporan los antecedentes médicos. Las declaraciones. Las rutinas. Los recuerdos. Y, poco a poco, todas esas piezas dejan de ser piezas para convertirse en un relato.

Era un proceso natural. Necesario, incluso. El Derecho necesitaba construir una narración coherente de los hechos para poder calificarlos jurídicamente. Sin relato no existía resolución posible. Pero los relatos tienen una cualidad peligrosa. Cuando están bien construidos dejan de parecer interpretaciones. Empiezan a parecer la única versión posible de la realidad.

Harper volvió a leer varias frases.

«Estaba agotada».

«No podía más».

«Lloraba mucho».

«Se sentía culpable».

Cada una era perfectamente compatible con la anterior. Ninguna contradecía a otra. Ninguna exageraba. Ninguna parecía interesada en manipular nada. Precisamente por eso funcionaban tan bien. Porque todas eran verdad. O, al menos, todas parecían sinceramente recordadas. Y quizá ahí residiera el verdadero peligro. Las historias más difíciles de cuestionar no son las construidas sobre mentiras. Son las construidas exclusivamente con verdades.

Parra lo observó desde el otro lado de la mesa. Conocía aquella expresión. La había visto otras veces. Siempre aparecía cuando Harper dejaba de mirar las pruebas y empezaba a mirar la estructura que las unía.

—¿En qué estás pensando?

Harper tardó unos segundos en responder. Cuando habló, lo hizo sin apartar la vista de los documentos.

—En que todos tienen razón.

Parra frunció ligeramente el ceño.

—¿Y eso es malo?

Harper negó despacio.

—No.

Hizo una pausa.

—Lo peligroso es que, cuando todo el mundo tiene razón, dejamos de preguntarnos si nos falta algo.

El despacho volvió a quedarse en silencio. Fuera, alguien reía en el pasillo. Un teléfono empezó a sonar en una oficina cercana. La vida seguía avanzando con la misma indiferencia de siempre. Dentro, sobre aquella mesa cubierta de declaraciones, Claudia Serrano estaba dejando de ser una mujer para convertirse en una explicación.

Y Harper todavía no sabía si eso le parecía justicia. O simplemente comodidad.

Harper alargó la mano hacia la última carpeta que permanecía cerrada sobre la mesa. Era la más fina de todas. También la más esperada. El informe del médico de atención primaria.

Parra no dijo nada. Se limitó a observar cómo Harper abría el documento y comenzaba a leer con la misma paciencia con la que otros leerían una novela. Sin saltarse líneas. Sin buscar palabras concretas. Dejando que el texto construyera por sí solo una imagen de Claudia antes de extraer ninguna conclusión.

El informe era breve. Objetivo. Correctamente redactado. La clase de documento que cualquier médico firma después de una consulta rutinaria sin sospechar que meses más tarde acabará incorporado a un procedimiento judicial.

«Paciente de treinta y cinco años».

«Parto reciente».

«Sintomatología compatible con depresión posparto leve».

«Labilidad emocional».

«Sensación subjetiva de agotamiento».

«Dificultades para el descanso derivadas de los cuidados de la menor».

Harper pasó la página. No había mucho más. Seguimiento periódico. Recomendaciones higiénico-dietéticas. Apoyo familiar. Observación de la evolución clínica. Sin tratamiento farmacológico específico. Sin derivación urgente a Salud Mental. Sin ingresos. Y,

sobre todo, una frase que resumía el criterio del facultativo con la precisión habitual del lenguaje médico.

«No se objetiva riesgo autolítico en el momento de la exploración».

Harper dejó el informe sobre la mesa. No porque hubiera terminado de leerlo. Porque ya sabía que no iba a encontrar nada diferente en la segunda lectura.

Parra rompió el silencio.

—¿Qué te parece?

Harper tardó unos segundos en responder. Miró otra vez el documento. Después las declaraciones. Después volvió al informe.

Era una historia perfectamente reconocible. Una mujer que acababa de ser madre. Cansada. Sobrepasada. Con síntomas compatibles con una depresión posparto de intensidad leve. La clase de cuadro clínico que miles de mujeres atraviesan cada año. Nada excepcional. Nada alarmante. Nada que, por sí solo, obligara a pensar que Claudia Serrano fuera a quitarse la vida. Pero tampoco nada que lo hiciera imposible. Ahí residía la dificultad. No había contradicción.

El informe médico convivía sin esfuerzo con el resto de la investigación. Encajaba con las declaraciones. Con las amigas. Con la madre. Con la suegra. Con los vecinos. Con la escena. Con la autopsia. Con todo.

Harper apoyó lentamente ambas manos sobre la carpeta. Había aprendido hacía mucho tiempo que las investigaciones no siempre fracasan por falta de información. A veces fracasan por exceso de coherencia. Cuando cada pieza encuentra su sitio con demasiada facilidad, el cerebro deja de buscar alternativas. Porque la explicación más sencilla resulta extraordinariamente seductora. Y aquella lo era. Demasiado.

Levantó la vista hacia Parra.

—Es un buen informe.

—Sí.

—Está bien fundamentado.

—También.

Harper hizo una breve pausa antes de añadir, casi para sí mismo:

—Y eso es exactamente lo que me preocupa.

Parra no respondió. Ya no intentaba convencerlo de que aceptara la conclusión. Conocía demasiado bien a Aeris Harper. Sabía que no desconfiaba del médico. Ni del forense. Ni de los investigadores. Desconfiaba de algo mucho más difícil de combatir. De las historias que parecen cerrarse solas. Y la de Claudia Serrano empezaba a hacerlo con una elegancia inquietante.

Durante unos segundos ninguno de los dos habló. Las carpetas permanecían abiertas sobre la mesa, formando un mosaico de declaraciones, informes médicos, diligencias policiales y fotografías que, vistas en conjunto, parecían contar exactamente la misma historia desde ángulos diferentes.

Parra dejó escapar el aire despacio. Llevaba demasiado tiempo trabajando con Harper para saber cuándo insistir y cuándo limitarse a esperar. Al final optó por lo segundo.

—¿Sigues igual?

Harper no respondió inmediatamente. Volvió a recorrer con la mirada los documentos. La declaración de la madre. La de la suegra. Las amigas. El informe del médico. La autopsia. Las fotografías. Todo estaba allí. Todo hablaba el mismo idioma. Cuando por fin habló, lo hizo sin apartar la vista de la mesa.

—Peor.

Parra frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué?

Harper apoyó una mano sobre el borde de la carpeta principal. Sus dedos descansaron unos segundos sobre la fotografía de Claudia junto a las vías. Después levantó lentamente la vista.

—Porque ya no tengo una escena.

Hizo una pausa. Muy breve.

—Tengo una historia.

Parra siguió mirándolo sin comprender del todo. Harper continuó.

—Las escenas son agradecidas. Mienten poco. Tienen límites. Puedes medirlas, fotografiarlas, analizarlas. Los hechos siempre terminan imponiendo cierta disciplina.

Deslizó la mirada hacia el resto de los informes.

—Las historias funcionan de otra manera.

El silencio volvió a instalarse entre ambos.

—Cuando una historia está bien contada, empieza a ordenar los hechos en lugar de dejar que los hechos construyan la historia.

Parra permanecía inmóvil. Escuchando.

—Y las historias bien contadas son mucho más difíciles de discutir que los hechos.

Ninguno dijo nada más. Fuera, el juzgado seguía despertando. Dentro del despacho, Claudia Serrano acababa de convertirse en algo mucho más peligroso que un cadáver. En un relato que empezaba a convencer incluso a quienes todavía dudaban de él.

El silencio permanecía todavía suspendido entre ambos cuando el teléfono móvil de Parra vibró sobre la mesa. La pantalla se iluminó apenas unos segundos. Parra la miró. Frunció ligeramente el ceño. Y contestó.

—Parra.

Escuchó sin interrumpir. Durante casi un minuto no dijo absolutamente nada. Solo asentía de vez en cuando mientras sus ojos se perdían en un punto indeterminado del despacho. Finalmente respondió con la misma serenidad con la que había atendido la llamada.

—De acuerdo.

Una breve pausa.

—Sí. No se preocupe —continuó—, ahora nos ponemos en contacto con usted.

Colgó. Dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa. Harper seguía observándolo. Esperando.

—Ha llamado Irene Salvatierra.

Harper levantó lentamente la vista. Parra apoyó los antebrazos sobre el escritorio. No parecía especialmente alterado. Más bien intrigado.

—Dice que esta noche no ha dejado de darle vueltas a una conversación que tuvo con Claudia unas semanas antes de morir.

El despacho volvió a quedarse en silencio. Fuera, alguien pasó junto a la puerta hablando por teléfono. Un funcionario llamó a otra oficina desde el pasillo. La mañana seguía avanzando con absoluta normalidad.

—¿Y?

Parra sostuvo la mirada de Harper.

—Dice que entonces no le dio importancia.

Hizo una pausa breve.

—Pero ahora cree que deberíamos escucharla.

Harper no respondió. Simplemente volvió la vista hacia la carpeta abierta sobre la mesa. La historia seguía pareciendo completa. Perfectamente ordenada. Y, sin embargo, acababa de aparecer una persona que creía haber recordado algo.

No una prueba. No una contradicción. Solo un recuerdo.

A veces era suficiente para cambiar una investigación. A veces no cambiaba absolutamente nada.

Había una única forma de averiguarlo.

Escuchándola.

# CAPÍTULO DIEZ
## La amiga perfecta

*Martes, 23 de Julio de 2024*
*Juzgado de Instrucción nº2, Jerez de la Frontera. 10:45 h.*
*Despacho de Aeris Harper.*

Irene Salvatierra llegó siete minutos antes de la hora acordada.

Harper lo supo porque el funcionario de la puerta se lo comunicó con esa mezcla de eficiencia y aburrimiento con la que se anuncian las visitas que no van a cambiar nada, y porque cuando salió a recibirla la encontró de pie junto a la ventana del pasillo, con las manos cruzadas sobre un bolso sencillo y la mirada puesta en la calle, sin teléfono, sin impaciencia, sin ninguno de esos gestos pequeños con los que la gente suele defenderse de las esperas en los edificios judiciales. La mayoría de las personas que pisan un juzgado por primera vez desarrollan una incomodidad física inmediata. Miran los carteles. Tocan cosas. Comprueban el móvil cada treinta segundos. Irene simplemente esperaba. Como si esperar fuera una actividad que dominara desde hacía años.

—Señora Salvatierra.

Ella se volvió. Sonrió apenas. Una sonrisa educada, contenida, exactamente del tamaño que las circunstancias permitían.

—Irene, por favor.

—Gracias por venir.

—Gracias a ustedes por recibirme.

Harper la invitó a pasar al despacho. No era una declaración formal. No había citación, ni acta, ni obligación de ninguna clase. Irene había llamado un rato antes ofreciéndose a hablar, si en algo podía ayudar, y Harper aprovechó la oportunidad con la misma naturalidad con la que se aceptan las cosas que no parecen

importantes. La instrucción caminaba sin sobresaltos hacia el archivo. Fidel esperaba el atestado definitivo. Nadie necesitaba a Irene Salvatierra.

Y sin embargo allí estaba.

Parra ya ocupaba una de las sillas laterales cuando entraron. No se había ido de aquel despacho desde que aquella chica llamó. Estaba con la naturalidad de quien lleva años quedándose, el cuaderno sobre la rodilla y ese aire suyo de policía que ha escuchado tantas declaraciones que ya solo le interesan las que se salen del guion. Se levantó lo justo para el saludo.

—Inspector Parra. Dirijo la investigación policial, en coordinación con su señoría.

—Lo sé. —Irene le estrechó la mano—. Álvaro me habló de usted. Me dijo que fueron muy humanos con él. Se lo agradezco. Yo no tuve oportunidad de atenderlos, porque, en fin, estaba con Vega mientras Álvaro hablaba con ustedes.

Parra encajó el agradecimiento con un gesto vago, entre la cortesía y la incomodidad. Los policías nunca saben del todo qué hacer con la gratitud. Irene tampoco la alargó. Se sentó en la silla que Harper le indicó, dejó el bolso sobre las rodillas y paseó una mirada breve por el despacho. No una mirada curiosa. Una mirada de reconocimiento, casi doméstica, la de alguien que se orienta en los espacios ajenos con facilidad. Sus ojos pasaron sobre las carpetas, sobre los códigos alineados, sobre la ventana, y no se detuvieron en nada. Tampoco en el pequeño marco de madera junto al archivador.

—Sé que probablemente no sirva de mucho —empezó, con las manos quietas sobre el bolso—. Pero llevo días dándole vueltas y pensé que… no sé. Que quizá debía contarlo. Aunque no cambie nada.

—Todo sirve —dijo Harper—. Aunque no cambie nada.

Ella asintió despacio. Bajó la vista un instante, como quien ordena por dónde empezar, y Harper aprovechó ese segundo para observarla con la atención tranquila que aplicaba a todo el mundo. Treinta y pocos, cerca de los cuarenta, quizá alguno menos. Ropa correcta sin ser estudiada. Sin joyas llamativas. Sin maquillaje de

más. Una mujer que habría podido cruzarse con cualquiera por la calle Larga sin dejar recuerdo, y que, sin embargo, de cerca, producía una sensación difícil de nombrar. Solidez, quizá. La solidez discreta de las personas que resuelven cosas.

—Claudia y yo nos conocíamos desde niñas —dijo al fin—. Desde el inicio de la ESO, en el instituto donde entramos. Era de esas personas con las que una se entiende rápido.

—¿Se veían con frecuencia? —preguntó Parra.

—Cada semana. A veces más. Sobre todo, desde que nació Vega —Hizo una pausa muy pequeña—. Mi *pelusita*.

—Lo sabemos.

—Claro —Sonrió con disculpa—. Es que todavía me cuesta hablar de todo esto en pasado.

Harper no dijo nada. Había aprendido que los silencios correctos hacían mejor trabajo que las preguntas correctas. Irene sostuvo el silencio sin incomodidad, mirándose las manos, y cuando volvió a hablar lo hizo con un tono distinto. Más bajo. Más cuidadoso.

—Quiero que entiendan una cosa antes de que les cuente nada. Claudia era la mejor persona que he conocido. No lo digo por decir. No lo digo porque haya muerto. Era buena de una manera que casi molestaba, ¿saben? De las que se acuerdan de tu cumpleaños, y del cumpleaños de tu madre, y de que la semana pasada tenías una cita médica. Así que todo lo que les diga ahora… no quiero que se use para reducirla a otra cosa. No era otra cosa. Era eso.

—Nadie va a reducirla a nada —dijo Harper, observándola con mucha atención. La postura que Harper tenía en la silla era de alguien que está más pendiente de lo que no se dice. Espalda recta en la silla, ligeramente de perfil y con el antebrazo sobre la mesa.

—Ya. —Irene lo miró un momento, valorando la respuesta—. Es que llevo días escuchando a gente que apenas la conocía hablar de ella como si la hubieran entendido. Y me revuelve un poco.

—¿Y usted la entendía?

La pregunta salió neutra. Sin filo. Irene se tomó unos segundos.

—Yo la veía —respondió—. Que no siempre es lo mismo, pero se le parece.

Parra levantó la vista del cuaderno.

—¿Y qué veía?

Irene respiró hondo. Y por primera vez desde que había entrado pareció costarle algo.

—Que no llegaba —dijo—. A todo. Que no llegaba a todo.

Dejó la frase ahí, sola, y luego movió la cabeza como arrepintiéndose de la forma.

—Dicho así suena horrible. No era… No es que fuera una madre desbordada, ni una mujer hundida, ni nada de lo que probablemente les hayan contado ya. Era una madre normal con un cansancio normal. Solo que Claudia se exigía de una manera que no era normal. Todo tenía que estar bien. Todo tenía que estar controlado. La niña, la casa, el trabajo, Álvaro, su madre… Y cuando algo se le escapaba, aunque fuera una tontería, se lo llevaba a un sitio muy hondo.

—¿Un sitio muy hondo? —repitió Parra.

—Se castigaba —Irene levantó la vista—. Por dentro, quiero decir. Nunca montaba un drama. Nunca lloraba delante de nadie. Se pedía perdón a sí misma en silencio y seguía. Un día me pidió perdón a mí porque se le había olvidado preguntarme por un análisis que me habían hecho. Un análisis rutinario, ¿eh? Nada. Me pidió perdón tres veces. Tres. Yo le dije: Claudia, por Dios, que tienes un bebé de meses, bastante haces con acordarte de tu nombre. Y ella se rio, pero se le quedó esa cosa en la cara. Esa cosa de apuntárselo a la lista.

—¿Qué lista? —preguntó Harper.

Irene parpadeó, como sorprendida de su propia expresión.

—No, es una forma de hablar. La lista de cosas en las que creía estar fallando —Se detuvo un instante—. Aunque, ahora que lo dice… apuntar, apuntaba todo. Eso sí es literal. Tenía el móvil lleno de notas. Se lo veía hacer constantemente: la hora de la toma, la hora de la siesta, si había comprado esto, si había llamado a tal sitio, dónde había aparcado. Todo. Yo al principio pensaba que era cosa de madre primeriza, que todas lo hacen. Pero lo de Claudia en los últimos meses era… no sé cómo explicarlo sin que suene mal.

—Inténtelo —dijo Parra.

—Era como si no se fiara de sí misma —Irene lo dijo despacio, eligiendo cada palabra con un cuidado casi doloroso—. Como si necesitara demostrarse que las cosas habían pasado. Que las había hecho. Un día me enseñó una nota para preguntarme si me acordaba yo de una conversación que según ella habíamos tenido, porque ya no sabía si la había soñado. Y sí, la habíamos tenido, claro. Pero me quedé con eso. Con que necesitara comprobarlo.

Harper anotó algo breve. No porque lo necesitara. Porque anotar daba a la gente la medida de lo que importaba y a veces convenía administrar esa medida.

—¿Sabía usted que estaba en terapia? —preguntó Parra—. ¿Seguimiento médico, algo?

—Sé que fue al médico de cabecera un par de veces. Por el cansancio, por el sueño. Me lo contó ella. No sé qué le dijeron, no soy quién para preguntar esas cosas —Hizo una pausa—. Yo le insistía en que pidiera ayuda de verdad, ¿saben? Un profesional. Alguien. Se lo dije muchas veces. Hasta que finalmente me hizo caso, pero igual no le estaba sirviendo de mucho —Bajó la voz—. Esa es otra de las cosas que no me dejan dormir. Que a lo mejor tenía que haber insistido más. Haberla acompañado a las terapias. No sé.

—Eso no era responsabilidad suya —dijo Parra.

—Eso dice todo el mundo. —Irene sonrió sin alegría—. Es lo que se le dice a la gente para que pueda seguir viviendo.

El despacho quedó en silencio unos segundos. Fuera, el calor de julio aplastaba la calle contra el suelo y el rumor del tráfico llegaba amortiguado por los cristales. Dentro, la máquina del aire mantenía esa temperatura neutra de los edificios oficiales donde las estaciones son un rumor administrativo.

—¿Le habló alguna vez de hacerse daño? ¿O de… quitarse la vida? —preguntó Harper.

—No. —La respuesta llegó rápida, firme, casi ofendida—. Jamás. Y les voy a ser sincera: cuando me dijeron dónde había aparecido, lo primero que pensé fue que era imposible. Que se habían equivocado de persona. Claudia jamás habría dejado a Vega. Jamás. Se lo digo

yo, que la he visto levantarse con cuarenta de fiebre para no saltarse una toma. Por eso no entiendo…

Se interrumpió. Apretó los labios. Los ojos se le humedecieron sin desbordarse, con una contención que parecía más dolorosa que el llanto.

—Perdón.

—No se disculpe.

—Es que es eso lo que no me deja dormir. —Su voz bajó hasta casi romperse—. Que no lo vi venir. Que estaba con ella casi a diario y no lo vi venir. Y no dejo de repasar conversaciones, y de buscar el momento en que debí darme cuenta, y…

Sacó un pañuelo del bolso. Se secó el borde de los ojos con dos toques precisos y volvió a guardarlo. Todo el gesto duró cuatro segundos y no descompuso nada.

—Los últimos meses —continuó, ya recompuesta—, sí que la notaba distinta. Más apagada no es la palabra. Más… lejos. Se olvidaba de cosas. Cosas pequeñas. Quedábamos y se confundía de día. Un día la encontré en el aparcamiento del centro de salud, dentro del coche, parada, sin arrancar. Llevaba allí no sé cuánto tiempo. Cuando le pregunté me dijo que se había quedado pensando. Nada más. Que se había quedado pensando.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Parra.

—¿Finales de mayo? No sabría decirle el día. —Sonrió con tristeza —. Ojalá lo hubiera apuntado. Ahora apuntaría cada minuto que pasé con ella.

Parra pasó una hoja del cuaderno con el pulgar, sin mirarla.

—¿Y con Álvaro? ¿Cómo estaban? Discusiones, tensiones, dinero…

—Bien. —Irene no dudó, pero tampoco se apresuró—. Normales. Como cualquier pareja con un bebé y con él trabajando de noche. Se cruzaban mucho, dormían poco, discutían tonterías de cansados. Nada más. Álvaro la adoraba. La adora. —Se corrigió sola, con una mueca de dolor—. Ven, esto es lo que decía antes. El pasado. Todavía no me sale.

—¿Otras personas? —siguió Parra, con la neutralidad rutinaria de las preguntas que hay que hacer—. ¿Alguien nuevo en su vida,

alguien que la incomodara, algún problema con alguien?

—No. Claudia no tenía enemigos, inspector. Claudia era la persona a la que llamabas cuando tenías un problema, no la que los creaba —Irene se permitió una sonrisa pequeña, húmeda—. Si están buscando a alguien que le quisiera mal, pierden el tiempo.

—Es nuestro trabajo buscar mucho tiempo.

—Y se lo agradezco. De verdad. —Miró a Parra, luego a Harper—. Preferiría mil veces que encontraran algo. Cualquier cosa. Alguien a quien odiar. Sería más fácil que esto.

Harper la dejó continuar. Irene habló durante casi veinte minutos más, y lo hizo de una forma que él iba a recordar después, aunque en aquel momento no supiera todavía por qué. No acusó a Claudia de nada. No pronunció la palabra depresión. No pronunció la palabra suicidio. Cada vez que se acercaba a una conclusión, retrocedía. Cada vez que un detalle podía sonar a juicio, lo envolvía en una defensa. Claudia era fuerte, pero se exigía demasiado. Claudia estaba cansada, pero como cualquier madre. Claudia se olvidaba de cosas, pero quién no. Claudia salía a caminar sola de noche últimamente, para despejarse, decía, y eso a Irene siempre le había parecido incluso sano; caminaba mucho, por zonas tranquilas, por donde no hubiera gente, porque decía que la gente le pedía cosas y el campo no.

Y sin embargo, al final de cada frase, Claudia quedaba un poco más muerta que al principio.

Hacia el final, cuando la conversación ya languidecía y Parra había cerrado el cuaderno, Irene se quedó mirando el borde de la mesa y dijo, sin que nadie le hubiera preguntado nada:

—Hay una cosa que no le he contado a Álvaro.

Harper y Parra esperaron.

—No se la he contado porque no serviría de nada y porque le haría un daño espantoso. Y llevo días peleándome conmigo misma por si contárselo a ustedes es traicionarla o es ayudarla —Levantó la vista. Le brillaban los ojos—. La penúltima vez que la vi, tomando café en su cocina, con la niña dormida en el carro, me dijo una cosa. Me dijo: «*A veces pienso que lo hago todo tan mal que Vega estaría mejor aprendiendo de otra persona*». Así. Con esas palabras. Y yo le

dije que no dijera barbaridades, que era la mejor madre que conocía, y ella se rio y me dijo que no me pusiera intensa, que era una tontería de cansada. Y lo dejamos ahí. Lo dejé ahí. —Se le quebró la voz por primera vez, una grieta fina y perfectamente humana—. Lo dejé ahí porque parecía una tontería de madre cansada.

El silencio que siguió tuvo peso físico.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Harper.

—El miércoles antes. El miércoles diez. Lo sé porque era el día que yo salía antes del trabajo y me pasaba por su casa —Se secó los ojos otra vez, dos toques, el pañuelo de vuelta al bolso—. ¿Ven por qué no se lo he contado a Álvaro? ¿Qué hace un padre con esa frase el resto de su vida?

Nadie respondió. No había respuesta.

Cuando Irene se marchó, cerca de la una y media, les estrechó la mano con una firmeza tranquila, volvió a agradecerles el tiempo y pidió, casi en la puerta, una última cosa: que si en algún momento la familia necesitaba hacer algún trámite, alguna gestión, cualquier papel de esos que nadie sabe dónde se piden, no dudaran en llamarla a ella. Álvaro no estaba en condiciones y la madre de Claudia, menos.

—Alguien tiene que sostener la parte aburrida —dijo, con una media sonrisa de disculpa—. Y a mí la parte aburrida se me da bien.

Harper la vio alejarse por el pasillo con paso sereno, sorteando a un funcionario cargado de expedientes con una leve inclinación de cabeza. Cuando la puerta del fondo se cerró, Parra estiró las piernas y dejó escapar el aire despacio.

—Bueno —dijo—. Pues ya está.

Harper volvió a su silla sin responder.

—Es la declaración más completa que tenemos —continuó Parra —. Y la más creíble. Sin morbo, sin adornos, sin protagonismo. ¿Te has fijado en que es la única que no ha venido a contarnos una película? La madre nos contó a una santa. Las compañeras del trabajo, a una mártir. Esta nos ha contado a una persona.

—Sí.

—Y la frase del final lo cierra todo —Parra golpeó el cuaderno cerrado contra la rodilla, suave, dos veces—. No quería ni decirla. Has visto cómo le ha costado. Eso no se actúa, Harper. Llevo treinta años viendo actuar a gente en esa silla y eso no se actúa.

—Ya.

Parra lo miró. Lo conocía demasiado.

—Suéltalo.

—No hay nada que soltar —Harper abrió la carpeta, la miró sin leerla, volvió a cerrarla—. Ha estado impecable.

—¿Y?

—Que ha estado impecable.

Parra resopló, entre la risa y el cansancio.

—No me jodas. ¿Ahora el problema es que los testigos declaren bien?

—El problema es que no tengo problema —Harper se pasó una mano por la cara—. Llevo una hora buscándole el ángulo y no lo tiene. No ha exagerado. No se ha contradicho. No ha pedido nada. Ha defendido a la muerta mejor que su propia familia. Es la primera persona desde que levanté el cadáver de Claudia que ha dicho en voz alta que jamás habría dejado a la niña.

—Que es verdad.

—Que es exactamente lo que yo pienso. —Harper miró la ventana —. Y aun así ha conseguido que esa frase sirva para lo contrario.

Parra tardó un segundo en seguirle. Luego negó con la cabeza.

—O simplemente es lo que parece: la única amiga adulta en un funeral lleno de gente rota. Alguien tiene que sostener la parte aburrida, ¿no? —Se puso en pie, recogió sus oficios—. Harper, te lo digo con cariño. Fidel va a pedir el sobreseimiento con esto y con todo lo demás, y va a tener razón. Y tú vas a firmar lo que tengas que firmar. Y dentro de un mes ni te acordarás del apellido Salvatierra. Ni mucho menos el apellido Serrano.

«*Los cojones*», pensó Harper.

—Probablemente.

—Probablemente —repitió Parra, camino de la puerta, con una media sonrisa—. Treinta años, y todavía no te he oído decir que sí a nada.

La puerta se cerró.

Harper se quedó de pie junto a la ventana un rato largo. En la calle, el calor deformaba el aire sobre los coches aparcados. Un grupo de abogados discutía algo a la sombra escasa de un naranjo. La ciudad seguía funcionando con su indiferencia de siempre.

Repasó mentalmente la conversación. Buscó el ángulo. Lo buscó con método, como hacía con todo, revisando frase a frase igual que revisaba los folios de una causa. Y no encontró nada. Ni una contradicción. Ni una exageración. Ni un solo momento en que Irene Salvatierra hubiera dicho de Claudia algo que Claudia no pudiera haber sido. Al contrario. Había sido la primera persona en toda la instrucción que se había negado a entregarle una Claudia simplificada.

Una amiga de verdad. Probablemente la única.

Volvió a la mesa, abrió la carpeta y añadió una nota breve al margen de sus apuntes personales. Tres palabras. Nada más.

*Coincide con todos.*

Se quedó mirándolas unos segundos, sin saber muy bien por qué las había escrito así y no de otra manera. Coincidir con todos era lo esperable. Era lo lógico. Era lo que ocurría cuando la verdad era sencilla y todo el mundo la contaba desde su esquina.

Cerró la carpeta.

Al otro lado de la ventana, Jerez seguía derritiéndose bajo el mediodía. Y en algún punto de la ciudad, una mujer de solidez discreta conducía de vuelta a casa de Álvaro Serrano, donde una niña de meses acababa de despertarse de la siesta matutina y buscaba, con los ojos todavía hinchados de sueño, una cara conocida.

La encontró.

# CAPÍTULO ONCE
## Lo que recuerdas

*Cinco meses antes.*
*Jueves, 22 de febrero de 2024*
*Casa de Claudia Serrano y Álvaro Ortiz. 17:40 h.*
*Jerez de la Frontera.*

*La casa olía a café recién hecho y a esa mezcla de colonia infantil y ropa limpia que lo impregnaba todo desde diciembre.*

*Claudia había puesto a Enya porque Enya era lo único que funcionaba. Lo había descubierto por accidente una madrugada de enero, con Vega llorando contra su hombro y el salón a oscuras, probando canciones en el móvil como quien prueba llaves en una cerradura. Nanas, ruido blanco, Bach, el secador. Nada. Y entonces, por el azar de una lista de reproducción, empezó a sonar Only Time, con aquella voz que no parecía cantar sino respirar, y Vega se quedó quieta. No dormida. Quieta. Como si alguien hubiera bajado el oleaje dentro de aquel cuerpo diminuto.*

*Desde entonces sonaba cada tarde. A Álvaro le hacía gracia. Decía que su hija iba a crecer creyendo que el mundo tenía niebla y acantilados. A Claudia le daba igual. La canción también le bajaba el oleaje a ella, y esa era una información que no le había dado a nadie.*

*—Esta mujer lleva treinta años sacando el mismo disco y aquí seguimos todas —dijo Irene desde el sofá, meciendo apenas el carrito con el pie, un movimiento mínimo, constante, hipnótico—. Mi madre planchaba con esto puesto. Me acabas de devolver a 1995.*

*—¿Ves? Es ciencia.*

*—Es brujería celta, que es mejor que la ciencia.*

*Claudia se rio y algo se le aflojó en el pecho al reírse, como cada jueves. Los jueves Irene salía antes del trabajo y aparecía a media tarde con cualquier excusa: unas naranjas, una barra de pan, un me pillaba de camino. Nunca avisaba con mucha antelación y nunca hacía falta. Entraba, ponía la cafetera como si fuera su propia cocina, y durante dos horas la casa dejaba de ser una trinchera.*

*Claudia no sabía en qué momento exacto los jueves se habían convertido en lo que eran. Solo sabía que los esperaba.*

*—Siéntate —dijo Irene, palmeando el sofá—. Te lo digo en serio. Llevas de pie desde que he llegado. La lavadora no se va a escapar.*

*—Es que si no la tiendo ahora…*

*—Si no la tiendes ahora, la tiendes luego, y el planeta seguirá girando. —Irene la miró por encima de la taza, con una severidad de mentira—. Siéntate, anda. Cinco minutos. Te los receto yo.*

*Claudia se sentó. La música llenaba los huecos de la conversación sin pedir permiso, capas y capas de voz sobre voz, ese sonido de catedral sumergida. Por la ventana, la luz de febrero empezaba a ponerse naranja sobre los tejados. Vega dormía con los puños cerrados a la altura de las orejas, como un boxeador diminuto que hubiera perdido todos los asaltos del día.*

*—¿Cómo has dormido?*

*—Bien.*

*Irene ladeó la cabeza.*

*—Claudia.*

*—A ratos. —Sonrió, vencida—. Se despertó a la una y media y luego a las cinco menos algo. Pero la toma de la una fue rápida.*

*—¿Y tú? Después de la de las cinco, ¿te volviste a dormir?*

*—Más o menos.*

*—Más o menos no. —Irene dejó la taza en la mesa—. Ya te lo he dicho: el problema no es la niña, la niña duerme lo que duermen los bebés. El problema es que tú te quedas de guardia. Te quedas escuchando por si respira. Y así no hay cuerpo que aguante, cariño.*

*Era verdad. Claudia se quedaba escuchando por si respiraba. No se lo había contado a nadie, tampoco a Irene, y sin embargo Irene lo sabía, igual que sabía todo lo demás, con esa manera suya de adivinar cansancios que Claudia todavía no había aprendido a*

*nombrarse. A veces le parecía que su amiga la leía con una facilidad casi indecente. Otras veces le parecía simplemente que eso era la amistad, y que había tenido suerte.*

*—Es que ayer… —empezó Claudia, y se detuvo.*

*—¿Qué?*

*—Nada. Una tontería.*

*—Mis favoritas.*

*Claudia giró la taza entre las manos.*

*—El esterilizador. Ayer por la noche lo dejé puesto. O sea… yo juraría que lo apagué. Me acuerdo de apagarlo. Me acuerdo del clic. Y esta mañana estaba encendido, con el agua consumida, oliendo a plástico caliente. —Se miró los dedos—. Álvaro no fue, estaba trabajando. Y no me acuerdo de haberlo dejado. Pero lo dejé, claro. ¿Quién si no?*

*Irene no dijo nada enseguida. Alargó la mano y le apartó a Claudia un mechón de la cara, un gesto pequeño, de hermana mayor.*

*—¿Sabes cuántas veces me he dejado yo el horno encendido? —dijo al fin—. Y no tengo un bebé que me despierta cada tres horas. Tengo una vida aburridísima y aun así me pasa. El cerebro sin dormir hace esas cosas. Registra que has hecho algo porque lo haces todos los días, y luego resulta que ese día no lo hiciste. Se llama memoria de guion o algo así, lo leí en algún sitio. Vamos, que no te ha fallado la cabeza. Te ha fallado el sueño.*

*—Ya. —Claudia asintió despacio—. Ya, si lo sé. Pero es que es la tercera vez este mes que me pasa algo así. Lo del coche en el centro comercial, que estuve veinte minutos buscándolo en la planta que no era. Lo de la cita del pediatra, que me presenté un día antes…*

*—Un día antes, fíjate qué desastre de madre, la niña vacunadísima con veinticuatro horas de antelación. —Irene puso los ojos en blanco y Claudia se rio sin querer—. Claudia. Mírame. Estás criando a un ser humano con dos horas de sueño seguidas como máximo. No estás perdiendo nada. Estás agotada. Son dos cosas distintas y hazme el favor de no confundirlas.*

*La canción terminó y empezó otra, y otra después, todas hechas de la misma agua. Vega se removió en el carrito, chasqueó los labios*

*en sueños, volvió a hundirse. Irene retomó el balanceo con el pie sin mirar siquiera, un metrónomo paciente, y a Claudia le pasó por dentro una gratitud tan grande que casi dolía.*

*—¿Sabes qué hago yo cuando tengo épocas de mucho lío? —dijo Irene, con tono de ocurrencia repentina—. Apuntarlo todo. Todo, todo. Tonterías incluidas. Apagado el horno. Echada la llave. Coche en planta dos. Al principio te sientes ridícula, no te voy a engañar. Pero es mano de santo, porque dejas de gastar cabeza en comprobar y en dudar. Lo apuntas, y si luego te viene la duda, miras la nota y ya está. Es como… externalizar la memoria, ¿no? Que trabaje el móvil, que para eso está.*

*—¿Tú haces eso?*

*—Desde hace años. —Irene se encogió de hombros, quitándole importancia—. Yo es que soy muy de listas. Pero para ti ahora mismo sería perfecto. Pruébalo esta semana y me cuentas. Cada vez que hagas algo de esas cosas que luego te bailan, nota al móvil. Dos segundos. Y a dormir tranquila.*

*Claudia lo pensó. Tenía sentido. Tenía todo el sentido del mundo, como casi todo lo que decía Irene, que era la única persona de su vida que le ofrecía soluciones en lugar de ánimos. Su madre le decía eso pasa siempre, hija. Álvaro le decía no te agobies. Irene le decía haz esto. Y esa diferencia, a las cinco de la tarde de un febrero sin dormir, valía más que todo el amor del mundo.*

*Sacó el móvil y creó una nota nueva. Escribió: 22 feb — esterilizador APAGADO (comprobado 17:55). Se sintió ridícula exactamente como Irene había prometido. Y también, por primera vez en semanas, un poco menos a la deriva.*

*—Ya está. Primera nota de la mujer que apunta cosas.*

*—Bienvenida al club. —Irene levantó su taza en un brindis—. Verás qué paz.*

*Hablaron de otras cosas. Del trabajo de Irene, que contaba siempre en anécdotas pequeñas y sin nombres propios, quitándose importancia. De la vuelta de Claudia a la oficina en mayo, que le daba un vértigo del que solo hablaba a media voz. De la madre de Claudia, que había vuelto a decirle que en sus tiempos las mujeres criaban a cuatro sin tanta historia, y a la que Irene, sin faltarle*

*nunca al respeto, sabía desactivar con una sola ceja levantada. En algún momento Vega se despertó y no lloró: abrió los ojos al techo, muy seria, escuchando la música con el gesto concentrado de quien intenta recordar de qué le suena el mar.*

*—Trae —dijo Irene—, que tú te tomes el café caliente por una vez.*

*La cogió del carrito con una soltura que a Claudia siempre le llamaba la atención, la soltura de quien ha sostenido muchos bebés o de quien ha nacido sabiendo, y se la acomodó contra el pecho. Vega la miró desde muy cerca con esa fijeza sin educar de los bebés. Irene le devolvió la mirada y le dijo algo en voz demasiado baja para que Claudia lo oyera, algo breve, y la niña hizo una pompa de saliva que en el idioma de los cuatro meses debía de ser una respuesta.*

*—Le gustas —dijo Claudia.*

*—Es que yo a los Serrano os camelo en general. Es mi único talento.*

*La luz se fue poniendo más baja y más dorada. En algún momento habría que tender la lavadora, y preparar el baño de Vega, y pensar la cena, y sobrevivir a la noche, que era la parte del día que Claudia había aprendido a mirar de reojo, como se mira una cuesta desde abajo. Pero todavía no. Todavía quedaba media taza de café y dos canciones y una amiga con el pie en el carrito.*

*—Oye —dijo Claudia, de pronto, sin saber muy bien por qué lo decía—. Gracias.*

*—¿Por el pan? Estaba de oferta.*

*—Por los jueves.*

*Irene tardó un segundo en contestar. Miró a la niña que tenía en brazos, luego a Claudia, y sonrió de una manera que a Claudia le pareció, en aquel momento, la definición exacta de la ternura.*

*—Los jueves —dijo— son el mejor plan de mi semana. No me des las gracias por venir a lo que quiero venir.*

*Fuera empezaba a anochecer. Dentro, la voz de Enya seguía flotando en aquel idioma suyo hecho de eco y de niebla,* ***la misma melodía envolvente que llevaba toda la tarde sonando en bucle sin que ninguna de las dos sintiera la necesidad de***

***cambiarla**, y Claudia apuró el café con Vega ya de vuelta en su regazo, tibia y pesada como un pan recién hecho, y pensó que a lo mejor su madre tenía razón y estaba haciendo un mundo de todo, y que las cosas, en el fondo, no iban tan mal.*

*Tenía una hija sana. Un marido bueno. Una amiga que aparecía los jueves.*

*Solo estaba cansada.*

*Todo el mundo se lo decía.*

*Ruido blanco, Bach, el secador. Nada. Y entonces, por el azar de una lista de reproducción, empezó a sonar Only Time, con aquella voz que no parecía cantar sino respirar, y Vega se quedó quieta. No dormida. Quieta. Como si alguien hubiera bajado el oleaje dentro de aquel cuerpo diminuto.*

*Desde entonces sonaba cada tarde. A Álvaro le hacía gracia. Decía que su hija iba a crecer creyendo que el mundo tenía niebla y acantilados. A Claudia le daba igual. La canción también le bajaba el oleaje a ella, y esa era una información que no le había dado a nadie.*

*—Esta mujer lleva treinta años sacando el mismo disco y aquí seguimos todas —dijo Irene desde el sofá, meciendo apenas el carrito con el pie, un movimiento mínimo, constante, hipnótico—. Mi madre planchaba con esto puesto. Me acabas de devolver a 1995.*

*—¿Ves? Es ciencia.*

*—Es brujería celta, que es mejor que la ciencia.*

*Claudia se rio y algo se le aflojó en el pecho al reírse, como cada jueves. Los jueves Irene salía antes del trabajo y aparecía a media tarde con cualquier excusa: unas naranjas, una barra de pan, un me pillaba de camino. Nunca avisaba con mucha antelación y nunca hacía falta. Entraba, ponía la cafetera como si fuera su propia cocina, y durante dos horas la casa dejaba de ser una trinchera.*

*Claudia no sabía en qué momento exacto los jueves se habían convertido en lo que eran. Solo sabía que los esperaba.*

*—Siéntate —dijo Irene, palmeando el sofá—. Te lo digo en serio. Llevas de pie desde que he llegado. La lavadora no se va a escapar.*

*—Es que si no la tiendo ahora…*

*—Si no la tiendes ahora, la tiendes luego, y el planeta seguirá girando. —Irene la miró por encima de la taza, con una severidad de mentira—. Siéntate, anda. Cinco minutos. Te los receto yo.*

*Claudia se sentó. La música llenaba los huecos de la conversación sin pedir permiso, capas y capas de voz sobre voz, ese sonido de catedral sumergida. Por la ventana, la luz de febrero empezaba a ponerse naranja sobre los tejados. Vega dormía con los puños cerrados a la altura de las orejas, como un boxeador diminuto que hubiera perdido todos los asaltos del día.*

*—¿Cómo has dormido?*

*—Bien.*

*Irene ladeó la cabeza.*

*—Claudia.*

*—A ratos. —Sonrió, vencida—. Se despertó a la una y media y luego a las cinco menos algo. Pero la toma de la una fue rápida.*

*—¿Y tú? Después de la de las cinco, ¿te volviste a dormir?*

*—Más o menos.*

*—Más o menos no. —Irene dejó la taza en la mesa—. Ya te lo he dicho: el problema no es la niña, la niña duerme lo que duermen los bebés. El problema es que tú te quedas de guardia. Te quedas escuchando por si respira. Y así no hay cuerpo que aguante, cariño.*

*Era verdad. Claudia se quedaba escuchando por si respiraba. No se lo había contado a nadie, tampoco a Irene, y sin embargo Irene lo sabía, igual que sabía todo lo demás, con esa manera suya de adivinar cansancios que Claudia todavía no había aprendido a nombrarse. A veces le parecía que su amiga la leía con una facilidad casi indecente. Otras veces le parecía simplemente que eso era la amistad, y que había tenido suerte.*

*—Es que ayer… —empezó Claudia, y se detuvo.*

*—¿Qué?*

*—Nada. Una tontería.*

*—Mis favoritas.*

*Claudia giró la taza entre las manos.*

*—El esterilizador. Ayer por la noche lo dejé puesto. O sea… yo juraría que lo apagué. Me acuerdo de apagarlo. Me acuerdo del clic.*

*Y esta mañana estaba encendido, con el agua consumida, oliendo a plástico caliente. —Se miró los dedos—. Álvaro no fue, estaba trabajando. Y no me acuerdo de haberlo dejado. Pero lo dejé, claro. ¿Quién si no?*

*Irene no dijo nada enseguida. Alargó la mano y le apartó a Claudia un mechón de la cara, un gesto pequeño, de hermana mayor.*

*—¿Sabes cuántas veces me he dejado yo el horno encendido? —dijo al fin—. Y no tengo un bebé que me despierta cada tres horas. Tengo una vida aburridísima y aun así me pasa. El cerebro sin dormir hace esas cosas. Registra que has hecho algo porque lo haces todos los días, y luego resulta que ese día no lo hiciste. Se llama memoria de guion o algo así, lo leí en algún sitio. Vamos, que no te ha fallado la cabeza. Te ha fallado el sueño.*

*—Ya. —Claudia asintió despacio—. Ya, si lo sé. Pero es que es la tercera vez este mes que me pasa algo así. Lo del coche en el centro comercial, que estuve veinte minutos buscándolo en la planta que no era. Lo de la cita del pediatra, que me presenté un día antes…*

*—Un día antes, fíjate qué desastre de madre, la niña vacunadísima con veinticuatro horas de antelación. —Irene puso los ojos en blanco y Claudia se rio sin querer—. Claudia. Mírame. Estás criando a un ser humano con dos horas de sueño seguidas como máximo. No estás perdiendo nada. Estás agotada. Son dos cosas distintas y hazme el favor de no confundirlas.*

*La canción terminó y empezó otra, y otra después, todas hechas de la misma agua. Vega se removió en el carrito, chasqueó los labios en sueños, volvió a hundirse. Irene retomó el balanceo con el pie sin mirar siquiera, un metrónomo paciente, y a Claudia le pasó por dentro una gratitud tan grande que casi dolía.*

*—¿Sabes qué hago yo cuando tengo épocas de mucho lío? —dijo Irene, con tono de ocurrencia repentina—. Apuntarlo todo. Todo, todo. Tonterías incluidas. Apagado el horno. Echada la llave. Coche en planta dos. Al principio te sientes ridícula, no te voy a engañar. Pero es mano de santo, porque dejas de gastar cabeza en comprobar y en dudar. Lo apuntas, y si luego te viene la duda, miras*

*la nota y ya está. Es como… externalizar la memoria, ¿no? Que trabaje el móvil, que para eso está.*

*—¿Tú haces eso?*

*—Desde hace años. —Irene se encogió de hombros, quitándole importancia—. Yo es que soy muy de listas. Pero para ti ahora mismo sería perfecto. Pruébalo esta semana y me cuentas. Cada vez que hagas algo de esas cosas que luego te bailan, nota al móvil. Dos segundos. Y a dormir tranquila.*

*Claudia lo pensó. Tenía sentido. Tenía todo el sentido del mundo, como casi todo lo que decía Irene, que era la única persona de su vida que le ofrecía soluciones en lugar de ánimos. Su madre le decía eso pasa siempre, hija. Álvaro le decía no te agobies. Irene le decía haz esto. Y esa diferencia, a las cinco de la tarde de un febrero sin dormir, valía más que todo el amor del mundo.*

*Sacó el móvil y creó una nota nueva. Escribió: 22 feb — esterilizador APAGADO (comprobado 17:55). Se sintió ridícula exactamente como Irene había prometido. Y también, por primera vez en semanas, un poco menos a la deriva.*

*—Ya está. Primera nota de la mujer que apunta cosas.*

*—Bienvenida al club. —Irene levantó su taza en un brindis—. Verás qué paz.*

*Hablaron de otras cosas. Del trabajo de Irene, que contaba siempre en anécdotas pequeñas y sin nombres propios, quitándose importancia. De la vuelta de Claudia a la oficina en mayo, que le daba un vértigo del que solo hablaba a media voz. De la madre de Claudia, que había vuelto a decirle que en sus tiempos las mujeres criaban a cuatro sin tanta historia, y a la que Irene, sin faltarle nunca al respeto, sabía desactivar con una sola ceja levantada. En algún momento Vega se despertó y no lloró: abrió los ojos al techo, muy seria, escuchando la música con el gesto concentrado de quien intenta recordar de qué le suena el mar.*

*—Trae —dijo Irene—, que tú te tomes el café caliente por una vez.*

*La cogió del carrito con una soltura que a Claudia siempre le llamaba la atención, la soltura de quien ha sostenido muchos bebés o de quien ha nacido sabiendo, y se la acomodó contra el pecho.*

*Vega la miró desde muy cerca con esa fijeza sin educar de los bebés. Irene le devolvió la mirada y le dijo algo en voz demasiado baja para que Claudia lo oyera, algo breve, y la niña hizo una pompa de saliva que en el idioma de los cuatro meses debía de ser una respuesta.*

*—Le gustas —dijo Claudia.*

*—Es que yo a los Serrano os camelo en general. Es mi único talento.*

*La luz se fue poniendo más baja y dorada. En algún momento habría que tender la lavadora, y preparar el baño de Vega, y pensar la cena, y sobrevivir a la noche, que era la parte del día que Claudia había aprendido a mirar de reojo, como se mira una cuesta desde abajo. Pero todavía no. Todavía quedaba media taza de café y dos canciones y una amiga con el pie en el carrito.*

*—Oye —dijo Claudia, de pronto, sin saber muy bien por qué lo decía—. Gracias.*

*—¿Por el pan? Estaba de oferta.*

*—Por los jueves.*

*Irene tardó un segundo en contestar. Miró a la niña que tenía en brazos, luego a Claudia, y sonrió de una manera que a Claudia le pareció, en aquel momento, la definición exacta de la ternura.*

*—Los jueves —dijo— son el mejor plan de mi semana. No me des las gracias por venir a lo que quiero venir.*

*Fuera empezaba a anochecer. Dentro, la voz de Enya seguía preguntando, en su idioma de niebla, quién puede saber las cosas que nadie sabe: hacia dónde va el corazón de cada uno, cuánto dura lo que dura, quién se queda y quién se va. Claudia apuró el café con Vega ya de vuelta en su regazo, tibia y pesada como un pan recién hecho, y pensó que a lo mejor su madre tenía razón y estaba haciendo un mundo de todo, y que las cosas, en el fondo, no iban tan mal.*

*Tenía una hija sana. Un marido bueno. Una amiga que aparecía los jueves.*

*Solo estaba cansada.*

*Todo el mundo se lo decía.*

# CAPÍTULO DOCE
## Hipervigilancia

*Martes, 23 de julio de 2024*
*La Bodega. Casa de Aeris y Nya. 15:20 h.*
*El Puerto de Santa María.*

El coche gris pasó dos veces.

Nya lo vio la primera vez a las 14:37, desde la ventana del estudio, mientras subrayaba el tema catorce con un fluorescente que ya casi no pintaba. Un utilitario gris, matrícula acabada en 4382, circulando despacio por el camino de albero que moría en la cancela. La segunda vez fue a las 15:02. Mismo coche. Misma lentitud. Lo anotó en el margen del temario con la letra pequeña y apretada que reservaba para esas cosas —*gris, 4382, 14:37 y 15:02, dos ocupantes¿?*— y solo después, con el bolígrafo aún en el aire, se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

Otra vez.

Se quedó mirando la anotación como se mira una mancha de humedad que ha vuelto a salir en una pared recién pintada. Llevaba tres semanas sin apuntar matrículas. Veintidós días, para ser exactos, porque también contaba eso, también llevaba esa contabilidad absurda de sus propias recaídas, como si la vigilancia de sí misma fuera la única vigilancia que se permitía cuestionar. Veintidós días de mirar los coches como mira los coches la gente normal: sin leerlos.

Se levantó. Fue a la cocina. Bebió agua directamente de la botella, de pie ante el fregadero, y por la ventana comprobó que el camino estaba vacío, que la luz de la sobremesa caía blanca y vertical sobre las viñas de los vecinos, que el mundo era exactamente el lugar tranquilo que aparentaba ser. Un coche gris

que pasa dos veces es un vecino que ha olvidado algo. Un repartidor que no encuentra una dirección. Una pareja mirando casas. Un coche gris que pasa dos veces no es nada.

Lucian nunca había tenido un coche gris.

Ahí estaba. Ese era el problema, la falla geológica sobre la que llevaba dos años construyendo su vida: que todos los razonamientos, absolutamente todos, terminaban en él. Podía empezar pensando en matrículas, en el tema catorce, en la lista de la compra, en el queso que Aeris compraba siempre de más, y el pensamiento, lo dejaras donde lo dejaras, rodaba solo cuesta abajo hasta la misma puerta. Los psicólogos tenían una palabra para eso. Los psicólogos tenían palabras para todo. Hipervigilancia, le habían dicho, como quien entrega un diagnóstico envuelto en papel de regalo, y ella había asentido y había pensado que llamarlo así era como llamar brisa a un levante de cincuenta nudos: técnicamente correcto y absolutamente inútil.

Porque la palabra no contaba lo que era.

No contaba que el cerebro se le había quedado organizado como una garita. Que podía estar riéndose —de verdad, con una risa real, de las que no se fabrican— y al mismo tiempo, por debajo, en una sala de máquinas que no descansaba nunca, algo suyo estaba contando las salidas de la habitación, catalogando los sonidos de la casa, midiendo cuánto tardaba un coche en pasar de largo. No contaba que había aprendido a distinguir el ruido de la cancela según quién la abriera. Que sabía que la tercera pisada del pasillo crujía y las demás no, y que ese crujido era su sistema de alarma más fiable, mejor que las cámaras que Aeris había instalado, porque las cámaras podían fallar y la madera no. No contaba que dormirse seguía siendo, cada noche, un acto de fe.

Volvió al estudio. El tema catorce la esperaba con su prosa administrativa y hostil, procedimientos, plazos, recursos, un idioma diseñado por gente que jamás había tenido prisa. Estudiaba porque estudiar era el plan. El plan era bueno. El plan tenía la forma de una vida: unas oposiciones, un temario, un calendario en la pared con los días tachados, una casa enorme que olía a madera vieja y a vino evaporado hacía décadas, un hombre que volvía todas las tardes. El

plan era todo lo que había querido cuando no le estaba permitido querer nada.

Solo que los planes no saben nada de las salas de máquinas.

Leyó el mismo párrafo tres veces. A la cuarta se rindió, cerró el temario y se quedó mirando el estudio en la luz espesa de la siesta, filtrada por las persianas medio echadas contra el calor: las estanterías a medio llenar, las cajas que aún no habían abierto desde la mudanza, y al fondo, contra la pared del rincón, el piano cubierto con una sábana blanca. El piano de la finca. No lo había tocado desde que los operarios lo dejaron allí, sudando y maldiciendo, preguntándose en voz alta quién demonios se muda un piano de cola media sin saber tocar. Nadie les había corregido. La sábana acumulaba polvo con una paciencia de fantasma doméstico, y Nya pasaba por delante cada día y cada día decidía no levantarla, con esa disciplina suya de no abrir puertas cuyo contenido conocía demasiado bien.

Fuera sonó la cancela.

Dos tiempos: el chasquido del mando y el arrastre del hierro. La cadencia de Aeris. Nya lo supo antes de ver el coche, lo supo por el cuerpo, porque el cuerpo aflojó un cuarto de vuelta esa tuerca que llevaba apretada desde las 14:37, y esa era otra de las cosas que la palabra hipervigilancia no contaba: que el alivio también estaba automatizado. Que su sistema nervioso había aprendido a Aeris Harper igual que había aprendido el crujido de la tercera pisada, y lo archivaba en la única carpeta que tenía con la etiqueta de *seguro*.

A veces se preguntaba qué habría sido de ella si esa carpeta no existiera.

-*.*-

Harper entró en la cocina con la americana colgada de un dedo, el nudo de la corbata a media asta y la cara de los días largos. Dejó las llaves en el cuenco de cerámica —siempre en el cuenco; había aprendido rápido que las llaves en cualquier otro sitio eran, para Nya, un pequeño incendio—, abrió la nevera, la cerró sin coger nada y se apoyó en la encimera.

—Ni un comentario sobre el queso —dijo.

—No he dicho nada.

—Lo estabas pensando en voz alta.

Nya sonrió a su pesar, y durante un rato la cocina funcionó con la coreografía de costumbre: ella cortando, él encendiendo la plancha, el vino abierto, los platos, las cosas pequeñas de las que estaba hecho el tratado de paz más importante de sus vidas. Hablaron del calor, de un funcionario que se había desmayado en la sala de vistas, de la vecina de las viñas que había vuelto a invitarlos a una zambomba en pleno julio porque la mujer vivía en un diciembre perpetuo. Cualquier cosa.

Pero Nya lo veía.

Lo veía en la manera en que Aeris cortaba el pan: demasiado parejo, demasiado atento, la precisión de un hombre que ha sacado las manos a pasear para que la cabeza se quede en casa. Lo veía en los silencios de medio segundo antes de contestar, ese retardo mínimo de quien está escuchando dos conversaciones a la vez y solo una sucede en la cocina. Llevaba semanas viéndolo. Desde la madrugada del teléfono, desde la mujer de las vías, Aeris Harper vivía con un inquilino en la cabeza, y esta noche el inquilino había llegado a casa antes que él.

—¿Ha declarado la amiga? —preguntó Nya.

No dijo el nombre. No hizo falta. En aquella casa, "el caso" solo podía ser uno, igual que "la amiga" solo podía ser una, porque Aeris, sin darse cuenta, había ido dejando el vocabulario del expediente por las habitaciones como quien deja calderilla: la amiga, el viudo, la niña, las vías.

—Ha declarado la amiga. —Harper sirvió el vino, le tendió una copa—. Impecable.

—¿Impecable bien o impecable mal?

—Esa es la pregunta del año. —Se quedó con la copa a medio camino, mirando un punto de la pared donde no había nada—. Ha salido del despacho a la una y media y a las tres ya me estaba llamando Parra para decirme que es la mejor testigo de toda la instrucción. Y tiene razón. Fidel quiere el sobreseimiento en agosto. Y hace bien. La autopsia dice lo que dice, el escenario dice lo que

dice, la familia dice lo que dice, la amiga dice lo que dicen todos. —Bebió—. Todos dicen lo mismo, Nya. Todo el mundo. Con las mismas palabras, casi.

—¿Y eso es raro?

—Eso es lo normal. —Dejó la copa—. Cuando una cosa es verdad, todo el mundo la cuenta parecida. Es de manual.

—Pero.

—Pero no voy a firmar todavía.

Lo dijo sin énfasis, en el mismo tono con el que había pedido que le pasara la sal, y precisamente por eso sonó a lo que era: una decisión tomada hacía horas, quizá días, que solo estaba esperando ser dicha en voz alta en la única habitación del mundo donde no tenía que justificarla. Nya lo miró por encima de la copa.

—Te pica el hocico.

—Me pica el hocico.

—Aeris.

—Lo sé.

—La última vez que te picó el hocico…

—Lo sé. —Casi sonrió—. Por eso no lo he dicho en el juzgado. Ahí abajo, cuando dices tengo una corazonada, te miran como si hubieras propuesto echar las cartas. Aquí puedo permitirme el lujo de ser un mal jurista durante una comida. —Hizo girar el vino en la copa, despacio—. No hay nada, ¿entiendes? Ese es el problema. No es que haya algo que no encaje. Es que encaja todo. Todo. Cada pieza, cada testigo, cada informe. Llevo veinte años instruyendo causas y no he visto nunca un expediente sin una sola arruga. La realidad tiene arrugas, Nya. Siempre. La gente se contradice en las horas, se equivoca en los días, recuerda mal las conversaciones. Cuando nadie se equivoca en nada…

No terminó la frase. La dejó ahí, sobre la mesa, entre el pan y el queso sobrante, y Nya sintió un frío pequeño y exacto bajarle por la nuca, porque conocía esa clase de perfección. Había vivido dentro de una. Las realidades sin arrugas no existen: se planchan. Y ella sabía mejor que nadie en aquella provincia cuántas manos y cuánta paciencia hacen falta para planchar la realidad de otra persona.

No lo dijo. No supo por qué no lo dijo. O sí lo supo y no quiso mirarlo: que había cosas suyas que aún no tenían traducción, que ciertas puertas, como la sábana del piano, era mejor no levantarlas en la sobremesa.

—¿Y hasta cuándo puedes no firmar? —preguntó en cambio.

—Un tiempo. Puedo pedir diligencias complementarias. Estirar plazos. Marear el expediente con elegancia. —Se encogió de hombros—. Sé hacer dos cosas en esta vida: instruir causas y marear expedientes con elegancia.

—Y comprar queso de más.

—Tres cosas.

Recogieron juntos. Y fue al cerrar el lavavajillas cuando Harper dijo, con la voz ya distinta, más baja, la voz de después de las palabras:

—Voy a bajar un rato.

Nya asintió. No preguntó a qué. En La Bodega, *bajar* solo significaba una cosa.

-*.*-

La sala estaba en el ala vieja, donde el suelo todavía era de losa hidráulica y las paredes conservaban el encalado grueso de cuando allí dormían las botas de vino. Era una nave pequeña, de techo alto, con dos ventanucos enrejados por los que la luz de la tarde entraba en diagonal, encendiendo el polvo en suspensión. Cuando compraron la casa, aquel espacio era un cementerio de duelas y telarañas. Harper lo vació él mismo, un fin de semana entero de escombros y de no hablar de por qué lo hacía, y luego trajo lo esencial con la sobriedad de quien monta una capilla: un saco pesado colgado de una viga con cadena nueva, una esterilla, una comba, un banco, un pequeño altavoz sobre una repisa. Nada más. Ni espejos, ni máquinas, ni pantallas. Un hombre, un saco y una deuda.

Se vendó las manos sentado en el banco, con el ritual lento de siempre, cada vuelta de venda en su sitio, el pulgar, la muñeca, los nudillos, y mientras lo hacía notó cómo el día entero se le iba

acumulando en la superficie de la piel, buscando salida: la sala de vistas con el aire acondicionado agonizando, los oficios pendientes, la sonrisa exacta de Irene Salvatierra, el pañuelo con sus dos toques precisos, *coincide con todos*, la voz de Parra, treinta años y todavía no te he oído decir que sí a nada, el expediente sin una sola arruga esperando su firma como espera un animal paciente.

Hubo un tiempo en que todo esto lo sacaba en otro sitio. Otro ritual, otras paredes, otra liturgia de control y entrega donde un hombre podía dejar el peso en la puerta con otro nombre colgado del cuello. Aquello se acabó cuando se acabó, y no lo echaba de menos exactamente; echaba de menos lo que hacía por él, que no era placer sino orden. El boxeo había sido anterior a todo —un gimnasio de Jerez, catorce años, un entrenador que olía a linimento y le decía que la rabia sin técnica es solo miedo dando vueltas—, y había vuelto a él como se vuelve a un idioma materno: con torpeza dos semanas y de golpe, una tarde, con toda la gramática intacta.

Puso la música.

*Monster*, de Willyecho. La había encontrado por casualidad en una de esas listas que el algoritmo fabrica para hombres de su edad que corren de noche, y se había quedado con ella por razones que prefería no examinar: el arranque contenido, casi en sordina, como algo respirando detrás de una puerta; los tambores que entraban después, tribales, de fondo de caverna; y esa voz rota que iba subiendo hasta admitir a gritos lo que todo el mundo se pasa la vida negando con educación. Una canción sobre el bicho que uno lleva dentro. Le parecía honrada. La mayoría de la gente decoraba a su bicho, lo vestía de estrés, de carácter, de genio del sur. La canción, por lo menos, lo llamaba por su nombre.

Empezó suave. Jab, jab, desplazamiento. La cadena tintineó arriba, en la viga, marcando el compás. Uno-dos. Uno-dos-esquiva. El saco recibía y devolvía con su física elemental, la única física completamente honesta que Harper conocía: le das exactamente lo que tienes y te devuelve exactamente lo que le has dado. Sin retórica. Sin atestados. Sin sonrisas del tamaño exacto de las circunstancias.

La música creció y él creció con ella.

Y como siempre, en algún punto entre el segundo y el tercer asalto contra nadie, la cabeza hizo lo que solo hacía allí: se ordenó. No era que dejara de pensar; era que por fin pensaba en fila. Los golpes funcionaban como el carro de una vieja máquina de escribir, cada impacto una tecla, y sobre el papel en blanco del cansancio las piezas del día fueron cayendo una a una, alineadas, legibles. Claudia Serrano, treinta y cinco años, madre reciente, muerta donde mueren los trenes. Golpe. Un expediente perfecto avanzando hacia el archivo con la mansedumbre de un animal bien adiestrado. Golpe. Una amiga impecable que defendía a la muerta mejor que su propia familia y que, defendiéndola, la enterraba. Golpe. *Jamás habría dejado a la niña.* Golpe. Todos con las mismas palabras. Golpe. Las mismas. Golpe. Palabras.

Se detuvo con los brazos ardiendo y el corazón en las orejas, abrazado al saco como a un contrincante querido, y ahí, en el silencio relativo entre canción y canción, con el sudor cayéndole por el canal de la espalda, lo vio con una claridad que ninguna sala de vistas le había dado nunca:

No le molestaba que todos dijeran lo mismo.

Le molestaba que lo dijeran *igual*.

Que el relato no tuviera versiones sino copias. Que la madre, las compañeras, los vecinos y la amiga no hubieran contado la misma historia, sino recitado el mismo texto, cada uno con su acento, como coristas de un tema que ninguno había compuesto. Y los textos, eso lo sabía cualquier instructor viejo, los textos no crecen solos en la boca de la gente.

Los textos se escriben.

La segunda canción entró con su tambor de caverna y Harper volvió al saco.

-*.*-

Nya bajó a por agua a media tarde y oyó el ritmo desde la escalera: el compás sordo del cuero, la cadena, la música amortiguada por los muros de sesenta centímetros. No era la primera vez. Se acercó por el pasillo del ala vieja, que a esa hora era

un túnel de penumbra —la casa entera vivía en penumbra desde junio, cerrada contra el calor, y Nya la conocía a oscuras mejor que iluminada; la había aprendido a oscuras a propósito, la primera semana, habitación por habitación, porque esa era la clase de deberes que su cabeza le ponía— y se quedó en el umbral, fuera del alcance de la claridad de los ventanucos.

Aeris no la vio. Estaba de espaldas, empapado, las vendas grises de sudor, moviéndose alrededor del saco con una concentración que no se parecía a ninguna de sus concentraciones diurnas. De día, Aeris Harper era un hombre que contenía. Contenía en las vistas, contenía con Parra, contenía hasta cuando reía, como si llevara toda la vida administrándose a sí mismo en dosis seguras para el público. Aquí no. Aquí había un desconocido preciso y violento que golpeaba algo que no era un saco —eso se veía desde el pasillo, se veía desde cualquier parte—, y lo asombroso, lo que la tenía clavada al umbral, era que el desconocido no daba miedo. Daba envidia.

Porque Nya conocía la rabia.

La suya no hacía ruido. Esa era la diferencia, la única. La suya era una inquilina silenciosa que pagaba puntualmente su renta en insomnio, en matrículas apuntadas, en cerraduras comprobadas dos veces, en veintidós días contados como se cuentan los días de lluvia. Rabia contra Lucian, que seguía sin rostro y sin condena, viviendo en su nuca como una corriente de aire. Contra Antonio, y contra el hueco donde debería haber un padre. Contra Selene, que era la más difícil de todas porque venía trenzada con otras cosas que no eran rabia. Y contra sí misma, la más antigua, la de mejor caligrafía: por lo que permitió, por lo que no vio, por lo que tardó.

Nunca la había sacado. No sabía. Nadie le había enseñado y ella no había preguntado, porque preguntar habría sido admitir que estaba, y su método de toda la vida consistía exactamente en lo contrario: en un cuerpo quieto, una voz templada y una sala de máquinas trabajando a puerta cerrada.

Miró las manos de Aeris volar contra el cuero. Miró sus propias manos, pálidas en la penumbra del pasillo, cerradas —¿desde cuándo?— en dos puños pequeños y perfectos.

Los abrió despacio, dedo a dedo, como quien desactiva algo.

Después subió sin hacer ruido, pisando de memoria por el borde de las losas, evitando la tercera pisada, la que crujía.

-*.*-

A las 3:12 se despertó.

Sin sobresalto, sin pesadilla, sin motivo. Se despertó como se despertaba siempre, con los ojos abiertos de golpe en la oscuridad y todos los sistemas encendidos a la vez, escuchando. La respiración de Aeris a su lado, larga, honda, con ese punto de ronquido que nunca reconocería. El motor lejano de un camión en la carretera del Portal. El tic de la madera del techo, dilatándose, contrayéndose, hablando sola. Nada. No había nada. Nunca había nada.

Se levantó igual.

Hizo la ronda descalza, con el sigilo profesional de sus tres de la madrugada: la puerta principal, cerrada, el resbalón y la vuelta entera; la puerta del patio, cerrada; las ventanas de la planta baja, una por una, la falleba de la cocina que había que empujar con la palma; la cancela, visible desde la ventana del salón, cerrada, el camino de albero vacío y azul bajo la luna. El coche gris no estaba. El coche gris no había vuelto. El coche gris era un vecino, un repartidor, una pareja mirando casas.

Lo comprobó todo una vez.

Empezó a comprobarlo la segunda y se detuvo a la mitad, con la mano en la falleba de la cocina, porque de pronto se vio desde fuera —una mujer descalza, a oscuras, a las tres y cuarto, auditando cerraduras que ella misma había auditado noventa segundos antes— y en ese verse desde fuera se le apareció, sin permiso, la mujer del caso de Aeris. La amiga, el viudo, la niña, las vías. Una mujer que, según contaban todos con las mismas palabras, lo apuntaba todo, lo comprobaba todo, no se fiaba ni de su propia memoria.

Qué agotador, pensó Nya. Qué agotador tuvo que ser su último año.

El pensamiento pasó de largo, camino de ninguna parte, como los coches grises que no son nada. Todavía le faltaban meses para saber que acababa de rozar la verdad con la punta de los dedos, en

camisón, junto a una falleba, mucho antes que ningún informe. Soltó la ventana. Subió las escaleras por el borde de las losas.

En el dormitorio, Aeris dormía con un brazo cruzado sobre el lado de ella, en diagonal, ocupando su ausencia. Nya levantó el brazo con cuidado de artificiero, se instaló debajo, lo devolvió a su sitio. El peso la ancló. Era un truco que había descubierto sin buscarlo: la sala de máquinas no sabía qué hacer con ese peso, no tenía protocolo para él, y a falta de protocolo, callaba.

Cerró los ojos.

Abajo, en el ala vieja, el saco colgaba inmóvil de su viga, todavía oliendo a cuero y a sudor, guardando como un confesor todo lo que aquella casa no se decía. Aguantaría. Para eso estaba. Y en el estudio, bajo la sábana blanca, el piano siguió acumulando polvo y paciencia, esperando su capítulo.

La casa entera dormía con un ojo abierto.

Como ella.

# CAPÍTULO TRECE
## Memoria externa

*Miércoles, 24 de julio de 2024*
*Comisaría de la Policía Nacional. 08:40 h.*
*Jerez de la Frontera.*

La máquina de café de la segunda planta seguía sin dar vasos.

Llevaba así desde marzo, según la nota manuscrita pegada con celo al frontal *—AVERIADA. NO ECHAR MONEDAS. (EN SERIO)—*, y sin embargo alguien acababa de echar monedas, porque cuando Harper llegó al pasillo de la Brigada un agente joven miraba la ranura con la fe inútil de quien todavía cree que las cosas funcionan porque deben. Harper pasó de largo. Conocía aquel pasillo mejor que algunos de sus propios recuerdos: el linóleo levantado junto al extintor, los corchos con circulares que nadie leía, el rumor de teléfonos y teclados de todas las comisarías del mundo a las nueve menos veinte de la mañana.

Parra levantó la vista de la pantalla antes de que llamara al marco de la puerta. Tenía esa virtud de los policías viejos: detectaba la llegada de los problemas por el desplazamiento del aire.

—Señoría. —Se echó hacia atrás en la silla, que protestó—. ¿Tú no tienes un juzgado?

—Me pilla de camino.

—Te pilla en dirección contraria.

—Depende de dónde salgas.

Parra lo estudió un segundo con los ojos entornados, hizo el cálculo —lo hizo entero, se le vio hacerlo— y señaló la silla de confidentes con la barbilla.

—El móvil —dijo. No era una pregunta.

—El móvil.

—Ayer no habías firmado el sobreseimiento y hoy vienes a las ocho y media a preguntarme por el terminal de la Serrano. —Parra suspiró, abrió el cajón del medio, sacó una carpeta de gomas con el lomo rotulado a bolígrafo y la dejó sobre la mesa sin empujarla todavía hacia él—. Que conste una cosa. Yo esto lo tenía para mandártelo la semana que viene con el resto de diligencias, tranquilamente, por el conducto ordinario, como Dios manda.

—Que conste.

—Y que conste otra. —Puso la mano encima de la carpeta, plana, sin apretar—. Aquí dentro no hay nada, Harper. Te lo digo antes de que lo abras para que luego no digas que no te lo dije. Científica volcó el terminal la primera semana. Sin borrados sospechosos, sin aplicaciones raras, sin conversaciones que no cuadren. La UDEV le echó un vistazo por rutina y lo devolvió con un folio de resumen. Lo único que tiene ese teléfono es lo que te va a poner los pelos de punta, y no por lo que tú crees.

—¿Por qué, entonces?

—Porque da pena. —Parra retiró la mano—. Ábrelo y verás.

El informe tenía el grosor administrativo de las cosas que nadie espera que se lean enteras: un oficio de remisión, el acta de volcado, el análisis de comunicaciones —llamadas normales, mensajes normales, una vida normal— y luego, ocupando más de la mitad de la carpeta, el anexo IV. *Extracción de la aplicación de notas del terminal.* Ciento y pico folios a dos columnas, letra pequeña, con la fecha y la hora de creación de cada entrada en el margen.

Harper empezó a leer.

*8 mar — 20:12 — cafetera apagada (foto)*
*8 mar — 20:31 — puerta patio cerrada*
*8 mar — 22:13 — puerta calle CON LLAVE (foto)*
*9 mar — 07:40 — toma V. 07:15–07:35, bien*
*9 mar — 09:22 — coche planta −2, fila C, junto columna pintada*
*9 mar — 11:40 — llamé a mamá, 12 min, quedamos domingo*
*9 mar — 13:05 — pañales talla 2, quedan 14*
*9 mar — 16:50 — esterilizador APAGADO, comprobado, foto*
*9 mar — 21:47 — llaves en el cuenco de la entrada (foto)*

En esa se detuvo medio segundo de más. Pensó, sin venir a cuento, en el cuenco de cerámica de la entrada de La Bodega. En por qué las llaves iban siempre al cuenco. No terminó el pensamiento; lo dejó donde estaba, en ese margen sin fecha que él también llevaba dentro, y siguió leyendo.

Pasó la página. Y otra. Y otra. La letra del margen no cambiaba nunca porque no era letra, era tipografía, pero Harper había leído suficientes diarios incautados, suficientes agendas de víctimas y de verdugos, como para oír la voz debajo del formato. Y la voz era metódica, exhausta y educada. Una voz que no se quejaba jamás. Una voz que apuntaba.

*14 abr — 03:22 — toma V. 03:10–03:35. Se durmió enseguida. Yo no.*

*17 abr — 10:15 — cita pediatra JUEVES 25 a las 9. JUEVES. No miércoles. Confirmado por teléfono.*

*2 may — 18:03 — café con I. Dice que quedamos el jueves pasado, no el viernes. Yo habría jurado que viernes. APUNTAR SIEMPRE.*

*6 may — 21:58 — cena hecha, vitro apagada (foto), lavadora tendida*

*11 may — 08:20 — el chupete verde estaba en el cajón de los trapos. Yo no lo dejé ahí. ¿Lo dejé ahí?*

*11 may — 08:24 — da igual. Apuntado.*

Parra lo observaba leer con los brazos cruzados, balanceándose apenas en la silla, en ese silencio suyo de hombre que ya ha pasado por donde tú estás pasando y te espera al otro lado.

—Mil ciento cuarenta y siete —dijo al fin—. Notas. En cinco meses. Las conté porque me dio por contarlas, y luego me arrepentí de haberlas contado, porque los números a veces te cuentan el cuento entero y te estropean el libro. Mil ciento cuarenta y siete. Casi ocho al día. Con sus fotos: la cerradura, la vitro, la cafetera. Hay ciento y pico fotos de la misma cerradura, Harper. La misma. Desde el mismo ángulo. A distintas horas de la noche.

Harper no contestó. Había llegado a mayo y la voz de debajo del formato estaba cambiando, no en el tono —el tono no se lo permitía

ni a sí misma— sino en el contenido, como un dique que no se rompe pero empieza a rezumar por las juntas.

*19 may — 23:40 — Á. dice que anoche le dije que la niña había comido a las 8. Fue a las 7. Lo tengo apuntado. A las 7. ¿Le dije a las 8?*

*26 may — 17:12 — perdí veinte minutos buscando el coche. Planta −1. SIEMPRE aparco en la −2. ¿Por qué aparqué en la −1?*

*26 may — 17:14 — o no lo aparqué yo. Qué tontería. Bórralo.*

*26 may — 17:14 — no lo borro. Apuntado.*

*3 jun — 04:05 — despierta. Todo cerrado. Todo apagado. Lo sé porque lo estoy mirando. Foto, foto, foto. Volver a la cama.*

*9 jun — 12:30 — I. me ha traído magdalenas. Dice que las magdalenas lo curan todo. Ojalá.*

*15 jun — 22:50 — Á. trabaja. Casa en orden. Niña dormida. Yo bien.*

*15 jun — 22:51 — yo bien.*

—¿Lo has leído entero? —preguntó Harper sin levantar la vista.

—Dos veces. —Parra dejó de balancearse—. La primera como policía. La segunda no sé como qué.

—¿Y?

—Y es lo que te dije ayer que era, solo que peor. —Se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en la mesa—. Esto es el informe psicológico que nadie le hizo en vida, Harper. Esto es una mujer con un trastorno obsesivo como un piano, agravado por un postparto, comprobándolo todo, fotografiándolo todo, desconfiando de su propia cabeza por escrito, con sello de fecha y hora, durante cinco meses. El de la UDEV que lo revisó me dijo: jefe, esto en el juicio no haría falta ni leerlo, bastaría con pesarlo. Y el forense de guardia, cuando le enseñamos una muestra, dijo lo que era obvio: conducta de comprobación compulsiva, ansiedad de intensidad creciente, deterioro progresivo. Ahí lo tienes, negro sobre blanco, el famoso deterioro que contaban la madre, las compañeras, la amiga. Todos con las mismas palabras, decías tú anoche. Pues aquí están las palabras de ella, y son peores.

Harper llegó a julio.

*4 jul — 23:55 — puerta CON LLAVE (foto). Cafetera OK (foto). Vitro OK (foto). Ventana cocina OK. Ya está. Ya está. A dormir.*

*8 jul — 16:20 — llamada de mamá, 9 min. Bien.*

*10 jul — 18:44 — merienda con I. en casa. Trajo fruta. V. se rió muchísimo con ella. Apuntar cosas buenas también, dice I. Apuntado: hoy fue un día bueno.*

*12 jul — 21:30 — baño V. 21:00. Toma 21:20. Dormida 21:26.*

*12 jul — 22:41 — puerta CON LLAVE (foto).*

Y después, nada.

Ese era el final del anexo IV: una cerradura fotografiada a las 22:41 del viernes y ciento cuarenta folios de silencio comprimidos en un centímetro de margen blanco. Harper se quedó mirando la última entrada más tiempo del que ninguna entrada merecía. *Puerta CON LLAVE.* La rutina completa, ejecutada entera, hasta el final, con su foto. Una mujer que asegura la casa. Que deja constancia. Que archiva la prueba de que esa noche, como todas las noches, hizo todo lo que había que hacer.

—La última nota es de las 22:41 —dijo.

—Lo sé.

—Y es idéntica a las otras cien de la misma cerradura.

—Lo sé. —Parra se pasó la mano por la cara—. Y sé lo que estás haciendo, porque lo hice yo antes que tú. Estás buscando la nota que falta. La despedida, el desahogo, el algo. Y no está, y te parece raro. Pues te digo lo que me dijo el forense: no es raro. Es lo más documentado del mundo. Muchísima gente no deja nada. Y la gente muy controladora, menos todavía, porque lo último que controlan es la imagen que dejan. —Hizo una pausa y bajó la voz un grado, sin querer—. No busques en esos folios lo que te haga falta a ti, Harper. Ahí dentro solo hay una mujer agotada peleándose con su cabeza. Y perdiendo.

Harper cerró la carpeta despacio. Se quedó con las manos sobre las gomas, en silencio, y durante unos segundos, en el despacho, solo existió el rumor del pasillo y la vibración menuda del fluorescente.

Parra tenía razón. Ese era el problema. Parra tenía razón folio a folio, y la UDEV tenía razón, y el forense tenía razón, y Fidel, cuando

le llegara aquel anexo, tendría más razón que nadie, porque aquellas mil ciento cuarenta y siete notas eran exactamente lo que parecían: el registro clínico de una obsesión. La prueba definitiva. El caso entero, cerrándose solo, con la mansedumbre de siempre.

Y sin embargo.

Había algo en aquellos folios que Harper no sabía nombrar todavía, y que no era una nota, ni una fecha, ni una foto, sino una sensación de lectura, de las que no se pueden llevar a un auto. Las notas de Claudia Serrano no parecían preguntas de una mente rota. Parecían *respuestas*. Cada entrada contestaba algo. *Apagada. Cerrada. Con llave. A las 7, lo tengo apuntado.* Uno no acumula mil respuestas si nadie le está haciendo preguntas. Y en ciento cuarenta folios de margen fechado, con la vida entera de una mujer pasada a limpio, no aparecía por ninguna parte quién se las hacía.

Se levantó. Se guardó el pensamiento donde guardaba los que aún no sabían andar.

—Quiero copia del volcado completo —dijo—. No del resumen. Del anexo entero, con los metadatos.

—Está pedido el sobreseimiento para agosto, Harper.

—Pedido no es firmado. —Cuadró la carpeta con el borde de la mesa sin darse cuenta de que lo hacía—. Y quiero hablar con Álvaro.

Parra levantó una ceja.

—¿Del anexo?

—De las notas. —Harper tocó la cartulina con dos dedos—. Vivía con ella, Parra. Dormía al otro lado de esa puerta que su mujer fotografiaba cada noche. En mil ciento cuarenta y siete notas, el marido aparece tres veces y por inicial. Quiero saber qué sabía. Si la vio apuntar. Si le preguntó alguna vez por qué. Si ella le contestó. Una mujer no lleva cinco meses de contabilidad de su propia vida sin que el hombre de la casa se dé cuenta o sin que se esfuerce mucho en que no se dé cuenta. Y las dos respuestas me interesan.

Parra lo pensó. Asintió despacio, primero para sí, luego para los dos.

—De acuerdo. Tiene sentido. —Alcanzó su libreta, apuntó algo—. Me acerco esta semana a la casa, le tomo una ampliatoria con las notas delante y te mando el acta antes de…

—Una mierda.

Parra levantó la vista.

—¿Perdona?

—Que una mierda, Parra. —Harper se colgó la carpeta bajo el brazo—. Voy contigo. Necesito escucharlo y necesito verlo. La cara que pone cuando abras el anexo. Si le sorprende o si le duele, que no es lo mismo. Cuánto tarda en contestar. A un acta no le ves las manos. Y a este caso, te lo digo yo, hay que verle las manos.

—Esto no es muy ortodoxo, señoría.

—Tampoco lo es una instrucción sin una sola arruga.

Parra se quedó mirándolo un momento largo. Y entonces le cruzó por la cara ese gesto suyo, el que no gastaba casi nunca, mezcla de fastidio reglamentario y admiración torera, el gesto sin palabras que en cualquier tabanco de Jerez se traduciría solo: *ole tus huevos*.

—Está bien. —Se levantó, descolgó la americana del respaldo y se la echó al hombro—. Pero conduzco yo, que tú conduces como instruyes: despacio y mirándolo todo.

Salieron juntos al pasillo. En la máquina de café, el agente joven seguía peleándose con la ranura; Parra, al pasar, le arrancó la moneda de los dedos con una colleja afectuosa y un *que no eches monedas, criatura, que lo pone en el papel*. Bajaron las escaleras, cruzaron el control, empujaron la puerta y el calor blanco de la explanada les salió al encuentro como un perro grande.

El expediente de Claudia Serrano llevaba tres semanas cerrándose solo, con la mansedumbre de un animal bien adiestrado.

Aquella mañana, por primera vez, dos hombres salieron de una comisaría a abrirlo.

# CAPÍTULO CATORCE
## El viudo

*Miércoles, 24 de julio de 2024*
*Casa de Claudia Serrano y Álvaro Ortiz. 10:20 h.*
*Jerez de la Frontera.*

Fue Irene Salvatierra quien abrió la puerta.

No debería haber sorprendido a nadie —lo había dicho ella misma en el despacho, con su media sonrisa de disculpa: alguien tiene que sostener la parte aburrida— y sin embargo Harper registró el dato con una precisión involuntaria, como registraba las matrículas su mujer sin querer quererlo: 10:22 de la mañana de un miércoles, y la puerta de la casa de Claudia Serrano la abría su mejor amiga, con un trapo de cocina al hombro y una niña apoyada en la cadera con la naturalidad de un gesto hecho diez mil veces.

—Inspector. Señoría. —Ni un parpadeo de más. Se hizo a un lado —. Pasen, pasen. Álvaro está en el salón. Les habría dicho que avisaran, pero total, aquí estamos siempre igual, así que…

—Sentimos presentarnos así —dijo Parra.

—No lo sientan. —Bajó la voz, ya en el recibidor, con un cabeceo hacia el interior—. Le vendrá bien. Se pasa el día esperando que pase algo, lo que sea, y no pasa nada. Eso es lo peor de estas cosas, ¿verdad? Que no pasa nada.

Vega los miraba desde la cadera de Irene con la seriedad total de sus siete meses, un puño cerrado en torno al cuello del trapo de cocina como quien sujeta la brida de un caballo. Tenía los ojos oscuros y el pelo levantado en remolinos, y durante un segundo, mientras cruzaban el recibidor, sostuvo la mirada de Harper con esa fijeza sin educar de los bebés, la que todavía no ha aprendido que mirar así a un desconocido es hacerle una pregunta.

La casa olía a café y a limpio.

Eso también lo registró Harper sin saber para qué. Una casa con un muerto de once días y un bebé de siete meses no huele a limpio. Huele a visitas, a comida que traen y nadie come, a ropa que se acumula, a duelo. Aquella olía a suelo fregado esa misma mañana. Sobre el aparador del pasillo, los juguetes de la niña esperaban dentro de una cesta de mimbre, ordenados; en la cocina, entrevista al pasar, los cacharros escurrían alineados junto al fregadero, y en la puerta de la nevera, sujeta con un imán, la tarjeta de la próxima cita del pediatra tenía la fecha reescrita con una letra redonda y firme que no era la letra pequeña y apretada del anexo IV.

Alguien sostenía aquella casa. La sostenía entera, cada día, con las dos manos.

Álvaro Ortiz estaba en el salón, y lo primero que pensó Harper al verlo fue que las fotografías del expediente mentían. En ellas —el DNI, la foto de la reseña— había un hombre de treinta y muchos, ancho, de cara amable y barba cuidada. Lo que se levantó del sofá para recibirlos era el resultado de pasar ese hombre por once días de centrifugado: la barba comida por el descuido, la camiseta con el cuello dado de sí, los ojos hundidos en dos cercos del color de la ceniza. Se había afeitado a medias, o hacía días, o las dos cosas. Les tendió una mano que no sabía si estrechar o pedir auxilio.

—¿Hay… —empezó, y se le quedó la palabra atascada; carraspeó y volvió a intentarlo—. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna mala —dijo Parra, con ese oficio suyo para las frases que no significan nada y calman mucho—. Queríamos hacerle unas preguntas más. Cosas de rutina, para completar el expediente. ¿Le viene bien ahora?

—Sí. Claro. Ahora, luego… —Hizo un gesto vago que abarcaba el salón, la casa, el tiempo—. Yo ya no tengo horas, inspector. Tengo todo el día y no tengo nada.

—Os traigo café —dijo Irene, y desapareció hacia la cocina con la niña, sin preguntar si querían, porque las personas que sostienen casas ajenas saben que el café no se ofrece, se pone.

Se sentaron. Álvaro en el borde del sofá, con los antebrazos en las rodillas y las manos colgando entre ellas, y Harper, mientras

Parra abría la carpeta con parsimonia calculada, hizo lo que había ido a hacer: mirar. Las manos, primero. Grandes, de trabajo, con el anillo de casado girado hacia dentro, la alianza rozada de dársele vueltas. Temblaban un poco, un temblor fino, de fondo, de motor mal calado. Después la casa desde el asiento: el hueco. Toda casa con un muerto tiene un hueco y los huecos hablan. Aquí era una butaca junto al ventanal, con una mantita de algodón doblada en el brazo y una revista de hacía un mes debajo, intactas las dos, en una sala por lo demás ordenada al milímetro. Nadie había tocado la butaca de Claudia. Alguien limpiaba alrededor de ella como se limpia alrededor de un altar.

—Señor Ortiz —empezó Parra—, ¿usted sabía que su mujer tomaba notas en el móvil?

Álvaro parpadeó. De todas las preguntas que esperaba, no era ninguna.

—¿Notas?

—Apuntes. Recordatorios. Cosas del día a día.

—Claudia apuntaba todo, sí. —Casi sonrió; le duró un cuarto de segundo y le costó un mundo—. Era… organizadísima. Yo siempre le decía que tenía la cabeza mejor amueblada que yo la vida entera. Listas de la compra, las cosas de la niña, las tomas… Sobre todo, desde que nació Vega, apuntaba mucho lo de la niña. Me parecía normal. ¿No es normal?

—¿Le enseñó alguna vez las notas? ¿Hablaron de ellas?

—No. O sea… no como algo de hablar. Alguna vez la veía con el móvil y le preguntaba qué hacía y me decía "apuntar una cosa, ahora voy". No era… —Se frotó las manos, despacio—. ¿Por qué me preguntan esto?

Parra miró a Harper. Harper asintió. Y Parra giró la carpeta sobre la mesa baja, abierta por el anexo, y la empujó suavemente hacia el hombre.

Harper le vio las manos.

Vio cómo Álvaro cogía los folios con la torpeza reverente de quien recibe algo de la persona muerta, cómo leía las primeras entradas con el ceño de no entender —*cafetera apagada (foto), puerta CON LLAVE (foto), coche planta −2*—, cómo pasaba una página, y otra,

cada vez más despacio, y cómo el no entender se le iba convirtiendo en otra cosa, una cosa que le empezó en las manos, en un temblor ya no fino, y le subió por los brazos hasta la cara. Se detuvo en algún punto de mayo. Harper supo exactamente en cuál porque le vio los ojos recorrer la misma línea tres veces.

—"¿Le dije a las ocho?" —leyó Álvaro en voz alta, muy bajito, como se lee un idioma extranjero—. Esto… esto es por una noche que discutimos por una tontería. Por la hora de una toma. Yo le dije que me había dicho una cosa y ella que no, que otra, y yo… —Levantó la vista. Tenía la cara desencajada—. Yo me reí. Me reí y le dije "cariño, estás fatal", así, de broma, como se dice, y ella se quedó… Dios. —Volvió a los folios. Pasó páginas hacia delante, hacia atrás, buscando algo y temiéndolo—. ¿Cuántas hay?

—Mil ciento cuarenta y siete —dijo Parra.

Álvaro repitió el número con los labios, sin voz. Miró la última página, la del margen blanco, y luego el salón entero, la butaca del ventanal, la puerta de la cocina donde se oía a Irene hablarle a la niña en murmullos, y Harper comprendió que el hombre estaba haciendo la cuenta más terrible que puede hacer un viudo: cuántas de aquellas mil ciento cuarenta y siete notas se habían escrito a dos metros de él. Mientras él dormía de día con los tapones puestos. Mientras él estaba en el parque de noche. Mientras él se reía y decía cariño, estás fatal.

—¿Esto lo hacía por las noches? —preguntó, y la voz se le rompió en la última palabra—. ¿Sola? ¿Fotografiando la puerta de su casa… para creerse que la había cerrado?

Nadie contestó. Álvaro dejó los folios en la mesa con un cuidado desmesurado, como si pesaran, o como si aún pudieran romperse más, y se tapó la cara con las dos manos. No lloró como lloran los hombres en las películas, con lágrimas fotogénicas y mandíbula apretada. Lloró como lloran los hombres de verdad cuando ya no les queda vergüenza que administrar: mal, a sacudidas, con un ruido húmedo y feo, pidiendo perdón entre hipo e hipo sin saber a quién.

Irene apareció en la puerta de la cocina con Vega en brazos. No entró. Miró la escena un momento —Harper le vio la mirada: una pasada limpia, panorámica, que lo abarcó todo, los folios, el hombre

roto, ellos dos— y se retiró sin ruido, murmurándole algo a la niña, ven, bonita, vamos a ver los pajaritos del patio, con la sensatez impecable de quien sabe cuándo sobra.

Parra le acercó a Álvaro el vaso de agua que nadie había pedido y que Irene, por supuesto, había dejado en la mesa junto al café.

Tardó en poder hablar. Cuando pudo, lo hizo mirando al suelo.

—Ustedes creen que yo tenía que haberlo visto.

—Nadie ha dicho eso —dijo Parra.

—Lo digo yo. —Se pasó el dorso de la mano por la cara, sin pudor ya—. Llevo once días diciéndomelo. Once días, todas las horas. Que si yo trabajara de día. Que si yo hubiera preguntado más. Ella me lo ponía todo tan fácil, ¿saben? Tan en orden. Llegabas a esta casa y todo funcionaba, la niña bañada, la cena hecha, ella con su sonrisa de «todo bien»… —Se le volvió a quebrar—. Y yo me lo creí. Esa es mi culpa, señoría. Que me lo creí. Me creí el «todo bien» porque era más cómodo, porque venía reventado del parque, porque… porque uno se cree lo que necesita creerse. Y mientras tanto mi mujer estaba… —señaló los folios sin mirarlos— …estaba ahí dentro. Sola. Haciéndose fotos de las cerraduras.

Harper escuchaba. Llevaba veinte años escuchando declaraciones y conocía de memoria todas las músicas de la culpa: la culpa coartada, que se exhibe para tapar otra cosa; la culpa teatral, que pide público; la culpa administrativa, que negocia. La de aquel hombre no era ninguna. Era la culpa perro, la que no quiere nada, la que no negocia, la que simplemente se echa encima de su dueño y no se levanta. No había en Álvaro Ortiz una sola grieta por donde metiera la mano un instructor: ni una contradicción, ni una prisa, ni un interés. Estaba donde decía que estaba la noche del doce —turno completo, veinte testigos, el registro de guardia del parque—, no ganaba nada con la muerte de su mujer y lo había perdido todo con ella.

No era un sospechoso. Era un escombro.

Y eso, pensó Harper mientras el hombre bebía agua a sorbos de niño castigado, era exactamente lo que no cuadraba. Porque llevaba dos semanas oyendo el mismo relato —la madre agotada, la mujer que no llegaba, el deterioro, las notas—, y el relato exigía un

paisaje: un matrimonio erosionado, un marido ciego o harto, una casa vuelta trinchera. Y lo que había encontrado era un hombre que hablaba de su mujer con hambre, una butaca convertida en altar y una niña que se reía muchísimo, apuntado con fecha, cuatro días antes de que su madre apareciera muerta junto a unas vías. *10 jul: hoy fue un día bueno.* La gente no muere bien, eso Harper lo sabía; la gente muere como puede, y las estadísticas estaban llenas de muertes que nadie vio venir. Pero las estadísticas eran la respuesta de Parra. La pregunta de Harper era otra, más vieja y más terca: no si aquella muerte era posible, sino por qué todo, absolutamente todo en aquel expediente, trabajaba tan duro para hacerla verosímil.

—Señor Ortiz —dijo—, ¿su mujer le habló alguna vez de hacerse daño?

—Jamás. —La misma palabra que Irene, el mismo cuchillo—. Y me la he repetido tanto que ya sé lo que me van a decir: que eso no significa nada, que muchas veces no se dice. Me lo ha explicado todo el mundo. Mi cuñado, que es enfermero. La psicóloga a la que me está llevando Irene. Todo el mundo me explica, señoría. —Levantó los ojos, y por primera vez en toda la mañana había en ellos algo más que ruina: había una súplica—. Y yo asiento, y digo que sí, y por dentro hay una parte de mí que no… que no…

No terminó. Se quedó mirando la butaca del ventanal.

Fue entonces, con el café frío y las preguntas agotadas, cuando lo dijo. Sin transición, sin retórica, con la voz gastada de tanto llorar:

—Necesito enterrarla.

Harper no se movió.

—Me han explicado eso también —continuó Álvaro—. Que el cuerpo no se entrega mientras el juzgado no autorice. Que es lo normal cuando hay una investigación. Que paciencia. —Tragó saliva —. Señoría, yo no le voy a pedir que me cuente qué buscan ni voy a meterme en su trabajo. Investiguen lo que haga falta, el tiempo que haga falta, yo les abro esta casa cuando quieran, a la hora que quieran. Pero mi mujer lleva once días en un frigorífico de Cádiz. —Se le rompió la palabra frigorífico por la mitad y la volvió a pegar como pudo—. Su madre me pregunta cada día cuándo. Yo no sé qué contestarle. Y la niña… la niña no, la niña gracias a Dios no pregunta

todavía, pero va a preguntar, y yo necesito poder llevarla algún día a un sitio con un nombre y unas flores, no a… —Cerró los ojos—. Necesito enterrar a Claudia. No para pasar página, eso lo dice la gente que no ha perdido a nadie, las páginas estas no pasan. Para poder empezar a estar mal del todo, señoría. Es que ni eso puedo. Se lo pido por lo que sea que usted quiera más en el mundo. Déjeme enterrar a mi mujer.

El silencio que siguió lo llenó la casa: el frigorífico de la cocina arrancando, los murmullos de Irene en el patio, un avión muy alto. Parra miraba a Harper sin mirar, con esa quietud de los policías cuando la pelota ha salido de su tejado.

Harper miró al hombre. Miró la butaca. Miró, por la puerta entornada que daba al patio, a Irene Salvatierra paseando a Vega entre las macetas, señalándole algo en el aire, un pájaro o un cable o nada, y a la niña siguiéndole el dedo con la cabeza levantada.

La autopsia estaba hecha. Las muestras, tomadas y custodiadas. La ciencia había dicho ya todo lo que iba a decir; retener aquel cuerpo no era prudencia, era liturgia. Y al otro lado de la mesa había un hombre al que el Estado le estaba administrando el duelo con cuentagotas por si acaso, y el por si acaso era suyo, de Harper, de su hocico y de nadie más.

—Voy a autorizar la entrega del cuerpo —dijo—. Mañana tendrá el auto en el juzgado. Podrá organizarlo todo desde ese momento.

Álvaro se quedó muy quieto, como si la noticia necesitara espacio para aterrizar. Después se levantó a medias, le buscó la mano, se la estrechó con las dos suyas, y dijo gracias tantas veces seguidas que la palabra perdió la forma, y Harper, que había firmado miles de autos sin que nadie le diera nunca las gracias por ninguno, encajó aquello lo mejor que supo, que fue regular.

Irene los despidió en la puerta con la niña dormida contra el hombro. Les dio las gracias también, en voz baja por Vega, y añadió, con la mano ya en el marco:

—Han hecho ustedes hoy más por este hombre que todos nosotros en dos semanas.

La puerta se cerró suave. Bajaron hasta el coche en silencio, por la acera en sombra, y no hablaron hasta que Parra hubo arrancado y

la casa quedó atrás en el retrovisor.

—Has hecho bien —dijo Parra—. Que lo sepas. Sea lo que sea esto, ese hombre no tenía por qué seguir pagándolo.

—Lo sé.

—Y también sé lo que viene ahora. —Parra puso el intermitente con un suspiro de veterano—. Ahora viene cuando me dices que…

—La inhumación no implica sobreseimiento. —Harper miraba la calle de delante, las fachadas blancas ardiendo al sol—. Entrego el cuerpo, no el caso. Se sigue investigando, Parra. Con más cuidado que ayer, porque desde mañana ya no habrá vuelta atrás con lo material: lo que no esté en los informes no lo vamos a poder mirar dos veces. Así que quiero releerlo todo. Todo. Y quiero la ampliatoria de la madre, y las compañeras del trabajo otra vez, una a una.

—Lo sabía. —Parra meneó la cabeza, casi riéndose, sin ninguna gana—. Te lo he visto en la cara ahí dentro. Estabas firmando el auto y afilando el lápiz al mismo tiempo. —Frenó en un semáforo. Tamborileó el volante—. ¿Puedo decirte una cosa, de viejo a menos viejo? Ahí dentro no hay nada, Harper. Hay un pobre hombre y una desgracia. He visto mil.

—Puede.

—¿Pero?

Harper tardó en contestar. En el retrovisor, la calle de Claudia Serrano se había reducido ya a una línea blanca temblando de calor.

—Pero acabo de estar en la casa de una mujer que llevaba cinco meses dejando constancia escrita de cada cosa que hacía —dijo—. Y no he encontrado ni un papel suyo. Ni una lista en la nevera, ni una nota en un corcho, ni una letra. Su letra no está, Parra. En su propia casa. Once días después.

El semáforo se puso verde.

—Alguien ha ordenado esa casa —dijo Harper—. Y ha ordenado también eso.

# CAPÍTULO QUINCE
## Cenizas

*Viernes, 26 de julio de 2024*
*Tanatorio Nuestra Señora de la Merced. N-IV, Km 641. 12:00 h.*
*Jerez de la Frontera.*

El tanatorio se levantaba junto a la nacional como un paréntesis blanco entre dos gasolineras, con esa arquitectura sin ambición de los edificios que solo necesitan cumplir: aparcamiento grande, cristaleras oscurecidas, un jardín de cipreses jóvenes todavía sin sombra propia. Harper aparcó al fondo, lejos de la entrada, y se quedó un momento con las manos en el volante y el motor apagado, dejando que el calor de mediodía subiera despacio dentro del habitáculo, como si postergar el instante de salir del coche fuera también una forma de duelo que se permitía a sí mismo antes del duelo de los demás.

No era religioso. No lo había sido desde los dieciocho años, desde una noche concreta que prefería no visitar, y no iba a fingir ahora, a las puertas de una sala de responso, una fe que no tenía. Pero tampoco era de los que despreciaban la fe ajena con esa suficiencia barata de quien confunde la falta de creencia con la superioridad moral. Respetaba lo que allí dentro se iba a decir con la misma seriedad con que respetaba un procedimiento bien instruido: no porque compartiera sus premisas, sino porque entendía su función. La gente necesitaba enterrar a sus muertos con palabras, y las palabras, diera igual cuáles, cumplían un trabajo que ningún auto judicial sabía hacer.

Fue por eso, y por otra cosa mucho menos noble, por lo que entró solo.

No se lo había dicho a Nya. No porque fuera un secreto, sino porque no habría sabido explicarle, sin sonar morboso, que un instructor asiste a veces a los entierros de las víctimas de la misma manera en que un cazador vuelve al lugar donde perdió el rastro: no para llorar, sino para mirar una vez más el terreno, ahora que el terreno estaba lleno de las personas que lo conocían. Un funeral era el único momento de una instrucción en que todos los testigos coincidían en el mismo espacio, sin guion previo, sin la mesa de un despacho de por medio. La gente se comportaba en los tanatorios como no se comportaba en ningún atestado. Se abrazaba a quien de verdad necesitaba abrazar. Evitaba a quien de verdad quería evitar. Lloraba lo que de verdad tenía que llorar, y fingía, cuando fingía, con una torpeza que ninguna declaración formal delataba jamás.

Harper había ido a aprender ese idioma. No a rezar en él.

La sala número tres estaba casi llena cuando entró. Compañeros del parque de bomberos de Álvaro, con esa incomodidad uniformada de quien se ha puesto la única corbata que tiene para una ocasión que nunca había ensayado. Vecinas del barrio. Una representación pequeña y digna del colegio donde Claudia había estudiado, con una corona de flores blancas y una cinta que decía *Antiguas alumnas del Sagrado Corazón*. Al fondo, cerca del féretro cerrado —cerrado por prudencia forense más que por costumbre, algo que solo Harper y Parra sabían leer en ese detalle— la familia ocupaba la primera fila con la rigidez de quien lleva ropa prestada por el dolor.

Se quedó de pie, al fondo, junto a la puerta, con la discreción de un hombre que ha asistido a demasiados entierros como para no saber ocupar el espacio exacto que no molesta.

Desde allí, la vio.

Irene Salvatierra estaba en la segunda fila, un paso por detrás de Álvaro, y sin embargo, en los primeros cinco minutos que Harper pasó observando la sala, entendió que la posición en las filas no significaba nada. Irene no necesitaba la primera fila. La primera fila la buscaba a ella.

La madre de Claudia, una mujer menuda y gris que llevaba el luto como una intemperie, se giró en un momento de la misa buscando algo con la mano, sin mirar, un gesto reflejo de quien necesita un

ancla física para no derrumbarse, y la mano encontró la de Irene antes de encontrar la de nadie más, incluido su propio yerno. Álvaro, sentado al otro lado, tenía la vista clavada en el féretro con la fijeza de un hombre que aún no ha entendido del todo lo que está pasando allí dentro, y en dos ocasiones —Harper las contó, porque contar era lo único que sabía hacer con las manos vacías— Irene le tocó el hombro, un segundo, sin decir nada, exactamente en el momento en que la voz del sacerdote pronunciaba el nombre de Claudia y el hombre parecía a punto de partirse por la mitad. No antes. No después. En el segundo exacto.

Cuando la hermana de Álvaro, una mujer alta con gafas de sol puestas dentro de la sala, se acercó al ataúd y se quedó bloqueada, incapaz de dar el último paso, fue Irene quien se levantó de su asiento —sin prisa, sin gesto de estar resolviendo nada, como quien simplemente ha decidido estirar las piernas— y la acompañó los tres metros finales con una mano en la espalda, hasta que la mujer pudo tocar la madera y romper a llorar sin caerse.

Cuando el sacerdote, al final del responso, preguntó si alguien quería decir unas palabras y el silencio se hizo largo y terrible, porque la madre no podía y Álvaro no podía y nadie en aquella sala parecía capaz de ponerse en pie, fue Irene quien se levantó —esperando, notó Harper, un segundo de más, el segundo exacto en que el silencio ya empezaba a doler y nadie más se había movido— y dijo unas frases breves, sin efectismo, sobre una amiga que apuntaba los cumpleaños de todo el mundo menos el suyo, sobre una madre que se levantaba con cuarenta de fiebre para no faltar a una toma, y se sentó antes de que la emoción se le desbordara del todo, dejando a la sala entera con la sensación exacta de haber escuchado justo lo que necesitaba escuchar, ni una palabra más.

No era protagonismo. Harper había visto protagonismo en los duelos —lo conocía bien, tenía nombre técnico incluso, dolor competitivo, algunos instructores lo llamaban así— y esto no se le parecía en nada. No había en Irene Salvatierra ni un gramo de exhibición. Al contrario: cada vez que ocupaba el centro de algo, lo hacía con la discreción de quien preferiría no tener que hacerlo, con esa reticencia impecable que hace que la gente, en lugar de

preguntarse por qué está siempre ahí, piense qué habríamos hecho sin ella.

Y sin embargo estaba siempre ahí.

Harper fue sumando, sin proponérselo, sin necesitar libreta, con el mismo método silencioso con que sumaba las notas del anexo IV: el gesto con la madre, el gesto con Álvaro, el gesto con la hermana, las palabras finales, y ahora, mientras la gente empezaba a moverse hacia la salida en ese lento reordenamiento de cuerpos que sigue a toda ceremonia, la manera en que Irene se colocaba —sin que nadie se lo pidiera, sin que pareciera decidido por ella— junto a la puerta de la sala, a recibir los pésames que en rigor no le correspondían, repartiendo un apretón de manos aquí, un «gracias por venir, de verdad, significa mucho» allá, como si llevara ya, de facto, once días ejerciendo de anfitriona de un duelo ajeno.

*Siempre exactamente donde tiene que estar.*

El pensamiento le llegó a Harper con esa forma tan concreta que tienen a veces las frases que se piensan solas, sin haber sido convocadas, y se quedó con ella dando vueltas, incómodo, tratando de encontrarle el defecto. Porque ahí residía el problema, y Harper lo sabía, y era exactamente el mismo problema que llevaba arrastrando desde la primera lectura del atestado: que no había nada que objetar. Estar donde hace falta, cuando hace falta, no es un delito. Es lo que se supone que hace una buena amiga. Es, de hecho, lo más humano que Harper había presenciado en once días de expediente perfecto.

Pero la perfección, en su oficio, nunca había sido garantía de inocencia. Era, como mucho, garantía de trabajo bien hecho. Y la pregunta que a Harper no se le iba de la cabeza, mientras veía a Irene Salvatierra estrechar la mano a un bombero compañero de Álvaro con la temperatura exacta de calidez que la ocasión requería, ni un grado más, ni uno menos, era la misma que llevaba anotando en distintos formatos desde el primer día: quién entrena para estar siempre en el sitio exacto.

Porque eso, en su experiencia, no lo daba la bondad.

Eso lo daba la práctica.

-*.*-

Salió el último, cuando la sala ya se vaciaba hacia el jardín de cipreses y el calor de la una de la tarde golpeaba de lleno el aparcamiento. Álvaro estaba en la puerta, recibiendo los últimos pésames con la cara deshecha y esa cortesía automática de quien ha aprendido a dar las gracias sin escuchar ya lo que le dicen, y cuando vio a Harper cruzar hacia el coche se separó del grupo y fue hacia él, con paso torpe, como quien camina sobre una superficie que todavía no ha decidido si es sólida.

—Señoría.

Harper se detuvo.

—Álvaro.

—No esperaba… —El hombre se pasó una mano por la cara, por la barba a medio afeitar—. No esperaba verlo aquí. Quiero decir, entiendo que vendría por el caso, por lo que sea que tengan que mirar, pero… ha estado ahí todo el tiempo. Al fondo. Se lo he visto desde el primer banco.

—Sí.

—Gracias. —Le tembló la voz al decirlo, y Harper entendió que aquel gracias no era el mismo gracias automático que llevaba repartiendo toda la mañana. Este lo había pensado—. De verdad. No tenía por qué venir.

—Es mi trabajo —dijo Harper.

Álvaro asintió, despacio, como si aquella respuesta cerrara el asunto, y sin embargo se quedó allí, sin marcharse, con la mirada puesta en algún punto del asfalto, hasta que Harper comprendió que el hombre necesitaba algo más y que marcharse sin dárselo habría sido, esta vez sí, una crueldad innecesaria.

—Mi trabajo no es solo firmar papeles, Álvaro —añadió, con la voz baja del que elige las palabras una a una—. Mi trabajo es saber qué pasó. No lo que parece que pasó. Lo que pasó. Y esas dos cosas, en veinte años de oficio, no siempre han sido la misma.

—¿Cree que hay algo más?

La pregunta llegó desnuda, sin adorno, con el miedo de quien la ha estado guardando demasiados días para hacerla con elegancia.

—No lo sé —contestó Harper, y era la verdad más honesta que podía ofrecerle—. Y esa es exactamente la razón por la que sigo mirando. El día que cierre el expediente de su mujer, quiero que sea porque no quede ni una sola pregunta sin hacer, ni un solo papel sin leer, ni una sola persona sin escuchar. No porque el calendario diga que ya toca, ni porque sea lo cómodo, ni porque todo el mundo, incluido yo, prefiera pasar página. Usted me ha pedido hace dos días que la dejara descansar, y se la he dejado, porque tenía razón y porque era lo justo. Pero descansar el cuerpo y cerrar el caso son cosas distintas, Álvaro. Lo primero se lo debía a usted. Lo segundo se lo debo a ella.

El hombre lo miró un largo instante, con los ojos rojos y algo, por primera vez en toda la mañana, que no era solo dolor: era una especie de alivio torcido, el alivio de quien descubre que alguien más, además de él, se niega a dejar a Claudia en la versión fácil de sí misma.

—Encuéntrelo —dijo, con una voz que ya no temblaba—. Sea lo que sea. Encuéntrelo.

—Lo voy a intentar.

Se estrecharon la mano, esta vez sin necesidad de palabras de más, y Álvaro se dio la vuelta hacia el grupo que lo esperaba junto a la puerta del tanatorio, donde Irene, un paso por detrás de la madre de Claudia, ya tenía una mano lista para sostener el siguiente abrazo.

Harper caminó hasta el coche por el aparcamiento ardiendo. Antes de entrar, se volvió una última vez hacia el edificio blanco, hacia el jardín de cipreses jóvenes que algún día, con suerte, darían sombra a alguien, y hacia la figura menuda de Irene Salvatierra recibiendo pésames en la puerta con la paciencia infinita de quien ha decidido, sin que nadie se lo pidiera, que aquel duelo también era un poco suyo.

*Siempre exactamente donde tiene que estar.*

Se metió en el coche, cerró la puerta, y por primera vez desde que había empezado la instrucción, escribió una nota que no era sobre Claudia Serrano.

Era sobre la mujer que la lloraba mejor que nadie.

# CAPÍTULO DIECISÉIS
## Lady Black

*Sábado, 27 de julio de 2024*
*La Bodega. Terraza superior. 21:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

A esa hora, con el horario de verano todavía regalándoles una hora de luz robada al reloj, el atardecer se tomaba su tiempo para morir. Desde la terraza superior de La Bodega, construida sobre lo que antes fue un secadero y que Harper había techado con una pérgola de cañizo el primer verano en la casa, se veía el Guadalete trazar su curva perezosa entre las marismas, y más allá, difuminada por la calima dorada que dejaba julio al retirarse, la bahía de Cádiz entera, con la ciudad puesta en el horizonte como una hilera de dientes blancos.

Nya había puesto la mesa con la vajilla de diario y dos velas que no hacían ninguna falta pero que encendía siempre, por costumbre o por ceremonia, no sabía distinguirlo ya. El altavoz pequeño, apoyado en el poyete de piedra, dejaba correr un disco de Loreena McKennitt que había descubierto meses atrás y que se le había quedado pegado como se quedan pegadas ciertas voces: *Kecharitomene*, con su arranque de acordeón y timbales flotando por encima de un tapiz de cuerdas que sonaba a monasterio y a desierto al mismo tiempo. No era una música alegre. Tampoco era triste. Era, sobre todo, honda, y a Nya le gustaba tenerla de fondo en las noches de

verano porque le daba a la conversación una gravedad que el calor de julio, por sí solo, no conseguía.

—Esto no tiene precio —dijo Harper, con la copa en la mano, mirando la bahía—. Quince años haciendo autopsias de expedientes en un despacho sin ventana y ahora resulta que tengo esto en el patio de atrás.

—Lo dices cada verano.

—Cada verano es verdad.

Cenaron despacio, con esa lentitud que solo se permitían los sábados: pescado a la plancha, tomates de la huerta de la vecina, el vino blanco que Harper insistía en mantener siempre un grado más frío de lo aconsejable. Hablaron de cosas pequeñas al principio —de la reforma pendiente del ala este, de si merecía la pena arreglar el aljibe o dejarlo como estaba, de una prima de Nya que llevaba semanas amenazando con visitarlos y no llegaba nunca— y fue solo cuando la segunda copa ya estaba servida, y la luz había bajado un tono más hacia el cobre, cuando Harper, sin premeditación, dejó que el trabajo se le colara en la mesa, como se le colaba casi siempre, tarde o temprano, en cualquier conversación de sobremesa que durase más de media hora.

—He estado en el entierro de la mujer del caso. Ayer.

—¿Del que no quieres cerrar?

—Del que no quiero cerrar. —Sonrió a medias—. Ya me conoces.

—Te conozco. —Nya se recostó en la silla, con la copa entre las manos, dejando que la brisa de la tarde, tibia y cargada de sal de río, le moviera el pelo—. Cuéntame.

Y Harper contó. No con el detalle de un atestado —eso lo dejaba siempre fuera de casa, era una de las pocas fronteras que respetaba con disciplina de monje—, pero sí con la libertad de quien piensa en voz alta delante de la única persona del mundo ante la que no necesitaba parecer seguro. Le habló de Claudia Serrano, de las notas del móvil, de un marido deshecho que no encajaba con ningún guion de sospechoso, y le habló, por fin, de Irene Salvatierra: de cómo la había visto en el despacho, impecable, incapaz de acusar a su amiga muerta de nada; de cómo la había visto en el funeral, siempre un

paso antes de que hiciera falta, sosteniendo a una madre, a una hermana, a un duelo entero que en rigor no le pertenecía.

—Es la mejor amiga del mundo —dijo Harper, mirando el vino—. Es probable que lo sea. Y aun así no me la quito de la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque nunca dice nada que se pueda usar contra ella. —Harper buscó las palabras con el cuidado de quien intenta nombrar algo que todavía no tiene nombre del todo—. Todo lo que sale de su boca es defensa. Defiende a Claudia mientras, sin querer, la entierra un poco más. «Estaba agotada, pero qué madre no.» «Se olvidaba de cosas, pero quién no.» Cada frase suya tiene esa forma. Un abrazo por fuera y algo distinto por dentro. Y lo hace tan bien que ni ella misma parece saber que lo hace.

Nya, que hasta ese momento había escuchado con la atención cómoda de quien oye una historia ajena, sintió que algo se le movía por dentro, un desplazamiento mínimo, casi geológico, como cuando una piedra que llevaba siglos quieta se corre un milímetro y nadie sabe todavía que ha empezado un desprendimiento.

—¿Qué más decía? —preguntó, y su propia voz le sonó extraña, como si viniera de más lejos de lo habitual.

—Que Claudia salía a caminar sola de noche, para despejarse. Que a ella siempre le pareció sano. —Harper se encogió de hombros —. Que no llegaba a todo. Que se exigía demasiado. Que ella se lo decía siempre: no puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato.

*No puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato.*

La frase entró en Nya como entra el agua fría en una herida que se creía cerrada: no dolió al principio, dolió después, con un retardo cruel de medio segundo, y en ese medio segundo algo en su cabeza dejó de estar en la terraza de La Bodega, dejó de estar en 2024, dejó de estar en ningún sitio con fecha.

*No puedes cargar tú con todo, Nya. Yo solo quiero aliviarte.*

*Es amor. Lo que hacemos aquí es amor. El amor de verdad exige que alguien se ocupe de todo lo demás para que tú solo tengas que ocuparte de esto.*

*¿Ves como estás mejor cuando dejas de decidir? Mírate. Estás en paz.*

Las voces no llegaban en orden. Llegaban como llegan siempre los recuerdos que uno ha pasado años clasificando como cerrados: por fogonazos, sin cronología, con la crueldad añadida de traer consigo, intacto, el aroma exacto de aquella habitación —madera encerada, incienso de sándalo, algo metálico debajo de todo, siempre— y la temperatura exacta de aquella piel, y la voz que nunca subía de tono porque no necesitaba subir de tono para doblar una voluntad entera como se dobla un papel. *Lady Black.* Así la habían llamado. Así había llegado a llamarse ella misma, durante demasiado tiempo, con una naturalidad que ahora, desde la terraza, con el Guadalete brillando abajo como una cinta de cobre fundido, le producía una náusea física y retrasada.

*No puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato.*

Era la misma frase. No parecida. La misma arquitectura, el mismo movimiento de tenaza: primero el reconocimiento del esfuerzo ajeno, después el permiso amoroso para que ese esfuerzo dejara de ser tuyo. Irene se lo había dicho a Claudia con un café en la mano y una música de Enya de fondo, y a Nya se lo habían dicho en una habitación sin ventanas, con otra música y otra excusa, y el resultado en ambos casos había sido idéntico: una mujer que dejaba, poco a poco, sin darse cuenta, de fiarse de su propio criterio, porque alguien más amable, más fuerte, más sereno, se ofrecía a cargar con la parte que dolía.

—¿Nya?

La voz de Harper le llegó de muy lejos, como llega el sonido a través de agua.

Harper la había visto irse. No de golpe —Nya nunca se iba de golpe, ese era justamente el problema, que lo hacía con la misma discreción con la que hacía todo—, sino en una sucesión de detalles diminutos que él, a fuerza de dos años observándola sin decírselo, sabía leer como se lee una escena del crimen: los ojos, que seguían fijos en un punto de la mesa, en la vela, en nada, pero que habían dejado de parpadear al ritmo normal; la mano derecha, que sujetaba la copa sin sujetarla, con los dedos abiertos más de lo natural, como si el cristal pesara de pronto mucho más; la respiración, que se le había vuelto corta y alta, quedándose en la

parte de arriba del pecho, sin bajar. Un minuto antes estaba allí, entera, riéndose de la prima que nunca llegaba. Ahora estaba en otro sitio, y su cuerpo, sentado a la mesa, era solo la parte que se había quedado a guardar el sitio.

—Nya.

Repitió su nombre, esta vez más cerca, sin alzar la voz, con ese tono que había aprendido a usar sin que ella se lo hubiera enseñado nunca con palabras, solo enseñándoselo con el cuerpo, noche tras noche, la primera vez que la vio así y no supo qué hacer y las siguientes veces en que fue aprendiendo, a fuerza de acertar y equivocarse, lo que sí funcionaba. Nunca la había visto por sorpresa un extraño en aquel estado. Solo él. Y solo en esta casa.

Nya no contestó. Tenía la vista fija en la mesa, en la llama de la vela que temblaba con la brisa del río, y por dentro estaba en otra habitación, con otra luz, incapaz de encontrar la salida de una frase que se repetía sola: *no puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato, no puedes ser el pilar, no puedes.*

Harper no la llamó una tercera vez.

Se levantó despacio, sin ruido de silla arrastrada, rodeó la mesa y se puso en cuclillas junto a ella, a su altura, no delante, no invadiendo el campo de visión que ella tenía fijo en la vela, sino a un lado, al alcance de su hombro. No la tocó todavía. Esperó, con la paciencia de quien ha aprendido que en aquel territorio el tiempo lo marcaba ella, no él, y solo cuando notó que la respiración de Nya empezaba a acelerarse de verdad, a subir de frecuencia, a convertirse en ese jadeo corto y desesperado que precedía siempre al peor tramo, apoyó la mano, plana, cálida, firme, sobre su antebrazo. Sin apretar. Sin sacudir. Solo presente.

—Estoy aquí —dijo, en voz muy baja, casi al nivel del propio río—. No tienes que hacer nada. Solo respirar. Yo te espero.

Nya sintió el peso de aquella mano como quien siente, de pronto, que alguien le ha lanzado una cuerda a un pozo del que ni siquiera sabía que estaba cayendo. El corazón le iba a golpes desordenados contra las costillas, el aire se le quedaba a mitad de camino sin llegar a ningún sitio, y una parte antigua de ella, la parte entrenada durante años para no mostrar nunca aquello, quiso disculparse,

quiso decir estoy bien, quiso hacer lo de siempre. Pero el peso de la mano de Aeris no le pedía nada de eso. No le pedía que estuviera bien. Solo estaba ahí.

—No pasa nada —dijo él, sin moverse, sin acercar más el cuerpo del necesario, dejando que fuera ella quien decidiera cuánta distancia quería cerrar—. Sea lo que sea. No pasa nada. Estás en la terraza. Está el río. Estoy yo.

Fue nombrando el mundo despacio, sin prisa, con la misma cadencia con que se nombran las cosas a alguien que se ha despertado en un sitio que no reconoce: el cañizo de la pérgola, el sonido del agua contra el murete de piedra dos plantas más abajo, la música que seguía sonando, ahora en un pasaje de cuerdas que subía y bajaba como una respiración lenta y ajena que Nya podía, poco a poco, empezar a tomar prestada para la suya propia. No le preguntó qué había pasado. No le preguntó en qué estaba pensando. Sabía, por las veces anteriores, que las preguntas eran ventanas que se abrían demasiado pronto, y que lo único que en ese momento servía de algo era la certeza física, indiscutible, de un cuerpo cálido a su lado que no exigía nada de ella salvo que siguiera respirando.

Poco a poco, el aire empezó a bajarle más abajo en el pecho. Los dedos, que habían estado abiertos alrededor de la copa como garras aferradas al aire, se relajaron. Los ojos, que habían mirado la vela sin verla durante lo que a Harper le pareció mucho más de un minuto, aunque el reloj, después, dijera que habían sido menos de dos, parpadearon por fin, despacio, y volvieron —Harper lo vio, ese regreso siempre se veía, era como ver a alguien salir de debajo del agua— a la terraza, al río, a él.

—Aquí estás —dijo Harper, en el mismo tono bajo, sin soltarle el brazo todavía.

Nya tragó saliva. Le costó un momento encontrar la voz.

—Perdón.

—No.

—Aeris…

—No pidas perdón. —Lo dijo sin dureza, pero sin dejar tampoco resquicio para la discusión, la única firmeza que se permitía con ella

en momentos así—. Nunca. Aquí no.

Nya asintió, despacio, y dejó que el peso de aquella mano siguiera un rato más donde estaba, ancla y no reproche, mientras el corazón le iba encontrando de nuevo su ritmo antiguo y el mundo recuperaba sus bordes: la mesa, las velas, el disco que seguía girando su latín de monasterio, la bahía de Cádiz encendiéndose a lo lejos con las primeras luces de la noche que empezaba, por fin, a ganarle la partida al horario de verano.

—¿Qué ha sido? —preguntó Harper al cabo de un rato, cuando la respiración de Nya volvía a ser la de siempre y su mano, ya sin necesidad, seguía de todos modos sobre el antebrazo de ella, como quien no tiene prisa por retirar un ancla que todavía puede hacer falta.

Nya miró el río. Miró la ciudad blanca al fondo, tan tranquila, tan ajena a todo lo que le acababa de pasar por dentro en menos de dos minutos.

—Una frase —dijo—. Has dicho una frase que Irene le decía a Claudia.

—«No puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato.»

—Esa. —Se le quebró un poco la voz—. A mí me la dijeron con otras palabras. Hace mucho tiempo. Y durante mucho tiempo también, me la creí.

Harper no dijo nada. Esperó, con la mano todavía en su brazo, a que ella decidiera si aquella noche, con el Guadalete oscureciéndose abajo y Loreena McKennitt sonando entre los dos, quería seguir hablando, o si por esa noche ya era suficiente con haber vuelto.

# CAPÍTULO DIECISIETE
## Lo que se hereda

*Sábado, 27 de julio de 2024 — Domingo, 28 de julio de 2024*
*La Bodega. 03:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Harper se despertó por el hueco.

No fue un ruido, ni una luz, ni nada que pudiera describirse en un atestado. Fue, simplemente, la ausencia de un peso que su cuerpo había aprendido a esperar durante dos años de dormir al lado de aquella mujer: el hueco tibio donde debería haber estado Nya, y que ya no lo estaba. Abrió los ojos en la oscuridad completa de las tres y cuarenta, con esa lucidez instantánea y sin transición que solo da la costumbre de vivir alerta, y se quedó un momento inmóvil, escuchando la casa.

La encontró por el olor antes que por el sonido. Tabaco, tenue, filtrándose desde algún punto de la planta baja, mezclado con el aire de la noche que entraba por una puerta entornada. Nya no fumaba. Llevaba dos años sin fumar, y guardaba, en el cajón de la cómoda del vestidor, un paquete a medio empezar que Harper sabía que existía y que había decidido, hacía tiempo, no mencionar jamás, de la misma manera en que uno no menciona un extintor mientras no haya fuego.

Bajó descalzo, sin encender luces, con el mismo sigilo que había aprendido de ella sin proponérselo, y la encontró en el patio interior, sentada en el poyete de piedra bajo el naranjo, con las rodillas recogidas contra el pecho y un cigarro consumiéndose entre dos dedos, casi entero, como si lo hubiera encendido hacía rato para sostenerlo más que para fumarlo. La luna, casi llena, le blanqueaba

el perfil. No lloraba. Estaba, simplemente, muy despierta, mirando un punto de la oscuridad que no era ningún punto del patio.

No dijo su nombre esta vez. Cruzó el espacio descalzo, sin prisa, y se sentó a su lado en el poyete, con el hombro casi rozando el suyo, dejándole el margen entero para decidir cuánto quería o no quería compartir aquel silencio.

—No hace falta que lo apagues —dijo, al cabo de un rato, cuando ella hizo el gesto de aplastarlo contra la piedra.

Nya se detuvo a media distancia, sorprendida, y lo dejó consumirse solo, entre los dedos, sin llevárselo más a la boca.

—Llevaba dos años en ese cajón —dijo ella, con la voz rasposa de quien acaba de fumar sin costumbre—. Me daba miedo tirarlo. Como si tirarlo fuera decir que ya no lo iba a necesitar nunca. Y no quería mentirme.

—No pasa nada.

—No he podido dormir.

—Lo sé.

Se quedaron así un rato, sin hablar, con el naranjo dejando caer un olor dulce y espeso sobre el patio, y la luna trazando un rectángulo pálido sobre las losas. Harper no le preguntó nada. Había aprendido, en dos años, que con Nya las preguntas llegaban siempre demasiado pronto o no llegaban nunca, y que la única manera de hacer que las cosas salieran era dejar de empujar la puerta y sentarse, simplemente, a esperar a que ella decidiera abrirla desde dentro.

—Ven —dijo al final, levantándose—. Vamos a la cocina.

No era una orden. Era una oferta, formulada con la misma tranquilidad con que se ofrece una manta, y Nya la aceptó levantándose despacio, con el cigarro ya apagado en un macetero, y siguiéndolo adentro con los pies descalzos sobre la losa fría.

Harper preparó el café sin decir nada. Molió los granos, llenó la cafetera, la puso al fuego, sacó dos tazas del armario —las de siempre, las que usaban de madrugada, distintas de las del día— con la lentitud deliberada de quien sabe que el ritual importa tanto como el resultado. Nya se sentó a la mesa de la cocina, envuelta en la camiseta de él que se había puesto sin pensarlo, y lo observó

moverse en la penumbra con la única luz encendida, la pequeña bajo la campana extractora, que dejaba la cocina entera bañada en un ámbar de madrugada.

Cuando el café estuvo listo, Harper se sentó frente a ella, empujó una taza hacia sus manos, y esperó.

—Era una frase muy pequeña —dijo Nya, mirando el vapor subir de la taza—. Eso es lo que más rabia me da. Que fuera tan pequeña. «No puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato.» Cualquiera te la puede decir con cariño, Aeris. Mi madre me la podría haber dicho. Tú me la podrías decir. Y sonaría a cuidado.

—Pero.

—Pero cuando te la dice la persona adecuada, en el momento adecuado, después de mucho tiempo preparando el terreno para que llegue a ese momento… —Se llevó las manos alrededor de la taza, buscando el calor—. Deja de ser cuidado. Se convierte en permiso. El permiso para dejar de decidir. Y una vez que dejas de decidir tú, decide otro. Y al principio ese otro decide bien. Decide mejor que tú, incluso. Y tardas mucho, muchísimo, en darte cuenta de que ya no recuerdas la última vez que decidiste algo tú sola.

Harper la escuchaba sin moverse, con las dos manos alrededor de su propia taza, dejando que el silencio hiciera su trabajo entre frase y frase.

—Se llamaba Lady Black —dijo Nya, y fue la primera vez en dos años que pronunciaba aquel nombre en voz alta delante de él, aunque los dos sabían, desde hacía mucho, que no hacía falta pronunciarlo para que estuviera presente—. Y durante mucho tiempo fue más real que yo. Lucian no me creó de la nada, ¿sabes? Eso es lo más retorcido de todo. Encontró algo que ya estaba ahí —el control, la necesidad de controlarlo todo porque de pequeña no controlé nada— y le puso un nombre, un vestuario, una liturgia. Me dijo que aquello era poder. Que la que sometía a otros nunca podía ser sometida por nadie. Y durante años me lo creí, porque necesitaba creérmelo más de lo que necesitaba respirar.

—¿Y era mentira?

—Era la mentira más elegante que he conocido. —Nya sonrió, sin alegría—. Porque tenía una parte de verdad. Sí sentía poder. Sí lo

tenía, en esa habitación, sobre esas personas. Lo que Lucian nunca me dijo, lo que tardé años en entender yo sola, es que él tenía poder sobre mí en todas las habitaciones, incluida esa. Que Lady Black no era mi armadura. Era su marioneta más perfecta. La que se creía más libre de todas era, con diferencia, la más atada.

Harper bebió un sorbo de café, despacio, y cuando habló lo hizo con la voz de quien lleva mucho tiempo cargando una confesión y ha decidido, esa madrugada, que ya no tiene sentido seguir cargándola solo.

—Yo estuve con ella —dijo—. Con Lady Black. Antes de saber quién eras. Antes de todo esto.

Nya levantó la vista de la taza.

—Lo sé —dijo, sin sobresalto—. Lo supe hace tiempo. No hacía falta que me lo dijeras.

—Lo sé que lo sabías. —Harper hizo girar la taza sobre la mesa, un cuarto de vuelta, sin necesidad—. Pero nunca hablamos de ello. Ni de eso, ni de lo otro.

—¿Lo otro?

—De por qué estaba allí.

Se quedó callado un momento, buscando la manera de decir algo que llevaba veinte años sin decirle a nadie con esas palabras exactas, ni siquiera a sí mismo en según qué noches.

—Yo también cedía el control con Lucian —dijo al fin—. Antes de que existiera Lady Black. Antes de conocerte a ti siquiera. Iba a él, o a lo que él representaba, porque había una parte de mí que llevaba desde los dieciocho años en guerra consigo misma, y esa parte necesitaba, de vez en cuando, dejar de pelear. —Miró el ámbar de la luz de la campana, no a ella—. Nunca he tenido problema en desear a un hombre, Nya. El problema nunca fue el deseo. El problema fue todo lo que aprendí antes de los veinte sobre lo que un hombre como yo tenía permitido desear, y quién tenía derecho a juzgarlo, y lo que costaba, en mi mundo, en mi época, en mi casa, admitir en voz alta que el deseo no entendía de líneas tan claras como a mí me habían enseñado que debía entender. Y durante años la única manera que encontré de descansar de esa guerra fue entregarle a otro la munición entera. Que alguien decidiera por mí, aunque solo

fuera durante una hora, en una habitación con la puerta cerrada, para no tener que decidir yo si tenía derecho a ser quien era.

Nya no dijo nada. Alargó la mano por encima de la mesa y la dejó, simplemente, sobre la de él, sin apretar, del mismo modo exacto en que él se la había puesto a ella en el antebrazo unas horas antes, en la terraza.

—Lucian sabe hacer eso —continuó Harper—. Encontrar la guerra de cada uno y ofrecerse como tregua. Contigo fue el control. Conmigo fue la vergüenza. Y en los dos casos hizo lo mismo: convertirse en la única salida de un problema que él mismo se encargaba de mantener abierto. Yo salí. Tú también saliste, a tu manera, aunque a un precio que a mí ni me rozó. Pero los dos entendemos, mejor que nadie en esta provincia, cómo funciona un hombre así por dentro. Y por eso, cuando veo a Irene Salvatierra hacerle a una mujer viva la misma jugada que Lucian nos hizo a los dos por separado, sin necesitar ni una habitación cerrada ni un vestuario ni una liturgia, con dos frases y un café...

—No puedes dejarlo pasar.

—No puedo dejarlo pasar.

Se quedaron en silencio, con las manos todavía unidas sobre la mesa, mientras la cafetera terminaba de enfriarse en el fuego apagado y la luz de la campana seguía tiñendo la cocina de ese ámbar íntimo de las conversaciones que solo existen a esa hora. Fuera, el naranjo del patio dejaba caer, de vez en cuando, alguna hoja vieja sobre las losas, y el mundo entero, la casa entera, parecía sostener la respiración con ellos.

—Nunca te he dado las gracias —dijo Nya, al cabo de un rato— por no preguntarme nunca lo que no estaba lista para contarte.

—No hacía falta que me las dieras.

—Lo sé. —Apretó un poco la mano sobre la suya—. Te las doy igual.

Harper le devolvió el apretón, breve, sin dramatismo, y se levantó a apagar la luz de la campana, dejando que la cocina se hundiera en la oscuridad azul que precede al amanecer. Antes de volver a subir, se detuvo un momento en el umbral y la miró: Nya, sentada aún a la mesa, con las manos alrededor de una taza ya fría, más ligera de lo

que la había encontrado en el patio, aunque todavía muy lejos de estar del todo bien.

—Vamos a dormir un poco —dijo—. Aunque solo sean dos horas.

—Vamos.

Subieron juntos, de la mano, por la escalera a oscuras, y esta vez, cuando Nya se metió en la cama, no dejó ningún hueco entre los dos.

# CAPÍTULO DIECIOCHO
## El único cuerpo a cuerpo limpio

*Domingo, 28 de julio de 2024*
*Carretera A-2075, dirección Rota. 12:05 h.*

Sonaba Sabaton en el coche. *Long Live the King*, con esos metales marciales abriendo paso a la voz como quien abre una puerta a cañonazos, un himno entero construido sobre la idea de que hay reyes que prefieren morir de pie a reinar de rodillas. A Harper le hacía gracia, sin decírselo nunca a nadie, que fuera precisamente esa clase de música la que le vaciara la cabeza antes de pedir un favor: nada de calma chicha, nada de piano de ascensor. Percusión de guerra, para ir a hablar de las guerras que no se libran con puños.

Dejó atrás las marismas y la línea blanca de las salinas, con Rota apareciendo al fondo como una acuarela de casas bajas y palmeras contra el azul saturado de julio, y aparcó frente a un local sin más cartel que un rótulo descolorido sobre la persiana metálica —*BOXEO. EL RINCÓN*— y una campanilla de bicicleta atada a la puerta que hacía las veces de timbre. Aquella campanilla era, en realidad, la misma que había sonado durante años en otro local, en otra ciudad, y que Alex se había llevado consigo el día que cerró el gimnasio original de Jerez, como quien se lleva la única reliquia que de verdad importa de una vida entera.

El local olía como habían olido siempre los gimnasios de barrio: a linimento, a cuero viejo, a sudor que ninguna ventilación del mundo consigue del todo sacar de las paredes. El ring, en el centro, tenía las cuerdas amarillentas de sol y de años —las mismas cuerdas, físicamente, que Alex había desmontado y vuelto a montar con sus propias manos al mudarse—, y en un rincón, bajo un ventilador

industrial que giraba más ruido que aire, Alex Villa golpeaba un saco con la camiseta empapada y la concentración absoluta de un hombre que ha decidido, esa mañana de domingo, no pensar en nada que no fuera el siguiente golpe.

Harper apagó la música a medio estribillo, se apoyó en el marco de la puerta y esperó, con la misma paciencia con que esperaba a que un testigo terminara de mentirse a sí mismo antes de empezar a decir la verdad.

—Llevas ahí un minuto largo —dijo Alex, sin volverse, sin dejar de golpear—. Se te oye respirar hasta con el ventilador puesto.

—Te iba a saludar cuando terminaras la serie.

—Ya la he terminado. —Alex se enderezó, se pasó el antebrazo por la frente, y solo entonces se giró—. Lo que pasa es que contigo en la puerta ya no me sale ni una serie limpia. Es como entrenar con un juez de instrucción vigilando. Ah, espera. Que sí.

Se rieron los dos, con esa risa fácil y sin trabajo que solo existe entre dos personas que se conocen desde antes de tener nada que demostrarse. No se veían con frecuencia —los dos llevaban vidas que no dejaban mucho hueco libre, y semanas, a veces meses, podían pasar sin que se llamaran más que para un wasap suelto o una foto de un combate viejo que a alguno le daba por desenterrar —, pero eso nunca había significado distancia. Era, más bien, la clase de amistad que no necesita mantenimiento diario porque está hecha de un material que no se oxida: más de veinte años, contados desde Jerez, donde los Harper mantenían una de tantas propiedades de la red familiar —una casa que a Aeris, de niño, le parecía menos jaula que la de Madrid, aunque solo fuera un poco menos— y donde el joven Aeris pasaba temporadas largas, lejos del protocolo exacto de la embajada, mientras su padre cerraba negocios y su madre organizaba recepciones. Fue allí, en un

gimnasio de barrio con la pintura desconchada y un entrenador que llevaba ya quince años muerto, donde un Aeris de catorce años, todavía sin nombre para lo que le pasaba por dentro, coincidió con un Alex de la misma edad que vivía a cuatro calles de distancia, en una casa que no podía parecerse menos a la suya: ruidosa, pobre y cálida, con un padre que iba y venía con dinero que nadie preguntaba de dónde salía.

Habían empezado a boxear juntos por la misma razón exacta, aunque tardaran años en decírselo el uno al otro: porque era el único sitio del mundo donde a ninguno de los dos le hacía falta fingir nada. Alex huía allí de un padre que lo utilizaba como coartada. Harper huía de un padre que llevaba ya un par de años, desde que Aeris tenía doce, quizá trece, convencido de que un hijo bisexual era una enfermedad que corregir a golpes, y que se lo había dejado escrito en el cuerpo, aquellos días y muchos más, con una claridad que ningún despacho de Jerez, por muy lejos que estuviera, conseguía borrarle del todo. El ring no preguntaba de dónde venías ni a quién decías querer por las noches. El ring solo preguntaba si sabías cubrirte. Alex lo supo entonces, sin que Aeris tuviera que explicárselo con palabras —los moratones, en aquella época, hablaban solos—, y nunca, ni esa vez ni ninguna después, le hizo falta un solo comentario de más. No lo juzgó cuando lo supo con catorce años. No lo juzgó cuando, ya adultos, supo también lo de La Quinta Piel, el club de Sevilla donde Aeris iba a descansar de sí mismo antes de que existiera Lucian, antes incluso de que existiera Nya. Alex era, sencillamente, la única persona en el mundo entero delante de la cual Harper nunca había tenido que decidir qué versión de sí mismo enseñar.

El gimnasio de Jerez cerró cuando el entrenador murió y nadie más quiso hacerse cargo del local. Alex, para entonces ya médico, con la plaza recién conseguida y la primera hija en camino, se llevó de allí lo único que le pareció insustituible —la campanilla de la puerta, dos pares de guantes, la memoria entera de aquellas tardes

— y años después, cuando la familia se instaló en Rota por el trabajo de su mujer, alquiló un local con persiana metálica y volvió a montarlo todo, cuerdas incluidas, como quien traslada un altar sin permitirse perder ni una reliquia por el camino.

Y luego estaba lo otro. Lo que nunca hacía falta nombrar entre ellos, pero que los dos sabían que estaba ahí, como una segunda cimentación bajo la amistad: el día en que Harper, todavía verde en el juzgado, con la toga recién estrenada y el nombre de su padre pesándole en el escritorio como una losa, se había encontrado sobre la mesa un atestado con el apellido Villa manchado por una causa que no era suya. El padre de Alex, en un movimiento de superviviente que no le tembló, había dejado a su propio hijo como puerta trasera de una operación de la que Alex nunca supo nada hasta que ya estaba dentro. Harper había leído el expediente dos veces, había hablado con quien tenía que hablar, y había hecho lo que un instructor honesto hace cuando ve que la verdad y el papel no coinciden: sobreseer para Alex, dejarlo fuera, limpio, mientras el resto de aquella familia se hundía sin él. Nunca lo habían hablado en voz alta más de una vez. No hacía falta. Algunas deudas se pagan solas, con el tiempo, en forma de gimnasio abierto un domingo y una puerta que siempre está descerrajada para el otro quiera lo que quiera cuando lo necesite, aunque pasen meses de silencio entre medias.

—¿Café, agua, o directamente me vas a soltar lo que sea que has venido a soltarme? —preguntó Alex, cogiendo una toalla del banco.

—Las tres cosas, en ese orden.

—Serio, entonces.

—Serio.

Se sentaron en el banco de madera pegado a la pared, bajo un cartel descolorido de un combate de hacía treinta años, y Alex le pasó una botella de agua sin preguntar, porque llevaba treinta años sin necesitar preguntar. Era médico de medicina interna en el hospital de Puerto Real, con una consulta que se le llenaba de listas de espera y una casa que se le llenaba de tres hijos adolescentes y una mujer que lo quería con la paciencia de quien ha entendido, hace mucho, que un hombre que boxea los domingos por la mañana

es un hombre que necesita boxear los domingos por la mañana, y que discutírselo sale más caro que dejarlo ir al gimnasio.

—¿Sabes lo que pienso siempre que entro aquí? —dijo Harper, mirando el ring vacío—. Que este ha sido el único sitio de mi vida donde nunca tuve que ser juez.

—Aquí eras solo Aeris que no sabía cubrirse la derecha.

—Sigo sin saber cubrirme la derecha.

—Lo sé. Por eso te la sigo metiendo. —Alex sonrió, y luego la sonrisa se le fue apagando despacio, con esa intuición de médico y de amigo que sabía distinguir el silencio que precede a una broma del silencio que precede a otra cosa—. Va. Suéltalo.

Harper tardó un momento. No porque no supiera qué decir, sino porque llevaba dos días ensayando la manera de decirlo sin traicionar nada que no le correspondiera traicionar.

—Es Nya —dijo al fin—. Tiene ansiedad. De la de verdad, Alex. La he visto tener un ataque hace dos noches, en la terraza, de la nada, en medio de una cena. Y no es la primera vez, solo que esta vez lo vi entero, de principio a fin, y llevo desde entonces sin poder quitármelo de la cabeza.

Alex asintió despacio, sin la premura de médico que interrumpe para diagnosticar. Dejó que Harper siguiera.

—Viene de atrás —continuó Harper—. De mucho antes de mí. No te voy a contar los detalles, porque no son míos para contar, pero es gordo, Alex. Es de esas cosas que dejan a una persona con el cuerpo entrenado para la guerra aunque ya no haya guerra. Comprueba cerraduras de madrugada. Apunta matrículas sin darse cuenta de que lo está haciendo. Se despierta a las tres de la mañana como si tuviera una alarma puesta en el cuerpo. Y luego está lo del cigarro.

—Los dos fumáis como carreteros, eso ya lo sé —dijo Alex, sin darle importancia—. No me vengas ahora con el sermón del tabaco, que peor fumador que tú no conozco.

—No es el tabaco. —Harper hizo girar la botella entre los dedos —. Es cómo fuma cuando no puede dormir. La otra noche bajé y la encontré en el patio, con un cigarro entero consumiéndose entre los dedos, sin apenas llevárselo a la boca, y la mirada perdida en un

punto que no era ningún punto del patio. Ausente del todo. Como si el cuerpo se hubiera quedado allí sentado solo para guardarle el sitio a otra cosa que estaba pasando en otro lado. Eso es lo que no me deja dormir a mí, Alex. No el cigarro. La mirada.

—¿Está en tratamiento? ¿Ve a alguien?

—No.

—¿Se lo has propuesto?

—No. —Harper lo dijo sin dudar, y al ver la ceja que levantaba Alex, se explicó antes de que hiciera falta preguntar—: Y no es porque no lo haya pensado cien veces, ni porque me dé miedo el tema. Es que la conozco. Si se lo propongo yo, aunque sea con el cuidado del mundo, se convierte en una exigencia más, en una prueba más que superar para no decepcionarme, y ella lleva media vida superando pruebas para no decepcionar a alguien. El día que pida ayuda tiene que ser porque lo decide ella, desde dentro, sin que nadie se lo sugiera desde fuera con cara de preocupación. Yo puedo esperar a ese día. Lo que no puedo es quedarme de brazos cruzados mientras llega.

Alex se quedó pensando, con los codos en las rodillas y la botella de agua colgando entre las manos, en ese silencio de consulta que Harper conocía bien de otras veces.

—¿Sabes qué es lo primero que pienso, como amigo y no como médico? —dijo al fin—. Que lo que describes no suena solo a miedo, Aeris. El miedo hace que la gente se encoja. Comprobar cerraduras, apuntar matrículas, eso es vigilancia, sí, pero yo llevo veinte años viendo pacientes y esto que cuentas tiene otra capa debajo. Una persona que ha vivido lo que tú dices que ha vivido, y que ha sobrevivido a ello, casi nunca sale al otro lado con solo miedo. Sale con rabia. Muchísima rabia, acumulada durante años, que no ha tenido nunca dónde ir, porque probablemente durante mucho tiempo expresarla habría sido peligroso, o directamente imposible. Y esa rabia no desaparece porque la situación termine. Se queda. Cambia de forma. Se convierte en vigilancia, en control, en ansiedad, en esos flashes que me cuentas, en esa mirada perdida con el cigarro en la mano. Pero sigue siendo rabia, en el fondo. Rabia sin sitio adonde ir.

Harper se quedó mirando el ring vacío, las cuerdas amarillentas balanceándose apenas con el aire del ventilador.

—¿Y qué se hace con una rabia así?

—Depende de la persona. A unos les sirve hablarlo. A otros, escribirlo. Y a otros, Aeris —Alex lo miró con una media sonrisa que ya sabía adónde iba la conversación—, les sirve pegarle a algo que no puede pegarles de vuelta.

Harper no dijo nada durante un momento. Cuando habló, lo hizo con la franqueza que solo se permitía en aquel gimnasio, delante de aquel hombre.

—Por eso he venido. Tenemos un cuarto en la casa, en el ala vieja, que monté yo hace un año, con un saco y lo justo, nada más, ni espejos ni máquinas. Voy allí cuando necesito ordenar la cabeza, y últimamente lo necesito más que nunca, con este caso que tengo entre manos. Nya me ha visto entrenar alguna vez, desde el pasillo, sin decir nada, y he pensado… —Se frotó la nuca—. He pensado que necesita eso. No conmigo, o no solo conmigo, porque conmigo hay demasiada historia de por medio, demasiado cuidado, y a veces lo que hace falta es alguien que no forme parte de la historia. Alguien con manos y con paciencia y con la cabeza bien puesta para saber cuándo parar. Te lo pido a ti, Alex. Ven un par de veces por semana. Enséñale lo que nos enseñaron a nosotros. Dale un sitio donde pueda pegar sin miedo a romper nada que le importe. Porque la veo sobrepasada, tío. Entre las oposiciones y lo que sea que lleva dentro y no se atreve a contarme del todo, la veo al borde de algo, y no sé de qué, y eso es lo que más miedo me da. Que un día de estos, sin avisar, todo eso pete.

Alex se quedó mirándolo largo rato, con esa seriedad de médico que sabe pesar una petición antes de aceptarla.

—¿Ella sabe que estás aquí pidiéndome esto?

—Todavía no. Quería saber primero si tú dirías que sí, antes de proponérselo y quedar como un idiota si me dices que no tienes tiempo.

—Tengo tres hijos adolescentes, una consulta con lista de espera hasta octubre y una mujer que me recuerda cada domingo que ya

no tengo veinte años. —Alex sonrió—. Claro que tengo tiempo. Para esto, siempre.

—Gracias.

—No me las des todavía. Primero que ella diga que sí. —Se puso serio de nuevo—. Y otra cosa, Aeris, y te lo digo como amigo, no como médico esta vez: no le pidas esto de entrenamiento como quien pone un parche. El boxeo no cura nada por sí solo. Lo que hace es abrir una válvula. Y una válvula que llevaba mucho tiempo cerrada, cuando se abre, a veces sale con más fuerza de la que uno espera. Que esté yo delante cuando eso pase. No tú solo, sin saber qué hacer.

Harper asintió, despacio, con el peso exacto de esa advertencia instalándose donde debía.

—Lo sé.

—Bien. —Alex se levantó, recogió la toalla, y de pronto, mientras enrollaba las vendas con las manos ya en marcha hacia la siguiente serie, le salió una sonrisa distinta, más ancha, la de un amigo de toda la vida que acaba de atar cabos—. Oye. Un año, ¿no? Poco más.

—Poco más.

—Y ya montándole un profesor de boxeo, defendiéndola delante de un investigador judicial sin que ella lo sepa, levantándote de madrugada a hacerle café cuando no puede dormir… —Movió la cabeza, con una risa corta y genuina—. Mira que me alegro, tío. En serio. Después de todo lo que ha llovido, que por fin hayas sentado la cabeza.

Harper se quedó mirando las cuerdas del ring un momento, y cuando contestó lo hizo sin ironía, con esa media sonrisa suya que solo salía entera delante de dos personas en el mundo.

—La cabeza la tengo sentada desde hace tiempo, Alex. Lo que no tenía, hasta ella, es que dejara de sentirla solo.

Alex dejó de vendarse las manos un segundo. Lo miró, y por debajo de la broma, algo en su cara se ablandó del todo.

—Eso —dijo— ha sido casi poético para venir de un tipo que se pasa la vida redactando autos.

—Algo se pega, con los años.

—Algo se pega. —Alex volvió a las vendas, ya sonriendo otra vez, y de camino al ring, sin volverse del todo, añadió—: Dile que el martes a las seis le viene bien. Y dile también que no se preocupe. No voy a enseñarle a pegar fuerte, Aeris. Voy a enseñarle a saber cuándo ha pegado suficiente. Que para eso hace falta más cabeza que puño, y por lo que me cuentas, cabeza le sobra.

Harper se levantó, le dio un apretón de manos que se alargó un segundo más de lo protocolario, y salió del gimnasio a la luz blanca de julio, con la campanilla de bicicleta sonando a su espalda como llevaba sonando toda una vida, y con la sensación, rara y buena, de haber hecho por fin algo por Nya que no dependía únicamente de sus propias manos.

# CAPÍTULO DIECINUEVE
## Las mismas palabras

*Martes, 30 de julio de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 23:50 h.*
*El Puerto de Santa María.*

La casa dormía. Nya se había acostado hacía dos horas, agotada de una tarde entera peleándose con el tema dieciséis, y Harper había subido con ella, había apagado la luz, había esperado a que la respiración se le hiciera larga y honda, y había bajado después descalzo, sin más ropa que un pantalón de pijama, con esa sensación tan suya de estar robándole horas a la noche para dárselas a los muertos.

El teléfono vibró sobre la mesa del estudio antes de que hubiera sacado el primer folio de la carpeta.

*Fidel.* A las once y cuarto de la noche, lo cual ya era, de por sí, una declaración de intenciones.

—Dime.

—Sé que es tarde, perdona. —La voz del fiscal sonaba a despacho vacío, a corbata aflojada, a alguien que también le estaba robando horas al sueño por otras razones—. Quería pillarte antes de que empezaras la semana con la cabeza en otra cosa. He registrado esta tarde la petición de sobreseimiento provisional del caso Serrano. Autopsia cerrada, atestado cerrado, testificales completas. No hay nada que sostenga una imputación, Aeris, y cuanto antes lo cerremos, antes deja esa familia de tener un expediente abierto sobre la cabeza.

Harper se quedó mirando la carpeta extendida sobre la mesa, las cinco declaraciones todavía sin desplegar, y sintió, con una claridad que casi le sorprendió a él mismo, la ausencia total de sorpresa.

—No lo voy a firmar, Fidel.

Un silencio breve al otro lado.

—¿Perdona?

—Que no lo voy a firmar. No todavía. —Harper se sentó, apoyó los codos en la mesa, y habló con la calma de quien ha tomado una decisión mucho antes de que se la pidieran formalmente—. Estamos a 30 de julio. Agosto es inhábil para toda actuación que no sea urgente, y esto, seamos sinceros los dos, no lo es: el cuerpo ya está entregado, no hay ningún riesgo de fuga ni de destrucción de pruebas pendiente, no hay nadie en prisión esperando una resolución. Así que voy a tomarme el mes para releer el expediente entero, línea a línea, sin la presión de septiembre encima. Y lo resolveré en septiembre. Con todo mirado. No antes.

—Aeris, el fiscal soy yo, y te estoy diciendo que no hay causa.

—Y yo te estoy diciendo que todavía no he terminado de mirar. —Lo dijo sin acritud, con la cordialidad seca de dos profesionales que llevaban años discutiendo sin dejar nunca que la discusión se convirtiera en otra cosa—. Si en septiembre sigo sin encontrar nada, firmo tu sobreseimiento yo mismo y no me tiembla el pulso. Pero no lo voy a firmar en agosto solo porque agosto sea más cómodo para todos. Esa familia ha esperado once días para enterrarla. Puede esperar treinta más para que alguien mire bien antes de cerrar la puerta del todo.

Fidel resopló, no de enfado, sino de la resignación particular de quien conoce a Harper desde hace demasiado tiempo como para pelear una batalla que ya sabe perdida.

—Septiembre —dijo—. Te lo apunto. Pero como en septiembre no tengas nada nuevo sobre la mesa, firmas el mismo día uno, Aeris. Sin dilaciones de las tuyas.

—El mismo día uno. Te lo firmo yo a ti si hace falta.

Colgaron. Harper se quedó un momento con el teléfono en la mano, pensando en la funcionaria de la sala de registro, aquella mujer menuda y silenciosa, siempre la última en irse, que se encargaría de sellar la entrada de la petición de Fidel al día siguiente y de anotar en el sistema, con la misma indiferencia burocrática de cada expediente, que el titular del juzgado había decidido no

resolver todavía. Un trámite más, invisible, de los miles que cruzaban aquella mesa cada mes sin que nadie reparara jamás en quién los tecleaba. Harper nunca le había prestado más atención que la cortesía exigía. No tenía motivo alguno para hacerlo.

Dejó el teléfono boca abajo y extendió el expediente entero sobre la mesa.

No el resumen. No los folios sueltos que había ido acumulando durante tres semanas de instrucción dispersa, sino todo junto, por primera vez, como un mapa desplegado: la declaración de la madre de Claudia, tomada el primer día, temblorosa e incompleta. Las dos declaraciones de las compañeras de la oficina donde Claudia iba a reincorporarse en septiembre. La ampliatoria de Álvaro, recién llegada de manos de Parra. Y la de Irene Salvatierra, la que él mismo había tomado, transcrita palabra por palabra por la funcionaria de sala con esa fidelidad notarial que a veces era una bendición y a veces una condena.

Puso música. No buscaba silencio de fondo, sino algo que le sostuviera el pulso mientras trabajaba, y encontró, en una lista que llevaba semanas sin tocar, *Shadows*, de Sam Tinnesz y Tommee Profitt: un bajo que latía como un pulso enfermo, una voz que hablaba de cargar con lo que uno lleva escondido y de dejar de huir de la propia sombra, coros que subían desde algún sótano del pecho, un crescendo construido para la gente que necesita convertir la oscuridad en algo con ritmo, en lugar de simplemente sufrirla. Le pareció, sin poder explicarlo del todo, la canción exacta para lo que estaba a punto de hacer: sacar a la luz algo que llevaba semanas viviendo, cómodo, entre las sombras de un expediente perfecto. La dejó sonando, ni alta ni baja, y se sentó con un rotulador fluorescente en cada mano —uno amarillo, uno rosa— y una libreta en blanco al lado, como quien se prepara para un examen que lleva media vida temiendo.

Empezó por la madre.

*«Claudia siempre fue muy exigente consigo misma. Desde pequeña. Todo tenía que estar perfecto. Últimamente la notaba muy cansada, muy apagada. Decía que no llegaba a todo.»*

Subrayó en amarillo: *no llegaba a todo.*

Pasó a la primera compañera de la oficina, una mujer que apenas había tratado a Claudia en los últimos meses, que la había visto solo dos veces desde que empezó la baja de maternidad.

*«La verdad es que la vi muy poco últimamente, pero cuando hablábamos siempre me decía que estaba agotada, que sentía que no llegaba a todo, que la maternidad la había desbordado más de lo que esperaba.»*

Subrayó en amarillo, otra vez: *no llegaba a todo.*

Segunda compañera:

*«Era una currante, la Claudia. Perfeccionista total. Cuando nos vimos en mayo me dijo que últimamente sentía que no llegaba a todo, que estaba muy cansada. Yo lo achaqué al bebé, claro.»*

Harper dejó el rotulador un momento sobre la mesa y se pasó la mano por la cara. La misma frase, tres veces, en boca de tres mujeres que apenas se conocían entre sí, que en algunos casos ni siquiera habían coincidido en los últimos meses de vida de Claudia. Podía ser casualidad. El idioma tiene sus muletillas, sus fórmulas hechas; *no llegar a todo* era la clase de expresión que cualquier español pronunciaba sin pensar, gastada de tanto uso, como *estoy hasta arriba* o *no doy abasto*. Un instructor cansado, o uno que quisiera encontrar un patrón donde solo había lenguaje común, podía convencerse de eso y dormir tranquilo.

Harper no era ese instructor. Siguió.

Álvaro:

*«Claudia se exigía muchísimo. Ella siempre decía que no llegaba a todo, y yo le decía que sí llegaba, que llegaba a todo y más, pero ella no se lo creía.»*

Subrayó. Cuatro.

Y entonces, con una precisión que casi le dolió por lo limpia que resultaba, llegó a la declaración de Irene.

*«Todo tenía que estar bien. Todo tenía que estar controlado […] Y cuando algo se le escapaba, aunque fuera una tontería, se lo llevaba a un sitio muy hondo […] Yo se lo decía. Le decía: Claudia, no puedes ser el pilar de todo el mundo todo el rato.»*

La frase de Irene no repetía *no llegaba a todo* con esas palabras exactas. Era más elaborada, más suya, con firma propia. Y sin

embargo, en cuanto Harper la puso al lado de las otras cuatro, entendió algo que llevaba tres semanas rozando sin nombrar: no eran cinco personas describiendo el mismo síntoma con las palabras que cada una tenía a mano. Era una persona describiéndolo con precisión de autora, y otras cuatro repitiendo, sin saberlo, un eco de esa misma descripción, en la variante simplificada que a cada una de ellas le había llegado de segunda o tercera mano, en una conversación de pasillo, en una llamada de pésame, en un café compartido.

Cogió la libreta y trazó una línea en el centro de la página. A la izquierda escribió los cinco testimonios, uno debajo de otro. A la derecha, con letra pequeña, empezó a anotar fechas: cuándo había hablado cada una de esas personas con Irene por última vez antes de dar su declaración. La madre había hablado con ella el día antes de declarar, «para consolarse mutuamente», según constaba en un aparte de la propia acta. Las dos compañeras habían coincidido con Irene en el tanatorio, donde —Harper lo recordaba con nitidez, lo había visto con sus propios ojos— Irene había repartido pésames en la puerta durante más de una hora, hablando con cada uno de los asistentes. Álvaro la veía casi a diario.

Todos los caminos, antes de llegar al juzgado, habían pasado por la misma casa.

Puso otra vez la canción desde el principio, sin darse cuenta de que lo hacía, dejando que el bajo enfermo volviera a latir bajo sus manos mientras trazaba, en un folio en blanco, un esquema que parecía sacado de un manual de criminología con quince años de retraso: un círculo en el centro con el nombre de Irene Salvatierra, y desde ese círculo, cinco flechas hacia cinco nombres distintos, y en cada flecha, la fecha del último contacto antes de la declaración.

No era una prueba. Eso lo sabía perfectamente, y la parte de él que llevaba quince años redactando autos con el rigor exigido por la ley se lo repetía sin descanso mientras dibujaba las flechas: aquello no valdría ni cinco minutos delante de un tribunal. La gente habla con la gente. Las viudas y las madres y las amigas de las víctimas se llaman, se consuelan, comparten penas y, sin darse cuenta, comparten también las palabras con las que nombran esas penas.

Era exactamente lo que Parra le diría si le enseñara aquel esquema, y Parra, con su media vida de instrucciones a la espalda, no estaría del todo equivocado. Un buen abogado defensor haría trizas aquel diagrama en un solo alegato: *contagio narrativo*, lo llamarían, y sonaría razonable, porque lo era.

Pero Harper no estaba construyendo un alegato. Estaba, por primera vez desde que se abrió el expediente, construyendo una pregunta con forma.

Porque si todas aquellas frases venían de la misma fuente, entonces la fuente no estaba describiendo lo que había visto. Estaba fabricando lo que los demás iban a ver.

Y eso cambiaba absolutamente todo, aunque en aquel folio, a las doce y media de la noche, con la música subiendo otra vez hacia su crescendo de coros graves, siguiera sin cambiar nada que un juez pudiera firmar.

Se recostó en la silla. Miró el esquema entero, las cinco flechas convergiendo en el mismo nombre como los radios de una rueda, y pensó, sin poder evitarlo, en la sábana blanca que cubría el piano en el rincón del estudio, en Nya durmiendo dos plantas más arriba con el cuerpo todavía entrenado para una guerra que ya no existía, en Irene Salvatierra despidiéndose de ellos en la puerta de la casa de Álvaro con una niña dormida contra el hombro. *Han hecho ustedes hoy más por este hombre que todos nosotros en dos semanas.* La misma boca que decía eso era, ahora lo sabía con la certeza fría de los folios extendidos sobre la mesa, la misma boca que llevaba meses redactando, frase a frase, con paciencia de autora, el guion que toda una ciudad estaba recitando sin saber que lo hacía.

Cogió el rotulador rosa y, debajo del esquema, escribió tres palabras, las únicas que le parecieron a la altura de lo que acababa de encontrar:

*El texto tiene autora.*

La música terminó su último estribillo y el silencio de la casa volvió a instalarse entero, espeso, interrumpido solo por el motor lejano de la nevera y, dos plantas más arriba, por la respiración tranquila de Nya, que esa noche, por una vez, dormía sin sobresaltos mientras su hombre montaba guardia por los dos.

# CAPÍTULO VEINTE
## Lo que no se dice en las listas

*Miércoles, 31 de julio de 2024*
*Mercadona, Polígono Industrial Salinas de Poniente. 17:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Normalmente pedían la compra por internet, un domingo cualquiera, con la aplicación abierta en la tablet de la cocina y Nya dictando en voz alta lo que iba faltando mientras Harper, sentado a la mesa con el portátil del trabajo abierto en otra pestaña, iba tecleando sin demasiada atención: leche, huevos, el café de siempre, algo de fruta, y esa negociación eterna sobre si el queso curado que él compraba **«de más»** era en realidad de más o simplemente la cantidad correcta que Nya se empeñaba en llamar exceso. Funcionaba bien. Era rápido, cómodo, y les ahorraba a los dos veinte minutos de pasillos y carritos que ninguno echaba especialmente de menos.

Aquella tarde, sin embargo, Harper había cogido las llaves del coche después de comer y le había dicho a Nya, casi de pasada, que se acercaba al Mercadona del polígono, que le apetecía caminar un rato entre estanterías. No era del todo mentira. Tampoco era del todo verdad.

Sabía perfectamente que Alex llegaría a La Bodega a las seis en punto. Alex era así, puntual hasta en su propio entierro, una de esas personas que consideraban la impuntualidad una forma menor de mentira, y Harper llevaba toda la tarde con esa hora rondándole la cabeza con la misma insistencia con que rondaba el expediente. No había ido al supermercado por miedo a un enfado de Nya. Eso no era, ni de lejos, lo que le preocupaba. Un enfado de Nya, si llegaba, era una cosa limpia, sin trampa, de las que se decían a la cara y se

resolvían con tiempo y con vino, no con evasivas. Lo que Harper quería, lo único que de verdad le había hecho coger las llaves del coche a esa hora, era otra cosa, más difícil de explicar sin que sonara raro: quería que Nya decidiera sola. No con él delante, no con su presencia inclinando la balanza aunque fuera sin querer, aunque fuera solo por la fuerza silenciosa que tiene cualquier persona cuando está de pie al lado de otra esperando una respuesta.

Porque si algo le encantaba de Nya —y era mucho lo que le encantaba, pero esto en particular le parecía casi sagrado— era que sabía mandar a tomar por culo a quien hiciera falta, incluido él, si de verdad no le apetecía algo. Nunca había sido de las que decían que sí por no incomodar. Lo había aprendido de la peor manera posible, en otra vida, con otra gente, y precisamente por eso, ahora, su sí y su no valían lo que valían: exactamente lo que decían, sin descuento. Si Harper se hubiera quedado en casa aquella tarde, presente en la conversación entre Nya y Alex, aunque fuera callado en una esquina, aquel sí, si llegaba, habría tenido siempre una sombra de duda pegada, un quizás lo dijo por mí. Harper no quería ese sí. Quería el otro. El que ella diría con la puerta cerrada y sin nadie mirando, para sí misma antes que para nadie más.

Así que se había ido a comprar tomates que no necesitaban, y ahora, empujando el carrito por el pasillo de la fruta con la misma parsimonia con que hojeaba un atestado que ya se sabía de memoria, dejaba que la cabeza, casi sola, se le fuera hacia otro asunto que llevaba días macerando.

Agosto empezaba en dos días, y con él, la cuenta atrás real hasta el uno de septiembre: la fecha que Fidel le había marcado, a regañadientes, como una piedra tallada de antemano. Harper llevaba desde aquella llamada dándole vueltas a cómo repartir el mes que estaba a punto de empezar: cuánto para el expediente de Claudia Serrano, y cuánto —porque también hacía falta un cuánto— para Nya. Para los dos. Para lo que llevaban meses postergando entre oposiciones, instrucciones y la vida entera que se les acumulaba encima sin que ninguno encontrara el hueco de parar.

Quería llevarla a algún sitio. No muy lejos —unos días, algo con mar y con silencio, lejos de Jerez y de sus vías de tren y de la voz templada de Irene Salvatierra repitiéndose en su cabeza como una canción que no lograba quitarse—, y llevaba días dándole vueltas a los sitios posibles con la misma dedicación metódica con la que llevaba el expediente, comparando casas rurales, calas sin gente, la posibilidad remota de convencer a Nya de un par de días en Lisboa que ella llevaba meses mencionando sin insistir nunca del todo. Quería hacerlo bien. Quería, sobre todo, que fuera una sorpresa completa, para que a ella, que llevaba media vida organizándolo todo por necesidad y no por gusto, le tocara por una vez no tener que decidir nada.

Y sin embargo, empujando el carrito hacia la sección de conservas, tuvo la honestidad de reconocerse una cosa: Nya ya lo sabía.

No los detalles. No el destino, ni las fechas exactas, ni la reserva que llevaba noches mirando en el móvil después de que ella se durmiera. Pero sabía, con esa claridad tranquila con la que sabía casi todo lo importante de él sin que hiciera falta explicárselo, cuál iba a ser el verdadero plato fuerte de aquellas vacaciones. Sabía que por muchas playas que Harper reservara, el expediente de Claudia Serrano viajaría con ellos en el maletero, invisible, ocupando el asiento de atrás con la misma insistencia con que ocupaba ya su cabeza cada noche a las tres y pico. Lo sabía porque lo conocía. Y no se lo reprochaba. Ese era, quizá, el detalle que más conmovía a Harper cuando se paraba a pensarlo: que Nya no solo lo entendía, sino que lo admiraba.

Se lo había dicho una vez, hacía meses, en otro caso, con esa media sonrisa suya que aparecía tan pocas veces entera: *«Eres el hombre más cabezón que he conocido, Aeris. Y me alegro de que lo seas.»* No se lo había dicho como un reproche disfrazado de piropo. Se lo había dicho como quien constata un hecho que le da seguridad, no inquietud. Como quien ha vivido de cerca lo contrario —gente que sí dejaba las cosas a medias, que sí archivaba lo incómodo con tal de no mirarlo— y sabía, mejor que nadie, la

diferencia exacta entre un hombre tenaz y un hombre que simplemente no sabe soltar.

Los dos sabían no soltar. Ese era, quizás, el idioma común más silencioso que compartían.

Terminó la compra sin ninguna prisa, y en la cola de la caja sacó el móvil y buscó, por enésima vez, la misma página de una casa con vistas al mar cerca de Zahara, con un patio interior parecido, salvando las distancias, al de La Bodega. Noches libres a partir del **nueve** de agosto. Suficientes para el mar y el silencio que quería regalarle.

Pulsó **«reservar»** antes de arrepentirse, y miró el reloj del móvil. Las seis menos cuatro.

Alex ya estaría llamando al telefonillo.

-*.*-

*La Bodega. 17:45 h.*

La caja llevaba desde febrero en el altillo del armario del vestidor —desde que terminaron la reforma, cuando todavía olía a pintura fresca en cada habitación y Nya, sin saber muy bien dónde meter aquello, había decidido que el altillo era un sitio tan bueno como cualquiera para no tener que mirarlo cada día—, y esa tarde la había bajado sin anunciárselo a nadie, ni siquiera a sí misma del todo, con la excusa floja de **«voy a ordenar un poco»** que se había dicho al subir la escalera de mano y que se le había desmontado en cuanto abrió la tapa y encontró, otra vez, el mismo olor a papel viejo y a tinta de fotocopiadora de hacía una década.

Documentos de Antonio Palacios.

No todos, y desde luego no los que de verdad le habrían servido de algo. Escrituras de la finca, un poder notarial caducado, correspondencia con un despacho de abogados de Sevilla que llevaba años sin actividad, alguna factura vieja. Papeles de un hombre, no papeles de una niña. Porque de eso, de ella misma, de cómo había llegado al mundo, apenas tenía nada que se sostuviera en un juzgado. Un nombre, sí —eso Antonio se lo había dado, la única vez que se lo había dado de verdad, borracho y cruel, la noche

en que le confesó sin pestañear que la había recogido en sus brazos en la Clínica Cielo, en Benaocaz, como quien recoge un paquete—. Pero un nombre no era una prueba. La clínica llevaba cerrada más de veinte años, hundida entre zarzas y ruina en la carretera de la sierra, y ni un solo papel de los que Nya había podido reunir mencionaba jamás partos, ni comadronas, ni un historial que confirmara nada de lo que Antonio había soltado aquella noche entre trago y trago. Solo su palabra. Y la palabra de Antonio Palacios, Nya lo sabía mejor que nadie en el mundo, no valía ni el papel en que no estaba escrita.

Sabía tan poco. Sabía que había nacido en algún sitio junto a una gemela, Selene, y que a las dos las habían separado antes de que ninguna pudiera recordar la cara de la otra, en la clase de operación que no aparece en ningún registro oficial porque está diseñada, desde el primer papel que nunca llegó a existir, para no dejar jamás un rastro que seguir. Y sabía, sobre todo, lo único que de verdad le quitaba el sueño cuando se permitía pensarlo con calma: que detrás de Selene, sosteniéndola, moldeándola, señalando con el dedo cada crimen que su hermana acabaría cometiendo, había estado Lucian Fauden. El autor intelectual de todo. Y que en los meses que siguieron a la caída de Selene, Nya había revuelto papeles, había tirado de cada hilo que se le ocurrió, y no había encontrado ni una sola prueba que pudiera llevarla hasta él por un camino que un juzgado reconociera como tal.

Se llevó, sin darse cuenta, dos dedos a la cicatriz del pómulo.

Era un gesto viejo, automático, que hacía sin querer cada vez que la cabeza se le iba hacia Benaocaz, y en cuanto lo notó, como cada vez, ya era tarde para impedir que el recuerdo llegara entero, sin permiso, con el mismo olor a cloro podrido y a lluvia de aquella noche.

*Selene encima de ella, con las rodillas clavadas en los muslos. La bofetada. El corte sucio junto al pómulo, el sabor metálico en la boca. Y después, lo que nunca conseguía explicarle a nadie sin que sonara a delirio: Selene sacando su propio cuchillo, llevándoselo a la cara sin pestañear, y abriéndose la misma herida, en el mismo sitio*

*exacto, con un gemido que no era de dolor. «Ahora sí somos iguales. Ahora sí… el espejo está completo.»*

Nya se estremeció, allí, sola, en el estudio, con el papel de Antonio todavía en la mano. No había sido violencia, aquel gesto. Selene no buscaba hacerle daño con aquel corte propio. Buscaba simetría. Devoción enferma, la había llamado ella misma después, durante meses de terapia que apenas la habían ayudado a nombrarlo: una necesidad de reflejo tan profunda que ni siquiera el propio dolor importaba, con tal de que las dos caras volvieran a coincidir.

Y después, el cuchillo en su propia mano. El de Nya. Alzado sobre Selene, vencida en el suelo, invitándola a terminar. *Vamos, mátame. Será nuestro gran final.* Nya recordaba con una claridad que no le concedía a casi nada más de aquellos años la tentación exacta de aquel segundo: lo fácil que habría sido. Lo mucho que lo había deseado. Y recordaba, sobre todo, la voz de Aeris rompiendo aquel infierno como un disparo. *No eres una asesina, Nya. No la dejes ganar, convirtiéndote en lo que ella quiere que seas.*

Habían pasado más de un año y todavía, algunas noches, se preguntaba lo mismo: si de verdad había sido Selene quien quería verla cruzar esa línea, o si detrás de aquel deseo, como detrás de todo lo demás en la vida de su hermana, había estado la mano paciente de Lucian, esperando en la sombra a que Nya se convirtiera, de una vez por todas, en el último y mejor de sus experimentos. Un asesinato de más habría bastado para arruinarle la vida entera. Aeris lo había sabido, quizás sin pensarlo del todo en ese momento, con la misma claridad instintiva con la que hacía casi todo. Y por eso había gritado. Y por eso ella, con el cuchillo temblando en la mano y la sangre tibia bajándole por el brazo, había conseguido bajarlo.

*No convertirse en lo que Selene quería.*

*O en lo que quizá, en realidad, había querido Lucian desde el principio.*

Dejó el papel sobre la mesa y se pasó la mano por la cara, como quien se despierta de algo. El asco le subió, de refilón, con la voz que nunca conseguía recordar del todo y que sin embargo ahora, un

instante, le pareció escuchar bajo el eco de la de Selene aquella noche. Cerró los ojos un segundo. Los abrió.

No se detuvo a pensarlo más de la cuenta. Todavía no.

El telefonillo sonó a las seis menos cinco.

Nya se sobresaltó —no del todo, no como se sobresaltaba de madrugada, pero sí con ese respingo pequeño y automático que el cuerpo le regalaba siempre a los sonidos inesperados— y miró la pantalla del aparato antes de descolgar. Un hombre. De unos cuarenta y tantos, con una bolsa de deporte al hombro y la seguridad tranquila de quien ha llamado a aquella puerta con la certeza de que le esperaban, aunque a Nya nadie le hubiera dicho nada de que esperase a nadie.

Descolgó.

—¿Sí?

—Hola, buenas. —La voz sonaba amigable, casi festiva—. Vengo a ver a Aeris. Bueno, a Nya, en realidad. Soy Alex.

Nya frunció el ceño, sin soltar el telefonillo.

—Aeris ha ido a hacer la compra.

—Lo sé. Por eso vengo ahora.

Colgó el aparato con más curiosidad que alarma —la casa tenía cámaras, la cancela tenía cerrojo, y aquel hombre, fuera quien fuera, no tenía pinta de urgencia ni de amenaza, sino de alguien completamente cómodo esperando de pie con una bolsa de deporte a las puertas de una casa ajena— y bajó a abrir. Cuando descorrió el cerrojo y se encontró con él de frente, con su media sonrisa y su bolsa colgada del hombro como quien la lleva colgada desde hace veinte años, Nya se cruzó de brazos en el vano de la puerta.

—¿Y tú quién eres?

Alex apretó los labios, se le escapó una risa corta por la nariz, y meneó la cabeza con la resignación de quien acaba de confirmar una sospecha que ya tenía.

—No te ha dicho nada el huevos gordos de Aeris, ¿a que no?

Nya parpadeó.

—¿Perdón?

—Nada, nada, es cariñoso, te lo prometo, llevo **veintiséis** años llamándolo así. —Alex se pasó la mano por la cara, entre divertido y

resignado—. Vale. Empiezo de cero. Me llamo Alex Villa. Soy médico, internista, del hospital de Puerto Real, y soy amigo de Aeris desde que teníamos catorce años y él todavía no sabía cubrirse la derecha. Hace unos días estuvo en mi gimnasio, en Rota, y me pidió un favor. Y por lo que veo en tu cara, el favor no te lo ha contado.

—No me ha contado absolutamente nada.

—Cómo no. —Alex suspiró, con un cariño que a Nya, contra todo pronóstico, le llegó antes que la irritación—. Es tan de él. Capaz de organizarte medio verano y olvidársele el detalle de avisarte. A ver, a ver. —Dejó la bolsa en el suelo, junto a sus pies, con el gesto de quien se prepara para una explicación larga—. Vengo a entrenarte. Boxeo. Un par de veces por semana, si a ti te parece bien, que es lo primero que debería haberte preguntado alguien antes de plantarse en tu puerta con una bolsa de guantes, y que por lo visto a Aeris no se le ocurrió.

Nya se quedó mirándolo un momento, procesando la información con la misma velocidad metódica con que procesaba todo lo que la sorprendía sin avisar.

—¿Boxeo?

—Boxeo. —Alex se encogió de hombros, sin perder la sonrisa, pero bajando el tono un grado, hacia algo más honesto—. Mira, te lo cuento tal cual, porque prefiero que lo sepas por mí y con claridad a que te llegue por trozos. Aeris vino a verme el domingo. Me contó que tienes ansiedad de la fuerte, que últimamente ha visto cosas que le preocupan, y me pidió que viniera a enseñarte lo que a él le enseñaron de crío, en el mismo gimnasio donde entrenamos juntos toda la vida. No como terapia, que quede claro, que yo de eso no entiendo ni falta que hace, sino como... —buscó la palabra— como válvula. Un sitio para soltar lo que sea que llevas dentro sin hacerte daño ni hacérselo a nadie. Y antes de que te enfades con él, que seguro que te vienen ganas, te digo lo que le dije yo a él: me pareció una idea cojonuda, con perdón. Lo que hizo mal fue no consultártelo antes de venir a mi puerta a organizarte la vida. Eso sí es muy suyo. Y en eso te doy la razón por adelantado, si quieres agarrarte a algo para el enfado.

Nya se quedó en silencio un momento, con los brazos todavía cruzados, mirando a aquel hombre desconocido que hablaba de Aeris con la soltura de **veintiséis** años de confianza y que acababa de resumir, sin proponérselo, media vida suya en dos frases dichas por otro. *Tiene ansiedad de la fuerte. Ha visto cosas que le preocupan.* No sintió la rabia que había esperado sentir. Sintió, más bien, algo parecido al vértigo de descubrir que alguien la había estado observando con más atención de la que ella misma se dedicaba, y que ese alguien, en vez de guardárselo, había ido a buscarle ayuda a la única persona del mundo, además de ella, en la que confiaba sin condiciones. Y sintió también, con una claridad que le sorprendió, que si aquello no le hubiera apetecido lo más mínimo, se lo habría dicho a aquel desconocido en la cara sin ningún pudor, y a Aeris esa misma noche con menos pudor todavía. Que la idea le gustara no era casualidad. Era, simplemente, que le gustaba.

—Debería estar enfadada —dijo, al fin.

—Deberías, sí.

—Pero no lo estoy del todo.

—Ya. —Alex sonrió, con una calidez distinta, más sencilla—. Eso también es muy de él. Consigue que le perdones las cosas antes incluso de terminar de reprochárselas. Lleva haciéndomelo **veintiséis** años y todavía no he encontrado la manera de evitarlo.

Nya se descruzó de brazos, despacio, y miró la bolsa de deporte en el suelo, y luego, por encima del hombro de Alex, la puerta que llevaba al ala vieja, donde el saco colgaba de su viga desde hacía un año esperando, sin saberlo, a que alguien más además de Aeris lo usara alguna vez.

—Va a tener que explicarme muchas cosas cuando llegue a casa —dijo.

—Seguro. —Alex recogió la bolsa del suelo—. Pero mientras tanto, si te apetece, tenemos una hora antes de que vuelva. Y te prometo que no voy a preguntarte nada de lo que sea que te preocupa. Solo vamos a vendarte las manos, y a que le des a algo que no puede devolverte el golpe. Lo demás, si algún día te apetece contarlo, ya vendrá solo.

Nya lo miró un momento más. Después, sin decir nada todavía, se echó a un lado del vano de la puerta y le dejó pasar.

—El gimnasio está al fondo —dijo—. Pero como me hagas daño de verdad, el enfadado con Aeris vas a ser tú.

Alex se rio, un sonido franco y sin trampa, y cruzó el umbral con la bolsa al hombro, dejando atrás la última tarde de julio que empezaba a espesarse contra las persianas, y a su espalda, sobre la mesa del estudio, una caja de documentos a medio guardar y un papel con un solo nombre escrito, subrayado dos veces: *Clínica Cielo. Benaocaz. Eso es todo lo que tengo.*

-*.*-

*Carretera del polígono. 18:05 h.*

Harper conducía de vuelta a casa con las ventanillas bajadas y el calor de la tarde entrando espeso por ellas, sin saber exactamente qué se estaría diciendo en aquel momento en el vano de su propia puerta, y sin querer saberlo tampoco, no todavía. Confiaba en Alex para la parte técnica y confiaba en Nya para todo lo demás, que era, con diferencia, la parte que más le importaba. Si a la vuelta encontraba el gimnasio ocupado, con las manos de Nya vendadas y el saco recibiendo sus primeros golpes torpes, sabría que había hecho bien. Y si encontraba la bolsa de Alex todavía en la puerta y a Nya esperándolo con los brazos cruzados y una lista de reproches perfectamente ordenada, también sabría, con la misma certeza tranquila, que había hecho bien: que ella había decidido, sin nadie al lado empujando la balanza, y que fuera cual fuera lo que hubiera decidido, era exactamente lo que él más quería para ella.

Metió el coche en el camino de albero, vio las dos plantas de La Bodega recortadas contra el último atardecer de julio, y pensó, por enésima vez aquellos días, en la reserva que acababa de confirmar, en el mes que estaba a punto de empezar rumbo a septiembre, y en la carpeta con las cinco declaraciones que seguía esperando, paciente, en el cajón de su cabeza.

Agosto, decidió, iba a tener sitio para todo aquello. Tendría que tenerlo.

# CAPÍTULO VEINTIUNO
## Incongruencias

*Miércoles, 31 de julio de 2024*
*La Bodega. 19:00 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Harper entró por la puerta de la cocina con las bolsas de la compra colgadas de los dos brazos, sudando ya solo de haberlas subido desde el coche con el calor de las siete de la tarde todavía pegado al aire, y las fue dejando sobre la encimera con ese cuidado desordenado de quien tiene prisa por vaciarlas pero no prisa ninguna por hacerlo bien. Acababa de sacar el queso —el mismo que Nya llamaría de más, sin falta— cuando oyó voces y pasos viniendo del ala vieja, y un segundo después aparecieron los dos en el pasillo: Nya con las manos todavía vendadas hasta la muñeca, el pelo pegado a la nuca y una camiseta empapada que se le pegaba a la espalda, y Alex detrás, con la bolsa de deporte al hombro y la cara satisfecha de un hombre que ha pasado la hora exactamente como quería pasarla.

—Mira quién ha vuelto justo a tiempo de perderse lo bueno —dijo Alex, dejando la bolsa junto a la puerta—. Llevamos una hora ahí abajo. Posiciones, sobre todo. Pies, piernas, cómo repartir el peso, cómo no regalar la mandíbula. Manos, luego. Y al final, con las manos ya vendadas de verdad, le he dejado que le pegue al saco.

—¿Y qué tal?

—Que tal nada, que muy bien. —Alex sonrió, con ese entusiasmo de entrenador que no se guarda para sí mismo—. Un gancho de derecha que si llega a tener seis meses más de práctica no me hace ninguna gracia recibir. Pies quietos, cadera girando, todo lo que se

enseña en dos años a la gente y ella lo ha clavado a la tercera vez que lo ha intentado.

Nya, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados y la respiración todavía un poco alta, se removió incómoda, y a Harper no le hizo falta ninguna luz especial para verle subir el color a las mejillas, ya de por sí encendidas por el esfuerzo. Se le daba mal recibir elogios. Siempre se le había dado mal, con cualquier cosa, desde que Harper la conocía: cualquier alabanza parecía incomodarla más que un reproche, como si no supiera dónde meter el cuerpo cuando alguien señalaba en voz alta algo bueno que había hecho.

—Ha sido un gancho de casualidad —dijo, mirando al suelo.

—Ha sido un gancho de casualidad tres veces seguidas, que es más o menos la definición de no ser casualidad. —Alex se rio, cogió la bolsa del suelo y se la colgó al hombro—. Bueno, gente. Yo me voy, que llego tarde a mi propia cena y mi mujer ya tiene el santo puesto de boca. El jueves de la semana que viene, misma hora, si os va bien.

—Nos va bien —dijo Harper.

—Genial. —Alex le dio a Nya un par de palmaditas en el hombro, del tipo entrenador-a-alumna, sin ceremonia—. Lo has hecho de coña, en serio. Con dos sesiones más ya no te dejo elegir el lado del saco que prefieras. Descansa esa mano derecha.

Se despidió con la mano en alto y salió por la puerta de la cocina hacia el camino de albero, silbando algo que Harper no llegó a reconocer, y el sonido de su coche arrancando se fue perdiendo hacia la cancela mientras Nya seguía apoyada en el marco, todavía con las manos vendadas, mirando a Harper con una expresión que él no supo leer del todo hasta que ella habló.

—Gracias —dijo, sin más preámbulo—. Por esto. Por Alex, por el saco, por... —hizo un gesto vago con la mano vendada, abarcando la casa entera, o quizás las últimas semanas enteras— por cuidarme sin que se note tanto que lo estás haciendo.

Harper dejó la lechuga que tenía en la mano sobre la encimera y se apoyó de espaldas contra ella, mirándola.

—Es mi forma de cuidar —dijo—. Observando. Nunca se me han dado bien las otras.

Nya cruzó la cocina descalza, dejando pisadas húmedas y tibias sobre el suelo, y se abrazó a él sin decir nada más, con la cabeza contra su pecho y los brazos vendados rodeándole la espalda, sin importarle que la camiseta empapada de sudor le manchara la camisa a él, y Harper la abrazó de vuelta, con una mano en su nuca y la otra en la espalda, dejando que aquel abrazo durara lo que tuviera que durar, sin prisa por soltarlo, con el queso todavía a medio guardar sobre la encimera y las bolsas de la compra esperando.

—Anda —dijo al fin, separándose lo justo para mirarla—. Ve a ducharte, que apestas a saco de boxeo con perdón, y yo preparo algo de cenar mientras tanto.

—Qué fino te has vuelto criticando olores, para el que llevaba dos días sin afeitarse.

—Una cosa no quita la otra.

Nya sonrió, le dio un beso corto antes de darse la vuelta, y subió la escalera dejando un rastro de pisadas húmedas que Harper decidió no mencionar hasta después de cenar. Él siguió guardando la compra, colocando cada cosa en su sitio con la parsimonia de siempre, y había sacado ya la tabla de cortar y estaba pensando en si hacer algo con el pescado que había comprado o dejarlo para el día siguiente, cuando el teléfono, sobre la encimera, empezó a vibrar.

*Parra,* decía la pantalla.

Harper se limpió las manos en el paño de cocina y descolgó antes del segundo tono, con esa reacción casi refleja que había desarrollado hacia cualquier llamada relacionada con aquel expediente.

—Dime.

—Sé que estarás liado con la cena. —La voz de Parra sonaba distinta a la de sus conversaciones habituales, con una cautela que Harper conocía bien: la de un policía que está a punto de contarle algo que no sabe todavía si es importante o si es una tontería que le va a dar vergüenza haber llamado para decir—. Tengo aquí a Sergio,

que ha estado repasando el volcado del correo y el calendario del móvil de Claudia Serrano, cerrando cabos sueltos antes de que esto se archive de una vez. Y ha encontrado algo. Pequeño. Pero no me lo puedo quitar de la cabeza, así que te lo paso a ti para que me digas si estoy viendo fantasmas donde no los hay.

—Te escucho.

—Claudia tenía una cita. —Parra lo dijo sin rodeos, dejando que la frase, tan simple, hiciera su propio trabajo—. Con una psicóloga. Y no era la primera vez que iba a terapia, eso ya lo sabíamos: hay constancia de sesiones con una tal doctora Beltrán, en Jerez, entre marzo y mayo, que se cortaron de forma bastante abrupta y sin explicación en el historial. Lo que ha encontrado Sergio es otra cosa. Claudia había buscado a otra profesional distinta, sin ninguna relación con la doctora Beltrán, alguien a quien no había visto nunca, con la que no consta ni una llamada previa, ni un correo, ni un solo contacto anterior. Y le pidió cita de urgencia.

—¿De urgencia?

—De urgencia. No para la semana que viene, ni para dentro de unos días con calma. Pidió, expresamente, la primera hora disponible al día siguiente. La profesional debía de tener algún hueco de urgencias reservado para estos casos, porque se lo dio: sábado trece de julio, nueve y media de la mañana. Pagó treinta euros de señal para asegurarse el hueco.

Harper se quedó con el bolígrafo detenido a media línea.

—¿Y a qué hora se hizo esa reserva?

—Viernes doce de julio, a las once y treinta y una de la noche. —Parra dejó que el silencio pesara un segundo—. Y el atestado sitúa la caída entre la medianoche y la una de la madrugada. Sergio ha hecho la cuenta tres veces antes de decírmela a mí, y yo la he hecho otras tres antes de llamarte a ti. Claudia Serrano pidió cita de urgencia con una psicóloga a la que no conocía de nada, para las nueve y media de esa misma mañana, entre media hora y una hora antes de caer desde ese puente.

Harper dejó el bolígrafo sobre la mesa, despacio.

—Eso ya es difícil de digerir por sí solo, Parra. Dime que no hay más.

—Hay más. —Parra soltó el aire despacio, como quien reparte las malas noticias en dosis para que no tumben de golpe—. Sergio ha cruzado el pago con los movimientos bancarios de Claudia. Y aquí está lo que de verdad me ha hecho llamarte esta noche en vez de esperar al informe del lunes: el cargo de los treinta euros no aparece en ninguna cuenta suya. En ninguna. Se pagó con una tarjeta que no es de Claudia Serrano.

—¿De quién es?

—Eso todavía no lo sabemos. El dato que nos ha dado la pasarela de pago es parcial, cuatro dígitos y una entidad, nada que identifique al titular sin una orden judicial a la financiera, que ya estoy preparando. Pero hay algo más, y esto es lo que se me ha quedado clavado, Harper: en la aplicación de mensajería del móvil de Claudia hay una conversación guardada con un contacto que figura solo como «Óscar». Sin apellido, sin foto, sin ningún otro dato que lo enlace con nadie de su entorno conocido: ni familia, ni compañeros de trabajo, ni nadie de su lista de contactos habitual. Y esa conversación está vacía.

—¿Vacía cómo?

—Vacía de contenido, pero no de actividad. La aplicación tenía configurados los mensajes para autodestruirse a las pocas horas de leerse, así que no queda ni una palabra de lo que se dijeron. Lo único que ha podido rescatar Sergio son los metadatos del servidor: la frecuencia. Y esa conversación, Harper, llevaba meses activa. Días con quince, veinte mensajes cruzados. Algunos a las tantas de la madrugada. Y el último registro de actividad es de esa misma noche, unas horas antes de la reserva de la cita.

Harper se pasó la mano por la cara.

—Así que alguien llamado Óscar, del que no sabemos nada, hablaba con Claudia casi a diario, sin dejar rastro de lo que se decían, y esa misma noche, con una tarjeta que no era la de ella, Claudia pagó una cita urgente a la que nunca llegó.

—Eso es exactamente lo que tengo yo delante, sí. —Parra se quedó callado un momento—. Y no sé si es la persona que puede explicarnos todo esto, o si es una pieza más del rompecabezas que todavía no sabemos dónde encaja. Pero alguien, Harper, ayudó a esa

mujer a hacer algo sin que quedara ni rastro en sus propias cuentas. Y en mis treinta años de oficio, la gente no esconde sus propios gestos de autocuidado. Los esconde cuando sabe que alguien más los está mirando.

—Eso contradice la declaración de Irene —dijo Harper, casi para sí mismo.

—Contradice exactamente la parte que a mí más se me quedó grabada de aquella declaración. —La voz de Parra sonó, por primera vez en la llamada, incómoda de verdad—. «Yo le insistía en que pidiera ayuda de verdad. Me decía que sí, que en cuanto la niña durmiera mejor.» Eso dijo Irene, Harper. Un «en cuanto» eterno, de esos que nunca llegan. Y resulta que el «en cuanto» había llegado, con urgencia además, la última noche de su vida. Claudia lo había hecho sola, calladamente, sin pedirle permiso ni acompañamiento a la persona que según todos era su apoyo más cercano, y sin decírselo, por lo visto, a nadie más tampoco.

Harper se quedó en silencio un momento, mirando por la ventana de la cocina, donde ya caía la última luz de un miércoles de julio sobre las viñas de los vecinos, y bajando la voz para que no llegara escaleras arriba, hacia el ruido de la ducha que corría en el piso de encima.

—Dime lo que estás pensando tú, Parra. Sin filtrar.

—Estoy pensando que ninguna persona que va a quitarse la vida en menos de una hora pide cita de urgencia con una psicóloga para la mañana siguiente. —Lo dijo despacio, como si él mismo necesitara oírselo decir en voz alta para creérselo del todo—. Yo llevo treinta años en esto, Harper, y he visto de todo. Pero hay un patrón que se repite más de lo que a nadie le gusta admitir: la gente que de verdad ha tomado la decisión de acabar con su vida, en las horas previas, no suele hacer planes de futuro. No agenda revisiones del coche. No pide hora en el dentista para la semana que viene. El cerebro que ya ha decidido irse deja de invertir en el después, porque para esa cabeza ya no hay después. Y aquí tenemos justo lo contrario: una mujer que, en los minutos previos a subir a ese puente, según todo lo que sabemos, busca ayuda de urgencia, la encuentra, y hace lo que haga falta para conseguir esa cita a

primera hora del día siguiente. Un día siguiente en el que pensaba estar viva y sentada en una consulta a las nueve y media de la mañana.

—¿Puede ser que la reservara sin intención real de ir? Un gesto vacío, para tranquilizar a alguien, o para tranquilizarse a sí misma sin creérselo del todo.

—Un gesto vacío no se pide de urgencia a las once y media de la noche, Harper. Un gesto vacío se apunta en una lista, como hacía con todo lo demás, y se olvida. Esto es otra cosa. Es buscar, encontrar, insistir en que fuera al día siguiente y no la semana que viene, y conseguir que alguien pague por ella para que el hueco quedara asegurado. Eso no es un gesto vacío. Eso es una mujer pidiendo auxilio con la última energía que le quedaba esa noche.

Harper cerró los ojos un momento, dejando que la pregunta simple, la única pregunta que de verdad importaba, se asentara del todo.

*Qué suicida pide cita de urgencia para el día siguiente si va a matarse esa misma noche.*

—¿Y por qué no se lo dijo a Irene? —preguntó al fin—. Si de verdad se estaba abriendo, si de verdad estaba pidiendo ayuda con esa urgencia, Irene era la persona con la que hablaba de todo. La que la acompañaba al centro de salud. La que sabía hasta lo del esterilizador. ¿Por qué esconderle precisamente esto?

—Esa es la pregunta que me ha quitado el sueño a mí esta tarde, Harper, y no tengo respuesta buena. —Parra bajó la voz—. Se me ocurren dos. Una es inocente: que Claudia quisiera ir primero sola, sin la opinión de nadie encima, ni siquiera la de su mejor amiga, para que la consulta fuera solo suya antes de compartirla. La otra no es tan inocente, y no me gusta nada decirla en voz alta.

—Dila.

—Que no se lo dijo a Irene porque, por alguna razón que todavía no entendemos, no quería que Irene lo supiera.

Harper se quedó callado un momento, con la vista fija en la nevera todavía abierta, y cuando habló lo hizo más despacio, con la cadencia de quien está construyendo una orden mientras la dice.

—Quiero que Sergio revise las sesiones abiertas en WhatsApp Web, en Telegram Web, y en cualquier otra aplicación de Claudia que tenga versión de escritorio. Si hay alguna sesión activa ahora mismo, quiero saber desde cuándo lleva abierta y desde qué dispositivo se inició. Y si no hay ninguna abierta, quiero el historial completo: cuántas ha habido, cuándo se abrieron, cuándo se cerraron, y si alguna se cerró justo antes de morir ella.

Se hizo un silencio breve al otro lado de la línea.

—¿Estás pensando lo que creo que estás pensando?

—Estoy pensando que un chat que se autodestruye a las pocas horas de leerse es una medida de seguridad muy concreta, Parra. No es paranoia genérica. Es la clase de precaución que toma alguien que sabe, con certeza, que sus mensajes pueden estar siendo leídos por otra persona. Y esa clase de certeza no sale de la nada.

—Voy a pedírselo a Sergio ahora mismo.

—Hay algo más. —Harper dudó un segundo, ordenando la idea antes de soltarla—. Cuando Sergio pidió el código de desbloqueo del móvil de Claudia, ¿se lo dio Álvaro?

—Sí, el primer día. Dijo que se lo sabía de memoria, que lo compartían para las fotos de la niña o yo qué sé. Un código de cuatro dígitos.

—¿Funcionó?

Parra se quedó callado un segundo de más.

—No —dijo al fin, despacio, como si acabara de caer en algo que llevaba tres semanas delante de sus narices—. No funcionó. Sergio tuvo que pasarlo por la UDEV, con la orden correspondiente, para el volcado. Y ahora que lo dices... tampoco coincidía la clave del ordenador de casa, la que Álvaro también nos dio de memoria. Lo apuntamos como un despiste sin más, un marido que ya no se acordaba bien de una clave que usaba poco. Pero si es de las dos cosas a la vez...

—Claudia había cambiado las dos claves. El móvil y el ordenador. Sin decírselo a su propio marido.

—Y sin decírselo a Irene, si hacemos caso a lo de la consulta.

—Sin decírselo a nadie de su entorno conocido —dijo Harper—. Excepto, quizá, a un tal Óscar.

Parra soltó un silbido bajo, casi inaudible, del tipo que se le escapa a un policía viejo cuando el expediente que creía cerrado le acaba de crecer tres cabezas nuevas en un solo minuto.

—Menuda noche de miércoles nos espera —dijo—. Dime qué más quieres que haga.

—Ponlo todo por escrito —dijo Harper—. El correo, la reserva, el pago, la hora exacta, las sesiones de mensajería, las claves. Todo. Y quiero hablar con la psicóloga nueva, la de la cita de urgencia. Si Claudia llegó a tener algún contacto previo con ella, aunque fuera una llamada de diez segundos para confirmar el horario, quiero saber qué dijo, cómo sonaba, si mencionó a alguien. Y quiero también una palabra con la doctora Beltrán, la de las sesiones de marzo a mayo. Quiero saber por qué se cortaron, y quién lo decidió.

—Ya le he pedido a Sergio que localice el teléfono de la consulta. Te lo tendré el lunes.

—Y Parra. —Harper dudó un segundo antes de decirlo, pero lo dijo—. Dile a Sergio que ha hecho un buen trabajo. Esto no lo vio nadie en tres semanas, y él lo ha visto haciendo la limpieza de un expediente que todo el mundo daba ya por cerrado.

—Se lo diré. Le va a hacer ilusión, el crío, aunque disimule. —Parra soltó un resoplido cansado, mitad risa, mitad otra cosa—. Oye, Harper. Llevo treinta años en esto y hace tres semanas te habría dicho que este caso no tenía ni una arruga. Ahora tengo un anexo de mil ciento cuarenta y siete notas que da repelús, y tengo una mujer que reservó y pagó una cita de psicología una hora antes de morir. Empiezo a pensar que tenías razón desde el principio y que a mí me ha podido la costumbre.

—No te ha podido nada. Este caso estaba muy bien vestido, Parra. Eso no es lo mismo que estar limpio.

Colgaron. Harper se quedó con el teléfono en la mano, apoyado contra la encimera, con el pescado todavía sin tocar sobre la tabla de cortar y el ruido de la ducha de Nya llegando amortiguado desde arriba, y pensó en Claudia Serrano, sola, en algún punto de aquel puente o muy cerca de él, con el teléfono en la mano, poco antes de la medianoche del viernes doce de julio, buscando entre varias psicólogas, comparando horarios, decidiéndose por una desconocida

en vez de por la que «le recomendaba» quien fuera, y consiguiendo, con una tarjeta que no era la suya, pagar treinta euros por un futuro que solo ella, en ese momento, parecía estar dispuesta a construir.

No era una prueba de nada. Un buen abogado defensor diría que la señal quedó pagada y olvidada, que la gente reserva cosas que después no cumple, que no hay ley que obligue a los planes a significar lo que a un instructor cansado le apetezca que signifiquen a las siete de la tarde de un miércoles de julio con la cena a medio hacer. Harper lo sabía, y no se engañaba respecto a ello.

Pero por primera vez desde que se había abierto el expediente, tenía algo tan simple que hasta un jurado lego lo entendería sin necesidad de que nadie se lo explicara dos veces: nadie que ya ha decidido morir se molesta en reservar una cita para seguir viviendo.

Puso el pescado en la nevera —la cena, decidió, podía esperar diez minutos más— y cruzó descalzo hasta el estudio, donde la carpeta llevaba semanas viviendo sobre la mesa. Cogió el rotulador rosa, buscó la declaración de Irene, y subrayó, por segunda vez en aquel expediente, la misma frase de siempre. *Le decía: en cuanto la niña durmiera mejor.*

Debajo, con la misma letra apretada de siempre, escribió una fecha y una hora.

*13 de julio. 9:30. No llegó.*

# CAPÍTULO VEINTIDÓS
## La llamada

*Jueves, 1 de agosto de 2024*
*La Bodega. 21:30 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Era el primer día oficial de vacaciones, y lo estaban celebrando de la única manera que ambos sabían celebrar de verdad las cosas: sin hacer nada especial. Dos tumbonas en la terraza superior, un altavoz pequeño dejando correr algo instrumental y sin prisa, y cada uno con un libro que llevaba semanas esperando turno en la mesilla. La bahía se apagaba despacio al fondo, ese azul de agosto que tarda en decidirse a oscurecer, y el aire olía a la sal que subía del Guadalete mezclada con el jazmín que Nya había plantado en primavera junto a la barandilla.

Harper llevaba veinte minutos en la misma página.

No era que leyera despacio. Era que leía y dejaba de leer, y volvía a empezar el párrafo, con esa cabeza suya que nunca conseguía del todo cerrar la puerta del despacho aunque el cuerpo estuviera en pantalón corto y chanclas. Nya lo observaba de reojo desde su tumbona, con su propio libro apoyado boca abajo sobre el pecho, y llevaba un rato disfrutando de algo que nunca le decía en voz alta porque sabía que a él le hacía gracia que se lo dijera y por eso mismo se lo decía.

—Ya estás otra vez.

—¿El qué?

—Frunciendo el ceño como si el libro te debiera dinero. —Nya giró la cabeza hacia él, con esa media sonrisa que reservaba para las bromas que de verdad le hacían gracia—. Llevas media hora en la misma página, y cada dos líneas se te arruga toda la frente, como si

estuvieras montando la escena en tu cabeza con actores y todo. ¿Qué estás leyendo, una novela o un atestado?

—Es una novela.

—Pues como sigas leyéndola con esa cara, el protagonista va a acabar detenido.

Harper levantó la vista del libro, la miró por encima de las gafas de sol que ya no necesitaba con la luz que quedaba pero que no se había quitado por pura pereza, y se rindió con una sonrisa que le salió entera, sin filtro, de las que solo le salían con ella.

—Es una deformación profesional. Leo un asesinato y necesito reconstruirlo. No puedo evitarlo.

—Es tu primer día de vacaciones, Aeris.

—Lo sé.

—Llevamos ocho horas de vacaciones y ya tienes cara de estar instruyendo una causa contra un personaje de ficción.

—En mi defensa, el personaje se lo está buscando. —Se quitó las gafas del todo y se las dejó colgando del cuello de la camiseta—. Pero tienes razón. Voy a intentarlo otra vez. Sin ceño.

Volvió al libro con una determinación casi cómica, la clase de determinación que dura exactamente hasta que el cerebro encuentra otra cosa en la que fijarse, y Nya, satisfecha con su pequeña victoria, volvió también al suyo, y durante unos minutos los dos leyeron de verdad, en un silencio bueno, del tipo que solo existe entre personas que ya no necesitan llenarlo.

El teléfono de Harper, sobre la mesita de mimbre entre las dos tumbonas, vibró contra la madera con un zumbido seco.

*Parra.*

Harper lo cogió sin incorporarse del todo, todavía medio tumbado, con esa reacción que ya era puro reflejo.

—Dime.

—Óscar me ha llamado a mí. —La voz de Parra sonaba distinta, apresurada, sin ninguno de sus rodeos habituales—. Hace diez minutos. Número oculto, como sospechábamos que haría si volvía a aparecer. Muy nervioso, Harper, hablando bajo, como si temiera que alguien lo oyera aunque estuviera solo. Ha confirmado que fue él quien le prestó la tarjeta a Claudia esa última noche. Dice que ella le

escribió desesperada pidiéndole ayuda para pagar una cita urgente y que no quería que quedara ni rastro en su propia cuenta.

—¿Ha dado algo más? ¿Apellido, dirección, dónde trabaja?

—Nada. No ha querido. Pero antes de colgar ha dicho una cosa, Harper, y te la repito tal cual porque no me la puedo quitar de la cabeza desde entonces: que Claudia no tenía intimidad en su propia casa desde hacía meses.

Harper se incorporó despacio en la tumbona, con el libro resbalándole del regazo hasta la piedra del suelo sin que le importara lo más mínimo, y notó, con esa sensación física tan suya, tan conocida ya después de **quince** años de oficio, cómo algo en su cabeza volvía a ponerse en marcha, engranaje a engranaje, con el sonido casi audible de una maquinaria que llevaba unas horas descansando y que no había olvidado ni un solo movimiento.

—¿Eso es literal o es una forma de hablar?

—No lo sé, Harper. Ha colgado antes de que le pudiera preguntar. —Parra soltó el aire, frustrado—. Pero le he insistido, antes de que colgara, en que teníamos que hablar en persona, con calma, sin prisas de teléfono a las nueve y media de la noche. Y ha aceptado. Mañana. Cafetería Las Terrazas, en Valdelagrana, a las diez de la mañana. Terreno neutral, dice él, nada de comisarías. Le da miedo, Harper. Se le nota en la voz.

—Allí estaré.

—Es tu primer día de vacaciones de verdad.

—Ya lo sé, Parra. Allí estaré igual.

Colgaron. Harper se quedó con el teléfono en la mano, la vista perdida en la bahía que ya se había tragado casi del todo la última luz, y Nya, que llevaba toda la llamada fingiendo seguir leyendo sin leer una sola palabra, bajó por fin el libro del todo.

—¿Qué pasa?

Harper entrecerró los ojos, no por el sol, que ya casi no molestaba, sino por ese gesto suyo de cuando una pieza encaja antes de que él mismo termine de entender del todo por qué encaja.

—El chico del chat. Óscar. —Dejó el teléfono sobre la mesita, boca abajo—. Ha llamado a Parra. Confirma que le prestó la tarjeta a Claudia esa noche. Y ha dicho algo antes de colgar, algo que no

debería quitarme el sueño y que ya sé que me lo va a quitar: que Claudia no tenía intimidad en su propia casa desde hacía meses.

Nya se incorporó un poco en la tumbona, con las piernas cruzadas, atenta del todo ya, con el libro definitivamente olvidado sobre el regazo.

—¿Y eso qué significa?

—Todavía no lo sé. —Harper se pasó una mano por la cara, y cuando volvió a hablar lo hizo despacio, casi pensando en voz alta, con esa cadencia suya de cuando construía una idea delante de alguien en vez de contársela ya terminada—. Pero hay algo que me ronda desde hace días, Nya, desde el funeral, en realidad, aunque entonces no supiera todavía ponerle nombre. Y esto de esta noche se lo acaba de poner. Hay una diferencia, muy fina, casi invisible si no se busca a propósito, entre ayudar a alguien e invadirle la vida entera. Las dos cosas, desde fuera, se parecen muchísimo. Las dos tienen la misma cara amable, la misma disponibilidad total, la misma persona apareciendo justo cuando hace falta. Pero una deja espacio para que la otra persona respire, y la otra ocupa ese espacio poco a poco, con tanto cuidado que quien lo pierde ni siquiera se da cuenta de en qué momento dejó de tener aire propio.

Se quedó callado un segundo, mirando hacia la oscuridad que ya cubría del todo el río.

—Con carácter presunto, que quede claro —añadió, con la media sonrisa cansada de quien lleva **quince** años cuidándose de no condenar a nadie antes de tiempo, ni siquiera en la intimidad de su propia terraza—. Pero algo me dice, Nya, que a Claudia Serrano llevaban meses invadiéndole la casa disfrazado de ayudarla. Y que ella, en algún momento de esas últimas semanas, empezó a darse cuenta.

Nya no dijo nada durante un momento. Se quedó mirándolo, con esa atención suya que sabía calibrar exactamente cuándo una pregunta ayudaba y cuándo sobraba, y al final solo alargó la mano por encima de la mesita de mimbre y la dejó sobre la de él, sin apretar, sin necesitar más palabras.

Detrás de ellos, el altavoz pequeño había pasado, sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta del cambio, a una

canción distinta: una voz de mujer entrando despacio sobre un piano, preguntando algo que no llegaba a formularse del todo, y otra voz, más rota, respondiéndole desde algún sitio más hondo. *What Have You Done.* Nya la había puesto sin pensar, buscando algo para la sobremesa, y ahora, con el teléfono de Harper todavía boca abajo sobre la mesita y la bahía completamente a oscuras, la canción parecía haber estado esperando ese momento exacto para sonar.

Harper no dijo nada más. Se quedó con la mano de Nya sobre la suya, mirando la oscuridad donde antes estaba el río, y por primera vez desde que había cogido el teléfono aquella noche, dejó que la pregunta que de verdad importaba se quedara sin verbalizar, flotando entre los dos, tan clara que no hacía falta decirla en voz alta.

*¿Quién le quitó a Claudia Serrano el aire de su propia casa?*

Mañana, a las diez, en una cafetería de Valdelagrana, alguien iba a empezar a contestarle.

# CAPÍTULO VEINTIRÉS
## El amigo del instituto

*Viernes, 2 de agosto de 2024*
*Cafetería Las Terrazas. Valdelagrana. 10:05 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Óscar Reyes llegó con cinco minutos de retraso y la cara de alguien que ha estado despierto discutiendo consigo mismo desde antes de que sonara el despertador. Harper lo reconoció antes de que se acercara a la mesa que Parra había elegido a propósito, en un rincón de la terraza exterior, medio tapada por una jardinera de adelfas: un hombre de unos treinta y cinco años, complexión media, con una camiseta que le quedaba un poco grande y la clase de barba de tres días que no es estilo, es simple abandono. Miró hacia la calle dos veces antes de sentarse, como quien comprueba que nadie lo ha seguido, aunque no supiera muy bien de quién estaría huyendo.

—Gracias por venir —dijo Parra, con ese tono suyo que sabía bajar un grado cuando hacía falta—. Este es Aeris Harper, el juez que instruye el caso. Nada de esto es una declaración formal, si no quieres que lo sea. Hablamos y ya está.

—¿Y si prefiero que no quede nada por escrito?

—Entonces no queda nada por escrito. —Harper lo dijo con calma, dejando las manos abiertas sobre la mesa, sin libreta, sin grabadora visible—. Pero necesito entender qué le pasaba a Claudia. Y por lo que me ha contado Parra, tú eres la única persona que puede ayudarme a hacerlo.

Óscar asintió, sin llegar a relajarse del todo, y pidió un café solo al camarero con la voz de quien pide algo solo por tener las manos ocupadas con la taza. Harper esperó a que el camarero se alejara

antes de seguir, y en ese silencio breve se permitió, como hacía siempre al principio de cualquier conversación que importaba, mirar sin preguntar: las manos de Óscar, que no paraban quietas sobre el mantel de papel, doblando la esquina una y otra vez hasta deshilacharla; el reloj que se le escapaba de la muñeca cada dos por tres y que él volvía a subirse sin darse cuenta; los ojos, que evitaban el contacto directo no por evasión sino por vergüenza, la vergüenza concreta de quien va a contar algo que debería haber contado hace semanas.

—Llevas mucho tiempo dándole vueltas a esto tú solo —dijo Harper, no como pregunta.

—Desde que murió. —Óscar levantó la vista por fin—. Antes también, si le soy sincero, pero desde que murió no he dormido una noche entera pensando en si podía haber hecho algo distinto. Cuando le presté la tarjeta esa última vez, cuando vi la notificación del banco de que se había hecho el cargo, pensé: bien, al menos esto sí lo va a hacer. Al menos esto. Y a la mañana siguiente me enteré de que no llegó a la cita.

Pidió el café solo que no llegó a tocar en los siguientes veinte minutos. De fondo, la cafetería dejaba correr una lista instrumental a volumen bajo, la clase de música que los sitios ponen para llenar silencios sin imponerse, y en algún momento de la conversación, sin que nadie reparara en el cambio, sonó algo con más cuerda y más tambor que el resto de la lista: *Wolf King*, de Two Steps From Hell, una música que no pegaba nada con el ruido de las cucharillas y las sombrillas de la terraza, y que sin embargo a Harper le pareció, después, la banda sonora exacta de lo que estaba a punto de escuchar.

—Claudia y yo nos conocemos desde el instituto —empezó Óscar, con la vista fija en la taza—. Desde los quince años. Ha habido épocas de vernos más y épocas de vernos menos, como pasa siempre, pero nunca dejamos de escribirnos. Nunca. Ni cuando ella se casó, ni cuando nació Vega. Y en los últimos meses… —se detuvo, buscando por dónde empezar sin que sonara a exageración —. En los últimos meses cambió la forma de escribirme.

—¿Puedes darme un ejemplo? De esos mensajes raros, quiero decir. Algo concreto, si lo recuerdas.

Óscar se quedó pensando, con la vista fija en un punto de la mesa, rebuscando entre meses de conversaciones que probablemente había repasado ya cien veces por su cuenta, de madrugada, buscando la señal que se le hubiera escapado.

—Hay uno que no se me va a olvidar en la vida. —Tragó saliva—. Era un domingo, a media tarde. Yo le había escrito una tontería, un meme, lo de siempre entre nosotros. Y ella me contestó, de la nada, sin venir a cuento de lo que yo le había mandado: «¿Tú crees que es normal que alguien sepa siempre, sin que yo se lo diga, con quién he quedado?» Así, seco, sin explicar más. Le pregunté qué quería decir, y me contestó dos minutos después: «Nada, olvídalo, es una tontería mía.» Y el mensaje, el primero, el de la pregunta, había desaparecido ya cuando yo intenté volver a leerlo. Borrado. Los dos, en menos de tres minutos.

—¿Y no volvió a mencionarlo?

—Lo mencioné yo, unos días después, con cuidado. Y ella me dijo que no sabía por qué me había escrito eso, que llevaba una mala tarde, que se le había ido la cabeza un momento. —Se frotó los ojos con el índice y el pulgar, despacio—. Otra vez, otro día, me contó que había cambiado la contraseña del correo del banco tres veces en un mes, porque tenía la sensación de que alguien entraba y miraba los movimientos. Yo le dije que eso era fácil de comprobar, que mirara los registros de acceso, y me dijo que sí, que lo había mirado, y que no salía nada raro. Pero que ella sabía que algo no cuadraba, aunque el papel dijera lo contrario. Esa era la frase que más repetía, señoría. «El papel dice una cosa, pero yo sé otra.»

—¿Te dijo alguna vez de quién tenía miedo? ¿Un nombre, aunque fuera de pasada?

Óscar negó con la cabeza, despacio, con la sinceridad incómoda de quien sabe que su respuesta va a decepcionar y aun así no puede inventarse otra.

—No. Nunca me dio un nombre. Nunca me dijo «es que fulano hace esto» o «es que fulana hace lo otro». Eso es lo que más rabia me da ahora, si le soy sincero. Que le pregunté. Se lo pregunté

varias veces, cada vez con más insistencia, y ella siempre se cerraba en lo mismo: que no podía respirar en su propia casa. Esa frase, exacta, me la dijo más de una vez. «No puedo respirar aquí, Óscar.» Y cuando yo le preguntaba por qué, o quién se lo hacía, cambiaba de tema, o me decía que no era nada, que estaba muy cansada, que no le hiciera caso.

—¿Cuándo empezó a prestarle dinero, o la tarjeta, para que no quedara constancia?

—Antes de lo de la psicóloga, sí. Un par de meses antes, más o menos. La primera vez fue una tontería, de verdad: un libro, creo, o una suscripción de esas que se renuevan solas y no se acuerda una de darse de baja. Me dijo que prefería que se lo cargara yo a que apareciera en su cuenta, porque «luego hay que dar explicaciones de todo, hasta de un libro de siete euros». Yo entonces no até nada. Pensé que era una manía, como la de la gente que no quiere que su pareja vea cuánto gasta en caprichos. Con el tiempo hubo dos o tres cosas más, siempre pequeñas, siempre con la misma excusa. Y luego, la última noche, me escribió a las once y pico, muy alterada, pidiéndome la tarjeta para pagar algo urgente, sin decirme qué era. Se lo di sin preguntar. Ya me había acostumbrado a no preguntar. Ojalá esa noche hubiera preguntado.

Harper dejó que el silencio hiciera su trabajo un momento, con la misma paciencia que aplicaba a cualquier declaración, aunque por dentro la cabeza le fuera ya tres frases por delante.

—Dijiste por teléfono que creías que la estaban vigilando.

—No lo dije yo. —Óscar levantó la vista por primera vez—. Lo dijo ella. Y esa es la parte que de verdad no sé qué hacer con ella, señoría, porque es la parte que suena más a locura y es, al mismo tiempo, la que más me convence de que algo pasaba de verdad. Me dijo, un par de veces, que creía que alguien le estaba mirando el WhatsApp. Y el Telegram. Y hasta el correo. Que notaba cosas raras: mensajes marcados como leídos que ella no recordaba haber abierto, una sesión de WhatsApp Web que se activaba y ella no la había activado, ese tipo de cosas. Por eso empezó a escribirme por una aplicación con mensajes que se borran solos.

—¿Y tú qué pensabas de todo eso?

Óscar se pasó las dos manos por la cara, despacio, en un gesto que a Harper le recordó, sin poder evitarlo, al de Álvaro leyendo el anexo de las notas.

—Pensaba que estaba agotada y que el agotamiento le estaba jugando malas pasadas. —La voz se le quebró un poco, no de dramatismo, sino de la fatiga real de alguien que lleva semanas rumiando lo mismo—. Y se lo dije. Dios, ojalá no se lo hubiera dicho así, pero se lo dije: Claudia, eso suena un poco paranoico, ¿no estarás durmiendo fatal y viendo fantasmas donde no hay nada? Y ella se quedó callada un momento, y luego me dijo una cosa que no se me va a ir de la cabeza en la vida. Me dijo: «Puede que tengas razón. Puede que me esté volviendo loca de verdad.» Así, sin más. Sin defenderse. Como si ya no supiera ella misma qué parte de lo que sentía era real y qué parte se la estaba inventando.

Harper se quedó muy quieto.

—¿Cuándo te dijo eso?

—No sabría darle una fecha exacta. Julio, seguro. Dos o tres semanas antes de… —No terminó la frase. No hacía falta.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Le dije que no, que yo no creía que estuviera loca, que a lo mejor solo necesitaba descansar de verdad, unos días, lo que fuera. —Se le humedecieron los ojos, y los apretó con fuerza un segundo antes de seguir—. Pero por dentro, señoría, se lo juro, no sabía qué pensar. Una parte de mí pensaba que tenía razón en preocuparse. Y otra parte, la parte de la que ahora me avergüenzo, pensaba que a lo mejor sí, que a lo mejor el cansancio y el bebé y todo lo demás le estaban jugando una mala pasada a la cabeza. Y no hice nada con ninguna de las dos partes. No até corto la primera ni descarté del todo la segunda. Me quedé a medias, esperando a ver qué pasaba. Y lo que pasó fue esto.

Se hizo un silencio largo en la mesa, roto solo por el ruido de la cafetería —una cucharilla contra un plato, una conversación ajena sobre las vacaciones de alguien, la música instrumental que ya había cambiado otra vez a otra cosa sin que nadie se diera cuenta— y Harper dejó que aquel silencio se quedara ahí un rato, sin llenarlo,

porque a veces el silencio era la única manera de que un testigo terminara de vaciarse del todo.

—Antes de la nueva psicóloga, la de la cita de urgencia, Claudia ya había ido a terapia. Con otra profesional, entre marzo y mayo. ¿Llegaste a saber por qué lo dejó?

Óscar asintió, casi aliviado de tener por fin una pregunta a la que podía contestar sin dudar.

—Sí, de eso sí me habló, al principio con normalidad, sin ningún misterio. Decía que le venía bien, que la doctora esa, Beltrán, le caía genial. Y de repente, un día, me dijo que lo dejaba. Le pregunté por qué, porque me pareció raro, la notaba contenta con esas sesiones. Y me dio una excusa rara, ahora que lo pienso: que se le complicaban los horarios, que siempre surgía algo justo esa tarde, una visita, un imprevisto con la niña, y que al final le salía más a cuenta dejarlo por una temporada que seguir cancelando. Se lo dije en su momento, medio en broma: qué mala suerte tienes con los jueves, Claudia, parece que el universo no quiere que vayas a terapia. Y ella se rio, pero fue una risa rara. De esas que se ríen para no contestar de verdad.

—¿Recuerdas qué día de la semana eran esas sesiones?

—Los jueves, sí. Se lo dije yo mismo ahora mismo sin darme cuenta, ¿verdad? —Óscar frunció el ceño, como si acabara de oírse a sí mismo por primera vez—. Los jueves por la tarde. Siempre los jueves.

Harper no dijo nada, pero algo en su cara debió de cambiar lo suficiente como para que Óscar se inclinara un poco hacia delante, incómodo.

—¿Eso significa algo?

—Todavía no lo sé —dijo Harper, con una honestidad que no siempre se permitía con los testigos—. Pero apúntamelo tú también, Parra, por si acaso: los jueves.

—Una última cosa —dijo Harper, al fin—. ¿Te dijo alguna vez si había alguien que pasara mucho tiempo en su casa? ¿Alguien de confianza, alguien que la ayudara?

Óscar lo pensó, con genuino esfuerzo, rebuscando en meses de mensajes fragmentados y a medio contar.

—Sé que tenía una amiga que la ayudaba mucho con la niña, sí. No me dio nunca detalles, la verdad, no era de las cosas de las que hablábamos. Yo lo que sabía es que tenía a alguien que la echaba una mano, y en su momento hasta me alegré, porque pensé que eso le quitaría presión de encima. —Frunció el ceño, como si la pregunta le hubiera abierto una puerta en la que no había pensado—. Nunca até esa amiga con lo de que no podía respirar en su propia casa. Nunca até esos dos cabos, se lo juro. Hasta ahora mismo, sentado aquí, no se me había ocurrido que pudieran ser la misma historia.

Harper no dijo nada. No era su papel plantar la idea en la cabeza de un testigo; era su papel esperar a que la idea llegara sola, y acababa de llegar.

—Con carácter presunto, y sin acusar a nadie de nada —dijo al fin, escogiendo cada palabra—, ¿dirías que Claudia se sentía invadida, más que ayudada, por esa persona?

Óscar tardó en contestar. Cuando lo hizo, fue con la voz de alguien que acaba de entender, demasiado tarde, algo que llevaba meses delante de sus narices.

—No lo sé, señoría. Pero ahora que usted lo dice de esa manera... creo que nunca até esos cabos, y creo que debería haberlo hecho.

Cuando Óscar se marchó, quince minutos después, con la promesa arrancada a duras penas de que estaría disponible si Sergio necesitaba algo más del volcado del chat, Parra se quedó mirando a Harper por encima de un café ya frío.

—¿Y bien?

—Y bien, tenemos a una mujer que decía no poder respirar en su propia casa, que sospechaba que la vigilaban por tres vías distintas, que dejó una terapia que le gustaba justo cuando empezó a chocar todos los jueves con algún imprevisto convenientemente puntual, y que en algún momento de julio empezó a creer que se estaba volviendo loca de verdad. —Harper miró hacia la bahía, donde el sol de agosto ya pegaba fuerte sobre el agua—. Y no tenemos ni una sola prueba de que nada de eso fuera cierto, Parra. Ni una. Todo lo que tenemos es la palabra de un hombre que se siente culpable, la

ausencia de un nombre, y un día de la semana que se repite demasiadas veces como para que me guste la casualidad.

—Los jueves. —Parra lo dijo despacio, paladeándolo, con la misma incomodidad de antes—. Voy a pedirle a Sergio que cruce eso con la agenda de Claudia de los últimos meses. A ver qué más pasaba los jueves en esa casa.

—Hazlo.

—¿Y eso te desanima? Lo de no tener nada sólido, digo.

—No. —Harper se levantó, dejando unas monedas sobre la mesa —. Eso es exactamente lo que se siente, en mi oficio, justo antes de encontrar el nombre.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO
## El espejo

*Jueves, 9 de mayo de 2024*
*Casa de Claudia Serrano y Álvaro Ortiz. 17:00 h.*
*Jerez de la Frontera.*
*Dos meses antes.*

*Para entonces, Irene ya no era una visita. Era una costumbre de la casa, tan fija como la luz de la cocina o el ruido del frigorífico. Había empezado, a principios de primavera, con dos tardes por semana. Después tres. Para entonces, en mayo, sin que nadie hubiera decidido formalmente nada, Irene llegaba ya casi cada mañana a las nueve y media, con el pretexto siempre distinto y siempre razonable —que si le pillaba de camino, que si tenía la mañana libre, que si había pensado que a Vega le vendría bien el paseo de las once—, y se marchaba bien entrada la noche, cuando ya había ayudado con el baño, con la cena, con la ropa tendida, con todo lo que una casa con un bebé de meses necesitaba y más.*

*Claudia se lo agradecía cada día. A veces varias veces al día.*

*—No sé qué haría sin ti —le decía, y lo decía en serio—. De verdad, Irene. No tienes ni idea de lo que significa para mí no tener que hacerlo todo sola.*

*—No digas tonterías. —Irene siempre restaba importancia con la misma media sonrisa, la misma modestia impecable—. Para eso están las amigas. Y para mí no es ningún sacrificio, cariño, si eso es lo que te preocupa. Es un placer.*

*Y sin embargo, algunas tardes, cuando oía la cancela y sabía que era ella otra vez, a Claudia le costaba levantarse del sofá para abrirle. No porque no la quisiera ver. La quería ver, casi siempre la alegraba verla. Era otra cosa, más pequeña y más vergonzosa, algo*

*que no le había confesado a nadie ni pensaba confesarlo: que a veces, muy de vez en cuando, lo que sentía al oír la cancela no era alivio sino un cansancio distinto, difícil de explicar, el cansancio de saber que la tarde entera iba a tener compañía, que no iba a haber un solo hueco para estar sola con Vega, sola con sus propios pensamientos, sola sin más. Y en cuanto ese cansancio le asomaba, se avergonzaba de él con una rapidez casi automática. Qué clase de persona se cansa de que la ayuden tanto. Qué clase de madre desagradecida piensa eso de la única persona que la está sosteniendo.*

*Así que se levantaba, y abría la puerta, y sonreía de verdad, porque en el fondo se alegraba, y guardaba el otro cansancio en el mismo sitio donde guardaba todo lo demás que no sabía nombrar del todo.*

*Los jueves, desde marzo, tenían además una arquitectura propia.*

*A las cinco menos cuarto, Claudia cerraba la puerta del dormitorio —la única habitación de la casa con pestillo, un detalle que en su día le había parecido gracioso y que ahora agradecía sin saber muy bien por qué— y abría el portátil sobre la cama, con los auriculares puestos y una manta doblada en el respaldo de la silla por si el aire acondicionado se pasaba de frío. La doctora Beltrán aparecía en la pantalla a las cinco en punto, siempre puntual, siempre con ese fondo neutro de su despacho de Jerez que Claudia había llegado a conocer mejor que muchas habitaciones de su propia casa: una estantería con libros que nunca alcanzaba a leer los títulos, una planta que parecía sobrevivir a base de negligencia benigna, la esquina de un cuadro que nunca terminaba de entrar en cuadro.*

*Aquel jueves, como todos, Irene se había quedado con Vega en el salón.*

*—Vosotras tranquilas —había dicho Irene al llegar, quitándole importancia con esa media sonrisa suya—, que yo aquí me entretengo. Anda, ve.*

*Claudia se lo agradeció, como cada jueves, con la gratitud automática de quien ya no recuerda cómo sonaba su propia vida sin esa clase de ayuda. Cerró la puerta. Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas y el portátil sobre el regazo, y durante los primeros*

*minutos, mientras la doctora Beltrán le preguntaba cómo había ido la semana, notó lo de siempre: el alivio de hablar en una habitación cerrada, con pestillo, con alguien que no formaba parte de su vida y que por eso mismo podía escuchar sin juzgar y sin necesitar nada a cambio.*

*—La semana ha sido rara —dijo Claudia, jugueteando con el borde de la manta—. Bien, en general. Pero rara.*

*—¿Rara cómo?*

*—No sé explicarlo bien. —Se quedó un momento callada, buscando la forma—. A veces tengo la sensación de que alguien sabe cosas de mí que yo no le he contado. Cosas pequeñas. Tonterías, seguramente. Pero se me acumulan.*

*—¿Puedes darme un ejemplo?*

*Claudia lo pensó, y en ese pensarlo, como le pasaba cada vez más a menudo últimamente, empezó a dudar de si el ejemplo que tenía en la cabeza era un ejemplo real o una impresión sin base, de las que una fabrica cuando está cansada. Al final no llegó a contestar del todo, porque en ese momento, al otro lado de la puerta, oyó un ruido: el chirrido concreto de la tercera tabla del pasillo, la que siempre crujía, seguido de un silencio demasiado cuidadoso para ser casual.*

*—Perdona —dijo, bajando la voz—. Un segundo.*

*Se levantó, fue hasta la puerta y la abrió. El pasillo estaba vacío. Desde el salón le llegó, casi de inmediato, la voz de Irene, cantándole algo a Vega con esa entonación exagerada que se usa con los bebés, como si llevara ahí sentada todo ese rato sin moverse.*

*Claudia volvió a cerrar la puerta, se sentó de nuevo, y le restó importancia a la doctora Beltrán con una disculpa breve. La sesión siguió su curso. Hablaron del cansancio, de Vega, de una discusión tonta con Álvaro por una toma mal entendida. Cuarenta y cinco minutos después, Claudia cerró el portátil con esa sensación de ligereza que siempre le dejaban las sesiones, como si hubiera soltado, durante un rato, un peso que llevaba cargando sin darse cuenta.*

*Salió del dormitorio. Irene estaba en el sofá, con Vega adormilada contra el pecho, meciéndola con ese balanceo hipnótico de siempre.*

*—¿Qué tal? —preguntó Irene, sin levantar mucho la voz, por la niña—. ¿Bien la sesión?*

*—Bien. Rara, pero bien.*

*—Me alegro. —Irene sonrió, y luego, con la misma naturalidad con la que habría comentado el tiempo, añadió—: Oye, no te tomes esto a mal, pero creo que deberías comentarle lo del cansancio con lo de dormir. Lo de que últimamente sueñas cosas raras y no sabes distinguir bien si pasaron o no. Eso también es importante que lo sepa ella, ¿no?*

*Claudia se quedó quieta un segundo, con la mano todavía en el marco de la puerta del dormitorio.*

*—¿Te dije yo eso?*

*—Claro. —Irene la miró con una ternura tranquila, sin ninguna sombra de duda—. La semana pasada, tomando café. Me dijiste que a veces no sabías si un recuerdo era de verdad o si te lo habías inventado durmiendo mal. Yo me quedé preocupada, la verdad. Por eso te lo digo, para que se lo cuentes a ella, que para eso está.*

*Claudia buscó el recuerdo. Lo buscó de verdad, con esa concentración incómoda de quien revisa una carpeta y no encuentra el documento que juraría haber archivado ahí. Tenía la sensación —vaga, pero presente— de haber hablado con Irene de su cansancio, de sus dudas, de un millón de cosas pequeñas en las últimas semanas. ¿Había dicho exactamente eso? ¿Con esas palabras? No estaba segura. Y no estar segura, últimamente, empezaba a darle más miedo que estar segura de algo malo.*

*—No me acuerdo de habértelo dicho así —dijo, despacio—. Pero puede ser. Últimamente se me olvidan muchas cosas.*

*—Ya ves. —Irene le dedicó una sonrisa compasiva, sin un gramo de triunfo, solo cuidado—. Por eso te lo comento, cariño. No para agobiarte. Para que no cargues tú sola con acordarte de todo lo que hay que contarle a la doctora. Para eso estoy yo, ¿no? Para acordarme yo de las cosas que a ti se te escapan.*

*Claudia asintió, sin saber muy bien por qué asentía, y se sentó en el sofá junto a ella, cogiendo a Vega en brazos con ese gesto que*

*nunca le fallaba, el único gesto de todos los que hacía cada día que le seguía saliendo entero, sin fisuras, sin dudas.*

*—Por cierto —dijo Irene, un rato después, cuando Vega ya dormía del todo y la tarde se aplanaba hacia el final—, el otro día, cuando se te colgó el ordenador antes de una de las sesiones, ¿al final conseguiste arreglarlo tú sola, o llamaste a alguien?*

*—Lo arreglaste tú. —Claudia lo dijo con total naturalidad, como quien recuerda algo obvio—. Reiniciaste el router, y luego entraste en el ordenador para actualizar no sé qué del micrófono, porque a mí no me dejaba.*

*—Ah, es verdad. —Irene sonrió, como quien acaba de encontrar algo que había perdido en un cajón—. Se me había olvidado que fui yo. Últimamente yo también ando con la cabeza en las nubes. Menos mal que nos tenemos la una a la otra para acordarnos de lo que la otra olvida.*

*Claudia se rio, un poco, sin ganas del todo, y miró hacia la ventana, donde la luz de mayo empezaba a ponerse dorada sobre las persianas medio bajadas. En algún rincón de su cabeza, muy al fondo, en un sitio al que todavía no se atrevía a bajar del todo, algo le decía que aquella conversación tenía una forma extraña, aunque no supiera nombrar cuál. Que las piezas encajaban demasiado bien, y al mismo tiempo, de una manera que no sabía explicar, no encajaban en absoluto.*

*Pero Irene tenía razón en una cosa, y esa certeza se impuso sobre la otra, más pequeña, más incómoda: menos mal que se tenían la una a la otra. Porque sin Irene, ¿quién se iba a acordar de todo lo que a ella, últimamente, se le escapaba entre los dedos como agua?*

*Esa noche, después de acostar a Vega, Claudia se quedó un momento delante del espejo del baño, con el cepillo de dientes a medio camino, mirándose la cara como quien busca algo que ha perdido y no recuerda dónde. Se preguntó, sin decirlo en voz alta, sin atreverse siquiera a pensarlo con todas sus letras, si de verdad le había contado a Irene lo de los sueños y los recuerdos confusos.*

*No encontró la respuesta en el espejo.*

*Y por primera vez, aunque todavía no supiera ponerle nombre a lo que sentía, la palabra que le vino a la cabeza no fue «cansada».*

*Fue «vigilada».*

*La apartó enseguida, avergonzada de sí misma por pensarla, y se metió en la cama junto a Álvaro, que dormía ya de espaldas, ajeno del todo, respirando el sueño tranquilo de un hombre que no tenía ningún motivo para no confiar en la mujer que llevaba meses entrando y saliendo de su casa como si fuera la suya propia.*

# CAPÍTULO VEINTICINCO
## Carmen

*Sábado, 3 de agosto de 2024*
*Playa de la Muralla. 11:00 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Carmen apareció con dos cafés de máquina de la cafetera nueva de Mercadona —muy bueno, dicho sea de paso—, unas gafas de sol que le costaron cinco euros el martes anterior en el mercadillo de *los gitanos*, y la firme decisión de que aquella mañana Nya iba a salir de casa aunque tuviera que sacarla ella misma a rastras.

—Levanta el culo, *merimoco* —había dicho, plantándose en la cocina de La Bodega a las diez menos cuarto, sin avisar, con las llaves de su coche todavía en la mano—. Nada de oposiciones. Nada de expedientes de nadie. La Muralla, que sé que es tu favorita, café del que te gusta, y tú me vas a contar qué tal esa clase de boxeo que te ha montado Aeris, que me lo contaste por encima y no me diste detalles.

Habían aparcado cerca de Puerto Sherry, por la Avenida de la Libertad, y bajado a pie hasta la cala por la pasarela que la remodelación había dejado nueva y cómoda, con la marina deportiva

a un lado, coloreada de pastel, y al otro, cerrando la playa como un abrazo, las ruinas del viejo castillo de Santa Catalina, con sus piedras de siglos comidas por el salitre. Era la playa favorita de Nya en todo El Puerto, y no por casualidad: pequeña, resguardada, de arena fina y dorada que no se hundía apenas bajo los pies, protegida del levante por el acantilado, con un agua tan mansa que parecía otro mar distinto al de las playas abiertas de más allá. Le gustaba, sobre todo, la sensación de estar dentro de algo, enmarcada entre la muralla vieja y la marina nueva, como si el tiempo allí se hubiera dado por vencido y hubiera decidido convivir consigo mismo en dos versiones a la vez.

Así que ahí estaban, sentadas sobre una toalla demasiado pequeña para las dos, con los pies en la arena todavía fresca de la mañana y La Muralla empezando a llenarse del ruido de siempre: críos gritando cerca de la orilla mansa, el motor lejano de alguna embarcación saliendo de la marina, el ir y venir constante de bañistas que preferían aquella cala tranquila a la agitación de otras playas más grandes.

—En serio —insistió Carmen, dándole un codazo suave—, ¿qué te está enseñando ese hombre? Porque me dijiste que el otro día estuviste ahí abajo una hora entera y que casi todo fue postura, ¿no? A ver si te la está dando con queso y en realidad solo quiere verte mover las caderas un rato.

—A lo mejor es exactamente lo que quiere.

—Con esa cara de póker no sé nunca si hablas en broma o si tengo que preocuparme.

Nya se rio, de verdad, con una risa entera que le salió sin pensarla, y Carmen la miró de reojo con esa satisfacción silenciosa de quien ha conseguido exactamente lo que había ido a buscar aquella mañana: sacarla de la cabeza, aunque solo fuera un rato.

—Alex es bueno —dijo Nya, al fin, con más sinceridad de la que había planeado—. Estricto, pero bueno. Solo he tenido una sesión, el miércoles, y casi toda la hora fue postura: pies, cadera, cómo repartir el peso, cómo no regalar la mandíbula. Al final, con las manos ya vendadas, me dejó un par de minutos con el saco, pero solo para comprobar que el golpe salía de la postura y no del brazo

suelto. Nada de soltarme a pegar en serio todavía. Yo quería más, la verdad, pero entendí por qué no. Dice que quien no sabe plantarse bien, cuando por fin golpea de verdad, se hace más daño a sí mismo que al saco.

—¿Y qué se siente?

Nya se quedó pensando la respuesta más tiempo del que la pregunta, en teoría, merecía.

—Se siente como vaciar algo —dijo, al fin—. No sé explicarlo mejor. Como si hubiera un cajón que llevo toda la vida cerrado con demasiadas cosas dentro, y ahí abajo, en el saco, alguien me hubiera dado permiso, por fin, para abrirlo un poco cada vez. Sin que se desborde todo de golpe.

Se quedó un momento callada, mirando cómo Carmen se untaba crema en los hombros sin mucho cuidado, dejándose churretones que luego tendría que arreglar, y aprovechó la pausa para devolverle, sin solemnidad, algo del interés que ella misma acababa de recibir.

—¿Y tú? —preguntó—. Últimamente hablamos siempre de mí. ¿Cómo va todo con Raúl?

Carmen se encogió de hombros, sin dejar de untarse la crema, con ese gesto suyo de quitarle importancia a las cosas que en realidad sí la tenían.

—Bien. Ya sabes. Tiene sus cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo de siempre. —Carmen se puso las gafas de nuevo, y aunque la voz le siguió sonando ligera, algo en la forma de escoger las palabras se volvió más cuidadosa, más medida—. Raúl siempre ha sido muy mujeriego, desde que lo conozco, eso no es ninguna sorpresa ni ningún secreto. Pero siempre vuelve a casa, Nya. Al final del día, vuelve. Eso para mí cuenta.

Nya la miró un momento, sin decir nada, dejando que la frase se asentara en el aire de la mañana con todo su peso.

—¿Y a ti te parece suficiente? Que vuelva.

—No sé si me parece suficiente. —Carmen se rio, pero fue una risa corta, sin la ligereza de las anteriores—. Me parece lo que hay, que es distinto. Llevamos casados el tiempo que llevamos, Nya. Una

no se casa esperando un cuento, se casa con una persona entera, con sus cosas buenas y con las otras. Y las suyas son esas. Podría ser peor.

—Podría ser mejor, también.

—Podría. —Carmen se quedó mirando el mar un momento, y por primera vez en toda la mañana algo en su cara se apagó un grado, algo pequeño que desapareció casi tan rápido como había aparecido —. Pero de eso no quiero hablar hoy, si no te importa. Hoy es tu día de playa, no el mío de terapia de pareja gratuita.

Nya no insistió. Se quedó con la pregunta sin hacer del todo —la que de verdad le rondaba, la de si **«podría ser peor»** era una forma de conformarse con demasiado poco, la de si aquel **«siempre vuelve a casa»** escondía algo que Carmen prefería no nombrar en voz alta—, y decidió, sin que le costara ningún esfuerzo especial, dejarlo estar. No porque no le importara. Le importaba, y bastante, y se prometió a sí misma volver sobre aquello otro día, con más calma, sin la playa de por medio. Pero Carmen tenía derecho a su propio ritmo para contar las cosas, igual que ella misma llevaba media mañana disfrutando de que nadie la empujara a hablar más rápido de lo que quería. Escuchar sin exigir era, a veces, la única forma honesta de estar cerca de alguien.

Carmen no dijo nada enseguida. Se quitó las gafas, las limpió con el bajo de la camiseta sin necesitarlo, y las volvió a poner, en ese gesto suyo de darse tiempo antes de decir algo que le importaba de verdad.

—¿Has hecho algo más? —preguntó, con cuidado, mirando al mar y no a Nya, dejándole el espacio de no tener que sostener una mirada mientras contestaba—. Con lo de tus orígenes, digo. La última vez que hablamos me dijiste que habías bajado una caja de papeles del altillo.

—La bajé. La revisé entera. —Nya cogió un puñado de arena y lo dejó escurrir despacio entre los dedos—. No hay nada, Carmen. Nada de nada. Es lo más raro de todo: no es que encontrara una pista pequeña o una duda. Es que no hay ni un solo papel mío. Ni un nombre, ni una fecha, ni una clínica, ni nada que se sostenga.

Alguien se aseguró, hace **veinticuatro** años, de que no quedara literalmente nada.

—¿Y eso qué se siente?

—Como no tener suelo. —Lo dijo sin dramatismo, con la precisión de quien lleva mucho tiempo dándole vueltas a la misma frase hasta encontrar la exacta—. Todo el mundo tiene un punto de partida, ¿sabes? Aunque sea uno horrible, aunque sea un sitio del que huir con toda el alma. Pero es un punto. Un sitio del mapa. Yo no lo tengo. No sé de dónde vengo, no sé quién era mi madre, no sé si alguien me quiso alguna vez antes de que Antonio decidiera quedarse conmigo por la razón que fuera. Y a veces pienso que por eso me cuesta tanto sentir que pertenezco a algún sitio de verdad, ni siquiera a La Bodega, ni siquiera con Aeris, aunque él haga todo bien, aunque yo lo quiera con toda el alma. Porque, ¿cómo perteneces a un sitio, si ni siquiera sabes de qué sitio saliste?

—¿Has ido a ver a Selene?

La pregunta llegó despacio, sin prisa, con el mismo cuidado con que Carmen tocaba todo lo que de verdad le importaba a su amiga. No era curiosidad. Nya lo sabía distinguir perfectamente después de tantos años: Carmen no preguntaba nunca por saber. Preguntaba por estar cerca.

—Todavía no. —Nya negó con la cabeza, despacio—. Sé que tengo que ir. Sé que ella tiene piezas que yo no tengo, aunque sea la última persona del mundo en la que debería confiar para dármelas limpias. Pero no me siento lista. Y no sé si es porque de verdad no lo estoy, o porque una parte de mí prefiere seguir sin suelo antes que pisar uno que ella me ofrezca envenenado.

—Cuando estés lista, iré contigo si quieres. A la puerta, digo. No hace falta que entre, ni falta que me necesites ahí dentro. Pero no vas a esperar sola en un aparcamiento de prisión mientras decides si entras o no. Eso para empezar.

Nya se giró a mirarla, sorprendida por la rapidez y la firmeza de la oferta, y Carmen se encogió de hombros como si acabara de decir algo tan obvio que no merecía ni agradecimiento.

—Y para lo demás —siguió Carmen—, para lo de la caja vacía, para lo de no saber de dónde vienes, para todo eso que te tiene con

esa cara de estar cargando un mueble que pesa más de lo que aparenta: no sé arreglártelo, Nya. No tengo ni la más remota idea de cómo se soluciona algo así, y no te voy a mentir fingiendo que la tengo. Pero te voy a decir una cosa, y quiero que me escuches bien, porque la he pensado mucho antes de decírtela, no me está saliendo así porque sí.

Se quitó las gafas del todo esta vez, y miró a Nya de frente.

—Me importa una mierda de dónde vengas.

Nya parpadeó.

—Qué manera tan bonita de decirlo.

—Cállate, que voy en serio. —Carmen no sonrió, aunque el tono siguiera siendo el suyo de siempre—. Me importa una mierda si naciste en una clínica de la sierra o si te trajo una cigüeña un martes de lluvia. Lo que me importa, lo único que me ha importado siempre, es quién eres tú. Y quien eres tú, Nya, con o sin punto de partida, con o sin clínica, con o sin madre biológica encontrada, es una mujer que se levanta cada mañana y sigue adelante aunque lleve un peso que la mayoría de la gente ni se imagina. Es alguien que estudia oposiciones a las tantas de la noche con la cabeza hecha polvo. Es alguien que ha aprendido a boxear para no explotar. Es mi amiga. Eso no lo determina ninguna clínica, ninguna partida de nacimiento, ningún papel que no existe. Eso lo has construido tú, sola, con lo que tenías, que no era mucho.

Se quedó callada un momento, dejando que el mar hiciera el resto del trabajo, y luego añadió, más bajito, sin la firmeza teatral de antes, con algo mucho más simple y mucho más verdadero:

—Y seas de donde seas, y vengas de donde vengas, y aunque mañana Rafael, o Selene, o quien sea, te diga un nombre y un lugar y toda la verdad del mundo: vas a seguir siendo Nya Palacios. Mi amiga. Para los restos. Eso no lo cambia ningún papel que aparezca, ni ninguno que no aparezca nunca.

Nya sintió que se le llenaban los ojos, y no hizo nada por evitarlo, dejando que el sol de la mañana se encargara de secarle las lágrimas antes de que llegaran a caer del todo, con la misma discreción con que el mar se llevaba, ola tras ola, un poco de la orilla cada vez.

—Para los restos —repitió, en voz baja.

—Para los restos.

Se quedaron un rato calladas, mirando al mar, hasta que Carmen, con esa habilidad suya de saber exactamente cuándo un silencio ya había durado lo que tenía que durar, cambió de tercio sin soltar del todo el hilo.

—Oye, por cierto. El otro día, cuando fui a buscarte a La Bodega, vi el piano ese que tienes en el estudio, tapado con una sábana como si fuera un fantasma. Nunca te he preguntado de dónde salió. ¿Es tuyo, o era de la casa?

—Es de Rafael. —Nya lo dijo con una suavidad distinta a la de toda la conversación anterior, la voz de quien toca un recuerdo que no le duele igual que los demás—. Mi tío. El hermano de Antonio.

—No sabía que Antonio tuviera un hermano.

—Casi nadie lo sabe, o lo sabía. Rafael era mayor, y se llevaban mal desde siempre, por lo que me contaron. Pero conmigo era distinto. —Se le dibujó, sin que ella lo notara, una sonrisa pequeña, de las que solo salen cuando el recuerdo que las provoca es de verdad bueno—. Era el único que me llamaba **«su niña»**. El único que se sentaba conmigo delante de ese piano y me dejaba aporrear las teclas sin decirme que parara, aunque sonara fatal. Me enseñó cuatro cosas, nada serio, pero se me quedaron. Toco de oído todavía, por él.

—¿Y qué fue de él?

—Murió. Cuando yo tenía diez años. —Nya lo contó con la distancia tranquila de una historia mil veces repasada, sin sospecha ninguna en la voz, sin más dolor que el de una pérdida antigua ya cicatrizada—. Discutió con Antonio, muy fuerte, no sé por qué, nunca me lo quisieron contar del todo. Se marchó de la finca hecho una furia, y no debía haber cogido el coche en el estado en que estaba. Tuvo un accidente esa misma noche, en la carretera de la sierra. Me quedé sin la única persona de aquella casa que me quería sin esperar nada a cambio. Por eso me traje el piano cuando pude. Es lo único de él que me queda.

Carmen no dijo nada durante un momento, y algo en su cara, algo que Nya no llegó a ver del todo porque tenía la vista puesta en

el mar, se quedó pensando en aquella historia con una atención que no tenía nada que ver con la simple curiosidad.

—Qué mala suerte —dijo al fin, con la voz templada, sin dejar traslucir nada más—. Justo esa noche.

—Justo esa noche. —Nya se encogió de hombros, con la resignación de quien ya ha aceptado hace años que ciertas preguntas no tienen respuesta y ha dejado de buscarla—. La vida es así de injusta a veces. Se lleva a quien no debería y deja a quien sobra.

Carmen asintió, y no dijo nada más sobre Rafael aquella mañana, aunque la pregunta —*justo esa noche, justo después de discutir con Antonio*— se le quedó rondando por dentro con la misma insistencia con que una piedrecita se queda dentro del zapato: pequeña, molesta, imposible de ignorar del todo por mucho que uno intente seguir caminando como si no estuviera ahí. Llevaba meses sabiendo, por lo que la propia Nya le había contado a trozos, de qué era capaz Antonio Palacios. Sabía lo del bebé robado, lo de la gemela, lo de **veinticuatro** años de mentiras sostenidas con una frialdad que a Carmen todavía le costaba encajar del todo, por mucho que la quisiera a ella y confiara en cada palabra que Nya le decía. Y ahora resultaba que el único hombre de aquella familia que había querido bien a su amiga había muerto, muy oportunamente, la misma noche en que se había peleado con él.

—Bueno —dijo Carmen, sacudiéndose la arena imaginaria de las piernas y forzando la voz hacia algo más ligero, con esa habilidad suya de devolver una tarde al buen camino antes de que se enfriara del todo—, ya que hemos hablado de cosas profundas y hemos llorado un poco en la playa como dos primas de pueblo, ponte de pie y enséñame esa postura tan seria que dices que te ha enseñado Alex. Quiero verla con mis propios ojos antes de creerme que una sola clase te ha cambiado tanto la cara.

—Te la enseño si prometes no reírte.

—Prometo reírme un poco.

—Serás…

Carmen le dio un empujón de broma que las tumbó a las dos sobre la toalla, entre risas, con La Muralla llenándose ya del todo de

gente y de ruido a su alrededor, y por un rato, un rato bueno y sin prisa, Nya dejó de ser la mujer sin punto de partida, la mujer con la caja vacía, la mujer que boxeaba para no explotar.

Fue, simplemente, una chica riéndose en la playa con su mejor amiga.

Carmen, sin embargo, no se rio del todo por dentro. Mientras recogían las toallas, ya pasado el mediodía, con el sol pegando fuerte y Nya todavía sonriendo por la última tontería, tomó una decisión que no compartió con nadie: iba a mirar aquel accidente por su cuenta. Con calma, sin prometer nada, sin decirle a Nya ni una palabra hasta que tuviera algo de verdad entre las manos.

Porque una cosa había aprendido en los últimos meses, viendo lo que le había tocado vivir a su amiga: que en aquella familia, las desgracias oportunas nunca solían ser solo desgracias.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS
## El coche negro

*Sábado, 3 de agosto de 2024*
*Gasolinera Repsol. Carretera CA-603, Km. 1. 23:40 h.*
*Entre Rota y El Puerto de Santa María.*

La cena con Alex se había alargado más de lo previsto, entre dos botellas de vino que ninguno de los dos había planeado beber enteras y una sobremesa de risas fáciles sobre los años del instituto, y Harper conducía de vuelta a casa por la carretera de Rota con las ventanillas bajadas y esa clase de cansancio bueno que solo dejan los días bien empleados. En la radio sonaba, bajito, *Ordinary*, de Alex Warren, esa balada sencilla sobre no necesitar nada extraordinario, solo a alguien con quien lo corriente ya baste, y Harper había subido un poco el volumen sin darse cuenta, pensando en Nya, en Zahara, en lo fácil que de pronto le resultaba querer una vida sin sobresaltos. Nya le había escrito un rato antes, dos líneas y un corazón, contándole que ella y Carmen habían acabado la tarde en el O'Donoghue's, tomándose un gin-tonic de más en la terraza de la calle Misericordia, entre risas y planes de playa para el día siguiente. Harper había sonreído solo, con el teléfono apoyado en el salpicadero, pensando que aquel había sido, sencillamente, un buen sábado para los dos.

El piloto de la reserva llevaba encendido más kilómetros de los que a Harper le gustaba admitir, así que entró en la gasolinera de la carretera, la que abría toda la noche, con el depósito casi seco y la radio baja.

No reparó en el coche negro hasta que ya estaba de pie junto al surtidor.

Llevaba detrás de él, se daría cuenta después, revisando el hilo de la memoria con esa precisión retrospectiva que solo llega cuando ya es tarde para servir de algo, desde la rotonda de salida de Rota. Un Audi negro, de esos modelos grandes y silenciosos que no necesitan levantar la voz para dejar clara su categoría, sin matrícula que hubiera memorizado, circulando siempre a la distancia justa para no resultar sospechoso y siempre demasiado constante para ser casualidad. Se había dicho a sí mismo, en algún momento del trayecto, que era la copa de más hablando, la clase de paranoia inofensiva que a veces se le pegaba del oficio incluso en las noches libres.

No era paranoia.

El coche se detuvo dos surtidores más allá, con el motor todavía encendido, y durante un instante no pasó nada. Harper metió la manguera en el depósito, activó el gatillo automático, y fue entonces, con la mirada puesta en los números que subían despacio en la pantalla del surtidor, cuando oyó la puerta del Audi abrirse y cerrarse con un chasquido discreto, casi educado, ese sonido caro y bien engrasado que solo tienen las puertas de los coches que cuestan más que un piso.

Pasos. Tranquilos. Ni rápidos ni sigilosos, la clase de paso que no necesita disimular porque no teme a nada de lo que pueda encontrarse.

—No te gires —dijo una voz a su espalda.

Harper no se giró.

No porque la voz se lo hubiera ordenado, sino porque algo en su propio cuerpo, algo mucho más viejo que cualquier instrucción judicial, reconoció aquel timbre antes de que la cabeza terminara de procesarlo: grave, mesurado, sin una sola aspereza, la clase de voz que nunca ha necesitado subir de volumen para conseguir que la obedezcan. La había oído en una sala con espejos y terciopelo negro de un club de Sevilla que no aparecía en ningún mapa, «La Quinta Piel», donde durante un tiempo había ido a buscar, con el cuerpo antes que con las palabras, la manera de silenciar algo que su padre le había enseñado a odiar en sí mismo mucho antes de que él supiera que tenía derecho a no odiarlo. Y la había oído, más reciente

y más dolorosa, en el relato entrecortado de una mujer que amaba, contándole de madrugada, en una cocina, lo que aquella misma voz le había hecho durante años.

Lo que Lucian nunca llegó a entender del todo, lo que Harper había tardado el resto de su vida en entender él mismo, era que aquellas noches en La Quinta Piel nunca lo habían sanado. Solo lo habían anestesiado un rato, entre correas y control cedido, antes de devolverlo intacto a la misma guerra de la que había huido. Lo que de verdad lo había sanado —lo que le había enseñado que no había nada en él que corregir, ni con golpes ni con sumisión ni con ninguna otra liturgia ajena— había llegado después, sin buscarlo, en una terraza sobre el Guadalete, de la mano de una mujer que jamás le había pedido que se arrodillara para quererlo. Nya no le debía nada a Lucian. Y Harper, esa noche junto al surtidor, se alegró más que nunca de que fuera así.

—Lucian —dijo, sin volverse, con la mano todavía en el gatillo del surtidor, la voz tan firme como pudo sostenerla.

—Veo que la memoria no te falla. —Un asomo de satisfacción, casi cortesía—. Aunque supongo que sería difícil que te fallara, después de todo lo que compartimos. Sigue mirando al frente, Aeris. Es lo único que te voy a pedir esta noche, y es una petición razonable, ¿no te parece? Dadas las circunstancias.

Harper calculó, en el medio segundo que tardó en contestar, la geometría exacta de la situación: una gasolinera vacía a las doce menos veinte de un sábado de agosto, un solo empleado dentro del edificio, probablemente absorto en el móvil o en la caja, y él mismo con las dos manos ocupadas y ninguna posibilidad real de reaccionar a nada que no fuera hablar. No sintió, sin embargo, el miedo físico que aquella escena debería haberle provocado a cualquier hombre razonable. Sintió otra cosa, más fría y más útil: la certeza absoluta de que Lucian Fauden no había ido hasta allí para hacerle daño esa noche. Había ido a hablar. Y un hombre que solo quiere hablar no necesita esconderse detrás de nadie.

—¿Qué quieres?

—Charlar un momento. Como dos hombres civilizados que, por casualidades de la vida, han terminado compartiendo más de lo que

a ninguno de los dos nos gustaría admitir en una cena con amigos. —Una pausa breve, calculada—. Sé que estás investigando lo de los niños robados, Aeris. Por tu cuenta, al margen de cualquier expediente oficial, tirando del hilo de Antonio Palacios en tus ratos libres, esos poquísimos ratos libres que te vas dejando entre un caso y otro. Y he venido a decirte, con todo el afecto del que soy capaz, que hay tumbas que es mejor no desenterrar. No porque yo te lo pida como un favor. Porque tú, Aeris Harper, no eres indestructible. Y a veces se me olvida a la gente que sí lo cree.

—¿Es una amenaza?

—Es una observación. —La voz sonó, si acaso, divertida por la pregunta—. Las amenazas son para la gente que necesita convencer a alguien de algo. Yo no necesito convencerte de nada. Solo necesito que sepas que te veo. Que veo lo que investigas, aunque lo hagas de noche, con la excusa de un expediente que no tiene nada que ver. Que sé qué carretera coges cuando vuelves de cenar con tu amigo el médico, y a qué hora sueles pararte a repostar cuando se te olvida mirar el depósito hasta que ya es tarde. Los datos, Aeris. Ya sabes cómo soy con los datos.

Harper apretó la mandíbula, sin apartar la vista del surtidor, donde los números seguían subiendo con una indiferencia casi ofensiva.

—Y sé también —continuó Lucian, bajando apenas el tono, con la cadencia de quien reserva lo mejor para el final— que Nya ha pasado la tarde en el O'Donoghue's. Vaqueros claros, una camiseta sencilla, el pelo recogido de cualquier manera, y aun así preciosa, como siempre lo ha sido, incluso cuando cree que nadie la mira. Riéndose con su amiga Carmen de algo que no llegué a oír. Un gin-tonic cada una, quizá dos. Parecía feliz, Aeris. Me alegro por ella. De verdad que sí.

Algo en el pecho de Harper se tensó de una forma que no tenía nada que ver con el miedo por sí mismo. Fue miedo del otro, del bueno, del que se siente por quien se quiere, y le costó un esfuerzo consciente mantener la voz templada cuando volvió a hablar.

—Como te acerques a ella…

—No me voy a acercar a ella. —Lucian lo cortó, sin alterarse lo más mínimo, casi con dulzura—. Eso te lo puedo prometer sin ningún esfuerzo, porque no me hace ninguna falta acercarme. Ya estoy más cerca de lo que te gustaría saber, Aeris, y llevo así mucho tiempo. Solo quería que entendieras el alcance de lo que dices cuando me amenazas a mí en una gasolinera vacía, con las manos ocupadas y sin poder ni girarte a mirarme. No tienes ninguna baza que jugar esta noche. Ninguna. Y aun así aquí estás, calculando cómo protegerla, sin una sola gota de miedo por ti mismo. Es admirable, la verdad. Ella tuvo mucho ojo contigo.

El surtidor emitió el chasquido final del depósito lleno. Harper colgó la manguera despacio, con un cuidado casi ceremonial, ganando los segundos que necesitaba para que la voz no le temblara.

—¿Por qué Selene? —preguntó, al fin.

—¿Perdón?

—El libro que dejaste detrás. Selene. Por qué ella. Por qué años induciéndola a hacer lo que hizo, los crímenes, todo el montaje. Qué buscabas.

Se hizo un silencio distinto detrás de él, más largo, casi saboreado, y cuando Lucian volvió a hablar lo hizo con una calidez perversa, la de un hombre que por fin puede hablar de su obra maestra ante alguien capaz de apreciarla.

—Qué pregunta tan honesta, Aeris. Te la voy a contestar, porque te la has ganado, y porque de todas formas nunca vas a poder demostrar ni una palabra de lo que te diga esta noche. —Una pausa, saboreando el momento—. La mente humana es asombrosamente fácil de doblar. Eso lo aprendí muy joven, y desde entonces me ha aburrido más de lo que te imaginas, porque casi todos ceden igual, con las mismas palancas, con el mismo ritmo, como si compartieran un manual invisible que nadie les ha enseñado a leer pero que todos obedecen. Selene fue fácil desde el primer día. Encontré su rabia, se la nombré, le di un propósito, y ella hizo el resto sola, con un entusiasmo casi conmovedor. No hubo mérito en ello, Aeris. Ninguno. Fue, como mucho, entretenido.

—¿Y Nya?

La palabra salió sola, casi sin que Harper la autorizara, y notó, incluso sin verle la cara, que algo en el silencio posterior había cambiado de textura.

—Nya. —Lucian pronunció el nombre despacio, como quien paladea algo que todavía le produce placer años después—. Nya es la excepción que confirma todo lo demás, y por eso, Aeris, por eso nunca la he soltado del todo, ni siquiera ahora, ni siquiera con océanos de tiempo y de silencio de por medio. Llevo años trabajándola, ¿sabes? Años. Con una paciencia que jamás gasté con nadie más, porque con nadie más hizo falta. La doblé, sí, la doblé durante mucho tiempo, la convertí en Lady Black, le hice creer que aquello era poder, que dominar a otros en aquella habitación era la prueba de que ella jamás volvería a estar debajo de nadie. Un juego precioso, si me permites la inmodestia. Porque mientras ella se creía la dueña de aquel altar, seguía siendo, en todas las habitaciones que de verdad importaban, mía. Sometida a mí. Y lo mejor de todo, Aeris, lo verdaderamente delicioso, es que ella lucha. Todavía lucha. La siento luchar incluso desde aquí, incluso a través de ti, cada vez que se despierta de madrugada, cada vez que aprieta los puños sin darse cuenta. Y sabes lo que he aprendido, en todos estos años de mirar a la gente doblarse: que la lucha no cambia el final. Solo lo hace más largo. Y más hermoso de contemplar.

—Te equivocas —dijo Harper, con una firmeza que le salió de un sitio mucho más hondo que la rabia—. Ella no va a caer.

—Todos caen, Aeris. —La voz sonó, por primera vez esa noche, con algo parecido a la ternura, lo cual resultaba mucho peor que cualquier crueldad abierta—. Tú caíste. Yo mismo estuve ahí para sostenerte cuando lo hiciste, ¿recuerdas? La única diferencia con Nya es el tiempo que tarda cada uno en encontrar el punto exacto de su propio peso. Algunos tardan una noche. Ella lleva tardando años. Pero el peso, Aeris, siempre gana. Es la única ley de la física en la que de verdad creo.

Harper se giró.

Lo hizo despacio, sabiendo que rompía la única condición que Lucian le había puesto, sin que le importara ya lo más mínimo, con la mandíbula tensa y los puños cerrados a los costados. Pero cuando

terminó de girarse, el espacio detrás de él ya estaba vacío. El Audi negro se alejaba por la carretera hacia Rota, con las luces traseras encogiéndose despacio en la oscuridad, sin prisa, sin necesidad de huir de nada ni de nadie, y Harper se quedó de pie junto al surtidor, con el corazón latiéndole fuerte por primera vez en toda la conversación, mirando cómo la noche se tragaba las luces rojas hasta que no quedó nada.

Entró a pagar con las manos todavía temblando, algo que no le había pasado ni una sola vez en **quince** años de instrucciones, y condujo de vuelta a casa por una carretera que de pronto le pareció mucho más oscura de lo que recordaba, repasando cada palabra de Lucian con el mismo método con el que repasaba un atestado, buscando el ángulo, la grieta, el error.

La radio seguía encendida, en la misma emisora de antes, y en algún momento del trayecto volvió a sonar *Ordinary*, la misma canción de una hora atrás, con su promesa sencilla de que a veces basta con lo corriente. Harper alargó la mano y la apagó sin miramientos, incapaz de escuchar ni un verso más de una canción que, media hora antes, todavía se había permitido creerse.

No encontró ningún error en las palabras de Lucian.

Solo encontró, cuando por fin entró en el camino de albero de La Bodega y vio la luz encendida en la ventana del dormitorio, una certeza nueva y pesada que no supo si algún día podría contarle a Nya sin destrozarla: que el hombre que la había roto durante años seguía, de alguna manera que Harper todavía no comprendía, absolutamente cerca. Y que la próxima vez que alguien le preguntara si tenía miedo, la respuesta, por primera vez en su vida adulta, iba a ser que sí.

# CAPÍTULO VEINTISIETE
## Luz de gas

*Domingo, 4 de agosto de 2024*
*La Bodega. 00:20 h.*
*El Puerto de Santa María.*

La luz del dormitorio seguía encendida cuando Harper metió el coche en el camino de albero, y por un segundo, antes de apagar el motor, se permitió creer que era una luz cualquiera, olvidada por descuido, y no lo que en el fondo ya sabía que era.

Subió despacio, todavía con el pulso alto del encuentro en la gasolinera, ensayando sin querer la cara que iba a poner, las palabras que no iba a decir todavía, el orden en que se lo contaría a Nya cuando encontrara el momento, si es que existía un momento bueno para contarle a alguien que el hombre que la había roto durante años seguía tan cerca como para describirle la ropa que llevaba puesta esa misma tarde.

No hizo falta que ensayara nada.

La encontró sentada en el borde de la cama, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos rodeándolas, mirando un punto de la pared que no contenía nada. La lámpara de la mesilla proyectaba una luz baja y amarilla que le dejaba media cara en sombra, y Harper, desde el umbral, reconoció la escena entera antes de dar un solo paso más: los ojos fijos que no parpadeaban al ritmo normal, la respiración corta que se quedaba en la parte alta del pecho sin bajar, el cuerpo presente y la persona en otro sitio.

No dijo su nombre todavía. Se quitó los zapatos en silencio, dejó las llaves en el bolsillo en vez de en el cuenco de la entrada para no hacer ruido bajando después, y cruzó la habitación despacio, con el

mismo sigilo con el que había aprendido a moverse por aquella casa en dos años de querer a aquella mujer sin asustarla nunca.

Se sentó en el suelo, junto a la cama, a su altura, sin tocarla todavía.

Nya estaba en otro sitio, y el otro sitio, como siempre, no tenía fecha exacta ni orden cronológico: era una habitación con demasiados espejos y una voz que nunca subía de tono, y dentro de esa habitación, fragmentos sueltos que llegaban sin permiso, como diapositivas mal barajadas de un álbum que llevaba años queriendo quemar entero.

*—Eso no ocurrió así.*

*—Sí ocurrió. Yo estaba ahí. Yo lo dije.*

*—No lo dijiste. Y si de verdad crees que lo dijiste, quizá deberíamos preocuparnos por lo que te está pasando en la cabeza últimamente.*

El recuerdo no tenía cara. Nunca la tenía. Pero tenía la certeza física de una mano abriéndose paso entre lo que ella sabía que había pasado y lo que él insistía en que había pasado, hasta que las dos versiones se le mezclaban en la boca del estómago y ya no sabía cuál escupir. Había discutido con él una vez —solo una, al principio, cuando todavía creía que discutir era un derecho que conservaba— por una promesa incumplida, una hora en la que él había dicho que llegaría y no llegó, y él le había sostenido la mirada con esa calma insoportable y le había dicho que ella lo había entendido mal, que nunca prometió esa hora, que quizá debería empezar a apuntar las cosas si tanto le costaba recordarlas bien.

*Apuntar las cosas.*

La frase le atravesó el recuerdo con una nitidez que no tenía nada que ver con Lucian y todo que ver con una mujer que ella nunca había conocido en vida, muerta ya, con un móvil lleno de notas y una letra pequeña y apretada en el margen de cada hora del día.

*Apuntar las cosas para no dudar de una misma.*

*Apuntar las cosas porque alguien, en algún momento, decidió que tu memoria ya no era de fiar, y tú le creíste antes de creerte a ti.*

Otro fragmento, sin transición: una tarde entera que ella recordaba de una manera y que él, semanas después, le devolvió

completamente distinta, con detalles que ella no reconocía y que sin embargo, contados con aquella seguridad total, empezaron a sonarle posibles, y luego probables, y luego, en algún momento que no sabía señalar, verdaderos. Así, sin ruido, sin gritos, sin una sola mano levantada, Lucian le había ido vaciando la casa de su propia memoria, habitación por habitación, hasta dejarla viviendo casi entera en la versión de él.

Harper esperó.

No la llamó por su nombre una segunda vez. No le preguntó qué recordaba, ni si estaba bien, ni ninguna de las preguntas que cualquier persona bien intencionada haría y que él, en dos años de aprender aquel idioma a fuerza de equivocarse y acertar, sabía que solo servían para empujarla más adentro. Se quedó ahí, en el suelo, con la espalda apoyada en el lateral de la cama y el hombro rozando su rodilla, presente sin invadir, como un ancla que no tira, que solo está.

Poco a poco, la respiración de Nya empezó a bajar de sitio, del pecho alto al vientre, y los ojos, que llevaban un rato fijos en la pared, parpadearon despacio y volvieron, como volvían siempre, desde algún lugar que Harper no podía ver pero que ya sabía reconocer en el regreso.

—Estás en casa —dijo él, en voz muy baja—. Es domingo. Es agosto. Estoy aquí.

Nya tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonó rasposa, como recién sacada de un sitio muy hondo.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato.

—No te he oído entrar.

—Estabas en otro sitio.

Ella asintió, despacio, sin necesitar que se lo explicara más. Se soltó las rodillas y dejó que los pies le colgaran del borde de la cama, y Harper, todavía sentado en el suelo, le cogió una mano entre las suyas, sin apretar, dejándola ahí como quien deja una manta sobre alguien que tiene frío sin preguntarle si la quiere.

—Era Lucian —dijo Nya, al cabo de un rato, sin que él hubiera preguntado—. Una discusión que tuvimos, hace mucho. Sobre una

hora que él dijo que cumpliría y no cumplió. Y luego me convenció de que yo lo había entendido mal, de que él nunca dijo esa hora. —Se pasó la mano libre por la cara, despacio—. Llevo años sin pensar en eso, Aeris. Meses, incluso. Y esta noche ha vuelto solo, sin que nada lo llamara. Estaba viendo la tele, tranquila, y de repente estaba otra vez ahí.

—No hacía falta que lo llamara nada. Vuelve cuando quiere. Ese es el problema de los fantasmas de verdad.

—Qué manera tan bonita de decirlo.

—La he sacado de alguien que conozco. —Harper le apretó un poco la mano, sin insistir en la broma más de lo necesario—. ¿Quieres contarme algo más, o prefieres que nos quedemos aquí sin hablar un rato?

—Sin hablar. —Nya cerró los ojos un momento—. De momento, sin hablar.

Se quedaron así, ella sentada en el borde de la cama y él en el suelo, con las manos unidas y la lámpara amarilla proyectando sombras largas sobre la pared, y Harper, mirando el perfil cansado de la mujer que amaba, tomó una decisión que no le costó ningún esfuerzo consciente, que le salió tan natural como respirar: esa noche no le iba a contar lo de la gasolinera. No porque quisiera ocultárselo para siempre —eso no era una opción, y él lo sabía, tarde o temprano tendría que encontrar la manera de decírselo, de prepararla, de dársela en dosis que no la rompieran—, sino porque una mujer que acababa de salir de un episodio como aquel no necesitaba, esa misma noche, la confirmación física de que el hombre que se lo había provocado durante años seguía suelto, cerca, observando.

No sabía todavía cómo iba a atajar esto. No tenía un plan, ni una estrategia, ni siquiera una idea clara de por dónde empezar a protegerla de un hombre que tenía dinero suficiente para saber qué ropa llevaba puesta y ningún miedo real a nada.

Pero encontraría la forma. Se lo prometió a sí mismo con la misma terquedad silenciosa con la que llevaba **quince** años prometiéndose no cerrar un expediente hasta entenderlo entero.

Abajo, en algún rincón de la casa a oscuras, el altavoz que Nya había dejado encendido en el salón, sin que ninguno de los dos hubiera reparado en el detalle, seguía dejando correr una lista de música que ninguno había elegido a propósito para esa noche. En algún momento, mientras se quedaban en silencio, sonó *Human*, de Sam Tinnesz, con esa voz rota preguntando, en su idioma de guitarras bajas, si al final de todo seguía quedando algo humano debajo de tanto golpe.

Harper no se levantó a apagarla. Dejó que sonara, bajito, como un tercer testigo silencioso de aquella habitación, mientras el reloj avanzaba hacia la una de la madrugada y Nya, poco a poco, apoyaba la cabeza contra su hombro, todavía despierta, todavía aquí, todavía con él.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO
## La sustituta

*Lunes, 5 de agosto de 2024*
*Casa de Claudia Serrano y Álvaro Ortiz. 12:30 h.*
*Jerez de la Frontera.*

Nya se había ido a la playa con Carmen desde primera hora, con la bolsa de las toallas todavía húmeda del día anterior y la promesa de volver «cuando el sol empiece a doler», y Harper, con la casa entera para él solo y esa clase de mañana libre que ya no sabía muy bien qué hacer consigo mismo, decidió que era buen momento para cerrar un cabo que llevaba días pendiente: las claves.

Tenía una razón de peso para presentarse sin avisar demasiado. El desliz de Álvaro con los códigos —el móvil, el ordenador, ambos cambiados sin que él lo supiera— era exactamente la clase de detalle que un instructor no dejaba enfriarse, y Harper, antes de encargarle la gestión a Parra o a Sergio, quería hacer la pregunta él mismo, mirando la cara del hombre mientras la respondía. Llamó una hora antes, breve y formal, para avisar de que pasaría a hacerle unas preguntas de rutina sobre el volcado del terminal. Álvaro le dijo que sí, que por supuesto, que cuándo quisiera.

No mencionó que sospechaba de nadie. No era el momento, y probablemente no lo sería nunca del todo, no con las pruebas que tenía, que eran ninguna, solo una intuición cada vez más pesada.

Abrió la puerta Irene.

Harper ya no se sorprendió. Llevaba semanas sin sorprenderse de aquello, y esa misma falta de sorpresa era, a su manera, un dato más que iba anotando en la carpeta invisible que llevaba siempre consigo.

—Señoría. Qué alegría. —Le sonrió con la misma calidez de siempre, secándose las manos en un trapo de cocina—. Álvaro está en el patio con Vega. Pase, pase, no se quede en la puerta con este calor.

La casa, en agosto, tenía un ritmo distinto al de julio. Había un ventilador nuevo en el salón que Harper no recordaba de la vez anterior, y una trona distinta para Vega, más grande, de otro color, con un cojín a juego con las cortinas que tampoco recordaba. Sobre la nevera, la tarjeta del pediatra seguía en su sitio, pero ahora compartía espacio con un calendario semanal escrito con rotulador, en esa misma letra redonda y firme que Harper ya había registrado en su primera visita: comidas, siestas, un recordatorio para renovar el pasaporte de la niña, otro para una revisión dental de Álvaro. Toda la logística de una familia entera, sostenida en el aire por una mano que no era la de ningún miembro de esa familia.

—He cambiado un poco las cosas del salón —dijo Irene, siguiendo la mirada de Harper sin que él hubiera dicho nada—. Espero que Álvaro no se lo tome a mal cuando se dé cuenta, aunque lleva ya un tiempo sin darse cuenta de casi nada, el pobre. La trona vieja se le había quedado pequeña a Vega, y de paso aproveché para pintar de otro color el rincón, que estaba muy triste. Nada importante. Cosas de casa.

—Es muy generoso, lo que hace por ellos.

—No es generosidad, señoría. —Irene lo dijo con esa modestia que, a Harper, cada vez que la oía, le producía una punzada distinta de la que producía al principio: ya no le sonaba a virtud. Le sonaba a guion ensayado—. Es lo mínimo. Álvaro y Vega son mi familia ya, para todos los efectos. No concibo la vida sin venir aquí cada día.

Salieron al patio. Álvaro estaba sentado en una silla de plástico, con Vega en el regazo, más recuperado que la última vez que Harper lo había visto —la barba arreglada, la ropa limpia, los ojos todavía cansados pero ya no rotos— y sin embargo había algo en su forma de sostener a la niña, un poco rígido, un poco espectador de su propia vida, que a Harper le recordó a un hombre que ha entrado en su propia casa y ha encontrado los muebles cambiados de sitio sin que nadie le avisara.

—Señoría. —Se levantó a medias para saludarlo—. Gracias por venir. Aunque no sé muy bien para qué.

—Un par de preguntas sobre el móvil y el ordenador. No le va a robar mucho tiempo.

Se sentaron. Irene se quedó de pie, cerca, con Vega ya en sus brazos —el traspaso se hizo sin que nadie lo pidiera ni lo comentara, un gesto tan fluido que Harper no llegó a ver el momento exacto en que la niña pasó de un regazo a otro— meciéndola despacio mientras los dos hombres hablaban.

—Cuando Sergio le pidió el código de desbloqueo del móvil de Claudia, usted se lo dio de memoria. Y no funcionó. Lo mismo con el ordenador. ¿Tiene idea de cuándo pudo cambiarlos, o por qué no se lo dijo?

Álvaro se quedó pensando, con esa lentitud de quien todavía revisa cada pregunta sobre su mujer como quien palpa una herida para ver si sigue doliendo igual.

—No tengo ni idea, señoría. De verdad. Yo usaba esos códigos desde hace años, los dos los sabíamos de memoria, era una tontería que teníamos, para las fotos de la niña, para lo que hiciera falta. Si los cambió, no me dijo nada. Y no se me ocurre por qué querría…

—Quizá quería un poco de intimidad, Álvaro. —Irene lo dijo con suavidad, sin apartar la vista de Vega, en un tono tan natural que casi pareció que la frase se le hubiera escapado sin querer—. Todas necesitamos, a veces, un rincón que sea solo nuestro. No tiene por qué significar nada malo.

Harper la miró un instante. La frase, en sí misma, era razonable, incluso amable. Y sin embargo llegaba tan rápido, tan bien puesta, cerrando la pregunta de Harper antes de que Álvaro tuviera tiempo de seguir dándole vueltas, que a Harper le pareció, no por primera vez, que estaba presenciando algo ensayado sin ensayo, la clase de reflejo que solo se adquiere repitiendo un gesto miles de veces hasta que deja de parecer un gesto.

—Álvaro —dijo Harper, decidiendo tirar del hilo que llevaba preparando desde el coche—, ¿alguna vez tuvo la sensación de que Claudia le escondía cosas? No hablo de una aventura, ni de nada por el estilo. Hablo de si notó, en los últimos meses, que hubiera partes

de su vida que ella prefería mantener aparte. Cosas pequeñas, quizá.

La pregunta cayó en el patio con un peso distinto al que Harper había calculado. Álvaro palideció un poco, y por un momento pareció que iba a decir algo importante, algo que llevaba semanas masticando sin atreverse a escupirlo del todo.

—Yo… —empezó—. La verdad es que sí. Últimamente sí. No sabría decirle qué, pero sí, había cosas que…

—Álvaro lleva unos días agotado —interrumpió Irene, con una sonrisa de disculpa dirigida a Harper, meciendo a Vega un poco más deprisa de lo necesario—. No creo que sea el momento de hacerle recordar cosas así, señoría, con lo mal que lo está pasando. Si tiene preguntas muy concretas, quizá sería mejor por escrito, para que él pueda pensarlas con calma, sin la presión de contestar aquí, delante de todos.

—No pasa nada —dijo Álvaro, aunque la interrupción ya había hecho su trabajo: el hilo que sostenía, fuera cual fuera, se le había escapado entre los dedos, y cuando volvió a hablar lo hizo con menos convicción, ya reconducido hacia el terreno seguro de la generalidad—. Es que estaba muy cansada, últimamente. Todas las madres primerizas lo están, ¿no? No creo que fuera nada más que eso.

Harper no insistió. No hacía falta. Ya tenía lo que había ido a buscar, y no era la respuesta de Álvaro.

Era el reflejo de Irene.

-*.*-

Se quedó veinte minutos más, los justos para no parecer que se marchaba corriendo, hablando de generalidades, del calor, de la vuelta al colegio de Vega en la guardería el año siguiente, de nada que importara. Y fue al despedirse, ya de pie en la puerta del patio, cuando ocurrió lo que Harper llevaría semanas sin poder quitarse de la cabeza.

Álvaro se había levantado a buscar algo dentro de la casa —un papel, una gestión del banco de la que quería hablarle a Harper de pasada, sin relación con el caso— y durante ese medio minuto en

que padre e hija quedaron separados por la distancia de dos habitaciones, Vega, que había estado tranquila en brazos de Irene todo ese rato, empezó a removerse, incómoda, buscando algo con la cabeza vuelta hacia la puerta de la casa.

Álvaro reapareció en el umbral.

Y Vega, en vez de estirar los brazos hacia su padre —el gesto reflejo, instintivo, que Harper había visto hacer a cientos de niños en cientos de situaciones distintas a lo largo de su vida—, se giró hacia Irene, hundió la cara en su cuello, y se quedó ahí, aferrada, con esa seguridad total y sin condiciones que solo tienen los bebés cuando han decidido, sin que nadie se lo enseñe, quién es su persona.

Álvaro se rio, sin ninguna sombra de tristeza en el gesto, con el cariño simple de un padre agotado que agradece cualquier ayuda.

—Es que la tiene enamorada —dijo, acercándose para darle un beso en la cabeza a su hija sin que ella se apartara de Irene ni un centímetro—. Menos mal que está ella, con lo que yo trabajo de noche. No sé qué haríamos sin ti, de verdad.

—No digas tonterías. —Irene sonrió, acomodando mejor a la niña contra su hombro, con un gesto de una ternura tan perfecta, tan exacta, que a Harper, por primera vez desde que había empezado aquella instrucción, no le pareció sospechosa.

Le pareció, simplemente, repugnante.

No fue una sospecha profesional lo que sintió en ese momento, junto a la puerta, viendo a aquella mujer mecer con adoración perfecta a la hija de su amiga muerta. Fue algo mucho más antiguo, más físico, más difícil de justificar en un auto judicial: la incomodidad pura, casi animal, de ver a alguien ocupar un espacio con tanta naturalidad que ya nadie a su alrededor recordaba que ese espacio, en su día, había pertenecido a otra persona.

No sabía qué significaba aquello. Todavía no. Puede que no significara nada más que lo que parecía: una mujer generosa, cansada quizá de serlo tanto, cuidando de una familia rota porque nadie más lo hacía. Harper llevaba quince años de oficio aprendiendo a desconfiar de sus propias corazonadas cuando llegaban sin pruebas detrás, y aquella, por fuerte que fuera, seguía sin tener una sola detrás.

Se despidió con la cortesía de siempre, estrechó la mano de Álvaro, le dijo a Irene que había sido un placer verla, y caminó hasta el coche con una calma que le costó cada uno de los pasos.

Dentro del coche, antes de arrancar, se quedó mirando la casa un momento: la ventana del salón con la trona nueva, el ventilador que no conocía, el calendario en la nevera con la letra que no era de Claudia. Una casa que se había ido rellenando, poco a poco, alrededor de un hueco que nadie más parecía notar ya.

Y una niña de siete meses que, algún día, no recordaría que había tenido otra madre antes de esta.

Harper arrancó el coche y condujo de vuelta a casa en silencio, sin poner la radio, dándole vueltas a una pregunta que no se atrevía todavía a formular del todo, ni siquiera para sí mismo, porque formularla significaba admitir que llevaba semanas construyendo un caso contra alguien sin ni un solo hecho que lo sostuviera ante nadie más que él.

No sabía quién era Irene Salvatierra.

Pero por primera vez, esa mañana, había dejado de gustarle la pregunta.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE
## El piano

*Martes, 6 de agosto de 2024*
*La Bodega. 03:50 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Había pasado el día entero dándole vueltas a lo que vio en casa de Álvaro, sin encontrar ni una sola forma de convertir aquella incomodidad en algo que se pudiera escribir en un folio, y para cuando llegó la tarde, Harper ya había repasado la escena del patio tantas veces que había empezado a perder los bordes: la trona nueva, el calendario en la nevera, los brazos de Vega buscando el cuello equivocado. Nada de aquello demostraba nada. Todo aquello le pesaba igual.

Por eso, cuando el coche de Carmen entró por el camino de albero un poco antes de las nueve, con Nya bajando del asiento del copiloto, morena de sol y con la bolsa de playa colgada de un hombro, Harper sintió un alivio que no había sabido que estaba esperando hasta que lo sintió entero, de golpe, como quien suelta un peso que llevaba cargando sin darse cuenta de cuánto pesaba.

—Hueles a protector solar y a cerveza de chiringuito —le dijo, abrazándola en la puerta.

—Hueles a preocupación. —Nya se apartó lo justo para mirarlo a la cara—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Que te he echado de menos.

Ella no le creyó del todo, Harper lo notó en cómo entrecerró un poco los ojos, pero no insistió, y él se lo agradeció en silencio, porque no tenía todavía ni las palabras ni el valor para contarle lo de Álvaro, lo de Irene, lo del abrazo de Vega que llevaba todo el día clavado en algún sitio entre el pecho y la garganta.

Cenaron algo ligero en la cocina, hablando de la playa, de Carmen, de una tontería que había dicho un socorrista sobre las medusas que las había tenido riéndose media hora. Nya bostezaba entre frase y frase, con esa clase de cansancio bueno, de sol y de sal, que no dejaba sitio para la hipervigilancia de otras noches, y cuando Harper le propuso acostarse pronto, ella aceptó sin discutir, casi agradecida, y se durmió en minutos, con la respiración larga y honda pegada a su hombro.

Harper se quedó despierto un rato más, como casi siempre, escuchando la casa, y en algún momento, sin darse cuenta, también él cayó.

Se despertó por el hueco.

No hizo falta más que eso, la ausencia de un peso en el colchón, para que los ojos se le abrieran de golpe en la oscuridad, con esa lucidez instantánea que ya era puro reflejo después de tantas noches iguales. Miró el móvil: las cuatro menos diez. Escuchó la casa, atento, esperando el crujido de la tercera pisada, el ruido del pestillo, los pasos descalzos de una ronda de comprobaciones.

No llegó ninguno de esos sonidos.

Llegó, en cambio, algo que tardó un segundo en identificar porque llevaba tanto tiempo sin oírlo que casi lo había olvidado: una nota. Y luego otra. Y luego una tercera que se apoyaba sobre las dos primeras con una delicadeza que no parecía casual, aunque tampoco sonaba del todo perfecta, con esos pequeños titubeos de quien toca de memoria y no de partitura, reconstruyendo un camino que conoce más con los dedos que con la cabeza.

El piano.

Harper se levantó despacio, sin encender ninguna luz, y bajó descalzo por el borde de las losas, con el mismo sigilo que había aprendido de ella sin proponérselo, hasta el estudio.

La puerta estaba entreabierta. Por la rendija salía una luz muy tenue, la de la lamparita de mesa que Nya debía de haber encendido al mínimo, y las notas, más claras ahora, se derramaban por el pasillo con una lentitud casi líquida. Harper se detuvo antes de llegar al umbral, y se quedó ahí, fuera del alcance de la luz, mirando.

La sábana blanca ya no estaba.

La había dejado doblada, con un cuidado casi ceremonial, sobre el respaldo de una silla, y el piano, un instrumento de cola media que llevaba un año entero acumulando polvo bajo aquella tela como un fantasma paciente, brillaba débilmente bajo la lámpara, con la madera oscura reflejando la luz en manchas pequeñas y doradas. Nya estaba sentada frente a él, de espaldas a la puerta, en camiseta y con el pelo suelto todavía revuelto de la almohada, y tocaba con los ojos cerrados, sin mirar las teclas, dejando que las manos encontraran solas el camino que la cabeza ya no necesitaba pensar.

Harper la conocía. Conocía su espalda, su forma de sentarse, el gesto que hacía con el cuello cuando algo la conmovía y no quería que se le notara en la cara. Y sin embargo, en aquel momento, con la música llenando el estudio entero, tuvo la sensación extraña y hermosa de estar viendo, por primera vez, una parte entera de ella que llevaba dos años ahí, guardada, esperando su turno.

Reconoció la pieza a los pocos compases. *Clair de Lune.* La había oído alguna vez, en algún anuncio, en alguna película, sin prestarle nunca demasiada atención, y ahora, saliendo de las manos de Nya en la quietud de las cuatro de la madrugada, le pareció una de las cosas más bonitas que había escuchado en su vida. No era una interpretación perfecta. Se le notaban los huecos, los compases que reconstruía a tientas, alguna nota que llegaba un pelín tarde o un pelín pronto. Pero tenía algo que ninguna versión perfecta habría tenido nunca: la verdad completa de una persona tocando para nadie, sin público, sin necesidad de estar bien, solo de estar ahí.

Nya pensaba que dormía.

Harper lo entendió con una certeza absoluta, casi física, en la manera en que ella se dejaba ir sobre las teclas, sin la contención de siempre, sin ese control minucioso que aplicaba a cada gesto de cada día como quien administra una vida entera en dosis seguras. Tocaba con los hombros bajados, con la cabeza ladeada, con una libertad que Harper no le había visto nunca en ninguna otra circunstancia, ni siquiera en las más íntimas, ni siquiera en las más felices. Era la libertad de quien se cree completamente sola.

Y Harper, en el umbral, sintió algo que no había sentido en mucho tiempo, o quizá nunca del todo, con nadie: un amor tan grande que

casi dolía, no por lo que Nya le daba a él, sino por lo que era ella cuando nadie miraba. Por esa mujer que comprobaba cerraduras de madrugada y boxeaba para no explotar y llevaba media vida sin fiarse de casi nada, y que sin embargo, sola, a las cuatro de la mañana, delante de un piano heredado de la única infancia buena que había tenido, se permitía ser exactamente esto: alguien que tocaba mal a propósito, sin corregirse, sin pedir perdón por los huecos, solo por el placer terco de terminar la pieza.

Se dio cuenta, ahí de pie, de que la quería de una manera que nunca sabría explicarle del todo con palabras, porque las palabras se quedaban siempre un paso por detrás de lo que sentía cuando la veía así, sin guardia, sin cuenco de llaves ni rondas nocturnas, solo una mujer y una música que la sostenía por dentro. Sabía que si entraba ahora, si le decía lo que estaba pensando, ella se cerraría un poco, avergonzada de que la hubiera visto sin la armadura puesta. Así que no dijo nada. No hizo ruido. Se quedó en el umbral, invisible, dejándole ese último minuto de libertad completa, porque dárselo era, a su manera, la forma más honesta que tenía de decirle que la quería.

La pieza terminó con esa última nota que se queda flotando más tiempo del que debería, y Nya se quedó quieta un momento, con las manos todavía sobre las teclas, respirando despacio, como quien acaba de salir de un sitio muy hondo y necesita un segundo para volver a la superficie.

Harper retrocedió en silencio, sin que ella lo notara, y volvió a la habitación antes de que Nya recogiera la sábana o apagara la lámpara. Se metió en la cama, se colocó del lado de siempre, y cerró los ojos justo a tiempo, con el corazón todavía acelerado por algo que no tenía nada que ver con el miedo.

Cuando Nya volvió, minutos después, y se coló bajo las sábanas con el sigilo de quien no quiere despertar a nadie, Harper fingió el sueño más convincente de su vida, dejando que ella le pasara un brazo por encima con esa confianza tranquila de las noches buenas, sin saber jamás —porque él nunca se lo diría, no esa noche, quizás no nunca— que la había visto entera, sin guardia, sin armadura, y que la quería, si acaso, un poco más por ello.

# CAPÍTULO TREINTA
## Corazonadas

*Jueves, 8 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 10:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Llevaba dos días sin noticias de Parra, lo cual, en sí mismo, ya era una noticia. Harper tenía puesta, bajo, casi de fondo, una lista que se había ido formando sola en los últimos días, la clase de música que últimamente le sostenía la cabeza mejor que el silencio, y cuando marcó el número de Parra desde el estudio, con la ventana entornada y el calor de la mañana pegándose ya a los cristales, sonaba *Ghost Division*, de Sabaton, con esa marcha implacable de tambores que avanzan sin mirar atrás, sin plantearse siquiera la posibilidad de detenerse. Le pareció, sin poder evitarlo, la música exacta para lo que estaba a punto de decir.

Esperó tres tonos antes de que Parra descolgara con la voz cansada de quien lleva toda la mañana pasando de un problema al siguiente sin respiro entre medias.

—Dime que tienes algo —dijo Harper, sin preámbulo.

—Te digo que tengo agosto, Harper, que no es lo mismo. —Parra soltó el aire, ese resoplido suyo que llevaba treinta años administrando la misma cantidad exacta de paciencia—. La UDEV está a media plantilla. El laboratorio de Sevilla que nos tiene que confirmar lo del rastreo de la tarjeta está cerrado hasta el dieciocho. Y Sergio, que es el único que me queda tirando del hilo con ganas, se ha cogido esta semana libre para llevar a su mujer a la playa, y no se lo voy a reprochar, que buena falta le hace.

—¿Y la doctora Beltrán? ¿Y la psicóloga nueva?

—Con la nueva he hablado yo mismo, brevemente. Confirma la reserva, confirma la hora, confirma que nunca llegó a hablar con Claudia más allá del formulario online. No añade nada que no supiéramos ya. Con Beltrán todavía no he podido, está de vacaciones hasta finales de mes, como todo el mundo en este país en agosto, Harper, incluido tú, que deberías estar en una playa y no llamándome a las diez de la mañana un jueves.

—Ya estaré en una playa.

—Eso espero. —Un silencio breve, del tipo que Parra usaba para anunciar que venía algo incómodo—. Oye. El otro día me llamó Fidel.

Harper no dijo nada. Esperó, con esa paciencia entrenada que aplicaba a los testigos y que ahora, sin darse cuenta, aplicaba también a sus propios policías.

—Me preguntó por el estado del expediente Serrano —continuó Parra—. Le dije lo que hay: incongruencias, sin sospechoso, sin nada que se sostenga todavía delante de un tribunal. Y me recordó la fecha, Harper. El uno de septiembre. Me lo dijo como quien no quiere la cosa, pero me lo dijo. Quiere que estés preparado para firmar si para entonces seguimos igual.

—No vamos a seguir igual.

—Puede que sí. Con la mitad de los departamentos de vacaciones y los informes que necesitas durmiendo en un cajón de Sevilla hasta el dieciocho, puede que en tres semanas sigamos exactamente donde estamos ahora, Harper, con una intuición muy buena y cero papel que la sostenga.

—Entonces pediré una prórroga.

—Fidel no te va a dar una prórroga porque a ti no te guste el calendario.

—Fidel es el fiscal, Parra. No el que instruye. —Harper lo dijo despacio, sin alzar la voz, con la firmeza tranquila de quien ha repetido la misma frase mentalmente tantas veces que ya le sale sin esfuerzo—. Fidel pide. Yo resuelvo. Y no pienso resolver este expediente el uno de septiembre solo porque sea el uno de septiembre. Lo resolveré cuando tenga lo que necesito para resolverlo bien, y si eso es el dos de septiembre, o el quince, o el

treinta, que Fidel se las arregle con su calendario. Yo me las arreglaré con el mío.

Se hizo un silencio en la línea, y Harper, mientras esperaba, sintió una punzada incómoda de la que no se sentía especialmente orgulloso: la sospecha de estar sonando como un hombre que se cree por encima de todos, y la rabia sorda de saber que no lo era, que no se sentía superior a nadie, que lo único que quería era que nadie le pusiera palos en la rueda de algo que sabía, con la misma certeza con la que sabía respirar, que estaba a punto de romperse en las manos correctas si le daban el tiempo necesario. No era soberbia. O eso quería creer. Era, simplemente, no estar dispuesto a que un calendario decidiera lo que él llevaba tres semanas peleándose por entender.

—Vale —dijo Parra, al fin, con la voz de quien ha decidido no pelear una batalla que ya sabe perdida—. Tú verás cómo se lo explicas a Fidel cuando llegue el momento. Yo mientras tanto sigo tirando de lo poco que tengo. En cuanto vuelva alguien de vacaciones en cualquiera de los sitios que necesito, te llamo.

—Gracias, Parra.

—No me las des todavía. Dámelas cuando esto se resuelva de verdad, y ojalá sea pronto, porque llevo tres semanas durmiendo peor que tú, y eso ya es decir mucho.

Colgaron. Harper se quedó de pie junto a la ventana un rato largo, con el teléfono todavía en la mano, mirando las viñas de los vecinos cocerse despacio bajo el sol de las diez y media, y repasó la conversación entera buscando la grieta, la debilidad, el punto exacto en el que su propia determinación pudiera estar convirtiéndose en algo menos noble que la justicia. No la encontró. O no quiso encontrarla. Sabía que la línea entre la tenacidad y la soberbia era más fina de lo que a él le habría gustado admitir, y sabía también que llevaba semanas caminando muy cerca de ella sin caerse, aunque cada día costaba un poco más mantener el equilibrio.

Fidel tenía razón en una cosa: el calendario existía, y septiembre llegaría con la misma indiferencia con la que llegaba siempre.

Pero Harper tenía razón en la otra, y no pensaba cederla: nadie, ni un fiscal, ni un mes del año, iba a decidir por él cuándo una mujer

merecía que la verdad terminara de encontrarse.

Y sin embargo, debajo de todo aquello, había otra cosa que llevaba días sin dejarlo dormir del todo y que no tenía nada que ver con Claudia Serrano ni con Fidel ni con ningún calendario. Llevaba desde la gasolinera repasando cada palabra de Lucian con el mismo método con que repasaba un atestado, y por mucho que le diera vueltas, no encontraba ni una sola manera de neutralizar lo que de verdad le había quitado el sueño: que aquel hombre sabía qué ropa llevaba Nya, en qué terraza se sentaba, a qué hora volvía a casa. Harper no tenía miedo por sí mismo. Nunca lo había tenido, ni siquiera esa noche junto al surtidor, con las manos ocupadas y la espalda expuesta. El miedo, el de verdad, el que le encogía algo por dentro cada vez que pensaba en ello a solas, era por ella. Por lo cerca que Lucian parecía estar de una vida que Nya por fin empezaba a sentir como suya.

No podía protegerla de un hombre así quedándose quieto en El Puerto, esperando a ver qué hacía. Pero sí podía, al menos, sacarla de la rutina exacta que Lucian parecía conocer al detalle: la casa, las calles, los horarios previsibles de una vida tranquila que se había vuelto, sin que ella lo supiera, perfectamente vigilable. Diez días en otro sitio, sin patrón fijo, sin la certeza absoluta de encontrarla siempre en el mismo lugar a la misma hora, no era una solución. Harper lo sabía. Pero era algo, y algo era mejor que la parálisis.

-*.*-

Nya subió del sótano pasadas las doce, con las manos todavía vendadas y calientes de la sesión con Alex, la camiseta pegada a la espalda y esa expresión suya de después de entrenar, entre el cansancio y la calma, que a Harper cada vez le gustaba más ver. Lo encontró en la cocina, con la nevera abierta y la cabeza en otro sitio, y notó, con esa capacidad suya de leerlo sin que él dijera una palabra, que algo se había movido por dentro desde la mañana.

—¿Qué ha pasado?

—Nada malo. —Harper cerró la nevera, y se giró hacia ella con una decisión que llevaba fraguándose desde la llamada de Parra,

aunque hasta ese momento no hubiera sabido ponerle fecha—. Haz una maleta.

Nya parpadeó.

—¿Perdona?

—Una maleta. Ropa ligera, bañador, lo justo para diez días. —Se acercó a ella, le apartó un mechón de pelo húmedo de sudor de la cara, con una ternura que contrastaba a propósito con la brusquedad de la orden—. Nos vamos.

—¿Adónde?

—¿Qué te parecen diez días en Zahara?

Nya se quedó mirándolo un momento, buscando la trampa, la broma, el matiz que no terminaba de encajar, y no lo encontró, porque no lo había.

—Aeris. ¿En serio?

—En serio. —Sonrió, un poco cansado, un poco sincero del todo —. Lo tenía reservado desde hace días, esperando el momento. Y hoy me he dado cuenta de que el momento no va a llegar más perfecto que este. El caso va a tardar en moverse, con medio país de vacaciones y los informes durmiendo en un cajón hasta mediados de mes. El correo se puede abrir desde cualquier sitio con wifi, Nya, y una playa de Zahara tiene wifi igual que este estudio. Lo único que no tiene esta casa, últimamente, es que tú descanses de verdad. Y eso es lo único que me importa ahora mismo.

Era verdad, cada palabra de ella. Y era, al mismo tiempo, solo la mitad de la verdad, la única mitad que podía ofrecerle esa mañana sin tener que explicarle también la otra: que llevaba días queriendo sacarla, aunque solo fuera diez días, de una rutina que otra persona parecía conocer mejor de lo que a Harper le gustaba admitir. No se lo iba a decir. No todavía. Pero si algo podía hacer, sin necesidad de nombrar a Lucian ni de romper la paz que Nya por fin empezaba a tener, era esto: llevársela a un sitio donde nadie supiera de antemano a qué hora saldría a caminar, ni en qué terraza se sentaría a tomar un café.

Nya lo abrazó sin decir nada más, con las manos vendadas todavía rodeándole la espalda y la cara hundida en su cuello, y Harper, mientras la sostenía, sin dejar de pensar en Parra, en Fidel,

en el uno de septiembre acercándose como una marea que nadie podía frenar, y en un Audi negro que podía estar en cualquier parte, se prometió a sí mismo que durante diez días, al menos, no dejaría que ninguna de esas cosas les robara ni un solo minuto más de lo estrictamente necesario.

El expediente podía esperar diez días.

Nya, no.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO
## Zahara

*Del viernes 9 al domingo 18 de agosto de 2024*
*Casa junto a la playa de los Alemanes.*
*Zahara de los Atunes.*

La casa tenía un patio interior con un limonero de verdad, no decorativo, que dejaba caer sus frutos sobre las losas con un golpe seco y regular, y una terraza alta desde la que se veía el Atlántico entero, azul y verde y luego gris según la hora, hasta la línea donde el cabo de Trafalgar se comía el horizonte. No se parecía en nada a La Bodega, y sin embargo Nya, la primera tarde, se quedó un buen rato apoyada en la barandilla sin decir nada, y cuando por fin habló, dijo solo: «Se parece un poco a casa», y a Harper aquello le sonó a la mejor crítica que jamás le habían hecho a una reserva de *Booking*.

No hubo grandes declaraciones el primer día, ni el segundo. Harper no era de esos.

Su manera de querer, en Zahara como en todas partes, seguía siendo la de siempre: observar antes que hablar, actuar antes que prometer. Se dio cuenta, la segunda noche, de que Nya se despertaba igual que en casa, a horas imposibles, y en vez de decírselo, en vez de convertirlo en un tema de conversación con nombre y diagnóstico, simplemente empezó a dejar la ventana del dormitorio entreabierta con la persiana bajada solo a medias, para que el ruido del mar entrara sin que entrara la luz, porque había notado, sin que ella se lo contara, que el silencio absoluto la ponía más alerta que el ruido de fondo constante. Se dio cuenta de que comprobaba la puerta de la casa cada noche, y en vez de decirle que no hacía falta, empezó a ser él quien la cerraba el último, en voz

alta, anunciando el gesto —«ya está, cerrada»— para que ella pudiera oírlo desde la cama sin tener que levantarse a comprobarlo con sus propios ojos.

Eran gestos pequeños. Ninguno de ellos habría entrado en la definición de nadie de «romanticismo». Y sin embargo, sumados uno a uno, día tras día, formaban la única clase de amor que Harper sabía ofrecer sin sentir que estaba actuando un papel: cuidado disfrazado de logística, ternura con forma de tarea doméstica.

Comieron pescado frito en un chiringuito con los pies en la arena. Caminaron hasta el cabo una tarde, con el viento de levante empujándolos casi sin querer. Nya leyó dos libros enteros, algo que no hacía desde antes de las oposiciones, y Harper la vio hacerlo con una satisfacción que no dijo en voz alta. Hablaron del caso, sí, alguna noche, después de la cena, con una copa de vino y sin la urgencia de siempre: Harper le contó, en líneas generales, que Parra seguía esperando informes, que Fidel seguía mirando el calendario, y Nya escuchó sin la tensión que aquel tema le habría provocado en julio, como quien oye hablar del tiempo en otra ciudad.

—¿Y si no lo consigues antes de septiembre? —preguntó ella, una de esas noches, con los pies enredados en los de Harper bajo la mesa de la terraza.

—Entonces seguiré después de septiembre.

—Eso no es lo que dice el calendario.

—El calendario no ha conocido a Claudia Serrano. Yo, en cierto modo, sí. —Harper se encogió de hombros, con esa media sonrisa cansada que solo le salía con ella—. Que Fidel se pelee con las fechas. Yo me voy a pelear con la verdad, que es más terca todavía.

Nya no dijo nada más. Solo le apretó el pie con el suyo, por debajo de la mesa, y siguieron mirando el mar hacerse negro.

Fue la quinta noche, o la sexta, cuando ocurrió lo que Harper llevaría meses recordando como el verdadero regalo de aquel viaje, más que cualquier puesta de sol o cualquier cena con los pies en la arena.

Nya se durmió temprano, agotada de un día entero de playa y sol, y Harper, tumbado a su lado, se preparó para la ronda de siempre: el despertar sobre las tres, el hueco en la cama, la ventana

comprobada dos veces. Se quedó despierto un rato, esperándolo, con esa vigilancia silenciosa que llevaba dos años ejerciendo sin que ella se lo pidiera nunca.

No llegó.

Nya durmió. Durmió de verdad, con la respiración larga y profunda de un sueño sin fisuras, sin despertares, sin idas a comprobar cerraduras que ya estaban comprobadas. Harper, que se despertó dos veces él mismo, por costumbre, la encontró las dos veces exactamente igual: dormida, quieta, entera. Y cuando por fin amaneció del todo, con la luz entrando ya con fuerza por la rendija de la persiana, miró el reloj con una incredulidad que le costó un segundo entero procesar.

Las doce menos diez de la mañana.

Nya seguía durmiendo.

Harper se levantó con el sigilo de siempre, bajó a la cocina, preparó café, salió a la terraza a leer un rato con la vista puesta en el mar, y no hizo absolutamente nada por despertarla. Ni un ruido de más, ni una excusa para entrar en la habitación, ni una sola comprobación innecesaria. La dejó dormir, custodiando aquel silencio como quien custodia algo demasiado frágil y demasiado importante para arriesgarse a romperlo con una sola palabra de más.

Cuando Nya bajó, pasada ya la hora del mediodía, con el pelo revuelto y los ojos todavía pesados de un sueño que parecía no terminar de creerse del todo, se quedó un momento en el umbral de la cocina, desorientada.

—¿Qué hora es?

—Las doce y veinte.

—¿De la mañana?

—De la mañana.

Nya se quedó callada, procesando la información con la misma lentitud con que se procesa una noticia demasiado buena para ser inmediata.

—No me he despertado ni una vez.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo sí me he despertado. Dos veces. —Harper le sirvió un café sin que se lo pidiera, y se lo puso delante con la misma naturalidad con que hacía cualquier otra cosa doméstica—. Y las dos veces estabas exactamente igual. Dormida. Sin sobresaltos. Sin rondas. Solo dormida, como duerme la gente normal.

A Nya se le llenaron los ojos, de repente, sin previo aviso, y se rio al mismo tiempo que se los secaba, avergonzada de la mezcla.

—Qué tontería, llorar por haber dormido.

—No es ninguna tontería. —Harper se sentó frente a ella, y le cogió la mano por encima de la mesa, sin más ceremonia que esa—. Es la primera vez en dos años que te veo dormir una noche entera, Nya. No es una tontería. Es casi un milagro, y los milagros hay que llorarlos si apetece.

No dijo nada más sobre el tema. No lo convirtió en una conversación larga sobre lo que aquello significaba, ni en una promesa solemne de que a partir de entonces todo sería distinto, porque sabía, con la misma certeza con la que sabía todo lo importante sobre ella, que una sola noche no borraba dos años ni borraría lo que quedaba por delante. Pero se guardó aquella mañana, las doce y veinte de un domingo de agosto, en el mismo cajón donde guardaba las pocas certezas absolutas de su vida.

Esa noche, con la casa a oscuras y el mar rompiendo abajo con su ritmo de siempre, se quisieron con una lentitud que no tenía nada que ver con la urgencia de otras noches. Dentro sonaba, muy baja, una versión acústica de *Whole World Is Watching*, de Within Temptation, despojada de toda la épica orquestal de la canción original, reducida a una voz y una guitarra que sonaban casi como una confesión susurrada.

Harper la desnudó despacio, con la misma paciencia con la que hacía todo lo que de verdad le importaba, deteniéndose en cada tramo de piel como quien relee una página que ya se sabe de memoria y aun así vuelve a ella porque encuentra algo nuevo cada vez. No hubo prisa esa noche, ni la tenía que haber: tenían diez días, tenían el mar abajo, tenían el resto de sus vidas si las cosas seguían yendo como iban, y Harper quiso que ella lo sintiera en cada

gesto, en cada segundo que se tomaba antes de avanzar al siguiente.

Fue él quien llevó el control, como casi siempre entre ellos, pero aquella noche el control no tuvo nada de exigencia y todo de cuidado: una mano firme en la nuca que la sostenía en vez de someterla, una voz baja en el oído que solo pedía permiso, un ritmo que se ajustaba constantemente a la respiración de ella, atento a cada cambio, a cada suspiro, a cada vez que Nya se aferraba a él con más fuerza como quien confirma que sigue ahí. Nya se lo entregó entero, los ojos cerrados, la espalda arqueada contra las sábanas frescas, sin ninguna de las defensas con las que se protegía del resto del mundo, porque con él —solo con él, entre todos los hombres y todas las habitaciones que había conocido— ceder no significaba desaparecer. Significaba, por una vez, ser sostenida por completo mientras se deshacía.

Se movieron el uno contra el otro con la misma marea que sonaba abajo, en la playa, subiendo despacio hasta un punto que ninguno de los dos quiso apresurar, y cuando por fin llegaron, lo hicieron casi al mismo tiempo, con los nombres del otro ahogados contra la piel, en un silencio roto solo por la respiración y por el mar y por la última nota, suave, de la canción que seguía sonando desde el salón. Harper la abrazó después con todo el cuerpo, sin soltarla, sintiendo bajo la palma de la mano el corazón de Nya latir todavía deprisa, poco a poco calmándose contra el suyo, como dos mareas que por fin encuentran la misma orilla.

Después, con las luces apagadas y el sonido del mar entrando por la ventana entreabierta, Nya apoyó la cabeza en su pecho y dijo, en voz muy baja, casi dormida ya:

—Gracias por esto.

—¿Por qué parte?

—Por todo. Por dejarme dormir. Por no preguntarme si estoy mejor cada cinco minutos. Por... esto. —Hizo un gesto vago con la mano, que abarcaba la habitación entera, el mar, los diez días—. Por dejar que sea yo la que decide cuándo hablar de las cosas.

—No hacía falta que me lo agradecieras.

—Lo sé. —Nya sonrió contra su pecho, ya casi dormida—. Te lo agradezco igual.

Harper se quedó despierto un rato más, como siempre, escuchando el mar, escuchando su respiración ya tranquila, y pensó que si aquellos diez días eran lo único bueno que un caso sin resolver y un fiscal impaciente le habían regalado, entonces, quizás, hasta septiembre podía esperar un poco más.

El expediente los acompañó, sí, durante todo el viaje, en conversaciones sueltas de sobremesa y en algún mensaje de Parra que Harper contestaba en dos líneas antes de volver a dejar el teléfono boca abajo sobre la mesa. Pero lo hizo, por primera vez en semanas, con el peso justo: presente, pero pequeño. Un pasajero discreto, no el conductor.

Diez días de mar y de silencio bueno.

Para Harper, los primeros en mucho tiempo en los que no tuvo que elegir entre cuidar de Nya y cuidar de la verdad.

Consiguió, por una vez, hacer las dos cosas a la vez.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS
## Los nombres

*Miércoles, 21 de agosto de 2024*
*Juzgado de Instrucción nº 2. Despacho de Aeris Harper. 09:30 h.*
*Jerez de la Frontera.*

Volver de Zahara había tenido, como todas las vueltas, ese sabor agridulce de recuperar por unas horas una rutina que hacía diez días parecía haberse quedado pequeña. Agosto seguía siendo inhábil, el mismo agosto que Harper se había ganado a pulso frente a Fidel, y nada de lo que hiciera esa semana tenía obligación de plazo ni urgencia procesal. Pero un juzgado nunca está vacío del todo, ni siquiera en pleno agosto: siempre hay algún funcionario de guardia tramitando lo mínimo indispensable, algún oficio que no puede esperar, alguien contestando al teléfono aunque el cartel de la puerta diga que el registro reabre en septiembre. Y Harper, con la piel todavía morena y la cabeza, por una vez, más ligera de lo que la había tenido en meses, decidió acercarse igualmente aquella mañana, sin cita ni aviso previo, solo porque necesitaba comprobar algo con sus propios ojos y no quería esperar tres semanas más para hacerlo.

No fue el expediente de Claudia Serrano lo primero que quiso mirar.

Fue el otro.

Desde la noche de la gasolinera, desde que Lucian le había dejado caer, con esa cortesía suya que dolía más que un grito, que sabía perfectamente que Harper andaba tirando del hilo de los niños robados por su cuenta, aquella investigación había dejado de ser un asunto personal que llevaba en paralelo, casi en secreto, por Nya. Se había convertido en algo urgente. Si Lucian sabía de su existencia, si

le importaba lo suficiente como para mencionarla en una advertencia, entonces esa investigación tocaba algo que a Lucian le dolía o le convenía vigilar, y eso, para Harper, la elevaba de golpe de curiosidad privada a prioridad. Por eso, nada más entrar, preguntó si había novedades en la causa de Antonio Palacios de las dos semanas que había estado fuera.

Sobre la mesa lo esperaba, con la paciencia muda de los expedientes, la carpeta que llevaba semanas engordando en paralelo a la de Claudia Serrano.

No era una causa suya. No de instrucción formal, al menos, no todavía; era más bien el resultado de tirar de hilos administrativos en los pocos ratos libres que un instructor con dos expedientes activos y una vida propia podía permitirse, apoyándose en favores pequeños, en peticiones de información que no necesitaban justificarse del todo porque técnicamente entraban dentro de otra causa mucho más antigua, la de fraude patrimonial y falsedad documental que se había abierto contra Antonio Palacios hacía más de un año y que nadie, desde entonces, había conseguido cerrar por la sencilla razón de que nadie conseguía localizar al investigado.

Desde el veintiuno de abril de 2023.

Harper conocía la fecha de memoria, y no por los papeles del juzgado, sino porque la había vivido de cerca, en la distancia prudente de quien acompaña sin invadir: el día en que Nya entró en la Finca La Negra con una carpeta llena de mentiras oficiales apiladas encima de la mesa de un hombre que se creía intocable, y salió de allí con la certeza definitiva de que su vida entera había sido una transacción. Antonio Palacios, después de aquella tarde, no había vuelto a dar señales de vida. Ni una comparecencia, ni un movimiento bancario a su nombre, ni una sola fotografía, ni un testigo que lo hubiera visto en Jerez, en Cádiz, ni en ningún sitio del mapa. La Finca La Negra seguía en pie, vacía a efectos prácticos, mantenida por un administrador de fincas que cobraba religiosamente de una cuenta que nadie sabía explicar del todo.

Un hombre no desaparece así porque sí. No un hombre como Antonio Palacios, acostumbrado a que el mundo entero se organizara alrededor de su comodidad.

Harper se disponía a llamar a Parra cuando, desde el pasillo, con dos golpes discretos en el marco de la puerta, entró la funcionaria de la sala de registro, la misma de siempre, menuda y silenciosa, con una carpeta fina bajo el brazo.

—Señoría, disculpe. Ha llegado esto de la Fiscalía de Delitos Económicos, para adjuntar a la causa de Palacios. Me han dicho que se lo suba directamente, que es urgente.

—Gracias.

Ella asintió, dejó la carpeta sobre la mesa con la misma discreción con la que dejaba cualquier otro papel de cualquier otro expediente, y se marchó sin más comentario, cerrando la puerta tras de sí. Harper ni siquiera levantó la vista del todo para verla salir. Era, como llevaba siéndolo meses, sin que a nadie le llamara la atención, una pieza más del engranaje silencioso que sostenía aquel juzgado, invisible por definición, indispensable por la misma razón.

Dentro de la carpeta, el informe de la UDEF llevaba semanas de trabajo condensado en veinte folios.

Harper leyó despacio, con el mismo método que aplicaba a cualquier atestado, y lo que fue encontrando le hizo revisar, sin darse cuenta, la imagen entera que tenía de Antonio Palacios. No era solo un patriarca cruel que había comprado una hija para no ver morir un apellido. Era, además, el titular en la sombra de al menos seis sociedades pantalla registradas entre Cádiz, Gibraltar y Sevilla, con administradores de paja, sin actividad económica real que justificara los movimientos de capital que pasaban por sus cuentas, en cantidades que Harper tuvo que releer dos veces para creerse. Dinero que entraba y salía sin dejar más rastro que el estrictamente necesario para no llamar la atención de nadie que no supiera exactamente dónde mirar. Facturas cruzadas entre empresas que compartían el mismo administrador de papel y ninguna sede real. Una red que llevaba, según la UDEF, más de una década funcionando, y que la desaparición de Antonio, lejos de detener, parecía haber dejado sencillamente en piloto automático, como una maquinaria diseñada para no necesitar la presencia física de su dueño.

Antonio Palacios no era solo un hombre que había comprado un bebé una vez, hacía veinticuatro años, en un momento de vanidad y desesperación por un heredero.

Era un hombre metido en algo mucho más grande, sostenido en el tiempo, demasiado organizado para ser obra de un solo patriarca arrogante actuando solo.

Harper se recostó en la silla, con el informe entero desplegado sobre la mesa, y pensó, no por primera vez, en la clase de miedo que hace falta para conseguir que un hombre desaparezca del mapa durante más de un año sin que nadie, ni la policía, ni sus propios administradores, sepa decir con certeza si seguía vivo. Un hombre que se esconde de la justicia se esconde en un sitio concreto. Un hombre que se esconde de otra cosa, de alguien mucho peor que la justicia, se esconde de una manera que no deja ni rastro.

Marcó el número de Parra.

—Dime que traes buenas noticias, para variar —contestó Parra, con la voz de quien acababa de sentarse a desayunar y no pensaba disimularlo.

—Traigo el informe de la UDEF sobre Palacios. Léetelo cuando puedas, pero adelántate a la conclusión: Antonio Palacios no es un fugitivo cualquiera, Parra. Es la cabeza, o lo era, de una red de sociedades que sigue moviendo dinero sin que él dé la cara desde hace dieciséis meses.

Un silencio breve al otro lado.

—¿Y sigue sin aparecer?

—Sigue sin aparecer. Ni un solo movimiento a su nombre, ni una foto, ni un testigo. La Guardia Civil de Jerez ya llevaba meses con diligencias abiertas para localizarlo, sin resultado. Es hora de dejar de esperar a que aparezca solo.

—¿Qué quieres hacer?

Harper se quedó un momento en silencio, mirando el informe, la fotografía antigua de Antonio Palacios grapada en la primera página —el gesto de suficiencia, el traje impecable, los ojos de un gris sucio que Nya había heredado de nadie, porque nada en aquella cara era suyo por sangre— y tomó la decisión con la misma firmeza tranquila con la que tomaba todas las que de verdad importaban.

—Voy a dictar la orden de busca y captura. Nacional, con difusión a Interpol si hace falta. Se acabó esperar a que un hombre con una red de sociedades pantalla y dieciséis meses de ventaja decida aparecer cuando le convenga.

—Vale. —Parra ya no sonaba a desayuno—. Te lo tramito hoy mismo. ¿Se lo vas a decir a Nya?

—Hay algo más, antes de eso. —Harper se levantó, con el teléfono todavía pegado a la oreja, y se acercó a la ventana, bajando un poco la voz, aunque estuviera solo en el despacho—. Quiero que pidas también la intervención de las líneas y cuentas de mensajería que puedan seguir activas a nombre de Antonio Palacios, o de cualquiera de sus sociedades pantalla. Y quiero que Sergio cruce cualquier comunicación que aparezca, por antigua que sea, con un nombre concreto: Lucian Fauden.

Se hizo un silencio distinto en la línea.

—¿Quién?

—Lucian Fauden —Harper lo repitió despacio, dándose cuenta, al oír la pregunta de Parra, de que iba a tener que explicar algo que llevaba meses guardándose casi entero para sí mismo, pero por el momento soltaría lo estrictamente necesario—. No te suena porque no está en ningún sitio de la instrucción de Selene, Parra. Nunca lo metí en el expediente porque no tenía nada que meter: al final de aquel caso llegó un mensaje sin remitente identificable, y desde entonces ese nombre ha sido para mí una conjetura, nada más. Nunca lo hice oficial porque nunca tuve una sola línea que lo sostuviera.

—¿Y ahora sí?

—Ahora tengo algo más que una conjetura. —Harper respiró hondo, buscando por dónde empezar algo que llevaba días sin decirle a nadie salvo, a medias, a la propia Nya—. El sábado antes de irnos a Zahara, parando a repostar de noche, se me acercó un hombre. No dio la cara del todo, no me dejó girarme. Lucian Fauden. Yo… digamos que lo conozco de otros aspectos de mi vida que nada tienen que ver en esto, pero sabía que era él. Sabía que estoy investigando lo de Antonio por mi cuenta. Sabía qué carretera había cogido esa noche, y sabía, Parra, dónde había pasado la tarde Nya y

con quién. Con detalles que no tenía por qué saber nadie que no la estuviera vigilando de cerca.

Un silencio largo, esta vez de verdad incómodo.

—Joder, Harper. ¿Por qué no me has llamado esa misma noche?

—Porque no había nada que hacer esa noche, y porque necesitaba pensarlo antes de convertirlo en un problema de todos. —Harper se pasó la mano por la cara—. No sé todavía, con detalle, qué es exactamente lo que ese hombre le hizo a Nya en el pasado. Sé lo que ella me ha contado, que ya es suficiente para no querer que se le acerque ni a un kilómetro, pero no tengo el cuadro completo, ni falta que me hace para saber que es peligroso de verdad. Y por eso te llamo, Parra, y por eso te pido esto fuera de cualquier canal oficial: necesito que busques a alguien de confianza que pueda vigilar a Nya de cerca. Discreto. Que no la agobie, que ella ni siquiera lo note si puede ser, pero que esté cerca si algo pasa.

—¿Y tú?

—Yo me cuido solo, Parra. Llevo toda la vida haciéndolo. —Lo dijo sin dramatismo, con la firmeza tranquila de quien no necesita que le repitan una obviedad—. Nya es la prioridad. Siempre. Si ese hombre quiere jugar conmigo, que juegue. Pero como se acerque a ella, quiero que haya alguien entre los dos antes de que yo pueda llegar.

—Me preocupas, Harper. Los dos, mejor dicho. —Parra ya no disimulaba nada parecido al desayuno—. Voy a hacer un par de llamadas. Conozco a alguien que se dedica a esto, discreto de verdad, de los que no dejan tarjeta. Pero necesito que me sigas contando, según vaya pasando, cualquier cosa que ese hombre haga o diga. No me puedes llamar solo cuando ya ha pasado.

—Te lo prometo.

—¿Se lo vas a decir a Nya? Lo de la orden de busca, digo.

Harper se quedó un instante callado, con la vista perdida en la calle donde el calor de finales de agosto todavía pegaba fuerte, y pensó en cómo darle aquella noticia a una mujer que llevaba veinticuatro años sin un solo nombre propio en ningún papel, y que ahora, de pronto, iba a tener que enfrentarse a la posibilidad de que el hombre que la compró como quien compra una propiedad apareciera, tarde o temprano, esposado delante de ella.

—Se lo voy a decir esta noche.

—¿Cómo crees que se lo va a tomar?

—No lo sé. —Harper cerró la carpeta despacio—. Pero prefiero que se entere por mí, con calma, a que se entere por un titular de prensa dentro de tres semanas.

Colgaron. Harper se quedó un rato más con la carpeta cerrada bajo la mano, pensando en los nombres: en el de Antonio, en el de Claudia, en el de Lucian Fauden, que quizás ni siquiera fuera un nombre de verdad, en el de una mujer sin partida de nacimiento que se llamaba Nya Palacios solo porque alguien, hacía veinticuatro años, decidió ponerle ese apellido encima como quien pone una etiqueta a una mercancía.

Todos los nombres de aquel expediente, pensó, tenían algo en común.

Ninguno de ellos había sido elegido por la persona que lo llevaba.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES
## No estás bien

*Lunes, 8 de julio de 2024*
*Casa de Claudia Serrano y Álvaro Ortiz. 19:15 h.*
*Jerez de la Frontera.*

Álvaro tenía la noche libre, algo que ya no ocurría casi nunca, y Claudia llevaba desde por la mañana guardando aquel dato como quien guarda una moneda de oro en el bolsillo: esta noche sí, esta noche le voy a contar lo que llevo semanas sin saber cómo decir.

No tenía ni siquiera las palabras exactas todavía. Solo tenía la sensación, cada vez más pesada, de que algo en su cabeza no estaba funcionando como debería, y la necesidad urgente de decírselo a alguien que la conociera de verdad, que la hubiera conocido de antes de todo esto, antes de las notas, antes de los sueños que ya no sabía distinguir de los recuerdos. Álvaro. Tenía que ser Álvaro. Necesitaba que él la mirara y le dijera que no, que no estaba loca, o que sí, que fuera lo que fuera, con tal de que alguien más lo supiera y ella dejara de cargarlo sola.

Esperó a que Vega se durmiera. Esperó a que la cena estuviera hecha, la cocina recogida, el día entero cumplido en su lista invisible de obligaciones, porque solo así, con todo lo demás en orden, sentía que tenía derecho a sentarse a hablar de sí misma sin que fuera un capricho.

—Álvaro —dijo, sentándose junto a él en el sofá, con las manos entre las rodillas—. Necesito contarte una cosa. Llevo tiempo queriendo…

El timbre sonó.

Álvaro se levantó a abrir casi por reflejo, y Claudia se quedó a medio camino de la frase, con las palabras todavía calientes en la boca, viendo entrar a Irene con una bolsa de tela colgada del brazo y esa sonrisa suya que siempre parecía llegar en el momento exacto.

—Perdonad que me presente sin avisar —dijo, dejando la bolsa sobre la mesa—. Pasaba cerca y me acordé de que hoy le tocaba a Vega la crema nueva del pediatra, y como sé que a veces se os olvida con el lío de todos los días, os la he traído yo. Ya que estoy, ¿os importa si me quedo un rato? Traigo también el postre de mi madre, el de siempre.

—Claro que no —dijo Álvaro, ya sentándose de nuevo, ya con la atención puesta en otra parte—. Qué detalle.

Claudia sonrió, porque sonreír era lo que tocaba, y guardó la frase que había empezado sin terminar en el mismo cajón donde guardaba todo lo que no encontraba el momento de decir.

No lo intentó otra vez esa noche. Irene se quedó hasta las once, hablando de mil cosas, ayudando a recoger, jugando un rato con Vega antes de que se durmiera del todo, y cuando por fin se marchó, Álvaro ya bostezaba delante de la televisión, agotado, y el momento, la moneda de oro que Claudia había guardado todo el día, se había gastado en nada.

-*.*-

*Miércoles, 10 de julio de 2024. 21:30 h.*

Lo intentó de nuevo dos días después.

Esta vez esperó a que Irene se marchara —se había quedado toda la tarde, como cada vez más tardes últimamente, ayudando con una tontería tras otra hasta que la tarde entera se convertía en noche sin que nadie lo decidiera— y en cuanto oyó la cancela cerrarse, se giró hacia Álvaro con una determinación que le costó reunir entera.

—Álvaro. En serio. Necesito hablar contigo de algo importante.

—Dime. —Él la miró, y por un segundo, un segundo real, pareció que iba a poder ser así de simple.

Sonó el teléfono de Álvaro.

—Perdona, es del trabajo, tengo que cogerlo, dame un segundo. —Se levantó, se fue al pasillo, y Claudia se quedó sentada en el sofá, con la frase otra vez a medio camino, escuchando fragmentos de una conversación sobre turnos y sustituciones que se alargó doce minutos, y cuando Álvaro volvió, ya no era el mismo hombre que la había mirado un segundo antes con la disposición entera de escuchar. Volvía con la cabeza en **el parque**, en el turno de mañana, en un compañero que se había puesto enfermo.

—¿Qué me querías contar?

Claudia lo miró, y sintió, con una claridad que le dolió más que cualquier otra cosa de aquella noche, que el momento ya no estaba. Que se le había escapado entre los dedos exactamente igual que se le escapaban tantas otras cosas últimamente, y que empezar de cero, después de aquella interrupción, le exigía una energía que ya no tenía.

—Nada. Una tontería. Ya no me acuerdo.

Álvaro no insistió. No porque no le importara, sino porque no tenía manera de saber que aquella frase, dicha con tanta naturalidad, escondía la segunda vez en tres días que su mujer intentaba pedir ayuda y se quedaba a medias.

-*.*-

*Viernes, 12 de julio de 2024. 09:20 h.*

El viernes por la mañana, antes de todo lo demás, se cruzó con Irene en la cocina, y esta le apartó un mechón de la cara con esa ternura suya de siempre, mirándola con una preocupación que a Claudia le pareció, como todas las veces anteriores, absolutamente genuina.

—Cariño, te veo agotada. De verdad. No estás bien, ¿sabes? Y no pasa nada por reconocerlo. Todo el mundo necesita ayuda a veces.

Claudia asintió, sin darle mayor peso en aquel momento, una frase de cariño más entre tantas otras. No sabía todavía que aquellas tres palabras —*no estás bien*— iban a volver esa misma noche con un peso muy distinto.

*17:00 h.*

Dos días antes del final, Claudia decidió que no iba a esperar a la noche.

Aprovechó una tarde en que Álvaro estaba en casa, con Vega dormida y la casa en calma, y se sentó frente a él en la cocina con la determinación de alguien que ya no puede permitirse otra interrupción.

—Álvaro, esto no puede esperar más. Necesito decirte algo y necesito que me escuches sin que suene el teléfono, sin que llame nadie a la puerta, sin nada. Solo tú y yo.

Álvaro dejó el móvil boca abajo sobre la mesa, con un gesto casi solemne, como si entendiera, por fin, que aquello iba en serio.

—Te escucho.

Claudia respiró hondo. Y entonces, justo entonces, oyó el motor de un coche entrando por el camino de albero, y el corazón se le cayó al suelo antes incluso de escuchar el timbre.

—No puede ser ella otra vez —susurró, casi para sí misma, con una desesperación que no había sentido nunca hasta entonces.

Era ella.

—Perdonad, sé que es viernes y seguro que queríais tranquilidad —dijo Irene desde la puerta, con la voz de siempre, cálida, incapaz de sospechar que interrumpía nada—, pero es que se me ha ocurrido una cosa para el cumpleaños de Vega el mes que viene, y quería comentárosla antes de que se me olvidara, que ya sabéis cómo tengo la cabeza últimamente…

Álvaro se levantó, casi aliviado, como quien recibe una prórroga sin saber que la está recibiendo, y se sentó con Irene en el salón a hablar de globos y de tartas, y Claudia se quedó de pie en la cocina, con las palabras que llevaba días intentando decir muriéndose otra vez en la garganta, mirando a su marido reírse de algo que Irene acababa de decir, y sintió, por primera vez con toda la crudeza, una certeza que no se atrevía a nombrar del todo ni siquiera para sí misma.

*No es casualidad.*

*Siempre es ella. Siempre, exactamente cuando estoy a punto de decir algo.*

El pensamiento le duró apenas un segundo antes de que la vergüenza lo aplastara. Qué clase de persona pensaba eso de la mujer que le llevaba la crema del pediatra a su hija, que le traía el postre de su madre, que llevaba meses sosteniendo lo que ella ya no podía sostener sola. Irene no tenía la culpa de que el teléfono sonara, ni de que a Álvaro le entraran ganas de hablar de cumpleaños. Era ella, Claudia, la que estaba mal. La que no conseguía terminar ni una sola conversación importante. La que empezaba a ver intención donde solo había casualidad.

Esa noche, ya en la cama, con Álvaro dormido a su lado, se quedó despierta un rato largo, repasando el día entero, buscando el momento exacto en que las cosas habían dejado de estar bajo su control. No encontró ningún nombre al que señalar. Solo encontró, una vez más, la misma conclusión de siempre, la única que su cabeza, ya agotada de dudar de todo lo demás, seguía dispuesta a aceptar sin pelear.

*Algo va mal en mí.*

No *algo va mal en la casa.* No *algo va mal con Irene.* Ni siquiera lo escribió, esta vez; se limitó a cerrar los ojos con esa idea instalada donde ya se instalaban todas las demás, y más tarde, mucho más tarde esa misma noche, cuando se levantó una última vez a comprobar que todo estuviera en su sitio, sacaría el móvil por costumbre y anotaría, con la misma letra pequeña y apretada de siempre, la única clase de nota que todavía se permitía: la puerta, la cerradura, la foto. Lo de siempre. Lo único de lo que aún se sentía capaz de dar fe.

Las palabras de Irene aquella mañana —*no estás bien*— volvieron entonces, en la oscuridad, con un peso que no habían tenido a las nueve y veinte, cuando solo eran una frase de cariño más. Ahora, de madrugada, dejaron de sonarle a diagnóstico ajeno y empezaron a sonarle a la única verdad que le quedaba.

No sabía que llevaba tres intentos fallidos de hablar con su marido, tres semanas de una amiga que aparecía siempre en el

segundo exacto, tres meses de una vigilancia tan bien disfrazada de cariño que ni la propia víctima conseguía verla.

Solo sabía, o creía saber, lo único que alguien se había encargado, con mucha paciencia, de que creyera:

Que el problema, como siempre, estaba en ella.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
## Vigilancia

*Jueves, 22 de agosto de 2024*
*La Bodega. Cocina. 17:45 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Harper había salido después de comer con el Kona rumbo al concesionario de Jerez, donde llevaba semanas posponiendo la revisión anual que el coche llevaba pidiendo a gritos desde antes de Zahara, y había aprovechado para quedar de paso con un excompañero de carrera al que hacía meses que no veía más que por wasap, a tomar un café mientras esperaba a que el taller terminara. Por la noche, además, tenían plan: Alex los había invitado a los dos a una barbacoa en su casa de Rota, con su mujer y sus tres hijos, «para que Nya conozca de una vez a la familia, que ya está bien de que solo la vea yo dos veces por semana en un sótano». Harper se había ofrecido a llevar el vino y algo de postre. «A las nueve en casa de Alex», le había dicho a Nya antes de irse, con esa sonrisa que a ella todavía le sorprendía encontrarse encima de la mesa del desayuno cada mañana. Nya se lo había agradecido con un beso, un poco nerviosa por la idea de conocer por fin a la mujer y a los hijos de aquel hombre que llevaba semanas enseñándole a pegar sin miedo, sin sospechar todavía que la tarde, antes de llegar a esa barbacoa, le iba a exigir mucho más de lo que ninguno de los dos había previsto.

Así que la casa era solo suya, y de Alex, que había llegado a las cinco y media con la bolsa de siempre y la costumbre, ya asentada

en las últimas semanas, de sentarse primero un rato en la cocina antes de bajar al sótano.

—Necesito el café antes de que me des de comer al saco —había dicho la primera vez, medio en broma, y desde entonces se había convertido en ritual: quince minutos de charla ligera, con las manos todavía sin vendar, antes de que empezara la parte seria.

Aquella tarde hablaban de nada en particular. Alex contaba una batalla campal con su hijo mediano por el mando de la consola, Nya se reía de verdad, con la taza entre las manos, sentada de cara a la ventana que daba al camino de albero.

Y entonces lo vio.

El coche pasó despacio, gris, con la matrícula que terminaba en los mismos cuatro dígitos que llevaba semanas sin apuntar en ningún sitio porque se había prometido a sí misma que no iba a volver a hacerlo. Pasó una vez, frenó casi imperceptiblemente a la altura de la cancela, y siguió.

—¿Nya?

Ella no contestó. Tenía la vista clavada en la ventana, en el punto exacto donde el coche había desaparecido ya, y la taza, entre sus manos, había dejado de estar quieta: le temblaba lo justo para que un poco de café se derramara por el borde sin que ella pareciera notarlo.

—Nya. —Alex se levantó, con la voz de médico que se le activaba sola en momentos así, sin perder ni un ápice de calidez—. ¿Qué has visto?

Nada. Todo. Un coche gris que podía ser cualquier cosa —un vecino despistado, un repartidor, una pareja buscando una finca en venta— y que su cuerpo, sin embargo, ya había decidido que era la única cosa que de verdad importaba en el mundo. El corazón se le disparó de golpe, sin escalada, sin aviso, directamente al galope, y el aire se le quedó atascado a medio camino entre la garganta y el pecho, negándose a bajar del todo.

—Nya, suelta la taza. Despacio.

Ella no la soltó. No podía. Las manos ya no le respondían del todo, y una parte de su cabeza, la parte entrenada durante años para no fallar nunca, para sostenerlo todo sin que se le cayera nada,

se aferró a aquella taza como si soltarla fuera admitir que había perdido también el control de aquello.

—Nya. Mírame.

Alex se la quitó de las manos con suavidad, la dejó sobre la mesa sin ruido, y se puso en cuclillas frente a ella, buscándole los ojos con una insistencia que no era invasión, era ancla.

—Mírame a mí. No al coche, no a la ventana. A mí.

Nya lo miró, o lo intentó, porque los ojos se le iban solos hacia la ventana una y otra vez, como si una parte de ella necesitara seguir vigilando aunque el resto se estuviera cayendo a pedazos. La respiración se le había subido del todo al pecho, corta, alta, desesperada, y empezó a temblar de una manera que Alex reconoció al instante, con esa parte de él que era médico antes que amigo: hiperventilación franca, taquicardia visible en el cuello, las manos ya agarrotadas en una postura que no era voluntaria.

—Estás teniendo un ataque de pánico, Nya. Eso es lo que es. Nada más. —Le cogió las dos manos, firmes, cálidas, sin apretar más de lo necesario—. No te vas a morir. No te va a pasar nada. Es tu cuerpo confundiendo un peligro viejo con uno de ahora mismo, y yo estoy aquí, contigo, y no me voy a ir a ningún sitio.

—El coche… —consiguió decir ella, con la voz rota, irreconocible —. Otra vez… el mismo…

—Puede que sea el mismo. Puede que no lo sea. Ahora mismo eso no importa, Nya, ahora mismo lo único que importa es que respires. —Alex mantuvo la voz baja, uniforme, sin un solo pico que pudiera sobresaltarla más—. Mírame. Aquí. Los ojos aquí.

Ella lo intentó. El cuerpo entero se le sacudía con pequeños espasmos que no controlaba, la vista se le nublaba en los bordes, y por un momento, un momento que a Alex le pareció eterno y que en realidad duró apenas unos segundos, Nya dejó de estar del todo en aquella cocina: estuvo en otro sitio, en una habitación con espejos que él no podía ver, con una voz que él no podía oír, y su cuerpo, sentado a la mesa, se convirtió en la única parte de ella que seguía allí, sosteniendo el sitio.

—Nya. —Alex le apretó las manos, sin soltarla, sin dejar de buscarle la mirada—. Vuelve. Aquí. Conmigo. Estás en tu cocina, es

jueves, es agosto, y yo estoy aquí sujetándote las manos y no me voy a mover hasta que vuelvas del todo.

Poco a poco, muy despacio, los ojos de Nya empezaron a enfocar de verdad, a dejar de escaparse hacia la ventana, a quedarse en la cara de Alex el tiempo suficiente para reconocerla. La respiración seguía alta, pero empezaba, con una lentitud dolorosa, a bajar un grado, luego otro.

—Eso es —dijo Alex, sin soltarle las manos—. Así. Otra vez. Tú marcas el ritmo, yo solo estoy aquí.

Pasaron varios minutos así, con Alex en cuclillas frente a ella, sin prisa, sin preguntas, sosteniéndole las manos y la mirada con la misma paciencia con la que sostenía cualquier cosa importante, hasta que el cuerpo de Nya, agotado ya del propio esfuerzo de temblar, empezó a aflojarse poco a poco, con esa flacidez que sigue siempre al miedo cuando por fin decide soltar.

—Perdón —susurró ella, al fin, con la voz todavía rasposa.

—No. —Alex lo dijo con una firmeza suave, sin dureza—. Aquí no se pide perdón por esto. Nunca.

Nya asintió, y se dejó caer un poco hacia delante, con la frente casi tocando el hombro de Alex, agotada de una manera que no tenía nada que ver con el cansancio físico de los entrenamientos. Alex se quedó quieto, dejándola apoyarse, sin decir nada más durante un buen rato, hasta que ella misma, muy despacio, se incorporó de nuevo.

—¿Mejor?

—Mejor. —Nya se pasó las manos por la cara, todavía temblorosas—. No sé qué me ha pasado.

—Yo sí lo sé, más o menos. Y por cómo ha sido esto, Nya, algo me dice que Aeris no me contó ni la mitad de lo que hay detrás de todo esto cuando vino a pedirme que te entrenara.

Ella no contestó enseguida. Se quedó mirando la mesa, la taza volcada, el charco pequeño de café ya frío extendiéndose despacio hacia el borde.

—Es complicado —dijo, al fin.

—No te estoy pidiendo que me lo cuentes. —Alex se levantó, despacio, sin prisa, y le sirvió un vaso de agua que ella no había

pedido—. Solo te digo lo que veo, como amigo, no como médico esta vez: esto no ha sido ansiedad genérica de estudiante agobiada, ni rabia contenida buscando salida, que es lo que Aeris me contó al principio. Esto ha sido terror concreto, Nya. Terror con nombre, aunque no me lo digas. Y quien fuera que te enseñara a tener tanto miedo de algo tan específico, hizo un trabajo muy a conciencia.

Nya cerró los ojos un momento, con el vaso de agua entre las manos todavía inestables.

—No sé si era él —dijo, casi en un susurro—. El coche, digo. No sé si era real o si me lo estoy inventando otra vez, como tantas otras veces. Y esa es la parte que peor llevo, Alex. No saber ya ni siquiera distinguir mi propio miedo del peligro de verdad.

Alex no le dio una respuesta fácil, porque no la tenía, y porque llevaba ya lo bastante de médico encima como para no fingir certezas que no poseía.

—Pues entonces vamos a bajar al sótano —dijo, en cambio, con una suavidad nueva, distinta a la de sus otras sesiones—, y en vez de trabajar la postura, hoy vamos a trabajar solo esto: a respirar, a sentir el suelo bajo los pies, a estar en tu cuerpo aunque tu cabeza esté en otro sitio. Lo demás, el saco, el gancho, todo eso, puede esperar a que estés lista otra vez.

Nya asintió, y se levantó de la mesa con las piernas todavía un poco temblorosas, siguiendo a Alex hacia la puerta del ala vieja.

—Esta noche vienes a mi casa, ¿te acuerdas? —preguntó Alex, ya en el primer escalón, con un tono que buscaba aterrizarla en algo normal, en un futuro cercano y sin amenazas—. Mi mujer lleva toda la semana preguntando cuándo por fin te conoce. Y el pequeño, que tiene doce años y una fase de boxeo altísima desde que le conté que te entreno, no ha parado de preguntarme si le vas a enseñar el gancho ese que tanto elogio le he echado.

Nya soltó una risa pequeña, todavía temblorosa, pero risa al fin.

—¿En serio?

—En serio. Y los otros dos, que ya tienen edad de fingir que les da igual todo, llevan igualmente toda la semana preguntando por lo bajini cuándo vienes, así que no te dejes engañar por la cara de indiferencia adolescente que te van a poner en cuanto llegues. —

Alex le puso una mano breve en el hombro, de camino a los escalones—. Y para entonces vas a estar bien. Te lo prometo. No vamos a forzar nada ahí abajo, solo vamos a asegurarnos de que cuando llegues a mi casa esta noche, estés tú entera y no la mitad de ti que se ha quedado en esa ventana.

Nya sonrió, un poco más ya, agradecida por el ancla de un plan tan pequeño y tan concreto —un chaval de doce años deseando enseñarle sus ganas de boxear, dos adolescentes fingiendo indiferencia, una familia entera dispuesta a abrirle un hueco—, y bajó con él el resto de la escalera hacia el sótano, mientras arriba, en la cocina, la taza volcada seguía dejando escapar un hilo fino de café frío sobre la madera, y en algún punto de la carretera, quizás a un kilómetro, quizás a cien, un coche gris con la matrícula terminada en 4382 seguía su camino, indiferente, hacia ninguna parte que nadie pudiera confirmar jamás.

Pero mientras bajaba, escalón a escalón, con las piernas todavía inestables y la mano de Alex cerca de la suya por si acaso, algo se cerró dentro de Nya con un chasquido sordo, silencioso, que no tuvo nada que ver con el coche ni con el pánico ni con la barbacoa de esa noche.

Llevaba meses dándole vueltas. Llevaba, si era sincera consigo misma, mucho más que meses. Y hasta ese momento siempre había encontrado una razón para posponerlo un poco más: que no estaba preparada, que hacía falta el momento adecuado, que primero tenía que sentirse fuerte de verdad y no solo fingir que lo estaba delante de los demás. Pero algo en el terror de los últimos veinte minutos, en la manera en que su propio cuerpo había decidido rendirse sin pedirle permiso, le había enseñado algo que no esperaba aprender un jueves cualquiera de agosto: que la espera nunca la iba a dejar lista. Que llevaba media vida esperando a estar preparada para cosas que no se preparaban esperando, sino haciéndolas.

No se lo dijo a Alex. No se lo iba a decir a Aeris esa noche, ni en la barbacoa, ni en la cama, ni al día siguiente por la mañana antes de salir de casa, porque sabía, con una certeza que no admitía discusión, que si lo anunciaba en voz alta alguien encontraría la manera de convencerla de esperar un poco más, de acompañarla,

de organizarlo todo con el cuidado excesivo con el que la gente que la quería organizaba últimamente cada cosa que la asustaba.

Y esta, por una vez, tenía que hacerla sola. Sin avisar. Sin darle a nadie la oportunidad de prepararla ni de prepararse.

Mañana.

Iría mañana.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
## Selene

*Viernes, 23 de agosto de 2024*
*Centro Penitenciario de Algeciras — Botafuegos.*
*Carretera del Cobre, km 4,5. 12:30 h.*
*Algeciras.*

Aquella mañana, había sido muy convincente.

—He quedado con Carmen, voy a pasar el día por ahí. Por la tarde tengo academia, así que no me esperes hasta la noche.

Se lo había dicho a Harper mirándolo a los ojos, con la misma naturalidad con la que le decía cualquier otra cosa cierta, y esa facilidad para mentir sin que le temblara la voz era, quizás, lo que más asco le daba de sí misma aquella mañana, mientras conducía hacia el sur con las manos demasiado firmes sobre el volante. No le gustaba mentirle. No recordaba haberle mentido nunca, ni en cosas pequeñas, y aquella mentira, tan bien construida, tan fácil de sostener, le dejó un regusto amargo que no se le fue en todo el trayecto.

Pero sabía, con la misma certeza con la que sabía todo lo importante, que si le hubiera dicho la verdad, Harper habría encontrado la manera de acompañarla, de organizarlo, de convertirlo en un operativo con las mejores intenciones del mundo, y esta vez, por una vez, necesitaba hacerlo sola. Sin testigos que la miraran esperando que se rompiera. Sin nadie más cargando con el peso de verla entrar en aquel sitio.

Carmen sí sabía la verdad. Le había mandado un mensaje esa misma mañana —*voy a verla, hoy, no me preguntes más, solo*

*necesito que si Harper te llama por lo que sea, no me delates*— y Carmen, que llevaba semanas esperando esa noticia sin presionarla nunca, había contestado con una sola palabra: *Ve.* Sin preguntas. Sin condiciones. Exactamente lo que le había prometido en la playa.

El Centro Penitenciario de Algeciras apareció al final de la carretera del Cobre como una mole gris y horizontal, tendida sobre el terreno con la indiferencia de quien no necesita anunciarse: no había torres góticas, ni muros románticos de piedra vieja, solo hormigón, alambre de espino en capas concéntricas y una extensión tan grande que costaba abarcarla con la vista desde el aparcamiento de visitas. Quince módulos, había leído Nya la noche anterior, sin poder dormir, repasando información sobre el centro como quien repasa el terreno antes de una batalla. Trece para hombres. Dos para mujeres. Más de mil celdas, construidas para acoger a mil quinientos internos y llevando años acogiendo a más.

Aparcó, apagó el motor, y se quedó un momento con las manos todavía en el volante, respirando.

Había sacado el pase dos días antes, sin apenas esfuerzo, a través de RED Abogacía: colegiada como letrada desde hacía años, aunque llevara meses sin ejercer más que en la teoría de sus propios temarios, todavía conservaba el acceso profesional a los centros penitenciarios, sin listas de espera, sin los tres meses de demora que le habría exigido cualquier solicitud de comunicación familiar ordinaria. Le había bastado con marcar la casilla correcta y esperar la confirmación automática. Nadie le había pedido explicaciones sobre qué asunto legal la llevaba a visitar a una interna que compartía con ella algo más que un apellido de mentira.

El acceso profesional era más rápido que el de las visitas ordinarias, pero no menos minucioso: identificación, el carné colegial revisado dos veces, un arco de seguridad, una cacheadora amable pero exhaustiva, una taquilla donde dejó el móvil, las llaves, todo lo que pudiera parecerse a un objeto del mundo exterior. Ningún trámite le llevó más de un par de minutos, y sin embargo cada uno de ellos le quitaba, a su manera, un poco más de la coraza con la que había salido de casa. Los pasillos olían a lejía industrial y a algo más difícil de nombrar, una mezcla de sudor, de cemento húmedo y

de tiempo detenido que se le pegó a la garganta desde el primer momento. Puertas que se cerraban detrás de ella con un chasquido metálico y definitivo, cada una más pesada que la anterior, camino del locutorio de letrados, como capas de un pozo del que ya no habría vuelta rápida si algo salía mal.

Para cuando la sentaron en el locutorio de letrados —una mesa atornillada al suelo, dos sillas, un funcionario apostado junto a la puerta con la mirada perdida en algún punto neutro del techo, discreto pero presente, porque a fin de cuentas aquella no era una visita profesional de verdad— Nya tenía el pulso tan alto que podía notárselo en las sienes. Un cristal blindado, grueso y ligeramente ahumado, partía la mesa en dos mitades exactas: la suya y la que en unos minutos ocuparía Selene. No habría manera de tocarse, ni de estrecharse la mano, ni de repetir ningún gesto de las pocas veces que se habían visto antes de aquello. Solo un telefonillo anclado a cada lado del cristal, con el cable corto y grueso de los que no se pueden arrancar, por el que tendrían que pasarse cualquier palabra que quisieran decirse.

Y entonces trajeron a Selene.

-*.*-

Llevaba el pelo más corto de lo que Nya recordaba, recogido hacia atrás con una sencillez que no necesitaba adornos, y un chándal gris de algodón basto, de los que repartía el centro, que a cualquier otra interna le habría sentado como una condena más y que a ella, sin embargo, le sentaba con la misma elegancia insultante con la que le había sentado siempre cualquier cosa que se pusiera encima. Se sentó frente a Nya con la parsimonia de quien no tiene ninguna prisa en la vida, cruzó las manos sobre la mesa, y sonrió.

Y ahí estaba. La cicatriz, fina y ya blanca por los años, justo debajo del pómulo izquierdo, en el mismo lugar exacto donde Nya llevaba la suya. El mismo corte que Selene se había hecho a sí misma aquella noche en Benaocaz, con el cuchillo todavía caliente de la propia sangre de Nya, para que las dos caras volvieran a

coincidir del todo. Un espejo que ninguna de las dos podía quitarse de encima ni queriendo, tatuado en el hueso.

Era como mirarse a un espejo que hubiera decidido, hacía mucho tiempo, tomar el camino contrario en cada bifurcación.

—Vaya, vaya. —La voz de Selene sonaba idéntica a la suya, el mismo timbre, la misma cadencia natural de dos personas nacidas del mismo cuerpo, y sin embargo cada palabra que salía de ella llegaba impregnada de un frío que Nya nunca había tenido, ni siquiera en sus peores días—. Mi hermanita. Ha tardado más de un año en decidirse. Empezaba a pensar que me tenías miedo.

—No te tengo miedo.

—Claro que no. —Selene ladeó la cabeza, estudiándola con la misma atención clínica con la que un depredador estudia a una presa que ya no reconoce como tal—. Se te nota distinta. Más entera. Alguien te ha estado enseñando a plantarte bien, ¿verdad? Se te ve en los hombros. En cómo has entrado en la sala sin encogerte.

Nya no contestó. Había aprendido, en otra vida, en otra habitación, que responder a cada provocación era ceder terreno antes incluso de empezar a jugar, y aquella disciplina, la que había aprendido siendo Lady Black, le vino a las manos con una naturalidad instintiva que ni ella misma esperaba encontrar tan intacta: la espalda recta sin rigidez, la mirada sostenida sin desafío, el silencio usado como arma en vez de como refugio. Selene jugaba a desestabilizar. Nya conocía ese juego mejor que nadie en el mundo, porque durante años lo había jugado ella misma, desde el otro lado de la mesa, con otras personas.

—¿Qué quieres, Selene?

—Yo no quiero nada. Eres tú la que ha venido. —Selene sonrió, con esa media sonrisa que compartían de nacimiento y que en ella se retorcía hacia otro sitio—. Aunque supongo que no has venido a verme a mí, exactamente. Has venido a preguntarme por la finca. Por Benaocaz. Por la Clínica Cielo. Por el nombre que llevo veinticuatro años sin tener, igual que tú.

Nya sintió el nombre de la clínica clavarse en algún punto entre las costillas, pero no dejó que se le notara en la cara. Otra técnica

vieja. Otro reflejo de una disciplina que creía olvidada.

—¿Sabes algo?

—Sé lo mismo que sabes tú. Nada. —Selene se encogió de hombros, con un desprecio elegante—. Nos vendieron como se vende el ganado, hermanita. Solo que a ti te compró alguien. A mí no me quiso nadie. —Lo dijo sin un gramo de autocompasión, como quien recita un dato meteorológico—. Antonio Palacios ni siquiera me miró una vez. Quería una niña, no dos, y la otra, según cuentan, le importó más bien poco desde el primer momento. No hizo falta que le fallara nada. Le bastó con que fuéramos dos. Así que acabé en una inclusa de Cádiz, y de ahí a un orfanato del que no vale la pena ni que recuerde el nombre. Ningún matrimonio me quiso en acogida, ¿sabes por qué? Porque hasta de niña se me notaba algo que a la gente le incomodaba mirar. Los cuidadores tenían un método muy sencillo para las que llorábamos de más por las noches. Ya te puedes imaginar cuál. No hace falta que te dé detalles, no eres de las que necesita que le mastiquen las cosas.

—Eso no te da derecho a lo que hiciste.

—No estoy pidiendo derechos, hermanita. Estoy explicando el origen, que no es lo mismo. —Selene ladeó la cabeza, y en sus ojos no había ni rastro de la herida que acababa de describir, solo un desprecio frío y curioso, como el de un científico observando una muestra—. Tú saliste de esto con un piano y una casa con jardín. Yo salí con la certeza clarísima, aprendida a golpes antes de saber hablar, de que a nadie le importa una mierda la vida de nadie. Ni la mía, ni la tuya, ni la de esa jueza que investigaba, ni la de las mujeres que Aeris Harper cree estar protegiendo ahora mismo. La compasión es un lujo que se permite la gente a la que nunca le ha hecho falta. Yo no tengo ese lujo. No lo eché de menos ni un solo día.

—Tú decidiste ser esto.

—Yo decidí dejar de fingir que era otra cosa. —Los ojos de Selene, idénticos a los suyos y sin embargo tan distintos por dentro, brillaron con algo parecido al orgullo—. Tú sigues fingiendo, Nya. Con tu juez, con tu casa bonita, con tu piano de niña buena. Sigues

creyendo que puedes ser alguien distinta de lo que de verdad eres. Yo, al menos, tengo el valor de ser exactamente lo que soy.

—Lo que eres es una asesina encerrada en una jaula.

Selene se rio, un sonido corto y sin humor real, y por primera vez en toda la conversación se inclinó un poco hacia delante, acortando la distancia sobre el cristal.

—La jaula es temporal, hermanita. La verdad de lo que somos, no. —Bajó la voz, y algo en su tono cambió de una manera que a Nya le erizó la piel antes incluso de entender por qué—. Tú y yo no somos tan distintas como te gusta creer. Las dos aprendimos a sobrevivir doblándonos. La diferencia es que yo dejé de doblarme para otros y empecé a doblar yo. Y tú… tú todavía crees que puedes elegir no doblarte más. Qué ingenuidad tan bonita.

—No me estoy doblando por nadie.

—¿No? —Selene sonrió, despacio, y entonces, con una naturalidad que hizo que a Nya se le helara la sangre antes de terminar de procesar la frase entera, dijo—: Crees que quieres ser libre, hermanita. Que tienes fuerza. Pero yo sé lo que eres realmente: una niña perdida que todavía necesita que alguien le diga cómo vivir.

El mundo se detuvo un segundo.

No era la voz de Selene. Era exactamente su voz, el mismo timbre, la misma boca moviéndose para pronunciarla, y sin embargo Nya reconoció, con una certeza física que le subió por la espalda como agua helada, que aquella frase no había nacido en la cabeza de su hermana. Reconoció el ritmo, la cadencia pausada, esa manera de construir la frase como una sentencia y no como una opinión, sin necesitar nunca alzar la voz para que doliera más. Lo había oído mil veces, en una habitación con espejos que ya no visitaba ni en sueños. Lo había oído en frases parecidas, en el mismo tono exacto, en la misma pausa calculada antes de la palabra final.

—Esa frase no es tuya —dijo Nya, con la voz más baja de lo que pretendía.

Selene levantó una ceja, la viva imagen de la inocencia, aunque algo en el fondo de sus ojos brillara con un placer que no se molestó en disimular del todo.

—¿Ah, no? Qué cosas dices.

—Es suya. —A Nya le costó pronunciar el nombre, incluso allí, incluso después de tanto tiempo, incluso sabiendo que decirlo en voz alta no iba a invocarlo—. De Lucian.

Algo cruzó el rostro de Selene, rápido, casi imperceptible, y por primera vez en toda la conversación Nya vio, debajo de la máscara perfecta de su hermana, algo que no supo nombrar del todo: no miedo, exactamente, pero sí una especie de respeto reticente, el de quien acaba de comprobar que el adversario que tenía enfrente sabe más de lo que aparentaba.

—Vaya —dijo Selene, recomponiéndose con una rapidez admirable—. Sigues afinando el oído, hermanita. Eso también se te nota.

—Todavía le hablas. —No era una pregunta—. Desde aquí dentro. De alguna manera, todavía te llegan sus palabras.

—Yo no he dicho eso.

—No hacía falta que lo dijeras. Acabas de repetir una frase suya con su misma cadencia exacta, palabra por palabra, sin darte ni cuenta de que lo hacías. —Nya sintió que algo en su interior, la misma disciplina fría que la había sostenido toda la conversación, empezaba a resquebrajarse por primera vez, no de miedo a Selene, sino de la certeza mucho más aterradora de lo que aquello significaba—. Eso no es una coincidencia, Selene. Eso es un guion. El mismo guion que ya te escribió una vez para que hicieras lo que hiciste. Y sigue escribiéndote, aunque estés aquí encerrada, aunque él no pueda ni visitarte.

Selene no lo negó. Se limitó a sonreír, con esa media sonrisa suya que ya no parecía del todo suya tampoco, y guardó silencio con la elegancia de quien sabe que el silencio, en ese momento, dice más que cualquier confesión.

Nya sintió que el suelo del locutorio, la mesa atornillada, el funcionario junto a la puerta, todo se volvía un poco menos sólido a su alrededor. Podía plantarle cara a Selene. Podía sostenerle la mirada, medir sus silencios, jugar su mismo juego de control con la misma frialdad aprendida durante años como Lady Black, porque

Selene, con toda su maldad, era un adversario que Nya sabía leer: humano, egoísta, previsible en su propia crueldad.

Pero Lucian no estaba en aquella sala, y aun así acababa de ganar la partida sin mover una sola pieza visible.

Contra Selene, Nya sabía defenderse.

Contra la sombra de Lucian, filtrándose incluso a través de los barrotes de una prisión de máxima seguridad, a través de la boca de su propia hermana, no tenía ni una sola defensa que llevara puesta.

-*.*-

*17:40 h.*
*La Bodega. El Puerto de Santa María.*

Harper llevaba toda la tarde con el teléfono sobre la mesa del estudio, mirándolo de reojo entre folio y folio del expediente de Antonio Palacios, diciéndose a sí mismo que Nya estaba con Carmen, que luego tenía academia, que todo estaba exactamente donde debía estar. Se lo había repetido tantas veces a lo largo del día que casi había dejado de sonar a tranquilidad y había empezado a sonar a conjuro.

El teléfono vibró. Número oculto.

Harper lo supo antes de descolgar, con esa certeza física que ya no necesitaba confirmación externa.

—Dime.

—Aeris. —La voz de Lucian sonaba exactamente igual que en la gasolinera, la misma cadencia sin prisa, el mismo timbre que no necesitaba subir de volumen para dejar clara su autoridad sobre la conversación—. Te dije que había cosas que era mejor no desenterrar. Y sin embargo aquí estamos, con Nya paseándose por Botafuegos esta misma mañana, como si las advertencias fueran sugerencias que una pareja puede discutir en la cama y descartar si les apetece.

El mundo se detuvo un segundo entero.

Harper sintió el nombre de la prisión clavarse en algún punto entre las costillas, el mismo sitio exacto donde había sentido, semanas atrás, la certeza de que Lucian no mentía nunca sobre lo

que sabía. No tenía ni la más remota idea de que Nya hubiera puesto un pie en Algeciras aquel día. Se lo había dicho ella misma esa mañana, mirándolo a los ojos: Carmen, la academia, un día cualquiera. Y sin embargo no dejó que ni una sola fibra de su cara, de su voz, de su respiración, delatara la sacudida que aquello le acababa de producir por dentro. Si Lucian llegaba a intuir que Harper no lo sabía, que Nya se lo había ocultado también a él, ganaría algo mucho peor que información: ganaría la certeza de que había una grieta entre ellos dos, un hueco por el que colarse.

—No decido yo adónde va Nya —dijo Harper, con la voz tan templada como pudo sostenerla, ni un segundo de más de silencio, ni una sola palabra que sonara a sorpresa—. Nunca lo he decidido. Y no pienso empezar ahora, ni por ti ni por nadie.

—Qué principios tan bonitos. —Lucian dejó la frase flotar un momento, saboreándola—. Aunque me pregunto si esos principios tan elegantes te van a servir de consuelo el día que a Nya le pase algo por ir sola a sitios donde la gente equivocada puede estar esperándola.

—¿Es una amenaza?

—Ya hablamos de esto la otra noche, Aeris. Las amenazas son para quien necesita convencer. Yo solo te estoy diciendo lo que veo. Y lo que veo, hoy, es a una mujer entrando sola en una prisión de máxima seguridad, sin que nadie que la quiera supiera exactamente dónde estaba, mientras el hombre que se supone que la protege se queda tranquilamente en su despacho revisando papeles de otro caso. —Una pausa, calculada, cruel—. No te preocupes. Yo sí sabía dónde estaba. Alguien tenía que saberlo.

Harper cerró los ojos un segundo, con el teléfono apretado contra la oreja, y contuvo, con un esfuerzo que le costó cada músculo de la mandíbula, la necesidad urgente de preguntar cómo, de preguntar desde cuándo, de preguntar cuánto sabía Lucian de los movimientos de Nya que él mismo desconocía. No le iba a dar esa satisfacción. No le iba a confirmar que aquella llamada acababa de descubrirle una grieta que ni él mismo sabía que tenía.

—Gracias por la información —dijo, en cambio, con una frialdad que le costó fabricar de la nada—. Aunque no la necesitaba.

—Por supuesto que no. —Lucian sonó, si acaso, divertido por la actuación—. Que pases buena tarde, Aeris. Dale recuerdos a Nya cuando llegue de su día tan ajetreado.

Colgó sin esperar respuesta.

Harper se quedó de pie, con el teléfono todavía en la mano, sintiendo cómo el aire se le quedaba atascado un segundo antes de conseguir bajarle del todo al pecho, cuando el teléfono volvió a vibrar casi de inmediato, sobresaltándolo de una manera que no le habría sobresaltado en un día normal.

*Alex.*

Descolgó, todavía con el pulso acelerado, intentando que no se le notara en la voz.

—Dime.

—Oye, nada importante, era para confirmar lo del jueves que viene con Nya, que mi mujer me ha preguntado si prefiere el pescado a la plancha o… —Alex se detuvo a media frase—. Aeris. ¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente.

—No suenas bien.

—Estoy liado con el expediente de Antonio, nada más. —Harper se pasó la mano por la cara, intentando recomponer una normalidad que ya no sentía—. Dile a tu mujer que el pescado, que a Nya le encanta.

Se hizo un silencio breve al otro lado, del tipo que Alex sabía sostener cuando algo no le cuadraba del todo, veintiséis años de amistad dándole el instinto exacto para saber cuándo una voz mentía aunque las palabras fueran ciertas.

—Voy para allá.

—No hace falta, Alex, de verdad, estoy…

—No te lo estoy preguntando. —Lo dijo sin dramatismo, con la misma naturalidad con la que habría dicho que iba a parar a por pan —. Cojo el coche y en veinte minutos estoy ahí. Si al final resulta que no era nada, pues nos tomamos una cerveza y de paso te ayudo a recoger el estudio, que seguro que lo tienes hecho un desastre. Pero por esa voz, Aeris, no te voy a dejar solo esta tarde. Y no me

discutas esto, que llevo veintiséis años sin hacerte caso cuando dices que estás bien y no pienso empezar ahora.

Colgó antes de que Harper pudiera insistir, y Harper se quedó con el teléfono en la mano, sintiendo, en medio de todo el miedo de aquella tarde, una gratitud pequeña y silenciosa por tener, todavía, a alguien capaz de oír una mentira en dos palabras y presentarse de todos modos sin que se lo pidieran.

Pero la gratitud no le duró más que un instante. Debajo de ella seguía el peso repentino y aplastante de comprender que Nya llevaba todo el día en el peor sitio posible para una mujer a la que un hombre como Lucian Fauden vigilaba tan de cerca que sabía sus movimientos antes que su propia pareja, sola, sin que él hubiera podido hacer nada para protegerla porque ni siquiera había sabido que hacía falta.

Y sin embargo, el miedo que sentía en ese momento no era por la prisión, ni por Selene, ni por nada que Nya pudiera haber encontrado allí dentro.

Era por la certeza fría de que Lucian la había estado observando, en algún momento de aquel día, con la misma paciencia con la que observaba todo, y que Harper no tenía manera de saber cuánto de cerca, ni desde dónde, ni durante cuánto tiempo.

Se quedó un momento con la vista perdida en la ventana del estudio, la luz de la tarde cayendo ya sobre las viñas de los vecinos, y entendió, con una claridad que le dolió más que cualquier otra cosa de aquel día, que el silencio que había mantenido hasta entonces —protegerla de saberlo, dejarla dormir tranquila unas semanas más, esperar el momento perfecto que nunca iba a llegar— se le acababa de volver en contra de la peor manera posible.

Nya iba a llegar esa noche a casa sin saber que Lucian existía en su vida presente, no solo en su pasado. Iba a llegar sin saber que había un hombre observándola, midiendo sus rutinas, capaz de saber dónde había estado esa misma mañana antes de que ella misma se lo contara a nadie. Y mientras Harper siguiera callándoselo, por bienintencionado que fuera el silencio, Nya seguiría caminando por el mundo completamente expuesta, sin ni siquiera saber que tenía que mirar por encima del hombro.

Eso se acababa esa noche.

Se lo iba a contar todo. Lo de la gasolinera, lo del hombre que llevaba semanas vigilándola sin que ninguno de los dos lo supiera del todo, lo de esta llamada. Todo. Le doliera lo que le doliera a los dos, una Nya informada y asustada era infinitamente más segura que una Nya protegida y ciega.

Harper se sentó a esperarla, con el expediente cerrado sobre la mesa y el corazón latiéndole más deprisa de lo que le había latido en la gasolinera, con Lucian a un metro de su espalda.

Aquella noche, por primera vez, el miedo no vino de un hombre esperándolo junto a un surtidor.

Vino de saber, con una certeza que ya no admitía duda, que ese mismo hombre había estado mirando a Nya todo el día, y que ninguno de los dos, ni Harper ni ella, se había dado ni cuenta.

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
## Confianza

*Viernes, 23 de agosto de 2024*
*La Bodega. 20:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Nya oyó las voces desde el camino de albero, antes incluso de apagar el motor: la de Alex, grave y tranquila, y la de Harper por debajo, tensa, cortada en frases demasiado breves para ser una conversación normal. Cuando entró en la cocina los encontró a los dos de pie, Alex con una cerveza sin tocar en la mano y Harper apoyado contra la encimera con los brazos cruzados y una expresión que Nya solo le había visto una vez, hacía meses, la noche en que un caso se le había torcido de la peor manera posible.

—Hola —dijo, dejando las llaves en el cuenco, con la cautela de quien entra en una habitación cuya temperatura no sabe todavía.

—Hola, Nya. —Alex se despegó de la encimera con una rapidez que no era casual—. Yo ya me iba, que se me hace tarde para la cena de casa.

—No hace falta que te vayas por mí.

—No es por ti. —Alex le dedicó una sonrisa breve, sincera, y de camino a la puerta le apretó el hombro a Harper, un segundo, sin decir nada más—. Nos vemos el jueves. Los dos.

Se marchó, y el silencio que dejó detrás de sí pesó como una losa recién colocada.

—¿Cómo ha ido con Carmen? —preguntó Harper, sin moverse de la encimera, con una voz tan neutra que resultaba casi peor que un grito.

Nya sintió el estómago encogérsele. No supo si era porque ya sabía lo que venía, o porque llevaba todo el día temiendo

exactamente aquella pregunta.

—Aeris…

—¿Cómo ha ido con Carmen? —repitió él, más despacio esta vez, y en la repetición ya no había neutralidad ninguna. Había dolor, disfrazado de control—. Porque me interesa mucho saberlo. Y me interesa todavía más saber cómo ha ido la academia esta tarde.

—Lo sabes.

—Lo sé. —Harper se apartó de la encimera al fin, y el movimiento tuvo algo de contención rota—. Sé que has estado en Botafuegos. Sé que me has mentido esta mañana, mirándome a la cara, con la misma tranquilidad con la que me dices que hace buen día. Y llevo desde las cinco de la tarde intentando decidir si estoy más asustado o dolido, y todavía no lo he decidido.

—Necesitaba ir sola.

—¡Podrías habérmelo dicho! —La voz de Harper subió, no del todo, pero lo suficiente para que la palabra rebotara en las paredes de la cocina—. No te estoy pidiendo que me pidieras permiso, Nya, jamás te pediría eso. Te estoy diciendo que podrías habérmelo dicho. Que soy la persona con la que vives, con la que duermes, y que en vez de contarme la verdad decidiste construir una mentira completa, con Carmen incluida, para que yo no tuviera ni idea de dónde estabas en el peor sitio del mundo para ti.

—¡Porque sabía que ibas a hacer esto! —Nya también alzó la voz, aunque se contuvo, aunque cada palabra le costara un esfuerzo consciente por no cruzar una línea que se había prometido no cruzar nunca con él—. Exactamente esto, Aeris. Esta cara. Este tono. Esta necesidad tuya de convertir mi decisión en un problema tuyo que resolver.

—No es que quiera resolverlo. Es que me da miedo.

—¿Miedo de qué?

Harper se quedó callado un segundo de más, y en ese segundo, Nya lo vio: la duda, el cálculo, la decisión rápida de tragarse algo que quería decir y no decirlo todavía. No supo nombrarlo en ese momento, pero lo sintió, esa fracción de silencio que no encajaba con el resto de la conversación.

—Miedo de que te pase algo —dijo él, al fin, y no era mentira, pero tampoco era toda la verdad, y esa distancia entre las dos cosas se le notó en la voz lo suficiente como para que Nya, sin saber de qué, sintiera que le estaban ocultando algo.

—¿Qué me iba a pasar? Es mi hermana, Aeris. Está encerrada. Hay un cristal entre las dos, un funcionario en la puerta y cero posibilidad de que me ponga una mano encima. Fui a verla porque llevaba un año necesitando hacerlo, y lo hice de la única manera que sabía hacerlo: sola, sin que nadie me organizara la visita como un operativo de seguridad del Estado.

—No te estoy hablando solo de Selene.

—¿Entonces de qué?

Harper no contestó. Apretó la mandíbula, con esa contención suya que en otros momentos Nya encontraba admirable y que en ese instante, cargado de todo lo demás, le pareció, por primera vez, insoportable.

—¿Ves? —dijo ella, con una amargura que le salió de un sitio muy hondo—. Eso. Justo eso. Te callas lo que de verdad te preocupa y me sueltas la mitad, y luego te enfadas conmigo porque yo he hecho exactamente lo mismo. Te he ocultado adónde iba. Tú me estás ocultando por qué te importa tanto. Somos iguales, Aeris, ¿no lo ves? Los dos escondiendo la mitad de la verdad para proteger al otro, y los dos convencidos de que el otro no lo va a notar.

—No es lo mismo.

—¡Es exactamente lo mismo! —Ahora sí, la voz de Nya se rompió un poco, no de rabia sino de algo más antiguo y cansado—. Llevo dos años dejándote entrar en cada rincón de mi cabeza que soy capaz de abrir, Aeris. Cada uno, a mi ritmo, cuando podía. Y hoy, la primera vez que decido hacer algo sola, sin pedirte permiso, sin necesitar que me acompañes ni que me protejas ni que organices nada, ¿sabes lo que siento cuando entro por esa puerta y te veo con esa cara? Siento que ni siquiera confías en que yo sepa cuidarme a mí misma.

—Confío en ti más que en nadie en este mundo.

—Pues no lo parece.

—¡Es que tengo motivos para tener miedo, Nya, y no te los puedo contar todavía! —Harper se pasó las manos por la cara, con una desesperación que no era habitual en él, que Nya no le había visto nunca, ni siquiera en los peores momentos del caso Serrano—. Y eso me está volviendo loco, porque sé que te lo tengo que contar, y sé que en cuanto lo haga esto se va a poner mucho peor de lo que está ahora, y llevo toda la tarde intentando encontrar la manera de decírtelo sin que se te caiga el mundo encima, y no la encuentro, joder, no la encuentro.

Nya se quedó quieta un momento, desarmada por la sinceridad cruda de aquello, pero el miedo, el suyo propio, que llevaba todo el día acumulándose desde el locutorio de Botafuegos, encontró la grieta y se coló por ella antes de que pudiera pensarlo mejor.

—¿Sabes qué, Aeris? A lo mejor deberías contármelo ya, sea lo que sea. Porque llevo dos años dejándote ver cada cicatriz que tengo, cada una, aunque me costara la vida enseñártelas, y tú todavía tienes cosas que **«no me puedes contar todavía»**. Así que dime. ¿Qué es lo que te da tanto miedo que ni siquiera confías en que yo lo pueda sostener?

—No es que no confíe en que lo sostengas.

—¡Entonces qué es!

—¡Es que no soporto la idea de hacerte más daño del que ya tienes! —La voz de Harper, por primera vez en toda la discusión, sonó al borde de quebrarse—. ¿Es que no lo entiendes? Tengo miedo de perderte, Nya. No de que Selene te haga nada. De que un día, con todo lo que tienes encima, decidas que ya no puedes más, que esto es demasiado, que yo soy demasiado, y te vayas. Y esa idea me tiene tan aterrado que a veces no sé si te protejo a ti o si me protejo a mí de imaginarme una vida sin ti.

El silencio que siguió tuvo un peso distinto al de todos los anteriores.

Nya sintió que algo, muy dentro de ella, se resquebrajaba con un chasquido seco, y cuando habló, la voz ya no le salió alzada, sino baja y temblorosa, la voz de alguien que ha decidido, en un segundo de desesperación total, enseñar la herida entera de una vez porque ya no le quedan fuerzas para seguir escondiéndola.

—¿Y si te dijera que tienes razón en tener miedo? —dijo—. ¿Y si te dijera que si vieras de verdad todo lo que hay dentro de mí, todo, no solo lo que ya te he contado sino lo que todavía no he encontrado la manera de decir, saldrías corriendo? Porque yo no tengo arreglo, Aeris. No tengo remedio. Puedo aprender a dormir una noche entera en Zahara y seguir teniendo el cuerpo roto por dentro. Puedo aprender a boxear y seguir sin saber quién soy cuando nadie me mira. Puedo quererte con toda el alma y aun así, algunas noches, no reconocerme a mí misma en el espejo. Así que sí, tienes motivos para tener miedo. Yo también los tengo. Llevo dos años esperando el día en que descubras que no hay suficiente amor en el mundo para arreglar lo que Lucian dejó roto en mí, y que decidas que no puedes más.

—Nya…

—No. —Ella levantó una mano, no de rechazo sino de necesidad, la necesidad urgente de terminar la frase antes de que el valor se le acabara del todo—. Déjame terminar. Porque si esto es lo que hay, si los dos tenemos tanto miedo del otro que preferimos mentir antes que arriesgarnos a perdernos, entonces a lo mejor tenemos que preguntarnos qué clase de confianza es esta, de verdad.

Harper cruzó la cocina en tres pasos y la abrazó antes de que ella pudiera terminar de procesar que se había movido, con una fuerza que no tenía nada de posesión y todo de urgencia, la clase de abrazo que se da cuando las palabras ya no alcanzan para lo que hay que decir.

—No hay ninguna herida tuya que me vaya a espantar —dijo, contra su pelo, con la voz rota del todo ya—. Ninguna, Nya. Te lo juro. Llevo dos años viéndote entera, con todo lo que tienes de hermoso y con todo lo que tienes de roto, y cada día te quiero más, no menos. El miedo que tengo no es de ti. Es de perderte. Y esos dos miedos, aunque los hayamos gritado esta noche como si fueran el mismo, no son el mismo enemigo. Son la misma herida, mirándose en un espejo.

Nya se quedó apoyada contra él, con el corazón todavía acelerado, respirando el olor de siempre, sintiendo cómo la rabia se

le iba deshaciendo poco a poco en algo mucho más simple y mucho más agotador.

—Cuéntamelo —dijo, al fin, contra su pecho—. Sea lo que sea. Ya no me lo escondas más.

Harper se apartó lo justo para mirarla a los ojos, y Nya vio en su cara algo que no le había visto nunca: el miedo de un hombre a punto de soltar algo que sabe que no se puede retirar después.

—El sábado antes de irnos a Zahara, parando a repostar de noche, se me acercó un hombre —dijo, sin soltarle las manos, como si necesitara aquel punto de contacto para atreverse a seguir—. No me dejó girarme. No hizo falta que me dijera su nombre, porque en cuanto habló supe quién era. Lucian.

El mundo se quedó quieto un segundo entero.

—¿Qué? —La voz de Nya salió apenas como un hilo—. ¿Lucian estuvo... contigo? ¿Ahí?

—A un metro de mi espalda. —Harper apretó la mandíbula, obligándose a seguir aunque cada palabra le costara—. Me dijo que sabía que estoy investigando lo de los niños robados, lo de Antonio, por mi cuenta. Y me dijo que sabía dónde habías pasado tú la tarde, Nya. Con quién. Qué llevabas puesto. Me lo describió con un detalle que no tenía ninguna manera de tener a menos que te estuviera vigilando de cerca.

Nya retrocedió un paso, soltándose de sus manos, con la cara descompuesta por una mezcla de terror y de una rabia nueva que Harper no supo, en ese momento, hacia quién iba dirigida del todo.

—¿Y no me dijiste nada? ¿Llevas semanas sabiendo que ese hombre me está vigilando y no me dijiste NADA?

—Quería protegerte de saberlo mientras...

—¡No puedes protegerme de algo ocultándome que existe, Aeris! —La voz de Nya subió, esta vez sin ningún freno, con el terror convertido ya en furia pura—. ¡Eso no es protección, es dejarme caminar por el mundo ciega mientras él me mira desde algún sitio que ni siquiera puedo imaginar!

—Lo sé. Lo sé, y me he dado cuenta hoy de lo mal que estaba esa decisión, porque hoy me ha llamado él, Nya. Esta tarde. Sabía que habías estado en Botafuegos antes de que yo lo supiera. Me lo

dijo como quien comenta el tiempo, para que entendiera que te estaba vigilando en tiempo real, hoy mismo, mientras estabas con tu hermana.

Nya se llevó las manos a la cara, y por un momento Harper pensó que iba a derrumbarse ahí mismo, en medio de la cocina, pero cuando las apartó no había derrumbe: había una determinación fría que a Harper le recordó, con un escalofrío, a la mujer que una vez había sido Lady Black.

—Cuéntamelo todo —dijo, con la voz ya sin temblar, aunque las manos le siguieran temblando a los costados—. Todo, Aeris. Palabra por palabra. Lo que te dijo, cómo lo dijo, qué cara tenía si le llegaste a ver algo, todo. No me dejes ni un detalle fuera, porque llevo media vida sobreviviendo precisamente a base de saberlo todo, y no pienso volver a dejar que nadie, ni siquiera tú, decida por mí cuánta verdad puedo soportar.

Y Harper, con la voz cada vez más firme a medida que hablaba, como si contarlo en voz alta le devolviera parte del control que llevaba días sintiendo perdido, se lo contó todo: la gasolinera, la petición de Lucian de que no se girara, la advertencia sobre los niños robados, la mención al O'Donoghue's y a los vaqueros claros y a la camiseta sencilla, la conversación sobre Selene y sobre cómo la mente humana era fácil de doblar, la confesión sobre Lady Black como el juego más delicioso que Lucian había jugado nunca, la llamada de esa misma tarde, la petición extraoficial a Parra de que alguien vigilara a Nya de cerca sin que ella lo supiera.

Cuando terminó, la cocina se quedó en un silencio distinto a todos los anteriores de aquella noche: no un silencio de pelea contenida, sino el silencio de dos personas que acaban de vaciar, por fin, todo lo que tenían dentro.

—Llevas una semana con alguien siguiéndome sin decírmelo —dijo Nya, al fin, ya sin rastro de grito, solo cansancio—. Y una semana viviendo con esto tú solo.

—Sí.

—Eso también es mentira, Aeris. Aunque la llames protección.

—Lo sé. —Harper no intentó defenderse—. Y lo siento. No por haber tenido miedo. Por haber decidido yo solo qué hacer con ese

miedo, en vez de decidirlo contigo.

Nya se quedó mirándolo un largo rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, y cuando habló de nuevo lo hizo más despacio, con la voz de alguien que ha gastado ya toda la rabia que tenía y solo le queda, debajo, la verdad simple.

—Los dos hemos hecho lo mismo esta semana —dijo—. Los dos hemos decidido, por separado, que el otro no podía con la verdad entera. Y los dos nos hemos equivocado exactamente igual.

—Sí.

—No quiero que se repita.

—No se va a repetir. —Harper dio un paso hacia ella, despacio, dejándole todo el margen para detenerlo si no quería que se acercara más, y cuando vio que ella no se apartaba, la volvió a rodear con los brazos, más suave esta vez, sin la urgencia de antes —. Te lo prometo. Lo bueno y lo malo, a partir de ahora. Aunque duela. Aunque dé miedo. Sobre todo si da miedo.

Nya apoyó la frente contra su pecho, agotada de una manera que le llegaba hasta los huesos, y se quedaron así un rato largo, los dos de pie en medio de la cocina, con todo dicho por fin y ninguna certeza todavía de qué iban a hacer con Lucian, con Parra, con el contacto discreto que llevaba una semana vigilándola sin que ella lo supiera.

Pero por primera vez en toda la noche, el silencio entre los dos no escondía nada.

—Quédate —dijo Nya, al fin, con la voz ya muy baja, casi un susurro contra su camisa—. Esta noche no quiero estar sola con ninguna de las dos cosas. Ni con el miedo, ni con lo otro.

Se quedó un momento callada, con la mejilla todavía apoyada contra su pecho, y cuando volvió a hablar lo hizo más bajito todavía, con esa clase de sinceridad que solo sale cuando ya no queda energía para fingir nada.

—Sigo teniendo miedo, Aeris. De que un día veas todo lo que hay dentro de mí y decidas que es demasiado. Que soy demasiado.

Harper no le contestó con palabras enseguida, y ese silencio, en cualquier otro momento, la habría asustado. Pero le levantó la barbilla con dos dedos, despacio, obligándola a mirarlo, y en su cara

ya no quedaba ni rastro del miedo de hacía un minuto: solo una determinación tranquila, la de un hombre que no sabe decir te quiero con la boca casi nunca, porque nunca ha sido de los que regalan esa palabra con facilidad, pero que lleva dos años demostrándolo con las manos, con la paciencia, con cada cerradura comprobada en su nombre, con cada silencio sostenido cuando ella no podía hablar.

—No voy a perder el tiempo diciéndote que eso no va a pasar —dijo, con la voz baja y templada, aunque debajo de ella corriera algo que ya no tenía nada de tranquilo—. Porque las palabras se te olvidan a la primera mala noche, y a mí nunca se me han dado bien de todas formas. Así que en vez de decírtelo, Nya, te lo voy a demostrar. Esta noche, y todas las que hagan falta, hasta que se te quite esa idea de la cabeza de una vez por todas.

A Nya se le cortó la respiración, y no fue de miedo ni de risa, sino de una necesidad tan urgente que le dolió en el pecho antes de encontrar palabras para nombrarla.

—Entonces demuéstramelo —dijo, con la voz ya rota del todo—. Ahora. No mañana, no con cuidado, no como si fuera de cristal. Necesito sentirlo, Aeris. Necesito dejar de tener esto solo en la cabeza y sentirlo en el cuerpo, aunque sea una vez.

Harper la levantó en brazos sin decir nada, sin ninguna broma que suavizara el momento, con una seriedad que a Nya le llegó más hondo que cualquier palabra de amor que él jamás fuera a pronunciar, y echó a andar hacia la escalera con ella pegada al cuerpo, la cara hundida en su cuello, sintiendo cómo la desesperación de los dos, la misma exacta, se iba trenzando en un solo impulso mientras subían.

No hablaron más hasta llegar arriba.

Y cuando por fin teniendo el umbral a su espalda, dejando fuera la cocina, la discusión, a Lucian, a Parra, al mundo entero que llevaba semanas presionándolos desde todos los lados, Harper la miró un momento en la penumbra, con una intensidad que no dejaba sitio para la duda.

—Ven aquí —dijo, y no sonó a invitación.
Sonó a la única verdad que le quedaba por decir esa noche.

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
## Lo que no se dice con palabras

*Viernes, 23 de agosto de 2024*
*La Bodega. Dormitorio. 21:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

La puerta se cerró y el mundo de fuera —Lucian, Parra, Selene, Botafuegos, todo el peso de un día que había durado demasiado— quedó al otro lado, como si la madera tuviera la capacidad de filtrar solo lo que de verdad importaba.

No hablaron. No hacía falta ya. Toda la conversación que necesitaban tener la habían tenido abajo, a gritos contenidos y verdades incómodas, y lo que quedaba ahora no era para decirlo, era para sentirlo.

Harper la dejó en el suelo, junto a la cama, y se quedó un momento mirándola en la penumbra —la luz que entraba por la ventana era la última del atardecer de agosto, azul y espesa, sin necesidad de lámparas— con una atención que no tenía nada de casual. La miraba como quien mira algo que ha estado a punto de perder esa misma tarde, sin saberlo del todo, y que ahora, recuperado, no piensa dar nunca más por sentado.

Le desabrochó la blusa botón a botón, despacio, sin prisa alguna, y cada centímetro de piel que iba dejando al descubierto lo tocó primero con los ojos y después con los dedos, como quien confirma que algo sigue ahí, entero, después de una tormenta que podría haberse llevado cualquier cosa por delante. Nya se dejó hacer con los ojos cerrados, la respiración ya alterada, sintiendo cómo cada gesto suyo decía lo que ninguno de los dos había sabido poner en

palabras abajo: *estás aquí, sigues aquí, no te has ido a ningún sitio y yo tampoco.*

—Mírame —dijo él, en voz muy baja, cuando la sintió alejarse un poco hacia dentro, hacia ese lugar donde a veces se refugiaba incluso en los momentos buenos.

Nya abrió los ojos. Y en los de Harper no encontró ni un rastro de la discusión, ni del miedo que la había hecho hablar de más en la cocina. Encontró solo una determinación tranquila, la misma con la que él afrontaba todo lo que de verdad le importaba.

La llevó a la cama sin soltarle la mirada, y allí, en la penumbra azul, tomó el control de la misma manera en que llevaba haciéndolo desde el principio: no como una exigencia, sino como una entrega absoluta, la clase de control que consiste en cargar con todo el peso de la decisión para que la otra persona, por una vez, no tenga que decidir nada, no tenga que estar alerta, no tenga que sostener nada ella sola. Cada gesto suyo llevaba una pregunta silenciosa incorporada, y cada vez que Nya respondía con el cuerpo entero —arqueándose, aferrándose a él, dejando escapar el aire que llevaba conteniendo desde la mañana— Harper leía la respuesta y seguía, atento, presente, sin perder ni un segundo el hilo de ella.

Nya se lo entregó todo. No por costumbre, no por sumisión aprendida en otra vida con otro nombre, sino por la razón exacta contraria: porque en aquella habitación, con aquel hombre, ceder el control no era desaparecer. Era, por primera vez en mucho tiempo, la certeza absoluta de que no hacía falta vigilar la puerta, ni comprobar la cerradura, ni mantener ningún sistema de alarma encendido, porque había alguien haciendo esa guardia por ella, con las manos, con la boca, con la atención entera puesta en que ella no tuviera que ocuparse de nada más que de sentir.

No confiaba así en nadie más en el mundo. Ni lo había hecho nunca.

Se movieron despacio al principio, después con una urgencia que llevaba todo el día acumulándose sin que ninguno de los dos lo supiera nombrar, y en algún momento, entre el peso de su cuerpo y la firmeza de sus manos, Nya dejó de pensar del todo —dejó de repasar Botafuegos, la voz prestada de Selene, el Audi negro en la

gasolinera, todo lo que llevaba semanas cargando sin soltar— y se quedó, por primera vez en mucho tiempo, completamente presente en un único cuerpo, el suyo, sin nada más pidiéndole atención.

Harper tampoco pensaba en nada más que en ella. No en Lucian, no en el expediente, no en el miedo que llevaba días sin nombrar ni a sí mismo: que un día, sanada del todo, Nya ya no lo necesitara, y que esa fuera, sin que nadie tuviera la culpa, la manera en que la perdería. Aquel miedo, esa noche, no tenía sitio. Solo había espacio para ella, para el sonido de su nombre saliendo de su boca, para la manera en que se aferraba a su espalda como quien se aferra a lo único sólido que queda en medio de una tormenta.

Cuando llegaron al final, lo hicieron casi al mismo tiempo, con los nombres del otro rotos contra la piel, y por un instante el mundo entero se redujo a eso: dos cuerpos, una respiración, ningún miedo con nombre propio.

Y entonces, sin previo aviso, Nya rompió a llorar.

No fue un llanto triste, ni tampoco de dolor. Fue algo más antiguo, más hondo, la clase de llanto que llega cuando el cuerpo, por fin, encuentra un sitio lo bastante seguro como para soltar todo lo que llevaba conteniendo sin permiso para hacerlo antes. Le sacudió los hombros, le cerró la garganta, y Nya se aferró a Harper con una fuerza casi desesperada, como si el propio llanto le diera miedo y necesitara algo sólido a lo que agarrarse mientras la atravesaba entera.

Harper no le preguntó qué le pasaba. No le dijo que no pasaba nada, ni que se calmara, ni ninguna de las frases vacías que la gente ofrece cuando no sabe qué más hacer. La abrazó entera, con todo el cuerpo, envolviéndola como quien envuelve algo que se ha roto para que no se rompa más, y le sostuvo la cabeza contra su pecho, dejando que el llanto siguiera su curso sin interrumpirlo, sin apresurarlo, sin pedirle que fuera de otra manera.

—Estoy aquí —dijo, en voz muy baja, la boca casi pegada a su pelo—. No tienes que explicarme esto. No tienes que ponerle nombre. Solo llora lo que tengas que llorar, que yo no me voy a mover de aquí.

Nya lloró un largo rato, con el cuerpo entero sacudido por algo que llevaba, quizás, años sin permitirse soltar del todo, y Harper la sostuvo todo ese tiempo sin decir una palabra de más, con una mano trazando círculos lentos en su espalda y la otra sujetándole la nuca, ancla física para un naufragio que no tenía nada que ver con el cuerpo.

Cuando por fin el llanto empezó a remitir, en oleadas cada vez más espaciadas, Harper le apartó el pelo de la cara mojada con una ternura que no tenía prisa ninguna.

—No estás sola —dijo, y esa vez sí necesitó que ella lo oyera bien, que se le quedara dentro, más allá de cualquier miedo que llevara guardado—. Nunca más vas a estar sola, Nya. Mientras yo respire, no vas a tener que sostener nada de esto tú sola. Ni a Lucian, ni a Selene, ni ninguna otra cosa que el mundo decida ponerte por delante.

—¿Y si un día ya no me necesitas cerca? —preguntó ella, con la voz todavía rota, contra su pecho—. ¿Y si algún día sano del todo y ya no hace falta que me cuides tanto?

—Entonces te seguiré queriendo exactamente igual, solo que con menos trabajo. —Harper sonrió contra su pelo, la primera sonrisa de toda la noche, pequeña pero real—. No te quiero por lo rota que estás, Nya. Nunca te he querido por eso. Te quiero por cómo peleas contra ello cada día. Eso no desaparece aunque ganes la pelea. Si acaso, se hace más bello de ver.

Nya cerró los ojos, con la cara todavía húmeda contra su pecho, y por primera vez en todo el día, quizás en toda la semana, sintió que el miedo, el suyo y el de él, se quedaba fuera de aquella habitación, del otro lado de una puerta que ninguno de los dos necesitaba comprobar esa noche.

Se quedaron así, enredados, en silencio, mientras la última luz azul del atardecer terminaba de apagarse del todo sobre El Puerto de Santa María, y ninguno de los dos, por una vez, sintió la necesidad de llenar aquel silencio con nada más.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
## El detalle imposible

*Sábado, 24 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 07:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Se despertó antes que Nya, como casi siempre, pero aquella mañana no se quedó en la cama escuchando su respiración. Bajó descalzo, con cuidado de no hacer crujir la tercera pisada del pasillo, preparó café solo por costumbre y se lo llevó al estudio sin haberlo decidido del todo, como si el cuerpo hubiera despertado ya sabiendo que aquel día tocaba trabajar antes de que la cabeza terminara de ponerse de acuerdo.

La carpeta de Claudia Serrano llevaba semanas en el mismo sitio de la mesa, engordando despacio con cada hallazgo nuevo, y Harper la abrió aquella mañana con la misma disciplina de siempre: desde el principio, folio a folio, como si no se la supiera ya casi de memoria.

Puso música baja, sin darle demasiada importancia a la elección, algo que llevaba días en la misma lista sin escuchar del todo: *Night*, de Ludovico Einaudi, un piano solitario que avanzaba despacio, sin prisa, dejando espacios de silencio entre nota y nota que a Harper, aquella mañana, le parecieron el acompañamiento exacto para pensar sin que nadie le interrumpiera el hilo.

Empezó, sin saber muy bien por qué, por el anexo IV. Las notas.

*10 jul — 18:44 — merienda con I. en casa. Trajo fruta. V. se rió muchísimo con ella. Apuntar cosas buenas también, dice I. Apuntado: hoy fue un día bueno.*

La leyó dos veces, tres, con esa atención que solo se presta a un dato que empieza a picar sin que uno sepa todavía por qué. Un día bueno. Una merienda con fruta. Una niña riéndose. Nada en aquella nota anunciaba tristeza, ni desesperación, ni ninguna de las palabras que llevaban semanas rondando el caso.

Y entonces, sin necesidad de levantarse a buscarla, recordó la otra frase. La sacó de la memoria con la misma precisión con la que sacaba cualquier declaración que hubiera tomado él mismo, palabra por palabra, porque llevaba dos meses repitiéndosela por dentro sin saber todavía qué hacer con ella.

*La penúltima vez que la vi, tomando café en su cocina, con la niña dormida en el carro, me dijo una cosa. Me dijo: «A veces pienso que lo hago todo tan mal que Vega estaría mejor aprendiendo de otra persona.» Así. Con esas palabras.*

*¿Cuándo fue eso?*

*El miércoles antes. El miércoles diez. Lo sé porque era el día que yo salía antes del trabajo y me pasaba por su casa.*

Harper dejó la taza sobre la mesa, despacio, con el cuidado de quien no quiere que ni el ruido de la porcelana le distraiga del hilo que acababa de encontrar.

El miércoles diez de julio, según Irene Salvatierra, Claudia le había confesado, con la niña dormida al lado, que se sentía tan mala madre que Vega estaría mejor con otra persona. Una frase de desesperación pura, de las que un instructor guarda en la cabeza durante semanas porque suenan a presagio.

El miércoles diez de julio, según la propia Claudia, a las 18:44, había sido un día bueno. Fruta, risas, una niña que se reía muchísimo con la visita.

Las dos cosas no podían ser ciertas a la vez. No del todo. No con esa nitidez de contraste, un extremo y el otro, sin término medio entre ambos.

Harper cogió el rotulador rosa —el mismo de siempre, el que llevaba usando desde la primera noche que encontró el patrón de las frases repetidas— y trazó una línea entre las dos fechas, en el margen de la libreta que llevaba usando para todo el caso desde el

principio. Escribió, con la letra pequeña que se le apretaba cuando algo empezaba a importarle de verdad:

*10 jul. Dos versiones del mismo día. Una tristeza que Claudia no escribió. Una alegría que Irene no mencionó.*

Se recostó en la silla, con el piano de Einaudi todavía cayendo despacio desde el altavoz, y dejó que la cabeza hiciera lo que mejor sabía hacer: ordenar.

Podía ser un error de memoria. Cualquier abogado se lo diría en un segundo: la gente confunde fechas, mezcla conversaciones de semanas distintas, recuerda una frase real pero la coloca en el día equivocado. Harper lo sabía mejor que nadie, lo había argumentado él mismo cientos de veces sentado en aquella misma silla. Pero un error de memoria no explicaba por qué Irene había sido tan precisa con la fecha —*el miércoles antes, el miércoles diez, porque era el día que salía antes del trabajo*—, ni por qué aquella precisión coincidía, exactamente, con el único día del que existía un registro independiente y contemporáneo que la contradecía del todo.

Sacó otro folio de la carpeta. El informe de Sergio sobre las claves cambiadas: el móvil, el ordenador, ambos modificados sin que Álvaro lo supiera, en algún momento de las últimas semanas de vida de Claudia. Lo puso al lado de la nota del diez de julio.

Sacó el testimonio de Óscar, transcrito de memoria en sus propias anotaciones tras la reunión en Las Terrazas: *Claudia decía que no podía respirar en su propia casa. Sospechaba que la vigilaban el WhatsApp, el Telegram, hasta el correo. Y me dijo, más de una vez, que pensaba que se estaba volviendo loca.*

Lo puso también al lado.

Y entonces, sin proponérselo del todo, la cabeza empezó a desfilarle las imágenes sueltas de dos meses de instrucción, cada una por separado inocua, cada una junto a las demás cada vez más difícil de explicar como coincidencia: Irene sirviendo café en su propio despacho, la primera vez, con una calidez que a Harper entonces le había parecido, sin más, generosidad. Irene en el funeral, siempre un paso antes de que hiciera falta, sosteniendo a una madre, a una hermana, a un duelo entero que en rigor no le correspondía. Irene en el patio de Álvaro, hacía apenas unos días,

con Vega en brazos, decidiendo el color de una trona nueva sin que nadie se lo hubiera pedido, y cortando ella misma, delante de sus propios ojos, la única vez que había visto a Álvaro a punto de decir algo importante sobre Claudia. Irene apareciendo, siempre, exactamente donde tenía que estar.

Cada una de aquellas imágenes, aislada, se sostenía perfectamente como un gesto de amistad. Juntas, alineadas en el mismo folio invisible que Harper llevaba meses construyendo sin llamarlo por su nombre, empezaban a formar algo que ya no se parecía a la casualidad.

No era una prueba. Harper lo sabía, con la misma honestidad con la que se lo había repetido a Parra cien veces: nada de aquello, ni una sola pieza, resistiría un interrogatorio de la defensa. Un abogado competente despacharía la fecha equivocada como un lapsus humano, las claves cambiadas como una manía de intimidad, el testimonio de Óscar como el recuerdo fragmentado y sesgado de un amigo que se sentía culpable. Cada pieza, por separado, era de aire.

Pero el aire, cuando se acumula en la dirección correcta durante el tiempo suficiente, también puede tumbar una casa.

Harper cerró la carpeta, se quedó mirando el rotulador rosa un momento, y escribió una última línea en la libreta, debajo de todo lo demás, con la letra ya firme, sin ninguna duda en el trazo:

*El diez de julio no fue un día malo. Alguien necesitaba que lo pareciera.*

Arriba, en el dormitorio, oyó el crujido suave de las sábanas y unos pasos descalzos dirigiéndose al baño. Nya se había despertado. Harper cerró la libreta, apagó la música, y se quedó un momento más con la vista perdida en la ventana, en las viñas de los vecinos empezando a calentarse bajo el sol de un sábado de agosto, sintiendo, por primera vez desde que había abierto aquel expediente, que el cuadro entero, pieza a pieza, empezaba por fin a cerrar.

Faltaba encontrar la manera de demostrarlo.

Pero el cuadro, por fin, tenía forma.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
## La semilla

*Sábado, 24 de agosto de 2024*
*Parque de Bomberos de Jerez de la Frontera.*
*Avenida Álvaro Domecq. 17:30 h.*

Harper había llamado a Álvaro esa misma mañana, con la excusa fácil de un par de preguntas más de rutina, y Álvaro le había dicho, sin extrañeza ninguna, que si quería podían tomar un café en su descanso de la tarde, antes de que empezara el turno de verdad. «Aquí en el parque, si le viene bien. A Irene no le gusta que hable del caso delante de la niña, y los sábados suele quedarse con Vega toda la tarde.» Harper había aceptado sin comentar nada sobre aquella frase, aunque la hubiera anotado, como anotaba todo, en el mismo cajón mental donde llevaba meses guardando los detalles que no encajaban del todo.

El parque olía a goma de manguera y a metal caliente, un olor que se le pegaba a la ropa desde el aparcamiento, y Álvaro lo recibió en la puerta de la sala de descanso con el uniforme de faena a medio desabrochar y dos cafés de máquina ya servidos, uno para cada uno, sin haber preguntado cómo lo tomaba.

—Solo y sin azúcar, ¿verdad? Se lo vi tomar así en mi casa.

—Buena memoria.

—Es lo único que me queda entero estos días. —Álvaro sonrió, cansado, y se sentó frente a él en una de las mesas de plástico atornilladas al suelo, con un parque de bomberos entero visible al fondo, camiones rojos alineados y algún compañero cruzando el patio hacia los vestuarios—. Usted dirá, señoría.

Harper dejó pasar un par de preguntas de trámite —si necesitaba algo más para los trámites del seguro, si la madre de Claudia se había instalado ya en su nueva rutina de visitas a Vega— antes de llegar a lo que de verdad había ido a hacer, y lo hizo con la misma cautela con la que se acerca uno a un animal herido que todavía no sabe si va a morder.

—Álvaro, quiero preguntarle algo, y quiero que lo piense con calma antes de contestar. No hace falta que me diga nada ahora mismo, si no lo tiene claro.

—Dígame.

—Tengo un testigo que me dijo que Claudia, en los últimos meses, sentía que no podía respirar en su propia casa. Con esas palabras. Y he estado dándole vueltas a qué puede significar eso, exactamente, en una casa donde vivían tres personas. —Harper lo dijo despacio, midiendo cada palabra—. ¿Alguna vez tuvo usted la sensación de que Claudia quería hablarle de algo, a solas, y que siempre había algo, o alguien, entre los dos, justo cuando parecía que por fin iba a poder hacerlo?

Álvaro se quedó con el vaso de café a medio camino de la boca, y Harper vio, con la atención de siempre, cómo algo se movía detrás de sus ojos, despacio, como una piedra que empieza a rodar cuesta abajo sin que nadie la haya empujado del todo.

—Qué pregunta tan rara.

—Puede que lo sea. Contésteme de todas formas.

Álvaro dejó el vaso en la mesa, sin beber, y se quedó mirando un punto indefinido de la pared, con la misma lentitud con la que había repasado el anexo de las notas semanas atrás.

—Sí —dijo, al fin, despacio, como si la palabra le costara un esfuerzo físico—. Ahora que lo dice, sí. Ella quería hablar conmigo de algo, más de una vez, se le notaba en la cara, en cómo me sentaba en el sofá y me cogía de la mano de una manera distinta. Y siempre pasaba algo. Un imprevisto. Una llamada. Irene apareciendo con cualquier excusa, siempre con la mejor de las intenciones, siempre con algo que de verdad hacía falta. —Se detuvo, como si acabara de tropezar con algo que llevaba meses sin nombrar—. Y ahora que lo pienso de verdad, señoría, Irene pasaba en casa todo el día,

prácticamente. Llegaba por la mañana temprano, antes incluso de que yo me acostara al volver del parque. Y muchas noches, cuando yo salía a las diez para el turno, ella todavía estaba allí, o volvía a aparecer una hora después con cualquier cosa, un táper, una duda sobre la niña. Nunca até nada de esto, porque cada visita suya, por separado, tenía siempre una razón perfecta. Pero ahora que lo junto todo…

No terminó la frase. No hizo falta.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé qué pensar. —Álvaro se pasó la mano por la cara, con un gesto que a Harper le recordó, dolorosamente, al de la primera entrevista, semanas atrás—. Usted no pregunta estas cosas por curiosidad, señoría. Usted no hace nada por curiosidad. ¿Qué es lo que sabe que yo no sé?

—No sé nada que pueda demostrar. —Harper eligió las palabras con el mismo cuidado que aplicaba a un auto—. Y por eso no le voy a decir más de lo que le acabo de decir, porque no sería justo cargarle con sospechas que todavía no tienen forma. Pero le pido una cosa, Álvaro, y se la pido como quien pide un favor, no como quien da una instrucción. Empiece a fijarse. En lo pequeño. En quién decide las cosas de esta casa que antes decidía Claudia. En quién está siempre en el sitio exacto. No le va a gustar lo que empiece a ver, probablemente. Pero prefiero que lo vea usted, con sus propios ojos, a que se lo tenga que explicar yo con un atestado delante.

Álvaro no contestó enseguida. Se quedó mirando el vaso de café frío, con la cara de un hombre al que acaban de pedirle que examine, con luz nueva, los únicos meses de su vida en los que había creído estar recibiendo ayuda de verdad.

—Vega la busca a ella antes que a mí —dijo, al fin, en voz muy baja, como si acabara de admitírselo a sí mismo por primera vez—. Llevo semanas notándolo y diciéndome que es normal, que pasa mucho tiempo con ella, que los niños son así. Pero ahora que usted lo dice…

No terminó la frase. No hizo falta.

—Fíjese —repitió Harper, levantándose, con la mano ya en el hombro de Álvaro un segundo, el mismo gesto breve que Alex le

hacía a él—. Solo eso. Fíjese, y si ve algo que no le cuadra, aunque le parezca una tontería, llámeme.

—Lo haré.

-*.*-

*18:20 h.*
*Aparcamiento del parque de bomberos.*

Nya lo esperaba en el Kona, con la ventanilla bajada y un codo apoyado en el marco, el pelo recogido de cualquier manera y una tranquilidad en la cara que a Harper, después de la conversación que acababa de tener, le sentó como un vaso de agua fría en el mejor sentido posible.

—¿Qué tal con Álvaro?

Harper se sentó en el asiento del copiloto, dejó que el coche se quedara un momento en silencio, y miró a Nya con la expresión de un hombre que lleva toda la tarde dándole vueltas a algo que todavía no sabe cómo decir en voz alta sin que suene a locura.

—Nya. Necesito preguntarte una cosa, y quiero que me contestes con sinceridad, aunque te parezca una barbaridad.

—Dispara.

—¿Te apetece echar unas horas, esta semana, en montar una teoría que no tiene ninguna lógica procesal, ninguna prueba que la sostenga todavía, y que sin embargo es la única que me encaja de todo lo que llevamos meses viendo? —Harper se pasó la mano por la cara, casi sin creerse él mismo lo que estaba a punto de decir en voz alta por primera vez—. Creo que Irene Salvatierra mató a Claudia Serrano. No sé cómo. No sé por qué, todavía. Pero creo que fue ella.

Nya no pareció sorprendida. Ni siquiera pareció dudarlo. Se quedó mirando el parabrisas, hacia la verja del parque, con esa quietud suya de cuando algo encajaba por dentro antes de que las palabras terminaran de alcanzarlo, y cuando habló lo hizo con una certeza que a Harper le heló la sangre precisamente porque no sonaba a intuición: sonaba a reconocimiento.

—Algo me dice que Claudia Serrano ya estaba muerta mucho antes de caer por ese puente —dijo Nya, despacio, sin apartar la

vista del parabrisas—. No en el cuerpo. En todo lo demás. Y a lo mejor no hace falta un cómo tan complicado, Aeris. A lo mejor lo único que hizo Irene fue ir matándola en vida, un poco cada día, con la manipulación, con la duda, con la soledad disfrazada de compañía, hasta que no quedó Claudia suficiente para sostenerse ella sola junto a esa barandilla. Y lo que cayó esa noche, lo que empujaron o lo que se cayó sola, ya no era del todo una persona entera.

Se quedó un momento en silencio, con las manos quietas sobre el volante, antes de añadir, más bajito:

—Yo sé reconocer eso, Aeris. Lo sé mejor que nadie. Porque a mí también me estuvieron matando en vida durante años, antes de que a nadie se le ocurriera preguntarse si estaba realmente viva.

Harper alargó la mano y la puso sobre la de ella, sin decir nada, dejando que el silencio del parque a su alrededor —el turno de tarde arrancando ya detrás de la verja, el motor lejano de un camión probándose antes del relevo— ocupara el espacio que las palabras, por una vez, no necesitaban llenar.

—Entonces vamos a demostrarlo —dijo, al fin—. Aunque tardemos meses. Aunque Fidel se me eche encima. Vamos a encontrar el cómo, Nya. El por qué ya lo tenemos delante de las narices, aunque todavía no sepamos ponerle nombre entero.

Nya arrancó el coche, y mientras dejaban atrás la avenida hacia la carretera de El Puerto, con el sol de agosto ya bajando despacio sobre los tejados de Jerez, ninguno de los dos dijo nada más durante un rato largo.

No hacía falta.

Los dos sabían, sin necesidad de decirlo en voz alta, que acababan de nombrar, por primera vez, a la verdadera enemiga de aquella historia.

# CAPÍTULO CUARENTA
## El hombre muerto

*Sábado, 24 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 22:50 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Habían cenado rápido, casi sin saborearlo, con la cabeza ya puesta en lo que venía después, y en cuanto recogieron la cocina subieron juntos al estudio: Harper con la carpeta de Claudia Serrano abierta de par en par sobre la mesa, Nya con un cuaderno en blanco y ese gesto suyo de estudiante aplicada que sacaba siempre que un problema merecía la pena resolverse bien. Habían decidido, sin necesidad de decírselo en voz alta, que aquella noche era para empezar a construir de verdad la teoría de Irene: fechas, patrones, la lista completa de quién había hablado con quién y cuándo.

Llevaban veinte minutos con las primeras anotaciones —el círculo de Irene en el centro de un folio, las flechas hacia cada testigo, la fecha del diez de julio subrayada dos veces— cuando el móvil de Nya vibró sobre la mesa.

*Carmen.*

Nya lo cogió sin pensarlo, con la costumbre de quien contesta a su mejor amiga sin necesitar preparación.

—Dime.

—Nya. —La voz de Carmen sonaba rara, apresurada, con esa cadencia de quien lleva un rato dándole vueltas a cómo decir algo y ha decidido, al final, decirlo sin más rodeos—. Tengo que contarte una cosa, y no sé cómo hacerlo con calma, así que te lo voy a decir tal cual. Rafael Palacios está vivo.

El estudio, la carpeta, el rotulador rosa de Harper todavía en el aire: todo desapareció durante un segundo entero.

—¿Qué?

—Vive en una residencia cerca de Arcos. Llevo semanas mirando lo del accidente, sin decirte nada, porque no quería darte una alegría o un susto que después no pudiera sostener con nada sólido. Y lo he encontrado, Nya. Está vivo. El accidente de la carretera de la sierra fue real, pero él sobrevivió. Antonio lo dio por muerto, o dejó que todo el mundo lo diera por muerto, y nunca dijo ni una palabra en contra.

Nya sintió que el corazón le daba un vuelco tan fuerte que por un momento no pudo ni respirar del todo, esa clase de sacudida física que no distingue entre alegría y terror y los entrega juntos, revueltos, sin previo aviso. Rafael. Su tío. El único que la había llamado **«su niña»**. El que le enseñó las cuatro notas que todavía tocaba de memoria en el piano del estudio, dos metros a su espalda en ese mismo momento.

Vivo.

Y sin embargo, con la misma rapidez con que le subió aquella oleada, Nya sintió algo más, debajo, casi vergonzoso de reconocer: que no podía. Que en ese momento, con la carpeta de Irene abierta sobre la mesa y una niña de siete meses durmiendo esa misma noche bajo el mismo techo que su asesina, no tenía sitio en la cabeza para procesar una resurrección entera.

—Carmen. —Le costó encontrar la voz, y cuando la encontró, sonó más firme de lo que se sentía—. Necesito... necesito un poco de tiempo. No es que no me importe, ojalá supieras cuánto me importa, pero ahora mismo estoy en medio de otra cosa muy gorda, y no puedo con las dos a la vez. ¿Puedo llamarte mañana? Vamos juntas a Arcos, como me dijiste en la playa. Mañana. Te lo prometo.

—Claro que sí. —La voz de Carmen no tuvo ni un gramo de reproche, solo la comprensión tranquila de quien conoce a su amiga lo suficiente como para no necesitar explicaciones—. Rafael lleva catorce años vivo sin que nadie te lo dijera. Puede esperar una noche más a que tú estés lista para ir a verlo. Descansa, Nya. Mañana hablamos.

Colgaron. Nya se quedó con el teléfono en la mano, mirando la pantalla apagada, y notó que Harper la observaba desde el otro lado

de la mesa con una atención que había dejado a un lado, por completo, el rotulador rosa.

—¿Qué pasa?

—Rafael está vivo. —Lo dijo casi sin creérselo ella misma, en voz alta, como si decirlo la ayudara a que fuera verdad—. Mi tío. El que me enseñó lo poco que sé de piano. El que Antonio me dijo que había muerto en un accidente cuando yo tenía diez años. Está vivo, Aeris. Vive en una residencia cerca de Arcos. Antonio también me mintió en esto. Otra mentira más, encima de todas las demás.

Harper dejó el rotulador sobre la mesa, despacio, y la miró con una ternura que no necesitó palabras para hacerse notar.

—Nya. El caso puede esperar a mañana. Esto no.

—No.

—Nya…

—No, Aeris. —Ella negó con la cabeza, con una firmeza que no dejaba espacio para la discusión, aunque la voz le temblara un poco al pronunciarla—. Rafael ha esperado catorce años a que alguien lo encontrara. Puede esperar una noche más a que yo vaya a verlo con la cabeza entera, no hecha pedazos entre dos cosas a la vez. Pero Vega no puede esperar. Esa niña está esta misma noche bajo el mismo techo que la mujer que probablemente mató a su madre, y cada día que pasa sin que nosotros encontremos el cómo es un día más que esa mujer tiene para terminar de instalarse en su vida hasta que nadie, ni siquiera Álvaro, pueda ya sacarla de ahí. El tiempo corre, Harper. Y tenemos que encontrar algo.

Harper la miró un momento largo, con una mezcla de orgullo y de algo parecido a la preocupación, y al final asintió, despacio, sin discutir más.

—De acuerdo —dijo—. Pero mañana vamos a Arcos. Juntos, si quieres que te acompañe, o yo me quedo fuera si prefieres ir sola con Carmen. Pero vamos. Eso no es negociable, y no te lo estoy preguntando como instructor. Te lo estoy pidiendo como quien te quiere.

Nya asintió, con los ojos ya un poco húmedos, y se permitió, solo un segundo, dejar que la noticia de Rafael se asentara del todo

dentro de ella antes de devolver la vista al folio con el círculo de Irene en el centro.

—Mañana —dijo—. Te lo prometo. Pero esta noche, esto.

Harper le acercó el rotulador rosa, sin decir nada más, y los dos volvieron a inclinarse sobre la mesa, sobre las fechas, sobre las flechas que todavía no terminaban de converger del todo en una prueba, mientras en un rincón del estudio, la sábana que ya no cubría el piano dejaba ver la madera oscura brillando débilmente bajo la luz de la lámpara, guardando, paciente, la promesa de un hombre al que Nya, por fin, después de catorce años, y sin que jamás hubiera pensado que llegaría a ocurrir, iba a poder volver a llamar tío.

# CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
## Construyendo lo imposible

*Sábado, 24 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 23:20 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Harper le acercó el rotulador rosa, sin decir nada más sobre Rafael, y bajó a la cocina a preparar café —solo, negro, sin azúcar, dos tazas— mientras Nya, arriba, iba ordenando sobre la mesa del estudio los folios sueltos que llevaban semanas amontonándose sin criterio: la declaración de Irene por un lado, el anexo IV por otro, el informe de Sergio sobre las claves y las notas propias de Harper apiladas aparte, como quien prepara el terreno antes de una batalla que sabe que va a ser larga.

Cuando Harper volvió con las dos tazas, se quedó un momento en el umbral, mirando aquel pequeño orden que Nya había impuesto sobre el caos de dos meses de instrucción, y en vez de sentarse a repasar los folios uno a uno como habían hecho tantas otras noches, dejó las tazas sobre la mesa y fue hasta el rincón del estudio donde llevaba meses arrinconado, detrás de una estantería, algo que Nya conocía de vista pero nunca había visto encendido: una pizarra blanca y un proyector todavía envuelto en parte del plástico de fábrica.

—¿Qué es esto?

—Lo compré hace un año, para el caso Villalta, y al final no hizo falta usarlo. —Harper empezó a desenredar el cable, buscando el enchufe detrás de la mesa, con esa concentración suya de cuando algo empezaba a importarle de verdad—. Dije que lo estrenaría el

día que tuviera un caso lo bastante complicado como para necesitar ver las cosas en grande.

—Pues ya lo tienes.

Tardaron casi media hora solo en hacer que el aparato proyectara algo que no fuera un rectángulo azul borroso contra la pared, entre risas breves y algún taco contenido de Harper peleándose con un cable HDMI que se resistía, y cuando por fin consiguieron que la primera fotografía del anexo IV apareciera nítida sobre la pared —la cerradura de siempre, fotografiada cien veces con variaciones mínimas— ya era casi medianoche.

En algún momento, sin que ninguno de los dos lo decidiera del todo, la música empezó a sonar desde el altavoz pequeño de la estantería.

*Enemy.*

Harper la reconoció a los dos compases y se giró, casi por reflejo, hacia el teléfono, con el dedo ya listo para pasar a otra cosa más tranquila, algo instrumental que no le tirara de la memoria en una dirección concreta.

—Espera. —Nya lo dijo con los ojos cerrados, sin abrirlos siquiera, con una firmeza que no dejaba lugar a dudas—. Déjala.

—¿Esta?

—Esta. Ponla en bucle, si puedes. —Abrió los ojos entonces, y en ellos había algo que Harper reconoció al instante, porque lo sentía él también, aunque nunca se lo hubiera dicho en voz alta con esas palabras—. Me ayuda a pensar. No sé explicarlo mejor que así. El silencio absoluto me pone nerviosa, siempre lo ha hecho, pero esta canción concreta... es distinta. Es como si me diera permiso para mirar de frente lo que no quiero mirar.

Harper se quedó un momento callado, con el pulgar todavía sobre la pantalla, y al final sonrió, pequeño, casi para sí mismo.

—A mí también me ayuda —dijo—. No te lo he dicho nunca, pero cada vez que la pongo, algo en la cabeza se me ordena de una manera que no consigo con nada más. Creo que ya es nuestra, Nya. Sin haberlo decidido.

—Pues que suene, entonces.

La puso en bucle. La voz rota entrando sobre el bajo grave llenó el estudio entero, una y otra vez, con esa cadencia que subía y bajaba como una marea paciente, y bajo esa marea, los dos empezaron, por fin, a trabajar de verdad.

-*.*-

Fueron subiendo folios a la pared uno a uno, sin prisa, comparando fechas, buscando huecos.

La primera hora dio poco. Compararon la declaración de Irene con el listado completo de visitas que Álvaro recordaba, y encontraron dos pequeñas discrepancias de horario que, examinadas con calma, resultaron explicarse solas: un error de una hora que probablemente era solo cansancio, una fecha que Álvaro reconoció haber dado él mismo mal en su momento. Harper las tachó de la pizarra con el mismo rigor con que las había anotado, sin apego a ninguna teoría que no aguantara la comprobación.

En algún momento, sin decir nada, Harper abrió la ventana lo justo para que corriera un poco de aire nocturno, sacó el paquete que guardaba en el cajón de la mesa y encendió un cigarro, ofreciéndole el segundo a Nya sin que ella tuviera que pedirlo. Fumaron los dos en silencio un rato, mirando la pizarra desde la distancia, dejando que el humo se les enredara despacio en el aire quieto del estudio mientras la cabeza, sin las manos ocupadas en nada más, seguía dándole vueltas sola a lo mismo.

—Esto es como pescar de noche —dijo Nya, pasada la una de la madrugada, frotándose los ojos y dando una calada larga antes de aplastar la colilla en el cenicero que tenían siempre a mano en el estudio para aquellas noches largas—. Tiras el sedal cien veces y sacas noventa y ocho botas viejas.

—Y dos veces sacas algo. —Harper se sirvió más café, ya frío, sin que le importara—. Esas dos veces son las que importan.

Siguieron. Repasaron el testimonio de Óscar línea a línea, buscando alguna fecha concreta que pudiera cruzarse con algo más, y no encontraron nada nuevo, solo la confirmación, otra vez, de lo

que ya sabían. Repasaron el informe de las claves cambiadas, sin que apareciera ningún dato adicional que no tuvieran ya. A las dos de la madrugada, Nya bostezó tan fuerte que se le saltaron las lágrimas, y Harper estuvo a punto de proponer dejarlo para el día siguiente.

Fue entonces cuando ella se detuvo en una fotografía concreta.

Era del ocho de julio, tres días antes de la muerte de Claudia. La puerta principal, cerrada, el flash reflejándose en el cristal de la entrada como en tantas otras, y detrás del cristal, borrosa pero presente, la calle.

—Aeris. Espera. —Nya se inclinó hacia la pared, entrecerrando los ojos—. ¿Qué es eso, detrás del cristal?

Harper se acercó también, sin acercarse todavía al portátil.

—Parece un coche.

—Amplía.

Harper volvió a la mesa y aumentó el zoom sobre la imagen proyectada, pixel a pixel, con la lentitud de quien no quiere que la imagen se rompa antes de tiempo. La calle detrás del cristal se fue haciendo más grande, más granulada, hasta que una forma se distinguió del todo: un coche pequeño, urbano, aparcado justo enfrente de la casa.

—Esa hora... —Nya leyó el metadato en la esquina de la imagen, y algo en su voz cambió—. Las once y cuarto de la noche, Aeris. Esa misma noche, en su declaración, Irene dijo que llevaba dos días sin ver a Claudia. Que tenía gripe. Está en el acta. Lo leímos juntos hace semanas.

Harper no dijo nada enseguida. Se quedó mirando la imagen, calculando, con la misma cautela de siempre, cuánto podía sostener aquello y cuánto no.

—No demuestra que sea el suyo —dijo, al fin, con la honestidad que se aplicaba siempre a sí mismo antes que a nadie—. No se ve la matrícula. El color podría coincidir con media docena de modelos distintos. Pero es la primera vez que tenemos una imagen, con fecha y hora fijadas por el propio archivo, que no encaja con algo que Irene juró en un despacho judicial.

Nya se quedó mirando el coche proyectado en la pared, diminuto y borroso, y sintió que algo, después de meses de sospechas sin forma, empezaba por fin a tener un contorno real.

—Es poco —dijo—. Pero es lo primero que no es solo intuición.

—Es lo primero —repitió Harper, y apuntó la fecha y la hora en la pizarra, debajo de todo lo demás, con un rotulador distinto, como si aquel dato mereciera un color propio—. Mañana llamo a Parra a primera hora. Que Sergio compare esta matrícula, aunque sea a medias, con lo que tengamos del coche de Irene. Y que revise, ya que está, lo de las sesiones de mensajería que le pedí hace semanas y que todavía no me ha dado.

Miró el reloj. Las dos y media de la madrugada.

—Por hoy, creo que es suficiente —dijo, con la voz ya cargada del cansancio de un día entero—. Hemos encontrado una grieta, Nya. Pequeña. Pero es la primera que tiene fecha y hora propias, y eso, por poco que parezca, es más de lo que teníamos ayer.

Nya asintió, apoyando la cabeza contra su hombro, con Enemy todavía sonando bajito desde el altavoz, en su séptima o su octava vuelta ya, sin que ninguno de los dos hubiera sentido la necesidad de pararla.

—Mañana seguimos —dijo ella, casi dormida ya de pie—. Con lo que traiga Parra.

—Mañana seguimos.

# CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

## La venda empieza a caer

*Domingo, 25 de agosto de 2024*
*La Bodega. 12:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

El teléfono de Harper vibró sobre la mesa del estudio, donde llevaban desde media mañana retomando, ya con la cabeza más despejada después de unas pocas horas de sueño, el trabajo de la noche anterior. Nya, con las piernas dobladas bajo el cuerpo en la silla, seguía repasando fotografías del anexo IV proyectadas en la pared, buscando algún otro fondo que se le hubiera escapado la noche antes.

Un número desconocido, sin nombre asociado.

Harper descolgó, extrañado, sin saber quién podía estar llamándolo un domingo a esa hora desde un número que no reconocía.

—¿Sí?

—Señoría, soy Álvaro. Álvaro Ortiz.

—Álvaro. —Harper cayó entonces en que nunca había guardado su número; se lo habían intercambiado a mano, en un papel, en la sala de descanso del parque de bomberos, y él mismo no había llegado a añadirlo a la agenda del móvil—. Perdona, no tenía tu número guardado. Por eso no sabía quién era. Dime.

Le había dado su tarjeta hacía apenas un día, con la instrucción sencilla de fijarse en lo pequeño y llamarlo si veía algo que no le cuadrara. No esperaba que la llamada llegara tan pronto.

—Estoy en el jardín. He salido a airearme un poco y... no sé si esto es una tontería, pero usted me dijo que le llamara.

—No es ninguna tontería. Dime.

—Es Irene. —Álvaro bajó todavía más la voz—. Esta mañana ha empezado a meter cosas de Claudia en bolsas. Ropa, unos libros, cosas del baño. Sin preguntarme. Yo he entrado en el dormitorio y me la he encontrado doblando cosas del armario de Claudia, metiéndolas en bolsas de basura, y cuando le he preguntado qué hacía me ha dicho, con esa cara suya tan tranquila, que alguien tenía que hacerlo, que no podíamos vivir para siempre con el armario intacto, que a ella también le dolía muchísimo pero que alguien tenía que ser el fuerte de los dos. Y yo me he quedado ahí plantado, señoría, sin saber si darle las gracias o decirle que ese armario no era suyo para vaciarlo.

Harper hizo un gesto a Nya, que dejó lo que estaba haciendo y se acercó despacio, atenta.

—Hizo bien en llamarme —dijo Harper—. Siga contándome.

—Es que no sé si hay más que contar, la verdad, es solo que... —Álvaro se detuvo a media frase—. Espere. Espere un segundo.

Se oyó, de fondo, un pitido electrónico breve, y después la voz de Álvaro, ahora dirigida a otro sitio, más relajada de golpe.

—Nada, nada, perdone, es la aplicación de las cámaras, que me ha saltado un aviso de movimiento. Será Kimba otra vez, el gato de mi suegra, que se ha empeñado en dejárnoslo esta semana y el bicho no para de subirse a los sitios donde salta el sensor. Cada dos por tres me llega el aviso al móvil como si hubiera entrado alguien.

Harper se quedó callado un segundo, con esa quietud suya de cuando una frase cualquiera, dicha de pasada, se le clavaba en un sitio que todavía no sabía nombrar.

—¿Tienen cámaras en casa?

—Sí, claro. Claudia se empeñó en ponerlas cuando nació Vega. Decía que quería poder ver a la niña desde el móvil si se quedaba con alguien, o comprobar que todo estaba bien de noche sin tener que levantarse. Puso dos, una en el salón y otra en el pasillo de las habitaciones.

Harper miró a Nya, que ya se había sentado frente a él con el cuaderno abierto, siguiendo la conversación con la misma atención que aplicaba a un examen.

—Álvaro, esto es importante. La aplicación de esas cámaras, ¿guarda algún registro de cuándo se activan o se desactivan? ¿Un historial?

—Supongo que sí, nunca lo he mirado. Claudia era la que entendía de esas cosas, yo solo recibo los avisos cuando salta algo.

—Necesito que entre en esa aplicación y busque esa opción. Un historial, un registro, algo que diga quién ha entrado en el sistema y cuándo, de los últimos meses. Puede que tenga que buscarlo en los ajustes, o pedirle ayuda a alguien que entienda de esto si no lo encuentra. Es importante, Álvaro. Más de lo que puedo explicarle ahora mismo por teléfono.

Se hizo un silencio al otro lado, un silencio distinto al de antes, más cargado.

—¿Esto tiene que ver con lo que usted me dijo el otro día? Lo de fijarme en quién decide las cosas de mi casa.

—Tiene que ver, sí.

Otro silencio, más corto esta vez.

—Voy a pelearme con la aplicación esta noche, cuando Irene se vaya. Si encuentro algo, se lo mando. No sé ni por dónde vamos a empezar, pero lo voy a intentar.

—Gracias, Álvaro. De verdad.

Colgaron. Harper se quedó con el teléfono en la mano, y Nya, que llevaba toda la llamada escuchando el lado de Harper con una concentración absoluta, dejó el bolígrafo sobre el cuaderno, despacio.

—¿Cámaras?

—Cámaras. —Harper se recostó en la silla, con la cabeza ya tres pasos por delante de donde estaba un minuto antes—. Si esas cámaras forman parte del mismo sistema de seguridad que la alarma de la casa, con llave magnética como cualquier alarma doméstica moderna, y si alguien más aparte de Claudia y Álvaro tenía una de esas llaves, tendríamos un registro con marca de tiempo de cada vez que alguien ha desactivado el sistema para

entrar en esa casa sin que las cámaras lo grabaran, y de cada vez que lo ha vuelto a activar al salir.

—¿Y quién tendría esa llave?

—Esa es la pregunta que me llevo haciendo desde que Álvaro ha dicho la palabra **«cámaras»**. —Harper se pasó la mano por la cara —. Si Irene la tiene, Nya, no es una sospecha lo que tenemos. Es un mapa completo de cada noche que entró en esa casa después de que Claudia cerrara la puerta con llave y se creyera sola.

Nya se quedó mirando la pizarra, donde la fotografía del coche borroso seguía proyectada, pequeña e insuficiente comparada con lo que Álvaro acababa de poner, sin saberlo, sobre la mesa.

—Es mucho mejor que un coche mal enfocado —dijo, al fin.

—Es infinitamente mejor. —Harper miró el teléfono, todavía en su mano, como si pudiera obligarlo a sonar antes de tiempo con la sola fuerza de la voluntad—. Ahora solo hace falta que Álvaro consiga bajarlo, y que ese historial diga lo que creo que va a decir.

Se quedaron los dos en silencio un momento, con Enemy sonando todavía bajito desde el altavoz de la estantería, en la misma vuelta interminable de la noche anterior, y por primera vez en toda la instrucción, Harper sintió que no estaba esperando una corazonada.

Estaba esperando una prueba.

# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

## La cuota que nadie vio

*Domingo, 25 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 17:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

La tarde se les fue esperando.

Álvaro no había vuelto a llamar, y Harper sabía que no debía presionarlo —Irene seguía en la casa, según le había dicho antes de colgar, y cualquier prisa mal disimulada podía delatar algo que todavía no estaban en condiciones de delatar—, así que los dos se quedaron en el estudio, con Enemy sonando bajito en su enésima vuelta.

Fue Nya quien lo propuso, poco después de colgar con Álvaro la primera vez.

—Si la foto del coche estaba ahí, en un archivo que llevábamos semanas mirando sin verla del todo, ¿qué más se nos habrá pasado? —dijo, ya con el portátil abierto sobre las rodillas—. Quiero revisarlo todo otra vez, Aeris. Papel por papel. Letra por letra. Cada declaración, cada factura, cada nota, como si no lo hubiéramos leído nunca. A lo mejor no hay nada más. Pero a lo mejor hay otra foto, otra frase, algo que se nos escapó la primera vez porque no sabíamos todavía qué buscar.

Harper no dudó ni un segundo.

—Empecemos por donde tú quieras.

Así que se repartieron el trabajo sin necesidad de discutirlo: Harper con la pizarra y las declaraciones ya conocidas, repasando cada frase en busca de matices que se le hubieran escapado la

primera vez; Nya con todo lo que fuera número, fecha o cifra, empezando por lo único que en toda la instrucción nadie había mirado con verdadera atención, porque con el suicidio dado casi por hecho desde el primer día, a nadie se le había ocurrido que mereciera la pena: los movimientos bancarios de la cuenta común de Claudia y Álvaro, volcados meses atrás por Sergio y archivados sin que nadie los hubiera leído más allá de un vistazo superficial.

Nya los repasaba desde el portátil, mes a mes, con esa paciencia suya de examinar un temario entero buscando la línea que no encajaba, mientras Harper, al otro lado de la mesa, seguía trazando flechas en la pizarra entre lo que ya tenían.

—Aeris.

—Dime.

—¿Puedes mirar esto un momento? —Nya giró la pantalla hacia él, con el dedo señalando una fila concreta de la hoja de movimientos—. Los recibos de la empresa de la alarma. Salen todos los meses, el día tres, siempre la misma cantidad. Cuarenta y dos euros con noventa. Enero, febrero, marzo, así hasta junio.

—¿Y julio?

—Julio son setenta y ocho euros con veinte.

Harper se acercó, con el ceño ya empezando a fruncirse de esa manera suya que Nya conocía tan bien.

—Casi el doble.

—Casi el doble. —Nya se recostó en la silla, mirando la cifra como quien mira una pieza de un rompecabezas que de pronto encaja donde no se esperaba—. ¿No te resulta raro? Un recibo fijo, exactamente igual durante meses, y de golpe sube así, justo el mes antes de que muriera. ¿Y si contrató algo más con la empresa de la alarma? Tiene esa pinta, ¿no? Como cuando amplías una tarifa de teléfono y la cuota sube el mes siguiente.

Harper se quedó mirando la cifra un momento largo, y la cabeza, sin que él se lo propusiera del todo, empezó a construir la pregunta antes incluso de tener con qué contestarla.

—Álvaro dijo que las cámaras las puso Claudia cuando nació Vega. Eso fue hace poco más de siete meses, y el recibo se mantuvo estable desde entonces hasta junio. —Cogió el rotulador rosa, casi

por instinto, y anotó la cifra en la pizarra, al lado de la fecha del diez de julio—. Si en junio contrató algo nuevo, algo que le costara treinta y cinco euros más al mes, no fue el sistema original. Fue una ampliación.

—Una cámara más.

—O más de una. —Harper se pasó la mano por la cara—. Y si esa ampliación no salió en la declaración de Álvaro, si él ni siquiera sabía que existía...

—Entonces Claudia contrató algo a espaldas de todo el mundo. —Nya terminó la frase por él, con una certeza que le heló un poco la voz—. Incluso de su propio marido.

Se quedaron los dos en silencio un momento, con la cifra brillando en la pizarra bajo la luz de la tarde que ya empezaba a bajar, y Nya sintió que algo se le revolvía por dentro, una mezcla de admiración y de tristeza que no supo separar del todo: admiración por una mujer que, en sus últimas semanas de vida, todavía había encontrado la manera de investigar por su cuenta, en silencio, sin decírselo a nadie; tristeza por lo sola que había tenido que sentirse para hacerlo así, a escondidas, en vez de poder simplemente confiar en la gente que la rodeaba.

—Habrá que llamar a la empresa —dijo Harper, al fin—. Con la orden judicial correspondiente, para que no se me pueda tachar de nada. Pedir el detalle exacto de qué se contrató ese mes, cuándo se instaló, y sobre todo, dónde.

—¿Crees que Irene lo sabe? Lo de la ampliación, digo.

—No lo sé. —Harper miró la pizarra entera, el mapa que llevaba dos días construyendo pieza a pieza—. Pero si Claudia fue lo bastante cuidadosa como para que ni su propio marido se enterara, dudo mucho que se lo contara a la persona de la que sospechaba.

El teléfono de Harper vibró sobre la mesa. Los dos se giraron a la vez.

*Álvaro.*

# CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
## La llave que no era

*Domingo, 25 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 21:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

El teléfono de Harper seguía vibrando sobre la mesa, entre la fotografía del coche todavía proyectada en la pared y la cifra de la cuota de la alarma subrayada en rosa.

*Álvaro.*

—Dime.

—Señoría, lo tengo. —La voz de Álvaro sonaba agotada, la voz de un hombre que llevaba horas peleándose con una aplicación que no estaba pensada para dar lo que él le estaba pidiendo—. Me ha costado un mundo, he tenido que llamar al soporte técnico dos veces, pero al final me han explicado dónde estaba el histórico. Se lo estoy mandando ahora mismo por WhatsApp, capturas de pantalla, todo lo que he podido sacar de los últimos dos meses, porque es el tiempo máximo que se guarda.

—Cuéntame lo que ves mientras me llega.

—Hay desactivaciones, señoría. Muchas más de las que yo hubiera dicho que había, si me lo pregunta a bote pronto. Casi todas de madrugada, entre la una y las cuatro. Y hay una cosa que no entiendo, y por eso sabía que tenía que llamarle: cada desactivación tiene asociada una llave. La mía, la de Claudia, y una tercera que en la aplicación aparece solo como «Llave 4», sin nombre, sin nada. Nosotros solo teníamos dos llaves activas, señoría. La mía y la de Claudia. Hay una tercera de las cinco que nos dieron, que se la di a

Irene para que entrara en casa cuando viniera si Claudia estaba dormida.

Harper miró a Nya por encima de la mesa, y los dos supieron, sin necesidad de decírselo, que acababan de encontrar exactamente lo que llevaban dos días buscando sin nombrarlo del todo.

—¿Esa llave se ha utilizado solamente fuera de horario? Quiero decir, ¿se ha utilizado sin que Claudia o usted estuvierais en casa? ¿Lo dice la aplicación?

—Sí. Solamente estábamos en casa el día que se la di. Me acuerdo, porque no se aclaraba cómo ponerla y le dije yo cómo. En marzo.

Harper cerró los ojos un segundo. Marzo. El mismo mes en que, según el propio historial médico de Claudia, había empezado a acumular las primeras notas de duda sobre sí misma.

—¿Y usted no se dio cuenta de estas desactivaciones? ¿Ni Claudia se lo comentó nunca, aunque fuera de pasada?

—Nada, señoría. Se lo juro. Si me lo hubiera dicho, yo lo habría recordado, seguro. Con esas cosas de la casa Claudia era muy suya, muy organizada, me lo contaba todo, hasta las tonterías. Que si había que cambiar el filtro del agua, que si el técnico venía el jueves. Esto no me lo dijo nunca. Y ahora no dejo de preguntarme cuántas cosas más no me dijo, sabiendo cómo era ella de hablar de todo.

—No se torture con eso ahora, Álvaro. Ya habrá tiempo.

—Ya. —La voz del hombre se quebró un poco, y se recompuso enseguida, con ese esfuerzo tan suyo de sostenerse entero delante de un instructor al teléfono—. Perdone. ¿Necesita algo más de mí esta noche?

—Una cosa más, ya que está delante de la aplicación. —Harper eligió las palabras con cuidado, sin querer todavía nombrar lo que sospechaba—. ¿Puede mirar cuántas cámaras aparecen dadas de alta en el sistema? Un listado, un menú de dispositivos, algo así.

—Espere, no cuelgue. —Se oyó, de fondo, el ruido de un dedo golpeando torpemente una pantalla, varias veces, con la lentitud de quien no está nada cómodo con aquello—. Yo sé que hay dos, seguro. Una en el salón y otra en el pasillo de las habitaciones, las puso Claudia cuando nació la niña, ya se lo dije. Yo casi ni entraba

en esta aplicación, si le soy sincero. Eso lo llevaba ella. Yo trabajaba, dormía cuando podía, y la tecnología nunca ha sido lo mío. Desde que murió he tenido que aprender a base de golpes, y todavía me pierdo en los menús como un niño.

Se hizo un silencio largo, distinto a todos los anteriores, con solo el ruido lejano de los dedos de Álvaro deslizándose por la pantalla.

—Señoría. —La voz le salió rara, hueca, como si se le hubiera vaciado por dentro de golpe—. Aquí hay cuatro.

—¿Cuatro?

—Cuatro cámaras, señoría. No dos. Hay dos más que yo no sabía que existían. Una en la cocina. Otra en el cuarto de Vega. —Álvaro tragó saliva, tan fuerte que se oyó por el teléfono—. ¿Cómo puede ser que yo no supiera esto? He vivido en esta casa todos estos meses, señoría, y no sabía que había cámaras ocultas en mi propia cocina.

—Álvaro, escúcheme. Es importante que no se venga abajo ahora, aunque tenga todo el derecho del mundo a hacerlo. ¿Puede ver si esas dos cámaras tienen grabaciones guardadas? ¿Algún historial, algún vídeo?

Más ruido de dedos, más despacio esta vez, con el cuidado de quien tiene miedo de tocar algo mal y perderlo para siempre.

—Hay grabaciones, sí. Pero solo de un mes, señoría. El sistema no guarda más de treinta días si no lo descargas tú mismo a otro sitio, aquí lo pone. Lo más antiguo que tengo es de finales de julio. —Se detuvo, y Harper pudo notar, incluso a través del teléfono, cómo caía en la cuenta de lo que aquello significaba—. El día que murió Claudia no está. Ni los días de antes tampoco. Se han borrado solos, con el tiempo, antes de que a nadie se le ocurriera mirar aquí.

Harper cerró los ojos un segundo, con la doble sensación de haber ganado algo enorme y de haber llegado, otra vez, un paso tarde.

—Está bien, Álvaro. No hace falta que busque más esta noche. Guarde el teléfono, no toque nada más de esas dos cámaras, y mañana a primera hora nos ocupamos de esto con calma, con las garantías que hacen falta.

—Señoría... —La voz de Álvaro sonó, por primera vez en toda la llamada, casi rota del todo—. ¿Quién pone cámaras ocultas en su propia cocina sin decírselo a su marido?

Harper no tuvo una respuesta buena que darle, así que no le dio ninguna.

—Descanse, Álvaro. Hablamos mañana.

Harper le pidió, ya antes de colgar, que le reenviara a él mismo todo lo que había encontrado —el listado de cámaras, cualquier cosa que le permitiera la aplicación exportar—, y que, sobre todo, no tocara nada más ni comentara aquello con nadie. Ya se encargaría él de gestionarlo, con las garantías necesarias para que todo quedara incorporado al expediente sin fisuras.

—Gracias, Álvaro. Ha hecho un trabajo excelente.

—Entendido, señoría.

Colgaron. Harper se quedó mirando el teléfono un momento, y antes de que pudiera decir nada, Nya ya tenía el portátil abierto de nuevo, buscando algo en la carpeta que llevaban semanas archivando sin terminar de cerrar del todo.

—Espera —dijo ella—. Esto encaja con otra cosa. La sesión que Sergio encontró hace semanas, ¿te acuerdas? Cuando le pediste que revisara si el móvil de Claudia tenía alguna sesión de WhatsApp Web abierta.

—La encontró, sí. Y no le dimos toda la importancia que merecía en su momento, con todo lo demás que estaba saliendo a la vez.

—Léelo otra vez. Aquí. —Nya giró la pantalla hacia él—. En el volcado del móvil de Claudia aparecen dos sesiones distintas de la aplicación: la suya propia, la del terminal físico, un iPhone, iOS. Y una sesión de WhatsApp Web activa, vinculada a la misma cuenta, abierta desde un navegador de escritorio. Un ordenador, Aeris. No un móvil. Un ordenador que no era el de Claudia, porque Claudia tenía iOS y nunca usó WhatsApp Web, según todos los que la conocían. Nadie llegó a preguntarse de quién era ese ordenador.

—Porque en su momento nadie tenía motivo para preguntárselo.

—Pues ahora sí lo tenemos.

Harper se levantó, con una energía distinta a la de hacía un minuto, y marcó un número sin necesitar mirarlo en la agenda.

—¿A quién llamas?

—A Fidel.

—¿A estas horas? Es domingo por la noche, Aeris.

—Y mañana por la mañana quiero que sepa, antes de que se despierte del todo, que el sobreseimiento de este expediente no se va a firmar. Ni ahora, ni el uno de septiembre, ni nunca, hasta que yo diga que está resuelto.

El teléfono sonó tres veces antes de que Fidel descolgara, con la voz pastosa de quien acababa de despertarse de una siesta larga de domingo.

—Harper. Son las diez de la noche.

—Lo sé, y siento la hora. Pero necesitaba decírtelo ya, no mañana en un pasillo entre dos vistas. El caso Serrano no se archiva.

Se hizo un silencio al otro lado, del tipo que a Harper le sonó a un hombre incorporándose en el sofá.

—Harper, llevamos semanas con esta conversación. Agosto se acaba, y me dijiste...

—Te dije que en septiembre firmaría si no tenía nada nuevo. Y tengo algo nuevo, Fidel. Tengo una llave magnética utilizada de madrugada, sin conocimiento del marido, con un patrón que no encaja con nada inocente. Tengo una sesión de mensajería abierta desde un ordenador que no es de la víctima, vinculada a su cuenta personal. Y tengo ya cursada, esta misma noche, la petición al Grupo de Delitos Telemáticos para que rastreen ese dispositivo y esa IP. En dos o tres días tendré un nombre y una dirección física.

—¿Y si ese nombre no es el que tú ya tienes en la cabeza?

—Entonces me habré equivocado, y firmaré tu sobreseimiento yo mismo, con mi propia mano, sin que haga falta ni pedirlo. —La voz de Harper no subió de tono, pero se endureció de una manera que no dejaba ningún resquicio para la negociación—. Pero no voy a cerrar este expediente a ciegas, Fidel, ni por el calendario, ni porque estemos a finales de agosto y a todo el mundo le venga bien pasar página. Ponte como te pongas. Este caso no se archiva mientras yo lo instruya.

—Harper, yo tengo mi trabajo también. Puedo pedir que se eleve, puedo insistir ante el decanato si...

—Puedes pedir lo que quieras, Fidel, para eso eres el fiscal, y respeto tu trabajo tanto como espero que respetes el mío. —Harper lo dijo sin acritud, pero sin ceder ni un milímetro tampoco—. Pero recuerda una cosa, porque a veces con las prisas se nos olvida hasta a los que llevamos quince años en esto: tú pides. Yo instruyo. El fiscal solicita, propone, argumenta, y hace bien en hacerlo. Pero la facultad de admitir o denegar esa petición, mientras este expediente siga en mi juzgado, es mía, y solo mía. Puedes pedir el sobreseimiento por escrito mañana mismo si quieres, con toda la fundamentación que te parezca oportuna. Y yo, con la misma cortesía y el mismo rigor, te lo denegaré por escrito, motivado, con cada uno de los indicios que tengo sobre la mesa esta noche. No me retes a hacerlo, Fidel, porque lo haré sin que me tiemble el pulso, y los dos sabemos que quedaría recogido en el expediente para quien quisiera leerlo después.

—Espera, espera. —La voz de Fidel se afiló de golpe, ya del todo despierta—. ¿Indicios de dónde, Harper? Porque si esa llave y esa sesión me las has sacado hablando directamente con el marido de la víctima, por teléfono, un domingo por la noche, sin oficio, sin acta, sin absolutamente nada que lo sostenga procesalmente, entonces lo que tienes no son indicios. Es al marido de la víctima intoxicándote la instrucción con lo que él cree que ha encontrado, y tú aceptándolo de rebote porque te encaja con la teoría que ya tenías en la cabeza. Eso no es el cauce correcto, y lo sabes de sobra. Tú no deberías tener nada de eso, Harper, no así.

—Puede. —Harper no se alteró—. Y por eso, precisamente, mañana a primera hora voy a pedirle a Parra que tire formalmente de cada uno de esos hilos que ahora mismo tengo de forma extraoficial. Oficio a la empresa de seguridad para el registro certificado de la llave. Diligencia sobre las cámaras, con acta y con las garantías que hagan falta. Todo lo que Álvaro me ha contado esta noche por teléfono se va a formalizar mañana mismo, con el procedimiento que corresponde. Soy el juez instructor, Fidel. Investigo y dirijo la investigación. Da igual de quién venga el primer hilo del que tiro, mientras al final se pida formalmente y se incorpore como es debido. Pero para pedir un oficio, primero hace falta saber

qué pedir. Y eso es lo único que Álvaro me ha dado esta noche: saber por dónde seguir tirando mañana.

—Cualquier día vas a tener un problema serio con esa manera de trabajar, Harper. Un abogado defensor hábil te va a comer viva la instrucción entera por el origen de esos indicios, y lo sabes.

—Cuando llegue ese puente, lo cruzaré. —La voz de Harper se volvió, si acaso, más tranquila todavía, con la calma de quien ha tomado ya la única decisión que le importa esa noche—. Pero a problemas, soluciones, Fidel, no problemas por adelantado. Y ahora mismo tengo uno mucho más urgente que cualquier abogado defensor futuro: Claudia Serrano está muerta, y no voy a dejar a una niña de ocho meses en manos de la mujer que probablemente la mató, ni un solo día más de los estrictamente necesarios, solo porque a alguien le preocupe más la pulcritud del expediente que la vida de esa cría. Ya limpiaré el procedimiento por el camino. Lo que no pienso hacer es mirar para otro lado mientras lo limpio.

Un silencio largo, y al final, un suspiro que sonaba más a rendición que a acuerdo.

—Tienes hasta que llegue ese informe de Telemáticos. Ni un día más de margen del que ya me has robado.

—No, Fidel. —La voz de Harper salió ahora sí con un filo de rabia contenida que no se había permitido en todo lo anterior—. Los plazos no los pones tú. Los plazos, en esta instrucción, los pongo yo, igual que se los pongo a cualquier otra parte que comparezca ante este juzgado, incluida la Fiscalía. Tú no me concedes márgenes como quien hace un favor. Yo resolveré cuando tenga que resolver, con las diligencias que hagan falta practicadas y ni una menos, y tú, como cualquier otra parte del procedimiento, esperarás a que ese momento llegue. No te estoy pidiendo permiso, Fidel. Te estoy informando de cómo va a ser esto. Y te lo estoy diciendo por teléfono, de una manera cordial, entre dos personas que llevan años trabajando juntas. Si me diera la gana, te lo ponía por escrito, con sello y con fecha, y no te iba a gustar ni la mitad de lo cordial que suena ahora mismo.

Otro silencio, más corto esta vez, casi sorprendido.

—Entendido —dijo Fidel, al fin, con una voz distinta, más comedida—. Avísame en cuanto tengas el informe.

—Lo haré.

—Y Harper... —añadió, ya con la voz menos tensa, casi resignada —, como esto se quede otra vez en nada, te vas a acordar de esta llamada durante mucho tiempo.

—Si se queda en nada, Fidel, te invito yo a la cena en la que me lo restriegues. Con gusto.

Colgaron. Harper se quedó de pie en medio del estudio, con el teléfono todavía caliente en la mano, y Nya, que había escuchado su parte entera de la discusión sin decir una palabra, se levantó y le puso una mano en el pecho, despacio, buscándole los ojos.

—Oye. Tranquilo. —Lo dijo con una calma que no exigía nada, solo la ofrecía—. Has hecho lo correcto, Aeris. Todo lo que le has dicho se puede defender, cada palabra. No has mentido, no te has inventado nada. Has puesto sobre la mesa lo que tienes y le has dicho cómo vas a formalizarlo. Eso no te lo puede discutir nadie, ni Fidel ni el abogado más hábil del mundo.

Harper respiró hondo, y algo en los hombros se le fue destensando poco a poco, como si solo entonces se hubiera dado cuenta de cuánto los había llevado en alto durante toda la llamada.

—Los jueces cargamos con mucha más emoción de la que la gente cree, Nya. Se supone que tenemos que ser fríos, imparciales, de manual. Y lo somos, la mayor parte del tiempo. Pero cuando alguien te está tocando los cojones con el calendario mientras una niña de ocho meses duerme bajo el mismo techo que la persona que probablemente mató a su madre, esa frialdad se sostiene con las uñas. —Se pasó la mano por la cara, cansado—. Y no pienso parar, Nya. Voy a seguir tirando de esto hasta que lo tenga formalizado del todo, hasta que no quede ni una grieta por donde alguien pueda escaparse. Se ponga como se ponga Fidel. Se ponga como se ponga cualquiera.

—Lo sé. —Nya sonrió, un poco, con ese orgullo tranquilo que llevaba toda la llamada sosteniendo en silencio—. Por eso te quiero, cabezón.

Le pasó los dedos por el pelo, despeinándoselo sin ninguna ceremonia, y se apartó lo justo para volver a sentarse en su silla, dejando que el silencio hiciera el resto del trabajo. Harper dejó el teléfono sobre la mesa, boca abajo, y se sirvió lo que quedaba de café frío en la taza, más por hacer algo con las manos que por ganas de bebérselo.

—¿Cuánto tardará Telemáticos? —preguntó ella, ya con la voz más ligera, dejando que el momento se cerrara solo.

—Entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas, si se dan prisa. Puede que más, si el proveedor se hace el remolón con los datos.

—Entonces tenemos un par de días por delante. —Nya se quedó mirando la pizarra, la fotografía del coche, la cifra de la cuota subrayada en rosa, con esa energía suya de cuando un problema todavía no está resuelto del todo y no piensa dejarlo a medias—. Si Álvaro ha encontrado esto solo mirando la aplicación de la alarma, imagínate lo que puede haber todavía en ese móvil que nadie ha vuelto a abrir con calma desde que se cerró el caso como suicidio.

Harper la miró, y entendió, sin necesidad de que ella lo dijera del todo, que aquella noche todavía no había terminado.

—Entonces sigamos —dijo—. Mientras esperamos a Telemáticos, no vamos a quedarnos de brazos cruzados.

Nya ya tenía el portátil abierto de nuevo antes de que él terminara la frase.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
## El disfraz perfecto

*Domingo, 25 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 22:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Volvieron al volcado completo del móvil de Claudia, el mismo que Sergio había entregado meses atrás y que, con el suicidio dado casi por hecho desde el primer día, nadie había vuelto a abrir con la calma que merecía. Nya lo repasaba ahora carpeta por carpeta, aplicación por aplicación, con el mismo método con el que llevaba dos días desmenuzando fechas y cifras, mientras Harper, a su lado, iba tomando notas de todo lo que se le antojaba mínimamente extraño, por pequeño que fuera.

—Aquí hay algo raro —dijo Nya, al cabo de un rato, con la vista fija en la lista de chats de WhatsApp—. Un grupo. Con un solo participante.

—¿Un grupo con ella misma?

—Es más común de lo que crees. Mucha gente usa un chat consigo mismo como agenda rápida. —Nya amplió la captura en la pantalla del ordenador—. Se llama «Presupuesto reforma baño».

Harper se acercó, leyendo el nombre dos veces.

—¿Claudia estaba reformando el baño?

—No que conste en ningún sitio. Ni en las notas, ni en las conversaciones con Álvaro, ni en ningún movimiento bancario de los que hemos repasado. Nadie ha mencionado nunca una reforma. —Nya lo miró, con esa chispa suya de cuando algo empezaba a encajar antes de que las palabras terminaran de explicarlo—. Un

nombre tan aburrido que nadie, ni siquiera alguien mirando la lista de chats por encima del hombro, sentiría la más mínima curiosidad por abrirlo.

Harper se quedó callado un momento, sintiendo cómo la misma pieza que llevaba días buscando en sitios equivocados empezaba, por fin, a asomar por el sitio correcto.

—Ábrelo.

Nya lo abrió.

Dentro no había ni una foto de azulejos, ni un solo presupuesto de fontanero. Había, en cambio, siete archivos de vídeo, subidos entre el veintiséis de junio y el nueve de julio, cada uno con una miniatura oscura y granulada, del tipo que produce una cámara nocturna con poca luz.

Tardaron casi una hora solo en organizar el orden de visionado, cruzando cada fecha de subida con el calendario de Claudia, con las notas del anexo IV, con cualquier otro dato que les ayudara a entender qué habían estado buscando las cámaras antes de grabar cada noche concreta. Era ya casi la medianoche cuando Nya, por fin, seleccionó el primero, con el dedo tembloroso sin poder evitarlo del todo, y lo abrió a pantalla completa.

La cocina de Claudia y Álvaro apareció en la imagen, vista desde un ángulo alto, en un blanco y negro granulado de visión nocturna. La marca de tiempo, en la esquina inferior, decía las 02:14 del veintiséis de junio.

Una silueta entró en el encuadre.

Se movía con una tranquilidad absoluta, sin prisa ninguna, la tranquilidad de quien conoce cada centímetro de un espacio ajeno como si fuera el propio. Se acercó al esterilizador, lo abrió, comprobó algo en su interior, y volvió a cerrarlo dejando el piloto encendido, exactamente como Claudia lo había encontrado tantas veces por las mañanas sin entender por qué.

Nya congeló la imagen justo cuando la silueta se giró lo suficiente para que la luz de la nevera, al abrirse un segundo, le iluminara la cara.

Era Irene.

Nadie dijo nada durante un momento largo. El silencio del estudio se llenó solo con el sonido lejano de Enemy, todavía en bucle, bajito, casi como si la propia canción hubiera decidido bajar el volumen por respeto a lo que acababan de ver.

—Hay seis más —dijo Nya, al fin, con la voz rota de una manera que no tenía nada que ver con el trabajo—. Todas de madrugada. Todas la misma persona.

Los vieron todos, uno detrás de otro, sin saltarse ni un segundo, porque los dos sabían que en el minuto que decidieran no mirar podía estar precisamente lo que necesitaban. Cada vídeo apenas duraba diez o doce minutos, pero entre pausas, retrocesos y la letra pequeña con la que Harper iba anotando hora exacta y acción exacta de cada uno, la una de la madrugada les llegó sin que ninguno de los dos la viera venir.

Harper se sentó despacio, con la vista todavía fija en aquella primera imagen congelada, la que no se le iba a borrar de la cabeza en mucho tiempo: Irene Salvatierra, iluminada un segundo por la luz de una nevera ajena, en la cocina de una mujer que dormía, sin saberlo, a pocos metros de distancia.

—Claudia grabó esto —dijo Harper, casi para sí mismo—. Ella sola, sin decírselo a nadie. Instaló las cámaras, descargó los vídeos, los guardó donde nadie los buscaría nunca, y se guardó la prueba entera para sí misma durante semanas, cargando con ese peso completamente sola.

—Y no hizo nada con ella. —Nya se pasó las manos por la cara—. ¿Por qué, Aeris? Si tenía esto, si tenía la prueba absoluta de que Irene entraba en su casa de madrugada a manipular cosas, ¿por qué no se lo enseñó a Álvaro? ¿Por qué no vino a un juzgado?

Harper no contestó enseguida. Se quedó mirando la fecha del último vídeo, el nueve de julio, y algo en la cabeza empezó a encajar con una precisión que le heló la sangre antes de terminar de formularlo del todo.

—Porque quería enfrentarse a ella primero —dijo—. Sola. Con la prueba ya en la mano, sin necesitar la validación de nadie más, sin correr el riesgo de que Álvaro no la creyera, o de que un juzgado

tardara meses en moverse mientras Irene seguía entrando en su casa cada noche. Quería mirarla a la cara y decirle que lo sabía.

Nya sintió que algo se le helaba por dentro, la misma certeza fría que llevaba días rondándoles sin nombre del todo.

Y entonces, de golpe, algo más antiguo terminó de encajar en su cabeza, algo que no tenía que ver con Claudia sino con ella misma.

—Aeris. —Se quedó mirando la imagen congelada de Irene en la cocina, pero ya no la veía del todo a ella; veía otra cosa, más vieja, más suya—. Las notas. El anexo entero, las mil ciento cuarenta y siete entradas. Todo este tiempo se han leído, en el expediente, como el síntoma de una mujer que se estaba volviendo loca. Como la prueba de un deterioro.

—Es lo que parecían para todos los demás. Yo nunca las terminé de creer así del todo, ¿recuerdas? Aquella noche con Parra ya me sonaban más a respuestas que a preguntas. Pero de ahí a esto...

—No. —Nya negó con la cabeza, despacio, con una convicción que le nacía de un sitio que no tenía nada que ver con la instrucción —. No es lo que eran. Eran defensa, Aeris. Claudia no apuntaba la cerradura, la vitro, el esterilizador, porque estuviera perdiendo la cabeza. Apuntaba porque alguien le estaba haciendo dudar de su propia memoria a propósito, y ella, sin saber nombrarlo todavía, sin poder demostrarlo, se defendió de la única manera que se le ocurrió: dejando constancia de todo, para no tener que fiarse de nada que no estuviera escrito. No era el síntoma de la enfermedad, Aeris. Era la vacuna que se estaba poniendo ella sola, sin saber contra qué.

Harper la miró, entendiendo, antes de que ella terminara de decirlo, hacia dónde iba aquello.

—Como tú —dijo, en voz baja.

—Como yo. —A Nya se le quebró la voz, aunque no lloró—. Yo hice exactamente lo mismo con Lucian, mucho antes de tener un nombre para lo que me estaba pasando. Anotaba horas, anotaba conversaciones, comprobaba cerraduras que ya había comprobado, porque una parte de mí sabía que algo no encajaba mucho antes de que la otra parte pudiera admitirlo. Todo el mundo, entonces, lo habría llamado obsesión. Manía. Un síntoma más de lo mal que estaba. Y era, en realidad, lo único que me mantuvo agarrada a la

realidad mientras alguien intentaba, con muchísima paciencia, quitármela poco a poco. —Se pasó la mano por la cara—. Claudia hizo lo mismo. No estaba loca, Aeris. Se estaba defendiendo. Y durante meses, todo el mundo a su alrededor, incluidos nosotros al principio, leyó su defensa como si fuera la prueba de la propia enfermedad.

Se quedaron un momento en silencio, con esa clase de silencio que pesa distinto cuando dos personas acaban de reconocerse la una en la otra desde lados opuestos del tiempo.

—Ahora tenemos que averiguar por qué fue al puente esa noche —dijo Nya, al fin, recomponiéndose—. Tenía la prueba. La tenía guardada, a salvo, desde el nueve de julio. Podría haber esperado, haber ido a un abogado, haber venido directamente a un juzgado. ¿Por qué salir de noche, sola, a un sitio como ese?

—A lo mejor no fue idea suya. —Harper se quedó pensando, con la vista todavía fija en la imagen congelada—. A lo mejor fue Irene quien la citó a ella.

—O al revés. —Nya ya estaba buscando de nuevo en el volcado, con esa urgencia suya de cuando una pregunta encuentra, de golpe, la manera exacta de formularse—. Si tenemos la conversación real entre las dos, la de WhatsApp normal, no la de aquí, puede que ahí esté la respuesta. Alguien tuvo que proponer el sitio, la hora. Alguien escribió algo esa tarde o esa noche que las llevó a las dos hasta ese puente.

Buscó el chat entre Claudia e Irene en el volcado completo, carpeta por carpeta, sin encontrarlo en ninguno de los sitios donde ya habían mirado cien veces antes. Pasaron así casi dos horas más, con los ojos cada vez más cansados y el café ya reducido a posos fríos en el fondo de las tazas, revisando subcarpetas que en su día se habían descartado por irrelevantes, comparando nombres de archivo, abriendo copias de seguridad antiguas que no llevaban a ningún sitio. Eran ya más de las tres de la madrugada cuando Nya estuvo a punto de rendirse, de proponerle a Harper escribir a Parra para que Sergio lo rastreara desde cero, cuando reparó en una última carpeta que llevaban semanas ignorando por su propio nombre, tan administrativo y tan poco prometedor que nadie se

había molestado en abrirla del todo: una copia de seguridad automática de WhatsApp, generada por el propio sistema a las dos de la madrugada del trece de julio.

Las dos de la madrugada. Apenas unas horas después de que Claudia cayera del puente.

—Es la copia diaria automática, Aeris. La que hace la aplicación sola, todas las noches, a la misma hora, la tuviera Claudia programada así o no. —A Nya le tembló la voz al decirlo—. Eso significa que está todo. Cada mensaje hasta el segundo exacto en que se hizo la copia. No hay nada borrado, no hay nada que falte. Está entera.

Harper se acercó, y los dos se quedaron mirando la pantalla en silencio.

Ahí estaba. El hilo completo de conversación entre Claudia Serrano e Irene Salvatierra, meses de mensajes cotidianos —recetas, fotos de Vega, buenos días, cosas sin importancia— terminando, de golpe, en una fecha muy concreta: la noche del doce de julio.

Nya no llegó a abrir los últimos mensajes. Se quedó con el dedo suspendido sobre la pantalla, mirando a Harper, casi pidiéndole permiso para algo que ninguno de los dos, después de tanto buscarlo, sabía si de verdad quería leer ya, a esas horas, con el cuerpo entero agotado de un día que llevaba demasiadas horas encima.

—Está aquí —dijo, en voz muy baja—. Lo que se dijeron esa noche. Está aquí, Aeris.

Harper miró el reloj. Las cinco y cuarto de la mañana, la luz ya empezando a insinuarse gris detrás de la persiana del estudio. Y entonces, como si el propio cuerpo hubiera estado esperando permiso para rendirse, bostezó tan fuerte que se le saltaron las lágrimas, sin poder disimularlo esta vez.

—Entonces léelo cuando nos despertemos —dijo, con una firmeza que no admitía discusión, la misma que aplicaba a todo lo que de verdad le importaba—. Con la cabeza descansada, y no ahora, con el sol a punto de salir y los dos muertos de cansancio, a punto de leer algo que puede que nos rompa por dentro. Esto no se va a mover de

aquí en unas horas más, Nya. Lleva meses esperando. Puede esperar a que hayamos dormido.

Nya asintió, aunque cada fibra de su cuerpo quisiera abrir aquel hilo ahora mismo, y cerró el portátil despacio, casi con la misma ceremonia con la que se cierra algo sagrado. Tenía los ojos hinchados de sueño, la espalda entumecida de tantas horas encorvada sobre la mesa, y por primera vez en dos días no le costó ningún esfuerzo darle la razón a Harper.

—Luego —dijo, con la voz ya pastosa—. Con la cabeza entera.

Antes de cerrar el portátil del todo, hizo una copia de seguridad de los siete vídeos y del propio archivo de la conversación recién encontrada, con el mismo cuidado que Sergio les había enseñado para las pruebas digitales, calculando el hash de cada archivo como quien sella una caja fuerte antes de guardarla, luchando contra sus propios párpados para terminar bien el trabajo.

Se quedaron los dos en silencio un momento, con Enemy sonando de fondo, la misma canción que llevaba dos días anunciando, sin que ninguno de los dos hubiera querido nombrarlo en voz alta, que algo grande estaba a punto de terminar de romperse del todo.

Harper apagó por fin el altavoz, algo que no había hecho en dos noches, y en el silencio repentino que siguió, los dos se dieron cuenta de lo agotados que estaban en realidad, de un cansancio que ya no era solo de aquella noche sino de días enteros durmiendo mal y trabajando peor. Subieron la escalera casi sin hablar, apoyándose el uno en el otro más de lo habitual, y se metieron en la cama sin ninguna ceremonia, vencidos por fin por algo tan simple y tan humano como el sueño.

Lo leerían entero más tarde, cuando el cuerpo se lo permitiera.

Aquella madrugada, por primera vez en días, se durmieron los dos casi al instante, con el sol ya subiendo del todo detrás de la persiana, sin rondas, sin comprobaciones, sin nada más que el peso justo de dos cuerpos cansados cayendo, al fin, en el descanso que llevaban posponiendo.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

## La pieza que falta

*Lunes, 26 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 13:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Se despertaron pasado el mediodía, los dos a la vez, con esa clase de sueño espeso y sin sueños que solo llega cuando el cuerpo por fin se ha ganado el derecho a apagarse del todo. Ninguno mencionó la conversación mientras desayunaban tarde, casi almorzando, con el sol de agosto entrando de lleno por la cocina. Fue solo al terminar, con el café ya en la mano, cuando Harper miró a Nya y ella asintió, sin necesitar preguntarse nada más.

Subieron juntos al estudio.

Nya abrió el portátil, buscó el archivo de la copia de seguridad, y localizó el hilo entre Claudia Serrano e Irene Salvatierra. Antes de tocar nada, se quedó un momento con la mano quieta sobre el trackpad.

—¿Preparado?

—No —dijo Harper, con una sinceridad que no intentó disimular —. Pero ábrelo igual.

Nya lo abrió.

Los primeros meses de conversación eran exactamente lo que cualquiera habría esperado de dos amigas cercanas: fotos de Vega, recetas compartidas, algún meme, la logística ordinaria de una amistad que se ocupaba de todo. Nya pasó por encima de ese tramo con rapidez, sin detenerse, hasta que los mensajes empezaron a

espaciarse de una manera distinta, más tensa, en las últimas semanas de junio y los primeros días de julio.

Ahí, Claudia ya no escribía con la misma naturalidad de antes. Las frases se volvían más cortas. Aparecían silencios de días donde antes había respuesta inmediata. Y en un informe complementario que la Policía Científica había adjuntado al volcado original, sin que nadie le hubiera dedicado más que un vistazo superficial en su momento, constaban dos entradas de metadatos que Nya no había visto hasta ahora: dos mensajes de aquellas fechas que el sistema registraba como enviados y, apenas segundos o minutos después, eliminados «para todos». A Irene, en su día, aquellos mensajes le habrían aparecido como un simple aviso genérico de aplicación, sin contenido. Pero la extracción forense de bajo nivel practicada sobre el propio terminal de Claudia —no una exportación de chat cualquiera, sino un volcado completo de la base de datos del dispositivo, capaz de rescatar registros que el usuario creía borrados para siempre— sí había conservado el texto original, marcado en el informe con la advertencia técnica de «contenido recuperado, mensaje eliminado por el emisor»:

*Claudia: Necesito preguntarte una cosa y no sé cómo*

*[Mensaje eliminado para todos, dos minutos después de enviarse. Contenido recuperado por extracción forense.]*

Y, dos días después:

*Claudia: Irene, ¿podemos hablar de algo? Es sobre*

*[Mensaje eliminado para todos, menos de un minuto después de enviarse. Contenido recuperado por extracción forense.]*

—Lo intentó de verdad, más de una vez —dijo Nya, en voz baja, todavía con la vista fija en la anotación técnica al margen del informe—. Y cada vez se arrepintió a los pocos segundos. Antes de la cámara, antes de todo. Lo intentó y se echó atrás.

Siguieron bajando. El nueve de julio, el día de la última grabación oculta, no había ni un solo mensaje entre las dos. Ni el diez, ni el once. Un silencio de tres días completo, el más largo de todo el hilo, después de meses de conversación diaria.

Y entonces, el doce de julio, a las 23:14, llegó el primer mensaje de Claudia en tres días.

*Claudia: Necesito hablar contigo. Es importante. ¿Puedes bajar al portal? Voy a pasar a buscarte con el coche, prefiero que hablemos fuera de las dos casas.*

La respuesta de Irene llegó dos minutos después.

*Irene: Claro, cariño. Me tienes preocupada estos días, no sabía nada de ti. ¿Va todo bien? ¿Es por lo de Vega?*

*Claudia: Prefiero contártelo en persona. Dame media hora.*

*Irene: Aquí estaré. Ven cuando quieras.*

Harper leyó las cuatro líneas dos veces, con la misma atención metódica que aplicaba a cualquier pieza clave de un expediente, y sintió que algo, por fin, terminaba de encajar del todo.

—Fue Claudia —dijo—. Ella propuso la hora. Ella propuso salir de las dos casas. Ella condujo hasta allí a buscarla.

—Con la prueba ya en el bolsillo, en algún sitio, o al menos en la cabeza. —Nya seguía con la vista fija en la pantalla—. No hay nada después de esto, Aeris. Ni un mensaje más. El hilo se corta aquí, a las once y dieciséis de la noche.

Se quedaron los dos en silencio, mirando la última línea de la conversación, el pequeño doble check azul de un mensaje leído que nunca tendría respuesta, y por primera vez desde que habían abierto aquel expediente, Harper sintió que la distancia entre lo que sospechaban y lo que de verdad había ocurrido esa noche se había reducido a algo casi tangible.

—Claudia fue a buscarla —dijo Harper, despacio, construyendo la frase en voz alta como quien reconstruye un puente tabla a tabla—. No para pedir ayuda. Para enfrentarla. Con los vídeos ya vistos, con las notas ya escritas, con semanas enteras de sospecha convertidas por fin en certeza. Subió a Irene a su coche, condujeron hasta algún sitio, y de esa conversación, la de verdad, la que pasó dentro de ese coche y después junto al puente, no queda ni rastro escrito. Solo esto. Solo el principio.

—El final lo tenemos que reconstruir de otra manera —dijo Nya—. Con lo que sabemos de las dos. Con lo que Irene es capaz de hacer cuando la acorralan.

Harper asintió, y cerró el portátil despacio, con el peso de una certidumbre que ya no necesitaba más pruebas para sostenerse en

su propia cabeza, aunque todavía le faltara convertirla en algo que un tribunal pudiera firmar.

—Todavía nos queda esperar el informe de Telemáticos —dijo—. Pero esto, Nya, esto ya no es una teoría. Es una reconstrucción.

Se quedó un momento en silencio, con la mano todavía sobre el portátil cerrado, y algo en su cara cambió, la misma expresión de cuando una última pieza, la más pequeña de todas, encajaba de golpe donde llevaba semanas esperando.

—Espera. Hay una cosa más.

Volvió a abrir el ordenador, buscó en su propia carpeta de notas —el mismo rotulador rosa convertido ya en archivo digital— y colocó, uno al lado del otro, dos documentos que llevaban semanas separados sin que nadie los hubiera enfrentado del todo: la nota del anexo IV del diez de julio, *hoy fue un día bueno*, y la transcripción de la declaración de Irene, la frase que Claudia supuestamente le había confesado esa misma tarde, la del miércoles diez, *«a veces pienso que lo hago todo tan mal que Vega estaría mejor aprendiendo de otra persona»*.

—Ya sabíamos que estas dos cosas no encajaban —dijo Harper—. Lo supimos hace semanas. Pero ahora tenemos, además, la conversación completa entre las dos, mes a mes, y en ninguna parte de ese hilo, ni el diez de julio ni ningún otro día, Claudia le escribe a Irene nada que se parezca remotamente a esa frase. No hay ningún mensaje esa tarde donde Claudia dude de sí misma como madre. Lo que hay, ese mismo diez de julio, es una fotografía que Claudia le manda a Irene de Vega riéndose con la fruta, y la respuesta de Irene: «qué maravilla, hoy ha sido un día precioso». Las mismas palabras casi exactas de la nota que Claudia escribió esa noche para sí misma. Y ninguna, ninguna, de la frase que Irene juró después ante un instructor.

Nya se quedó mirando los dos documentos, uno junto al otro, y sintió que el peso de aquella contradicción, ahora sí, con todo lo demás sosteniéndola alrededor —los vídeos, la llave, la conversación completa, el silencio de tres días, el mensaje final—, dejaba de ser una pieza suelta para convertirse en la grieta definitiva.

—Irene se inventó esa frase —dijo Nya—. No la recordó mal. No confundió la fecha. Se la inventó, con la fecha exacta de un día que la propia Claudia documentó como bueno, para plantar la semilla de un deterioro que nunca existió ese día. Es la frase imposible, Aeris. No puede sostenerse de ninguna manera que no sea la mentira deliberada.

—Y ahora tenemos, por fin, todo lo necesario para demostrarlo. —Harper cerró el portátil, esta vez del todo—. El resto ya no depende de nosotros esta noche. Depende de Telemáticos, y de que todo cuadre.

No quedaba nada más que hacer. Ni una carpeta más que abrir, ni una fecha más que cruzar, ni una llamada más que hacer hasta que el rastreo del dispositivo confirmara, con la fuerza que un tribunal necesitaba, lo que los dos ya sabían con toda certeza desde esa misma tarde.

Y sin embargo, en cuanto Harper cerró el portátil, vio a Nya alargar la mano hacia la carpeta de papeles, casi sin pensarlo, con ese reflejo suyo de quien no sabe estarse quieta cuando todavía queda algo, por pequeño que sea, sin repasar una vez más.

—Nya. —Harper le puso la mano encima de la suya, deteniéndola antes de que llegara a abrir nada—. Para.

—Solo quiero repasar otra vez la...

—Para. —Lo dijo con una firmeza cariñosa que no admitía discusión, la misma que aplicaba a todo lo que de verdad le importaba—. No queda nada más que repasar esta noche. Lo sabes tan bien como yo. Lo único que hay ya es esperar, y tú no sabes esperar quieta, así que vas a seguir dándole vueltas a esto hasta las tantas si te dejo.

Nya se quedó con la mano todavía debajo de la de él, sin retirarla del todo, pero sin volver a moverla hacia la carpeta tampoco.

—¿Y qué hago si no repaso?

—Descansar la cabeza. Apagarla un rato, si puedes, del caso, de Irene, de todo. —Le cogió las dos manos por encima de la mesa—. Vamos a organizar lo de Arcos. En serio, de verdad, sin que se cruce nada más por en medio.

—Pero Telemáticos...

—Telemáticos no nos necesita mirando el teléfono cada cinco minutos, Nya. Lo que tenga que llegar, llegará. Lo único que conseguimos quedándonos aquí sentados es que tú te vuelvas loca esperando, y eso no le sirve a nadie. Ni a ti, ni a Claudia. —Le apretó las manos un poco más—. Claudia merece justicia, y la va a tener, te lo prometo, aunque tarde el tiempo que tarde. Pero tú mereces respuestas, Nya. Llevas toda tu vida sin ellas, y las tienes a cuarenta minutos de coche, esperándote en una residencia de Arcos, con un hombre que te sigue llamando su niña. Eso no puede esperar más solo porque el caso de otra mujer, por importante que sea, no ha terminado todavía de resolverse del todo. Tú importas tanto como Claudia. Tanto como cualquier víctima que yo haya instruido en mi vida. Y llevo semanas tratándote, sin darme cuenta, como si tu historia pudiera esperar y la de ella no.

Nya sintió que se le llenaban los ojos, y esta vez no hizo nada por contenerlo.

—Vale —dijo, con la voz rota—. Vale. Arcos.

—Arcos —confirmó Harper, y por primera vez en varios días, la palabra sonó exactamente a lo que era: una promesa cumplida, no un paréntesis robado al trabajo.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
## Mi niña

*Martes, 27 de agosto de 2024*
*Residencia Nuestra Señora del Rosario.*
*Arcos de la Frontera. 9:30 h.*

El camino hasta Arcos discurrió en un silencio que no fue incómodo en ningún momento: Carmen al volante, con esa capacidad suya de conducir y de callar exactamente lo justo, Harper detrás con la mano apoyada en el hombro de Nya desde el asiento del copiloto, y Nya mirando por la ventanilla cómo la campiña gaditana, seca y dorada de agosto, iba dando paso poco a poco a la silueta blanca del pueblo encaramado en su peñón, recortada contra un cielo tan azul que dolía mirarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Carmen, ya con el pueblo entero desplegándose ante ellos en la última curva.

—No lo sé —dijo Nya, con sinceridad—. Llevo catorce años sin él. Catorce años creyendo que estaba muerto. No sé qué se siente al revés de un funeral.

Nadie tuvo una respuesta para eso, porque no la había.

La residencia estaba a las afueras del casco antiguo, un edificio moderno y sin pretensiones, con un jardín pequeño de setos recortados y una recepcionista que los hizo esperar diez minutos que a Nya le parecieron una hora entera. Cuando por fin una auxiliar los acompañó por el pasillo hacia la sala común, Nya sintió que las piernas le pesaban de una manera que no tenía nada que ver con el cansancio del viaje.

—Está ahí dentro —dijo la auxiliar, señalando una puerta doble de cristal esmerilado—. Con el piano. Es lo que más le gusta hacer a estas horas. Adelante, no se preocupen, hoy tiene un buen día.

La puerta se abrió a una sala luminosa, con sillones desgastados por el uso amable de muchas manos, una televisión apagada en una esquina y, junto a la ventana más grande, un piano vertical de esos que tienen las residencias y los colegios, con la madera un poco descolorida por el sol de tantos veranos.

Un hombre estaba sentado frente a él, de espaldas a la puerta, tocando.

La pieza era sencilla, casi minimalista, unas pocas notas repetidas con variaciones mínimas, un vals lento y melancólico que Nya reconoció en el pecho antes de reconocerlo en la cabeza: la primera *Gymnopédie* de Satie, la misma que sonaba, en algún rincón muy antiguo de su memoria, en una tarde de finales de verano de la que ya casi no le quedaban imágenes, solo la sensación. Las manos del hombre eran grandes, con la piel ya fina de la edad, y se movían sobre las teclas con la torpeza cariñosa de quien nunca aprendió del todo, de quien toca de oído, exactamente como ella.

Nya se quedó parada en el umbral, incapaz de dar el paso siguiente.

Fue Rafael quien se detuvo primero, con la última nota todavía flotando en el aire, y se giró en el taburete con la lentitud de quien ha esperado tanto tiempo una cosa que ya no se atreve a creer que esté ocurriendo de verdad.

Se miraron.

Rafael tenía el pelo blanco del todo, más delgado de lo que ninguna fotografía antigua podría haber anticipado, con la piel curtida de alguien que ha vivido mucho tiempo escondiéndose de algo. Pero los ojos, cuando encontraron los de Nya, no tuvieron ni un segundo de duda.

—Mi niña —dijo, con una voz rota que llevaba catorce años sin pronunciar esas dos palabras—. Eres tú. Mírate. Eres tú de verdad.

Nya cruzó la sala sin darse cuenta de que se movía, y cuando llegó hasta él, Rafael se levantó del taburete con un esfuerzo que no disimuló y la abrazó con una fuerza que desmentía toda su fragilidad

aparente, con la cara hundida en su pelo, repitiendo *mi niña, mi niña* como quien reza la única oración que le queda.

Y Nya, que llevaba media vida aprendiendo a llorar únicamente en los brazos de un solo hombre, en la intimidad segura de su propia casa, rompió a llorar ahí mismo, en la sala común de una residencia de Arcos, delante de una auxiliar que se llevó discretamente la mano a la boca, delante de Carmen que se secaba los ojos sin disimulo, delante de Harper, que se quedó un paso atrás, dejándole a aquel abrazo todo el espacio que necesitaba, con los ojos brillantes también, aunque no dijera nada.

—Perdóname —dijo Rafael, cuando por fin pudo hablar, sin soltarla del todo, sujetándola por los hombros para poder mirarla—. Perdóname por todos estos años. No sabes cuánto lo siento. No sabes cuánto.

—Estás vivo —fue lo único que Nya consiguió decir, con la voz deshecha—. Estás vivo, Rafael.

—Estoy vivo. —Sonrió, con una tristeza tan antigua que casi parecía otra cosa—. Y llevo catorce años deseando poder decírtelo yo mismo, y catorce años convencido de que no podía, porque hacerlo te habría puesto en peligro de una manera que no te puedo ni empezar a explicar sin sentarme primero.

-*.*-

Se sentaron en un rincón apartado de la sala, los cuatro, con Rafael todavía sin soltarle la mano a Nya, como si temiera que al hacerlo fuera a desaparecer otra vez.

—Deja que te mire —dijo, apartándose lo justo para recorrerla entera con los ojos, de arriba abajo, con una sonrisa que le temblaba en las comisuras—. Mírate. Estás preciosa, Nya. Ya no eres la niña que yo recuerdo. Eres toda una mujer, y una mujer hermosa, además. Se te nota en la cara que has peleado por cada año de tu vida, y también se te nota, gracias a Dios, que has ganado más batallas de las que has perdido.

Nya sonrió, con los ojos todavía llenos de lágrimas, y sintió que se le subían los colores a la cara de una manera que no le pasaba

desde hacía mucho tiempo, la clase de rubor tonto e inevitable que solo provocan las personas que te conocieron antes de que aprendieras a defenderte de los halagos.

—No digas tonterías —murmuró, apartando la mirada.

Fue entonces cuando Rafael, con la misma atención con la que la había mirado entera, se detuvo un segundo de más en su pómulo izquierdo, en la fina línea blanca que Nya llevaba media vida intentando que nadie mirase demasiado tiempo. Ella, casi por reflejo, giró la cabeza y dejó que un mechón de pelo le tapara la cicatriz, el mismo gesto automático de siempre.

—No la escondas —dijo Rafael, con una suavidad que no admitía réplica, apartándole él mismo el mechón con dos dedos temblorosos —. Nunca la escondas, mi niña. Cada cicatriz que llevas es una medalla, no una vergüenza. Es la prueba de que estuviste ahí, de que peleaste, de que sobreviviste a algo que debería haberte partido del todo y no lo consiguió. Yo llevo las mías por dentro, donde no se ven, y créeme que las tuyas, las que se pueden mirar de frente, son las más honestas de las dos clases.

Nya se quedó un momento en silencio, con la mano de Rafael todavía sosteniéndole el pelo apartado de la cara, sintiendo que algo muy antiguo, algo que llevaba años necesitando escuchar exactamente esas palabras, se aflojaba por fin dentro de ella.

—Investigué durante años quién eras de verdad —dijo, cuando por fin pudo hilar las frases sin que la emoción se las rompiera—. Desde mucho antes del accidente, Nya. Nunca me creí a Antonio. Ni una palabra de lo que contaba sobre tu llegada a la familia me sonó verdad, ni siquiera de niña, y empecé a tirar del hilo yo solo, con lo poco que un hombre sin recursos y sin la confianza de su propio hermano puede permitirse tirar. Hablé con gente de Benaocaz. Encontré a alguien que había trabajado en la Clínica Cielo, hace muchísimos años, antes de que la cerraran. Até cabos que Antonio jamás pensó que nadie fuera a atar.

—¿Y qué encontraste?

—Más de lo que tú sola pudiste encontrar, me consta, porque sé que lo has intentado. —Rafael le apretó la mano—. No todo, Nya. No tengo el nombre de tu madre, ni el de la mujer que te llevó nueve

meses. Eso todavía se me resiste, y me duele en el alma no dártelo hoy, aquí, de una vez. Pero tengo nombres de gente que estuvo en esa clínica, fechas que Antonio nunca imaginó que alguien llegara a cruzar, y algo más, algo que él nunca supo que yo había llegado a descubrir.

Se detuvo un instante, como si la propia frase le costara respirar, y Nya, sin soltarle la mano, esperó.

—Antonio se enteró de que yo estaba investigando —continuó Rafael, más despacio, con la voz ya más grave—. No sé cómo. Puede que alguien de la clínica hablara, puede que me viera demasiadas veces merodeando por donde no debía, no importa ya cómo. Se enteró, y vino a verme. Solo una vez. Y me dijo, con esa calma suya que siempre daba más miedo que cualquier grito, que si seguía investigando, si daba un solo paso más, te haría daño a ti. No a mí. A ti. Que tenía maneras de llegar hasta donde yo nunca podría llegar a protegerte, y que la única manera de que tú estuvieras a salvo era que yo desapareciera del todo, de tu vida y de la suya, sin dejar ni rastro de lo que sabía.

Nya sintió que se le helaba algo por dentro, un frío antiguo que reconocía de otras conversaciones, de otro hombre, de otra amenaza pronunciada con la misma calma insoportable.

—Y entonces vino el accidente —dijo, en voz baja.

—El accidente fue real. —Rafael asintió—. Discutí con él esa misma noche, cabreado como pocas veces en mi vida, y conduje sin la cabeza donde debía estar. Me salí de la carretera de la sierra, de verdad, sin que nadie me obligara a ello. Pero cuando desperté en el hospital, con heridas que tardarían meses en curar, entendí que aquello, por macabro que suene, me daba la única salida que Antonio me había dejado. Dejé que todo el mundo creyera que no había sobrevivido. Cambié de provincia en cuanto pude moverme. Viví catorce años con otro nombre a medias, sin buscarte nunca, sin escribirte nunca, aunque me costara cada día de mi vida, porque la única manera de cumplir mi palabra de mantenerte a salvo era no acercarme jamás a ti mientras Antonio siguiera teniendo el poder de hacerte daño.

—Todo este tiempo... —Nya negó con la cabeza, incapaz de terminar la frase.

—Todo este tiempo estuve vivo y cerca, relativamente, y lejos de ti a propósito, con el corazón roto cada uno de esos catorce años. —Rafael le levantó la barbilla con dos dedos, como Nya recordaría después, sin poder evitarlo, que hacía Harper—. No fue abandono, mi niña. Fue lo único parecido a protegerte que un hombre sin recursos y sin ayuda de nadie supo hacer. Y no sé si fue suficiente. No sé si hice bien. Pero era lo único que tenía.

Harper, que había escuchado todo en silencio, se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Antonio sigue teniendo ese poder? —preguntó, con la voz templada del instructor que no puede evitar seguir siéndolo incluso en un momento así.

—No lo sé —dijo Rafael, mirándolo por primera vez—. Lleva desaparecido más de un año, según me han contado por ahí, aunque yo mismo no tenía manera de saberlo hasta que su amiga —señaló a Carmen con un gesto de gratitud silenciosa— me encontró. Si Antonio ya no tiene el poder de hacer lo que amenazó, es la primera vez en catorce años que puedo decir esto sin miedo: he guardado algo para ti, Nya. Esperando este día.

Se levantó, despacio, con la misma lentitud con que se había levantado del piano, y de un cajón cerrado con llave en la mesita de su propia habitación —a la que los acompañó, con pasos cortos, apoyándose en el brazo de Nya sin ninguna vergüenza por necesitarlo— sacó una llave pequeña, de metal deslustrado, con un número grabado y el nombre de una entidad bancaria de Jerez.

—Es de una caja de seguridad —dijo, poniéndosela en la palma de la mano con las dos suyas, como quien entrega algo mucho más pesado de lo que su tamaño sugiere—. La abrí hace catorce años, antes del accidente, con todo lo que había reunido hasta entonces sobre ti. No he vuelto a tocarla desde entonces, ni he pagado religiosamente la cuota más que por transferencia automática, rezando para que el banco no cerrara la cuenta antes de que este día llegara. No sé qué vas a encontrar dentro, Nya. No te prometo

respuestas completas. Pero es más de lo que tenías esta misma mañana, y es todo lo que puedo darte.

Nya cerró los dedos alrededor de la llave, todavía caliente de las manos de Rafael, y ya se disponía a levantarse cuando él le retuvo la muñeca, con una firmeza que no había mostrado hasta entonces en toda la visita.

—Espera. Una cosa más, antes de que te vayas con esto. —Su voz había cambiado, había perdido la ternura de hacía un momento para volverse más grave, más antigua, la voz de un hombre que ha decidido, en el último segundo, decir algo que llevaba catorce años callándose—. Si vas a seguir tirando de este hilo, y sé que lo vas a hacer, porque eres de las que no saben dejar las cosas a medias, necesito que estés preparada para algo. Lo que hay detrás de tu historia no es solo un bebé robado, Nya. No es solo Antonio y su vanidad de patriarca sin heredero. Es mucho más grande que eso. Más grande de lo que tú imaginas, y más grande de lo que yo mismo, con todos los años que llevo investigando, he llegado nunca a ver del todo.

—¿Qué quieres decir?

Rafael dudó, y en esa duda, en el segundo exacto en que sus ojos buscaron un punto neutro de la habitación antes de volver a los de Nya, Harper —que llevaba toda la conversación en silencio, observando con la misma atención con la que observaba un testigo en su despacho— tuvo la certeza fría de que aquel hombre sabía bastante más de lo que estaba dispuesto a poner en palabras aquella tarde.

—Quiero decir que hay nombres, en lo que reuní hace catorce años, que no eran solo el de Antonio. —Rafael escogió las palabras con el cuidado de quien camina por un puente que no sabe si va a aguantar su peso—. Nombres de gente con mucho más dinero y mucho más poder que un patriarca de pueblo con ganas de un hijo varón. No los vas a encontrar todos en esa caja, Nya. Los que encontré yo, con los medios de un hombre sin nada, son solo la punta de algo que se hunde mucho más hondo de lo que puedo enseñarte hoy. Y no te lo digo para asustarte. Te lo digo porque te quiero, y porque catorce años escondido me han enseñado que hay

clases de peligro que no se anuncian con gritos ni con amenazas claras como la que me hizo Antonio. Hay peligros que simplemente esperan, pacientes, a que alguien tire del hilo equivocado.

Se quedó un momento en silencio, mirándola con una intensidad que a Nya se le quedó grabada mucho después de salir de aquella sala.

—Ten cuidado, mi niña —dijo, al fin, apretándole la mano una última vez—. Con quién hablas de esto. Con a quién se lo cuentas. Y sobre todo, con lo rápido que quieres saberlo todo. Algunas verdades, cuando salen a la luz demasiado deprisa, se llevan por delante a quien las descubre.

-*.*-

*13:40 h.*
*Aparcamiento de la residencia. Arcos de la Frontera.*

Salieron despacio, los tres, con Rafael despidiéndose desde la puerta con una mano en alto que no bajó hasta que el coche desapareció de su vista por la carretera. Nadie habló durante los primeros minutos del camino de vuelta, con Carmen al volante otra vez y Harper en el asiento de atrás, junto a Nya, que llevaba la llave apretada en el puño como si pudiera escapársele.

—La sucursal ya estará cerrada a estas horas —dijo Harper, al cabo de un rato, con la voz neutra de quien constata un hecho práctico sin cargarlo de ninguna presión—. Los bancos en España cierran a las dos, y para cuando lleguemos a Jerez ya no habrá nadie que nos abra una caja de seguridad. Tendría que ser otro día, cuando tú quieras.

Nya se quedó mirando la llave en su mano, dándole vueltas entre los dedos, y sintió que aquel obstáculo tan tonto, tan administrativo, le llegaba en realidad como un alivio disfrazado.

—Necesito tiempo, Aeris —dijo, al fin, en voz baja—. No solo por el banco. Necesito unos días antes de abrir eso. Hoy ya ha sido... —No terminó la frase. No hacía falta.

—El tiempo que necesites. —Harper lo dijo sin dudar ni un segundo, cogiéndole la mano libre por encima del asiento—. Esa

caja lleva catorce años esperando, Nya. Puede esperar una semana más, o un mes, o lo que haga falta. No hay ninguna prisa que valga más que tú llegando a abrirla cuando de verdad estés lista, y no porque el calendario o la lógica digan que toca.

Nya asintió, y por primera vez desde que había salido de la sala común del piano, se permitió apoyar la cabeza contra el hombro de Harper y cerrar los ojos, con la llave todavía cerrada en el puño, sin prisa ninguna por decidir cuándo iba a abrir, por fin, la puerta de lo que llevaba tanto tiempo esperando dentro.

# CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

## Reconstruyendo la verdad

*Martes, 27 de agosto de 2024*
*La Bodega. 19:00 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Habían comido por el camino, en un bar de carretera cerca de Bornos donde nadie los conocía y nadie preguntó nada, y para cuando el Mercedes de Carmen entró por el camino de albero, con el sol de agosto ya empezando a inclinarse hacia un naranja largo sobre las viñas, los tres llevaban horas sin decir gran cosa, agotados de la misma manera buena en que agota lo que de verdad importa.

Nya abrazó a Carmen en la puerta del coche, un abrazo largo, sin prisa, del tipo que no necesita palabras porque ya se lo han dicho todo por el camino.

—Llámame mañana —dijo Carmen, contra su pelo—. Aunque sea solo para decirme que has dormido bien.

—Te llamo. Prometido.

Nya entró en la casa, y Harper se quedó un momento más junto al coche de Carmen, con la mano apoyada en el techo, mientras ella bajaba la ventanilla.

—Cuídala, Harper —dijo Carmen, sin ningún preámbulo, con la seriedad de quien lleva todo el día guardándose una frase y ya no piensa guardársela más—. No como lo has estado haciendo, que ya sé que la cuidas bien. Cuídala de verdad, de la manera que importa. No le hagas daño nunca. No se lo merece. Lleva media vida sufriendo lo que nadie debería sufrir ni una vez, y si alguien en este

mundo tiene ganado el derecho a que le vaya bien de una vez, es ella.

Harper no contestó enseguida. Se quedó mirando a Carmen con esa seriedad suya que no admitía ni un gramo de teatro, y cuando habló, lo hizo con una llaneza que no dejó ningún resquicio para la duda.

—Antes me cortaría las manos —dijo.

Carmen lo miró un momento largo, calibrando la frase, y algo en su cara se relajó del todo, como quien encuentra por fin la respuesta que llevaba tiempo necesitando oír.

—Bien —dijo, al fin—. Porque como me entere de que se lo has hecho, te las corto yo.

Harper sonrió, un poco, con esa media sonrisa suya que solo salía entera con muy poca gente, y dio dos golpes en el techo del coche antes de que Carmen arrancara.

—Descansa —le dijo, mientras el coche empezaba a moverse—. Y gracias. Por lo de hoy. Por lo de siempre.

Carmen levantó una mano por la ventanilla, sin girarse, y se perdió por el camino de albero hacia la carretera.

-*.*-

Harper entró en la casa cuando ya oía el agua corriendo arriba, en la ducha, y en vez de subir a esperarla, bajó a la cocina y empezó a montar, con esa parsimonia suya de cuando las manos necesitaban hacer algo mientras la cabeza se ponía en marcha, una merienda ligera: queso, un poco de jamón, pan del día anterior tostado, fruta cortada, dos vasos de algo frío. Sabía, sin necesidad de que nadie se lo confirmara, que aquella noche no iba a ser de cenar pronto y dormir. Sabía que en cuanto Nya bajara con el pelo mojado y la cabeza ya despejada del viaje, los dos iban a subir al estudio, y que esta vez sí, con todas las piezas por fin en la mesa —la llave, los vídeos, la conversación, la frase imposible, y ahora también la advertencia oscura de Rafael sobre algo mucho más grande esperando debajo de todo—, iban a construir la historia entera, de principio a fin, en voz alta.

Cuando Nya bajó, con el pelo húmedo recogido y una camiseta suya que le quedaba grande, se encontró la bandeja ya lista sobre la encimera.

—¿Subimos? —preguntó, sin necesitar preguntar realmente el qué.

—Subimos.

En el estudio, con la bandeja entre los dos y la pizarra todavía llena de fechas y flechas de la noche anterior, Nya se acercó al altavoz pequeño de la estantería y buscó, sin dudarlo, la misma canción de siempre.

*Enemy.*

—En bucle —dijo, mirando a Harper, con esa determinación tranquila de quien ya no necesita explicar por qué—. Toda la que haga falta.

Harper asintió, y la música empezó a llenar el estudio, ese bajo grave entrando despacio, casi respirando, con la voz rota que llevaba semanas anunciando, sin que ninguno de los dos se hubiera atrevido a nombrarlo, que aquella noche, por fin, todo iba a encajar.

-*.*-

—Empecemos por el principio —dijo Harper, de pie frente a la pizarra, con el rotulador rosa en la mano—. No el principio del expediente. El principio de verdad.

—Marzo —dijo Nya—. Irene consigue la llave de la casa. Una llave legítima, entregada por Álvaro para una emergencia, pensada para ayudar. Ese es el primer regalo que le hacen sin saberlo: acceso.

*Álvaro, torpe con la aplicación, enseñándole a Irene cómo se ponía la llave nueva, sin sospechar nada, agradecido de tener ayuda.*

—Y a partir de ahí —siguió Harper, escribiendo la fecha en la pizarra—, la presencia deja de ser generosidad y se convierte en método. Al principio, dos tardes por semana. Luego tres. En junio, ya todos los días, de nueve y media de la mañana a bien entrada la noche, con una excusa siempre distinta y razonable.

*Irene entrando por la puerta con una bolsa de fruta, con una crema del pediatra, con cualquier cosa que hiciera falta ese día*

*concreto. Nunca la misma excusa dos veces. Siempre la excusa perfecta.*

—Y con la presencia, el guion —dijo Nya—. Irene le enseña a Claudia a apuntarlo todo. Se lo presenta como ayuda, como un truco de amiga organizada. Externalizar la memoria. No fiarse de la propia cabeza para las cosas pequeñas.

*Claudia escribiendo su primera nota, avergonzada, sintiéndose ridícula, sin saber que acababa de empezar a construir su propia condena. «22 feb — esterilizador APAGADO, comprobado.»*

—Ahí empieza el verdadero trabajo —dijo Harper—. Porque una vez que Claudia confía en el papel más que en su propia memoria, Irene ya tiene la palanca que necesita. Le basta con moverle una cosa de sitio de vez en cuando. Apagar algo que estaba encendido. Encender algo que estaba apagado. Y esperar.

*Irene entrando de madrugada, con la llave que le dieron para emergencias, moviendo un objeto de sitio, comprobando, saliendo sin hacer ruido. El esterilizador con el piloto encendido a la mañana siguiente, oliendo a plástico caliente.*

—Mayo —dijo Nya—. Claudia repasa el registro de la alarma, como hacía cada día, y encuentra una desactivación nocturna que no recuerda haber hecho ella. Se lo dice a Irene, asustada. «Me estoy volviendo loca.»

*Irene, con la voz más dulce del mundo: «Nena, seguramente fuiste tú misma, para comprobar que todo estaba cerrado. No pasa nada.»*

—Y Claudia le cree —dijo Harper—. Porque es más fácil creer que una misma está fallando que creer que alguien en quien confías absolutamente te está entrando en casa de madrugada. Ese es el mecanismo entero, Nya. No hace falta convencer a nadie de una mentira grande. Basta con ofrecerle una explicación pequeña y razonable cada vez que la realidad no encaja.

La canción llegó a su primer estribillo, y las frases entre los dos empezaron a acortarse, a superponerse, como si la propia música les marcara el ritmo al que debían ir encajando las piezas.

—Junio. Se repite.

—Varias veces.

—Claudia deja de contárselo a Irene.

—Y en vez de eso, actúa.

*Claudia mintiéndole a su mejor amiga por primera vez en seis años: «Voy a comer a casa de mi madre con la niña.» Y quedándose en casa, a escondidas, dejando entrar a un instalador para dos cámaras que nadie más sabría que existían.*

—Cámara en la cocina. Cámara en el cuarto de Vega —dijo Nya—. La cuota de la alarma sube ese mismo mes, y nadie lo nota hasta dos meses después.

—Julio empieza con Claudia ya vigilando a quien la vigilaba —dijo Harper—. Y con un amigo del instituto al que empieza a escribir de madrugada, en una aplicación que borra los mensajes solos, porque ya no confía ni en su propio teléfono.

*Óscar, leyendo un mensaje que desaparece a los pocos minutos: «No puedo respirar en esta casa.» Sin nombre. Sin acusación. Solo el miedo, desnudo, sin destinatario.*

—Intenta hablar con Álvaro. Tres veces —dijo Nya, contando con los dedos, uno a uno—. El ocho de julio, interrumpida por Irene con la excusa de la crema del pediatra. El diez, por una llamada de doce minutos del trabajo de Álvaro que le vacía la cabeza justo cuando por fin la escuchaba. El doce, la última vez, con la condición explícita de que no sonara el teléfono ni llamara nadie a la puerta.

*Y aun así, un coche entrando por el camino de albero. Irene en la puerta, con una excusa sobre el cumpleaños de Vega. Álvaro levantándose, aliviado sin saberlo. Claudia, de pie en la cocina, con las palabras muriéndosele otra vez en la garganta.*

—El mismo diez de julio —siguió Harper—, mientras Claudia vivía una tarde de verdad buena, con fruta y risas y una niña que se reía muchísimo, Irene ya estaba preparando el material con el que, semanas más tarde, iba a convertir ese mismo día en la prueba de un deterioro que nunca existió.

*Irene, sentada frente a Harper en su propio despacho, con las manos quietas sobre el bolso, la voz templada: «A veces pienso que lo hago todo tan mal que Vega estaría mejor aprendiendo de otra persona.» Con esas palabras exactas.*

—La frase imposible —dijo Nya.

—La frase imposible —repitió Harper—. Y no es la única prueba de que mentía. Está la doctora Beltrán, la primera psicóloga, las sesiones que se cortaron siempre, casualmente, los jueves. Está el ordenador de escritorio que abre una sesión de WhatsApp Web vinculada a la cuenta de Claudia sin que ella supiera lo que era WhatsApp Web. Está el coche aparcado frente a la casa a las once y cuarto de la noche del ocho de julio, la misma noche en que Irene juró, por escrito, que llevaba dos días sin verla por la gripe.

El segundo estribillo llegó más alto, más urgente, y los fogonazos empezaron a caer unos sobre otros casi sin respiro, media frase cada uno, como si la propia canción estuviera tirando de ellos hacia el final.

—Nueve de julio. Última grabación oculta.

—Claudia ya lo tiene todo.

—Y no hace nada con ello. Todavía no.

—Silencio de tres días. El más largo del hilo entero.

*Claudia mirándose al espejo del baño, con el cepillo de dientes a medio camino, repitiéndose una palabra que ya no le sonaba a diagnóstico ajeno.*

—Y entonces, el doce de julio, a las once catorce de la noche, después de tres días sin escribirle ni una palabra a la mujer que la estaba destruyendo, Claudia envía un mensaje.

—«Necesito hablar contigo. Voy a pasar a buscarte.»

—Ella elige la hora.

—Ella elige salir de las dos casas.

—Ella conduce.

*Dos siluetas subiendo a un coche en la oscuridad de una calle tranquila. Una de ellas, por primera vez en meses, con el control de la situación en sus propias manos.*

—Y once minutos después, a las once y treinta y uno, mientras se dirigía hacia allí, o quizás ya parada en algún sitio antes de llegar, pide con carácter de urgencia una cita con una psicóloga a la que nunca ha visto en su vida. Paga la señal con una tarjeta que no es la suya. Para el día siguiente, a primera hora.

—Iba a ir a esa cita, Aeris.

—Iba a sobrevivir a esa noche pensando que iba a ir a esa cita.

*Dos siluetas junto a una barandilla, en la oscuridad, con las vías del tren brillando abajo bajo la luna. Una voz que no sube de tono. Otra que sí, al final, cuando ya es demasiado tarde para que suba de nada.*

—Y algo pasa ahí, junto al puente, que todavía no podemos demostrar palabra por palabra.

—Pero que ya no es una teoría, Aeris.

—Y después —dijo Harper, más despacio, dejando que la canción bajara un grado antes de seguir—, viene lo que ninguno de los dos ha querido nombrar en voz alta hasta ahora. El funeral, con Irene siempre un paso antes de que hiciera falta. La casa de Álvaro, rellenándose poco a poco alrededor del hueco que dejó Claudia. Una niña de ocho meses aprendiendo a buscar los brazos equivocados.

*Vega, en el patio, girando la cabeza hacia la puerta, ignorando a su padre, hundiendo la cara en el cuello de la mujer que sostiene su vida entera sin haber pagado nada por ella.*

—Eso no es el final de la historia, Aeris. Es la continuación.

—Lo sé. —Harper dejó el rotulador sobre la pizarra, con la mano todavía temblando un poco, y se giró hacia Nya en el silencio breve entre una vuelta de la canción y la siguiente—. Y por eso esto no puede quedarse en una reconstrucción bonita que solo sirva para que tú y yo durmamos tranquilos esta noche. Tiene que llegar a un tribunal. Entera. Con cada pieza sosteniendo a la siguiente.

—Es una reconstrucción —dijo Nya, en voz baja, casi para sí misma—. Completa. De principio a fin. Con nombre y con patrón, aunque el motivo último todavía no lo tengamos entero.

Nya se quedó mirando la pizarra entera, el mapa completo de una vida destruida en fechas y flechas, con Enemy volviendo a empezar desde el principio, la misma voz rota preguntando otra vez lo mismo, y sintió que algo, después de dos meses enteros, se cerraba por fin de la única manera que un caso así merecía cerrarse.

No con una corazonada.

Con la verdad entera, puesta en pie, esperando solo el papel que la hiciera oficial.

# CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

## Donde mueren las madres

*Martes, 27 de agosto de 2024*
*La Bodega. Estudio de Aeris Harper. 20:15 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Nya se quedó de pie frente a la pizarra un rato largo, con Enemy todavía sonando, más baja ahora, como si la propia canción hubiera decidido dejarle espacio a lo que venía. Cerró los ojos.

—Puedo verlo —dijo, en voz baja—. Deja que te lo cuente así, Aeris. Como si lo estuviera viendo.

Harper no dijo nada. Se sentó en el borde de la mesa, y esperó.

—Claudia conduce con las manos demasiado firmes sobre el volante —empezó Nya, con los ojos todavía cerrados, con una voz que ya no sonaba del todo a ella, sino a alguien narrando algo que ha decidido, por fin, mirar de frente—. Lleva el móvil en el asiento del copiloto, con el hilo de Irene todavía abierto en la pantalla. Ha tardado tres días en escribir ese mensaje. Tres días enteros mirando siete vídeos una y otra vez, aprendiéndose de memoria la

cara de la mujer que entra en su cocina de madrugada, hasta que el miedo se le queda pequeño al lado de otra cosa mucho más grande: la necesidad de que alguien, aunque sea la propia Irene, le confirme que no se lo ha inventado. Que no está loca. Que todo esto ha pasado de verdad.

»Irene sube al coche con la misma sonrisa de siempre, la sonrisa que ha usado durante seis años para entrar en cada habitación de la vida de Claudia, y le pregunta qué pasa, cariño, la nota preocupada, como siempre, exacta, calibrada. Y Claudia, que lleva tres días sin decir una palabra, conduce en silencio hacia la carretera de la sierra, hacia un puente sobre unas vías donde nadie las va a interrumpir, donde no hay ninguna excusa posible con la que Irene pueda cortar la conversación esta vez.

Nya hizo una pausa, respirando despacio, y Harper la vio apretar los puños a los costados, sin abrir los ojos.

—Paran el coche. Bajan. Y ahí, con las vías brillando abajo bajo la luna, Claudia por fin dice lo que lleva semanas sin poder decir. Le enseña el teléfono. Le pone delante los vídeos, uno detrás de otro, la cara de Irene iluminada por la luz de una nevera ajena, entrando en su casa a las tres de la madrugada. Le dice que lo sabe todo. Que sabe lo de la llave, lo de las notas, lo del esterilizador. Que sabe

que le ha estado mintiendo desde marzo, quizá desde antes, y que ya no va a dejar que le siga arrancando pedazos de su propia cabeza.

»Y por primera vez en seis años, Irene deja de sonreír.

Nya abrió los ojos un instante, solo para cerrarlos otra vez, más despacio, como si necesitara la oscuridad para seguir sosteniendo lo que venía.

—No grita. Irene no es de las que gritan. Al principio intenta lo único que le ha funcionado siempre: dar la vuelta a la historia. Le dice a Claudia que se equivoca, que lo ha entendido todo mal, que ella jamás le haría daño, que es la persona que más la quiere en este mundo. Cuando ve que eso no funciona, cambia de estrategia sin perder ni un segundo, con la fluidez de quien lleva toda la vida improvisando personajes: se hace la herida. Le dice que no puede creer que Claudia dude de ella después de todo lo que ha hecho, después de tantas noches sin dormir preocupada por Vega, después de tanto amor entregado sin pedir nada a cambio. Intenta que sea Claudia la que se sienta culpable, la desagradecida, la que está destruyendo una amistad de seis años por un malentendido.

»Y durante seis años, esa jugada le habría funcionado. Pero Claudia ya no es la misma mujer que se disculpaba tres veces por un análisis rutinario.

Lleva semanas grabando, comprobando, aprendiendo, a solas, a no fiarse de nadie más que de sus propios ojos. Y le dice que no. Que ya no. Que puede llorar todo lo que quiera, que puede repetir cuánto la quiere las veces que haga falta, que no va a funcionar nunca más.

»Irene lo intenta una última vez. Baja la voz, se acerca, le habla como quien habla a una niña asustada, con esa cadencia suya que ha aprendido a doblar voluntades sin levantar jamás el tono. Le dice que lo puede arreglar todo, que puede volver a ser como antes, que Claudia no sabe lo que está a punto de destruir. Y Claudia, con el móvil todavía en la mano, con los vídeos todavía en la pantalla, le contesta con la única frase que de verdad la condena:

»«Voy a enseñarle todo esto a Álvaro.»

Nya se quedó un momento en silencio, con la respiración un poco más alta de lo habitual, y cuando volvió a hablar, la última nota de Enemy se apagó del todo detrás de ella, dejando el estudio entero sumido en un silencio limpio y absoluto, como si la propia canción hubiera decidido no acompañar lo que venía a continuación.

—Y ahí, Aeris, es cuando Irene deja de intentar convencerla.

No hay forcejeo. No hay lucha. Nya lo dijo despacio, con la certeza fría de quien ya no está reconstruyendo una teoría sino describiendo un hecho.

—No hace falta ninguna pelea para empujar a alguien que no se lo espera. Un solo movimiento, seco, calculado, sin un gramo de la rabia que cualquiera esperaría encontrar en ese gesto. Irene no empuja por ira. Empuja con la misma frialdad con la que ha hecho todo lo demás estos seis años: como quien retira, sin más, un objeto que ya ha dejado de serle útil.

Nya abrió los ojos, por fin, muy despacio, y se giró hacia Harper con una certeza que no dejaba lugar a ninguna duda.

—Eso es lo que creo que pasó esa noche, Harper. Irene Salvatierra se vio tan acorralada que hizo lo que cualquier rata acorralada acaba haciendo: atacar. Y tuvo la sangre fría de empujar a quien decía ser su mejor amiga por un puente, dejando que un tren y una vía hicieran el resto del trabajo sucio por ella. ¿El motivo? Está clarísimo, Aeris. Borrarla. Borrar a Claudia de su propia vida, de la única vida que Irene había decidido, mucho antes de esa noche, que le pertenecía más a ella que a la mujer que la estaba viviendo.

Harper asintió, despacio, sin necesitar añadir nada durante un momento largo. No porque no tuviera nada que decir, sino porque llevaba ya rato pensando exactamente lo mismo, palabra por palabra, y oírselo decir a ella con esa claridad no había hecho más que confirmarle algo que ya sentía como cierto desde antes de que Nya cerrara los ojos.

—Yo creo lo mismo —dijo, al fin—. Cada pieza que tenemos apunta ahí, y ninguna apunta a otro sitio.

El teléfono de Harper vibró sobre la mesa, justo en ese instante, con la notificación de un correo electrónico.

*Parra.*

Lo abrió, y según iba leyendo, algo parecido a una sonrisa cansada se le fue dibujando en la cara.

—Es Parra —dijo—. Nos manda un adelanto de todas las diligencias. Escucha esto: «Llevo desde ayer metiendo prisa a todo el mundo, Harper. A la empresa de seguridad, a Telemáticos, a la propia Científica. Estoy seguro de que en la empresa de la alarma ya me tienen bloqueado el número de tanto llamar. Te lo mando todo adelantado por correo, sin esperar al papel sellado, porque sé que no vas a dormir tranquilo hasta tenerlo. Me debes una cena, Harper. Una cena de verdad, no un bocadillo de pie en la cafetería del juzgado.»

Nya soltó una risa breve, cansada, del tipo que solo sale después de horas de tensión acumulada, y se acercó a mirar la pantalla por encima del hombro de Harper.

—Parece que no eres el único cabezón de por aquí —dijo.

—Parra lleva treinta años siéndolo antes que yo. —Harper ya estaba abriendo los archivos adjuntos, con la misma urgencia contenida de siempre—. Vamos a ver qué nos ha conseguido adelantar. Le he dado la orden por email.

# CAPÍTULO CINCUENTA
## Irene

*Miércoles, 28 de agosto de 2024*
*Juzgado de Instrucción nº 2. Sala de declaraciones. 13:20 h.*
*Jerez de la Frontera.*

Habían pasado poco más de dieciséis horas desde que Harper había cerrado los archivos que Parra le había adelantado la noche anterior y había cogido el teléfono para dar la orden. A las tres de la madrugada, dos agentes de la Policía Nacional habían llamado a la puerta de la casa de Irene, con la orden de detención firmada y el acta de la diligencia sobre las cámaras ya certificada por escrito. Irene Salvatierra llevaba desde entonces en los calabozos de la comisaría, y desde entonces, según el informe que Parra le había pasado a Harper esa misma mañana, no había pronunciado una sola palabra que no fuera para pedir un vaso de agua.

Harper había pasado la mañana entera repasando cada pieza una última vez, no porque le hiciera falta —se las sabía ya de memoria, folio a folio, como quien se sabe una oración aprendida a la fuerza— sino porque necesitaba llegar a aquella sala sin ni una sola grieta por donde Irene pudiera colarse. Sabía, por quince años de oficio, que las personas como ella no se rompían con la primera prueba que se les ponía delante. Se rompían, si es que llegaban a romperse, por acumulación: una gota, y otra, y otra, hasta que el peso entero se volvía imposible de sostener con una sola sonrisa.

Ahora, por fin, le tocaba declarar. Como investigada, y formalmente.

Harper esperó de pie, solo, en la sala pequeña y sobria del juzgado, ya con la toga puesta —la bandera en la esquina, ninguna ventana, el aire acondicionado zumbando bajo con esa monotonía

de todos los edificios oficiales del país— con la carpeta entera desplegada delante de él, ordenada folio a folio con la misma disciplina con la que había ordenado la pizarra del estudio dos noches atrás. Quería estar solo delante de ella, a excepción de los policías nacionales que la custodiaban. Quería que la única voz que Irene tuviera que enfrentar fuera la suya, sin ningún otro testigo que pudiera repartirle la atención o darle un segundo de respiro para recalcular.

La puerta se abrió.

Dos agentes la acompañaron hasta la silla frente a Harper, con las manos ya libres de las esposas, y a su lado, un abogado de oficio joven, con cara de llevar toda la noche sin dormir y una carpeta casi vacía sobre las rodillas, se sentó con la premura nerviosa de quien acaba de conocer a su cliente hacía menos de una hora.

Irene llevaba la ropa cómoda que llevaba en su casa, sin maquillaje, con el pelo recogido de cualquier manera. Y sin embargo, incluso así, incluso en ese estado, se sentó con la espalda recta y las manos cruzadas sobre la mesa, exactamente como se había sentado la primera vez que Harper la vio, en su propio despacho, hacía ya más de un mes. El mismo control. La misma quietud calculada. Solo el color de la ropa había cambiado.

—Buenas tardes, Irene.

—Buenas tardes, señoría. —Su voz sonó igual que siempre: templada, educada, sin un solo temblor que delatara nada—. Perdone que no me haya levantado. Llevo un día un poco largo.

Harper no sonrió, pero tampoco endureció el gesto. Se limitó a abrir la carpeta, despacio, y a empezar, empezando por lo primero, que era leerle sus derechos. Cuando Irene asintió, y manifestó que quería declarar, Harper respiró hondo.

—Voy a explicarle por qué está aquí, y le voy a pedir que me escuche entera antes de decir nada, porque lo que tengo que contarle va a llevar un rato. —Sacó el primer folio—. En marzo de este año, Álvaro Ortiz le entregó una llave magnética de la alarma de su domicilio, para casos de emergencia. Esa llave se ha utilizado, según el registro certificado por la propia empresa de seguridad, en veintitrés ocasiones entre marzo y julio. Todas de madrugada.

Ninguna coincidiendo con ninguna emergencia real, porque en veintidós de esas veintitrés ocasiones, Álvaro estaba trabajando de noche, y Claudia estaba en casa, dormida.

Irene no dijo nada. Escuchaba con la misma atención cortés con la que había escuchado siempre, sin que ni un músculo de su cara se moviera de más, con las manos quietas sobre la mesa como si aquello fuera una reunión cualquiera sobre cualquier otro asunto ajeno a ella.

—El veintiséis de junio, unas cámaras que Claudia instaló en secreto, sin que usted lo supiera, la grabaron entrando en su cocina a las dos y catorce de la madrugada. Hay seis grabaciones más, la última del nueve de julio. En todas ellas aparece usted, manipulando objetos domésticos: el esterilizador, principalmente. Apagándolo cuando estaba encendido. Encendiéndolo cuando estaba apagado.

—Eso no demuestra nada, señoría, con todo el respeto —dijo el abogado, carraspeando—. Entrar en una casa a la que se tiene llave no es...

—No le he hecho ninguna pregunta, déjeme exponer, que le estoy dando esa deferencia y esa ventaja —lo cortó Harper, sin alzar la voz, sin necesitar alzarla—. Cuando lo haga, se lo agradeceré. Por ahora, quiero que su clienta escuche el resto.

Sacó otro folio.

—Tengo también la sesión de WhatsApp Web abierta durante meses al margen de la sesión del propio móvil de Claudia, vinculada, según el informe del Grupo de Delitos Telemáticos que recibí esta misma mañana, a un dispositivo y una dirección IP registrados a su nombre. Tengo su declaración jurada ante mí, en la que afirmó que Claudia le confesó, el diez de julio, sentirse tan mala madre que Vega estaría mejor con otra persona. Y tengo la conversación real de esa misma tarde, recuperada del propio teléfono de Claudia, en la que usted le responde a una foto de la niña riéndose con una frase casi idéntica a la que ella misma anotó esa noche para sí misma: que había sido un día precioso.

Harper hizo una pausa, y miró a Irene directamente a los ojos.

—Usted se inventó esa frase, Irene. La frase de la desesperación de Claudia no existió nunca. La escribió usted, semanas después, en

mi despacho, con la fecha exacta de un día que la propia Claudia documentó como bueno.

—Eso podría ser un error de fechas, señoría —dijo Irene, con la misma calma que llevaba toda la sala manteniendo—. Uno confunde una tarde con otra, especialmente en un momento tan doloroso como el que estábamos viviendo todos.

—Podría ser, sí. Si fuera la única pieza. —Harper no se movió—. Pero también tengo el testimonio de un amigo suyo de instituto de Claudia, Óscar Reyes, que le prestó su tarjeta la noche del doce de julio para que ella pagara una cita de urgencia con una psicóloga a la que nunca había visto, y que le confesó, semanas antes de morir, que sentía que no podía respirar en su propia casa. Tengo el testimonio de Álvaro Ortiz, que recuerda al menos tres ocasiones en las que Claudia intentó hablar con él a solas y usted apareció, siempre con una excusa distinta y siempre perfecta, cortando esa conversación. Tengo los turnos exactos de Álvaro en el parque de bomberos, que confirman que usted sabía perfectamente cuándo la casa se quedaba vacía de él. Y tengo, sobre todo, siete vídeos, Irene. Siete. Que no dejan sitio para ningún error de fechas.

El abogado de oficio se removió en su silla, incómodo, con la carpeta vacía todavía sobre las rodillas, sin saber muy bien qué anotar en ella. Irene no se movió. Seguía con la misma quietud, la misma espalda recta, pero Harper, que llevaba quince años leyendo manos antes que caras, vio cómo sus dedos, cruzados sobre la mesa, se apretaban un grado más de lo que se habían apretado hasta entonces.

—Señoría —dijo ella, al fin, con la misma voz suave de siempre, como si estuviera a punto de corregir un pequeño malentendido entre amigas—, entiendo que todo esto suene muy grave dicho así, de corrido. Pero yo quería a Claudia. La quería de verdad. Todo lo que hice, cada una de esas noches, incluso cada minuto que pasaba con ella, si es verdad que estuve ahí, que no lo recuerdo así, fue porque me preocupaba por ella. Porque veía que no llegaba a todo, que necesitaba ayuda, y a veces la gente necesitada no sabe pedir ayuda de la forma correcta, así que alguien tiene que dársela igual, aunque sea sin que se note del todo.

—¿Ayuda? —Harper no alzó la voz—. ¿Entrar de madrugada en la casa de una mujer dormida para manipular su percepción de la realidad es su definición de ayuda?

—Usted no entiende lo que es cuidar de alguien de verdad. —Por primera vez, algo se movió detrás de los ojos de Irene, una sombra rápida, casi imperceptible—. Claudia necesitaba a alguien fuerte a su lado. Alguien que supiera llevar las cosas mejor que ella. Yo solo estaba ahí para eso. Para llevarlas mejor.

—¿Mejor que ella? —repitió Harper, despacio, dejando que la frase se quedara en el aire—. ¿Mejor que la madre de esa niña?

Irene se quedó callada un segundo de más.

—Sí —dijo, al fin, con una naturalidad que a Harper le heló la sangre más que cualquier grito—. Mejor que ella. Claudia tenía todo lo que cualquier persona podría desear, señoría. Un marido que la adoraba, aunque trabajara de noche. Una hija preciosa y sana. Una casa propia. Un trabajo esperándola. Y no hacía más que quejarse, dudar, llorar en el coche del centro de salud, pedirme perdón por tonterías. Desperdiciaba cada minuto de esa vida agobiándose por cosas que no merecían ni la mitad de la angustia que ella les daba.

—¿Y usted sí la habría valorado?

—Yo la habría vivido bien. —La voz de Irene, por primera vez desde que había entrado en la sala, dejó de sonar templada del todo, y algo más duro, más antiguo, empezó a asomar debajo—. Yo no me habría cansado nunca de esa niña. No habría necesitado un marido de noche para sentirme sola, porque yo no me siento sola nunca, señoría, esa es la diferencia entre Claudia y yo. Yo sé estar bien conmigo misma. Y ella tenía todo eso, todo lo que yo llevo media vida sin tener, y no sabía ni disfrutarlo. Lo desperdiciaba llorando.

—Señoría, si me permite —intervino el abogado, esta vez con más urgencia, notando el terreno que su clienta estaba cediendo sin darse cuenta—, creo que deberíamos hacer un receso antes de...

—No hace falta ningún receso —lo cortó Irene, sin apartar los ojos de Harper, con una firmeza que sorprendió al propio abogado más que a Harper—. Quiero terminar esto.

Harper asintió, despacio, y dejó que el silencio se instalara un momento, el tiempo justo para que aquella frase de Irene —quiero terminar esto— se quedara flotando entre los dos como lo que realmente era: la primera confirmación, aunque todavía indirecta, de que había algo que terminar.

—Háble me de la envidia, Irene —dijo Harper, cambiando de dirección sin previo aviso, con la calma de quien ha aprendido que a veces la pregunta que de verdad importa llega mejor desde un ángulo que nadie espera—. No de la culpa. No de la ayuda. De la envidia, sin más adornos. Porque llevo semanas leyendo un patrón en todo lo que ha hecho, y ese patrón no tiene forma de compasión. Tiene forma de otra cosa.

Por primera vez, Irene parpadeó.

—No sé de qué me habla, señoría.

—Sí lo sabe. —Harper se inclinó ligeramente hacia delante—. Y lo que más me interesa de usted, mucho más que el cómo lo hizo, es el porqué. Por qué una mujer inteligente, capaz, con una vida entera por delante, decide que la única manera de tener la vida que quiere es robársela, pieza a pieza, a otra persona, en vez de construir la suya propia.

—Porque construir la mía propia nunca fue una opción real, señoría. —La voz de Irene bajó de golpe, perdiendo por completo la dulzura de toda la declaración, dejando ver, debajo, algo más viejo y mucho más amargo—. ¿Sabe lo que es pasarse media vida siendo la que sostiene a los demás sin que nadie se pregunte nunca quién sostiene a la que sostiene? Yo aprendí pronto que a nadie le importa una mujer que no tiene una historia bonita que contar. A Claudia todo el mundo la quería sin que ella hiciera nada por merecerlo. Bastaba con que existiera, con que sonriera cansada, con que tuviera una hija, y el mundo entero se desvivía por ella. Yo he tenido que ganarme cada gramo de cariño que he recibido en mi vida, fabricándolo, calculándolo, sirviéndolo en el momento exacto en que hacía falta. Y aun así, ¿sabe qué? Funcionaba. Funcionaba mejor que la vida real de Claudia, con todo su desorden y su llanto y su cansancio auténtico. Mi versión fabricada de ser buena persona

sostenía mejor una familia entera que la propia Claudia siendo ella misma.

El abogado de oficio había dejado de intentar interrumpir del todo. Harper, sentado al otro lado de la mesa, mantuvo el silencio el tiempo exacto que hacía falta, sin ceder ni un segundo la ventaja que Irene, sin darse cuenta, le acababa de entregar entera.

—Así que decidió que usted se lo merecía más —dijo, al fin, en voz muy baja.

Irene lo miró, y por un instante, solo un instante, la máscara entera se le cayó del todo, dejando ver algo que llevaba seis años escondido detrás de cada sonrisa calibrada, cada gesto perfecto, cada palabra en el momento exacto: un vacío antiguo y frío, del tamaño de una vida entera que nunca había sido suya y que había decidido, mucho antes de aquella noche en el puente, que iba a serlo.

—No lo decidí yo —dijo Irene, y por primera vez su voz sonó completamente distinta a la de siempre: más plana, más cansada, la voz de alguien que ya no tiene ningún motivo para seguir actuando —. Lo decidió ella, señoría. Cada vez que se quejaba de una vida que a mí me habría hecho feliz. Cada vez que lloraba por algo que yo habría dado cualquier cosa por tener. Ella eligió no merecerla. Yo solo estaba ahí, cuidando esa vida, esperando a que alguien se diera cuenta de que la estaba cuidando mejor que la propia dueña.

—¿Y cuándo empezó a pensar que podía quedársela del todo? —preguntó Harper—. No solo cuidarla desde fuera. Ocuparla.

Irene tardó en contestar, con la mirada perdida en algún punto de la mesa, como si estuviera repasando, ella misma, el momento exacto en que una cosa se había convertido en otra sin que ella lo hubiera decidido conscientemente.

—Cuando Vega empezó a buscarme a mí primero. —Lo dijo casi con ternura, una ternura que a Harper le resultó mucho más perturbadora que cualquier frialdad anterior—. Ese fue el momento, señoría, si quiere que le sea sincera. El día en que esa niña estiró los brazos hacia mí en vez de hacia su propia madre, entendí que ya no estaba cuidando una vida ajena. Estaba construyendo la mía. Y no

pensaba dejar que nadie, ni siquiera Claudia, me la arrebatara después de todo lo que me había costado.

—Y cuando Claudia descubrió lo que estaba haciendo, y decidió recuperar esa vida que usted llevaba meses ocupando —dijo Harper, con la voz templada del instructor que ha llegado, por fin, al final de una instrucción que llevaba semanas persiguiendo—, usted la empujó por un puente para no perderla.

Irene no contestó.

No hizo falta.

Se quedó mirando un punto fijo de la mesa, con las manos todavía cruzadas, con la espalda todavía recta, con la máscara ya definitivamente rota en algún punto entre la última frase de Harper y el silencio absoluto que la siguió, y en ese silencio, en esa ausencia total de negación, Harper encontró la última pieza que necesitaba, la que ningún informe técnico ni ninguna grabación oculta le habría podido dar jamás.

La certeza de haber mirado, por fin, a la cara del verdadero enemigo.

El abogado de oficio, pálido, se inclinó hacia su clienta y le susurró algo al oído. Irene no reaccionó. Siguió mirando la mesa, con esa quietud que ya no era control, sino derrota, mientras Harper, sin prisa, empezaba a recoger los folios uno a uno, con la misma disciplina metódica de siempre, ordenándolos de nuevo en la carpeta como quien cierra, por fin, un libro que ha tardado casi dos meses en leerse al completo.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

## Nunca la olvides, pequeña

*Miércoles, 28 de agosto de 2024*
*Juzgado de Instrucción nº 2. Aparcamiento. 15.20 h.*
*Jerez de la Frontera.*

Fidel lo esperaba en el pasillo cuando Harper salió de la sala, con la corbata aflojada y una carpeta bajo el brazo que no tenía nada que ver con la que llevaba semanas amenazando con presentar.

—He registrado la petición hace diez minutos —dijo, sin preámbulo—. Prisión provisional, comunicada, sin fianza, a la espera de juicio. Riesgo de fuga alto, dado que carece de arraigo familiar estable en la provincia, y riesgo de destrucción de pruebas, aunque a estas alturas ya no quede gran cosa que destruir.

—Aceptada —dijo Harper, sin necesitar mirar el papel—. La firmo ahora mismo.

Fidel se quedó un momento mirándolo, con esa expresión suya que no terminaba de decidirse entre el alivio y algo parecido a la disculpa.

—Tenías razón —dijo, al fin—. Desde el principio. Y yo llevaba semanas empujándote hacia la puerta contraria.

—Hacías tu trabajo, Fidel. Con lo que tenías delante, hiciste bien en pedir lo que pediste. —Harper le tendió la mano, y Fidel se la estrechó con más fuerza de la habitual—. La próxima vez que discutamos un plazo, invítame a esa cena que le debo a Parra. Los tres.

—Cuenta con ello.

Harper firmó el auto en su propio despacho, con la misma disciplina de siempre, sin permitirse todavía ningún alivio, y salió del edificio pasadas las tres de la tarde, con el calor de agosto golpeándole de lleno al cruzar la puerta.

Álvaro lo esperaba en el aparcamiento, apoyado contra su coche, con Vega dormida en la sillita del asiento de atrás y las ventanillas bajadas para que corriera un poco de aire. En cuanto vio a Harper, se irguió, nervioso, con esa mezcla de urgencia y respeto de quien lleva horas queriendo hacer una pregunta y no ha encontrado el momento de hacerla.

—Señoría. Perdone que lo aborde así, a la salida, pero necesitaba verlo. Necesitaba... quedarme tranquilo con algo.

—Dime, Álvaro.

—¿Es verdad? Todo lo que dicen que ha pasado esta mañana. Que Irene... —No terminó la frase. No hacía falta.

—Es verdad —dijo Harper, sin suavizarlo ni endurecerlo más de lo necesario—. Se ha dictado prisión provisional sin fianza, a la espera de juicio. La instrucción sigue abierta, pero lo que tenemos ya no admite muchas dudas, Álvaro. Irene entró en su casa de madrugada durante meses. Manipuló objetos, sembró dudas, escribió un guion que todo el mundo, incluido yo al principio, se creyó sin cuestionarlo. Y la noche que Claudia por fin reunió el valor para enfrentarla con la prueba en la mano, Irene la empujó desde ese puente.

Álvaro se llevó las dos manos a la cara, y se quedó así un momento largo, con los hombros temblando en un llanto silencioso que ya no tenía la desesperación rota de las primeras semanas, sino algo más parecido al duelo real, el que llega cuando por fin se sabe qué es exactamente lo que hay que llorar.

—Yo la dejé entrar en mi casa —dijo, con la voz ahogada entre los dedos—. Le di yo mismo la llave, señoría. Se la puse en la mano y le enseñé a usarla. Si yo no hubiera...

—No —lo cortó Harper, con una firmeza que no dejaba resquicio para la duda, la misma que había usado con Fidel apenas media hora antes—. Escúcheme bien, Álvaro, porque esto se lo voy a decir una sola vez y quiero que se le quede grabado: usted no tiene ninguna culpa en esto. Ninguna. Le dio una llave a una mujer que

llevaba seis años demostrándole, con paciencia de cirujano, que merecía toda su confianza. Eso no es un error suyo. Eso es exactamente lo que Irene Salvatierra se pasó seis años construyendo para que usted hiciera precisamente eso. La culpa, toda ella, entera, es de la persona que entró en su casa a manipular a su mujer de madrugada. No de usted, que confió en quien parecía merecerlo.

Álvaro asintió, sin poder hablar todavía, y se secó la cara con el dorso de la mano, mirando hacia el coche, hacia la niña dormida en la sillita, ajena por completo a todo lo que se estaba decidiendo sobre su vida a pocos metros de ella.

—¿Y ahora qué hago, señoría? —preguntó, al fin, con una vulnerabilidad que no había mostrado ni en la peor de sus entrevistas—. ¿Cómo se supone que crío a esa niña con todo esto encima? ¿Cómo le explico, cuando tenga edad de preguntar, quién era su madre, y qué le pasó, y por qué ya no está?

Harper se quedó callado un momento, buscando la respuesta con la misma seriedad con la que buscaba cualquier pieza importante de un expediente.

—No sé cómo se hace eso del todo, Álvaro. No soy padre, y no le voy a mentir fingiendo que tengo ese manual. Pero sí sé una cosa, y se la digo con la misma certeza con la que le he dicho lo de antes: lo mejor que puede hacer por Claudia, ahora que ya no puede hacer nada más por ella, es una sola cosa. Que esa niña sepa, desde que sea capaz de entender una palabra, quién fue su madre. No la versión rota que ha corrido estos dos meses, la de la mujer que no aguantó más. La verdadera. La que instaló dos cámaras a escondidas porque sospechaba que algo iba mal y quiso comprobarlo con sus propios ojos, sin decírselo a nadie, para no asustar a nadie hasta estar segura. La que se pasó semanas reuniendo pruebas en silencio, sola, con un miedo que la mayoría de la gente no habría sabido sostener ni un solo día. La que, la última noche de su vida, condujo ella misma hasta ese puente para mirar a la cara a la persona que la estaba destruyendo, en vez de esconderse o callarse o esperar a que otro lo resolviera por ella.

Se acercó un paso más, bajando la voz, aunque no había nadie más en el aparcamiento que pudiera oírlos.

—Claudia Serrano no fue una víctima que se rindió, Álvaro. Fue una madre que peleó hasta el último minuto de su vida por proteger a esa niña y por protegerse a sí misma, sola, sin que nadie la ayudara a tiempo. Eso es lo que esa niña tiene que saber de ella, cuando llegue el momento. No que su madre desapareció. Que su madre luchó. Y que la lucha de su madre es la razón por la que hoy, esa mujer que la estaba destruyendo, está donde tiene que estar. Si consigue que Vega crezca sabiendo eso, Álvaro, si consigue que nunca, en ningún momento de su vida, olvide quién fue de verdad Claudia Serrano, entonces habrá hecho lo único que de verdad se le puede hacer ya a una madre que ya no está.

—Que no la olvide —repitió Álvaro, en voz muy baja, como quien se aprende una oración nueva.

—Que no la olvide nunca. Ni a ella. Ni lo que hizo por las dos.

Álvaro se quedó mirando hacia el coche un momento más, hacia la niña dormida con los puños cerrados a la altura de las orejas, y algo en su cara, debajo del duelo todavía fresco, empezó a asomar por primera vez con una forma distinta: no alivio del todo, pero sí la posibilidad de que un día, más adelante, pudiera llegar a sentirlo.

—Gracias, señoría —dijo, tendiéndole la mano—. Por todo. Por no rendirse cuando todo el mundo, yo el primero, ya había dejado de buscar.

Harper le estrechó la mano, con firmeza, y ya se disponía a despedirse cuando, desde el asiento de atrás, un pequeño ruido los interrumpió a los dos: Vega, despierta a medias por el calor o por las voces, se removía en la sillita con ese gesto entre dormido y curioso de los bebés que no saben todavía si merece la pena abrir los ojos del todo. Álvaro se acercó a calmarla, pero la niña, al ver a Harper inclinado sobre la ventanilla, estiró hacia él los dos bracitos, con esa confianza absoluta e inmerecida que solo tienen los niños que todavía no han aprendido a desconfiar de nadie.

Harper miró a Álvaro, casi pidiéndole permiso sin palabras, y Álvaro asintió, con una sonrisa cansada.

Se inclinó hacia la sillita y dejó que Vega le cerrara los deditos alrededor de uno de los suyos, y con la otra mano le acarició la cabecita, muy despacio, con un cuidado que no le salía natural con

nadie más excepto con una sola persona en el mundo. Se inclinó un poco más y le besó la frente, y al apartarse, con la voz reducida a un susurro que solo pudo alcanzar a oír la propia niña, le dijo:

—Nunca la olvides, pequeña.

Vega, que no podía entender ni una palabra de lo que acababa de escuchar, sonrió de todos modos, con esa sonrisa sin motivo aparente que solo tienen los bebés, y se dejó caer de nuevo hacia el sueño, todavía con los dedos cerrados alrededor del de Harper, hasta que él mismo, con mucho cuidado, los fue soltando uno a uno.

Harper le estrechó la mano a Álvaro por última vez, y se quedó un momento viéndolo alejarse hacia el coche, abrir la puerta con cuidado de no despertar del todo a la niña, y arrancar despacio hacia una vida que, por fin, aunque le costara todavía mucho tiempo entenderlo del todo, ya no tenía que sostenerse sobre una mentira.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS
## El fugitivo

*Miércoles, 28 de agosto de 2024. 19:30 h.*
*Un pueblo sin más de doscientos habitantes.*
*Provincia de Soria.*

La casa era de piedra vieja, con las contraventanas siempre cerradas aunque fuera de día, en una calle sin salida de un pueblo que llevaba décadas perdiendo gente al mismo ritmo que ganaba silencio. Antonio Palacios llevaba dieciséis meses viviendo allí, bajo un nombre que no era el suyo, en una casa que había comprado en efectivo a través de un intermediario que jamás llegó a verle la cara.

Ya no quedaba nada en él del hombre que una vez presidió una finca entera con el gesto de quien es dueño hasta del aire que respiran los demás. Había adelgazado de una manera que no tenía nada de saludable, con la ropa colgándole de los hombros como de una percha equivocada, la barba crecida sin ningún cuidado, los ojos hundidos en un insomnio que llevaba meses sin dar tregua. Salía lo justo: al pequeño ultramarinos del pueblo, dos veces por semana, a horas en que sabía que no se cruzaría con casi nadie, con la gorra calada y la vista siempre puesta en el suelo.

Aquella tarde, con el sol ya bajo detrás de los pinares, alguien llamó a la puerta.

Antonio se quedó paralizado un segundo entero, con el corazón disparado, antes de acercarse a la ventana y apartar la cortina lo justo para mirar. Un hombre esperaba fuera, solo, con un abrigo oscuro que no encajaba con el calor todavía pegajoso de finales de

agosto, de pie con la misma quietud absoluta con la que esperaría alguien que sabe, con total certeza, que la puerta se va a abrir.

Y en cuanto lo vio, Antonio supo exactamente quién era.

No había cambiado casi nada en veinticuatro años. Los mismos ojos claros, la misma calma imposible, la misma manera de estar de pie que hacía que cualquier espacio a su alrededor se sintiera de pronto más pequeño. Antonio llevaba media vida esperando, en algún rincón oscuro de sí mismo, que aquella figura volviera a aparecer en su puerta, de la misma manera en que había aparecido una noche de hacía veinticuatro años, con un bebé envuelto en una manta y ni una sola pregunta permitida.

Abrió, porque no abrir habría sido, de alguna manera que no supo explicarse, todavía más aterrador.

—Buenas tardes, Antonio.

—Lucian. —El nombre le salió solo, con un hilo de voz que no reconoció como propia—. Han pasado muchos años.

—Los suficientes para que pensaras que no ibas a volver a verme. —Lucian entró sin que nadie lo invitara, con la naturalidad de quien ha entrado en cientos de casas ajenas sin necesitar permiso nunca, y se quedó de pie en mitad del salón desnudo, mirando alrededor con una curiosidad casi clínica, como quien inspecciona una jaula—. Me has hecho llegar, por varios cauces bastante indirectos, la misma petición repetida: que esto se acabe. Que ya no aguantas más esconderte como una rata en un agujero de piedra en medio de la nada.

—Usted me trajo a esa niña —dijo Antonio, con una rabia vieja que llevaba veinticuatro años sin poder soltar delante de nadie—. Usted sabía que eran dos. Yo mismo le pedí que se deshiciera de la otra, que no quería cargar con ningún cabo suelto que pudiera reclamar nada en el futuro. Y usted me aseguró que estaba hecho.

—¿Que me deshiciera de ella? —Lucian sonrió, con una diversión genuina que resultó más ofensiva que cualquier desprecio—. Antonio, por Dios. Yo no tiro nada que todavía pueda serme útil algún día. Le dije que estaba hecho porque era lo que necesitabas oír para dormir tranquilo, no porque fuera a hacerlo. Esa niña nunca fue tuya para decidir sobre ella. Nunca lo fue ninguna de las dos, si

vamos a hilar fino. Tú compraste un heredero, sí. Pero no nos engañemos a estas alturas: lo que tú comprabas aquella noche no era solo una niña. Era la entrada. El acceso. Veinticuatro años de sociedades, de contactos, de negocios que jamás habrías podido ni imaginar desde tu finca de pueblo, todo eso vino con el mismo paquete que aquel bebé envuelto en una manta. El Grupo no regala sitio en la mesa a cualquiera que quiera un hijo, Antonio. Te lo ganaste, o al menos eso creíste durante veinticuatro años, sin preguntarte nunca demasiado qué precio real tenía esa silla que ocupabas, ni qué pasaría el día en que decidiera que ya no te la merecías.

Antonio se quedó callado un momento, con una vergüenza vieja subiéndole por la garganta y una rabia todavía más vieja debajo de la vergüenza, porque acababa de entender, con una claridad que le dolió más que cualquier amenaza, que Lucian nunca había tenido la más mínima intención de cumplir su encargo, y que le había dejado creer durante veinticuatro años que sí, solo para no tener que darle explicaciones.

—Selene mató gente —dijo, al fin, con la voz rota de rabia—. Veintitrés años después de que usted me jurara que se había ocupado de ella, apareció de la nada y empezó a matar a diestro y siniestro, obsesionada con encontrar a su hermana. Y por su culpa, por esa mentira que usted me contó para quitarme un problema de encima sin resolverlo de verdad, yo lo perdí todo. La finca. El apellido. La poca dignidad que me quedaba. Todo, por esa niñata desagradecida a la que le di absolutamente todo y que ni siquiera es sangre de mi sangre.

—Selene hizo exactamente lo que yo necesitaba que hiciera. —Lo dijo sin ningún orgullo especial, con la misma indiferencia con la que se comenta el tiempo—. Y hablando de sus hermanas, ya que has sacado el tema tú mismo: ¿sabes lo que de verdad me interesa de las dos, Antonio? No la que mató. Esa fue fácil. Encontré su rabia, se la nombré, y ella hizo el resto sola, con un entusiasmo casi conmovedor. No hubo mérito en ello. La otra, en cambio, la que tú criaste, la que hoy vive feliz en una casa bonita con un juez que la adora, esa sí que me costó. Años enteros de trabajo, de paciencia,

de un cuidado que jamás gasté con nadie más. Y aun así, ¿sabes qué, Antonio? No lo conseguí. Nunca conseguí que hiciera lo único que de verdad quería que hiciera.

Algo en la voz de Lucian, por primera vez desde que había entrado, se volvió un grado más tenso, casi imperceptible, pero Antonio, que llevaba media vida aprendiendo a distinguir los matices más pequeños en los hombres poderosos, lo notó de todas formas.

—No pudo con ella —dijo Antonio, casi sin querer, con un asomo de algo parecido a la satisfacción que le duró exactamente lo que tardó en ver la cara de Lucian cambiar.

—No es que no *pudiera* —lo corrigió Lucian, con una frialdad nueva, más afilada—. Fue un experimento fallido. Nada más. Cuestión de tiempo, de circunstancias, de una variable que no calculé bien en su momento. No te confundas pensando que esa niña es más fuerte que yo, Antonio, porque no lo es. Simplemente no llegué a terminar el trabajo antes de que las circunstancias cambiaran. Eso es todo.

Pero algo en la manera en que lo dijo, con esa insistencia innecesaria, con esa necesidad de aclararlo dos veces cuando nadie se lo había pedido, le reveló a Antonio, en un segundo de lucidez que llevaba meses sin tener, la única verdad que Lucian jamás admitiría en voz alta sin que se la arrancaran: que aquella niña, la que él había criado sin saber nada de gemelas ni de psicópatas ni de experimentos, era la única persona en veinticuatro años que había conseguido escapar entera de las manos de aquel hombre.

Y que Lucian, por eso mismo, la odiaba como no odiaba a nadie más en el mundo.

—He venido a decirte, con toda la cortesía del mundo, que tienes razón en una cosa —continuó Lucian, recomponiendo la calma con la misma rapidez con la que la había perdido, como quien cierra una puerta que se ha abierto un segundo de más—. Eso es exactamente lo que eres, Antonio. Una rata. Y las ratas, cuando hacen bien su trabajo, viven donde tienen que vivir: en las cloacas, calladas, invisibles, útiles a su manera. El problema es que últimamente te has vuelto una rata ruidosa. Y las ratas ruidosas dejan de ser útiles para convertirse en un problema de plagas.

—Tengo cosas que contar —dijo Antonio, con una bravuconería que le temblaba entera en la voz—. Sobre usted. Sobre lo que me hizo hacer. Sobre todo lo que sé, que es mucho más de lo que se imagina. Si me pasa algo, si a mí o a mi gente...

Lucian se rio, un sonido corto, casi cariñoso, que resultó infinitamente más terrible que cualquier amenaza gritada.

—Antonio, Antonio. —Negó con la cabeza, como quien corrige con paciencia a un niño torpe—. Vamos a hacer un ejercicio juntos, ya que has sacado el tema tú mismo. Vamos a imaginar, solo imaginar, qué pasaría si decidieras hablar. No te va a pasar nada rápido, para empezar. Nada tan sencillo ni tan piadoso como una bala. Vas a tener tiempo de sobra para arrepentirte de cada palabra, uno por uno, mientras alguien, en algún sitio muy tranquilo, muy insonorizado, se toma su tiempo contigo, sin ninguna prisa, exactamente con la misma paciencia con la que yo mismo me he tomado el tiempo de encontrarte hoy en este pueblo perdido de Soria donde creías que nadie te iba a encontrar nunca. Vas a suplicar que pare mucho antes de que decida hacerlo. Y cuando por fin acabe, Antonio, no va a acabar del todo, porque antes te va a hacer ver, con todo detalle, lo que le va a pasar a la gente que te quede, si es que te queda alguien a quien todavía le importes lo suficiente como para servir de amenaza.

Antonio se dejó caer en la silla, con la respiración entrecortada, blanco del todo, incapaz de sostenerle la mirada.

Lucian se levantó, despacio, se abrochó el abrigo con dos gestos precisos, y se detuvo un momento en la puerta, con la mano ya en el pomo, mirando hacia atrás con la misma calma con la que había entrado.

—Quédate callado el resto de tu vida, Antonio —dijo, al fin—. Y espero, por tu bien, que sea una vida corta y aburrida en este pueblo tan tranquilo.

Se marchó sin esperar respuesta, cerrando la puerta con la misma suavidad con la que la había abierto, y Antonio Palacios se quedó solo en el salón desnudo, con el sol terminando de ponerse detrás de los pinares, temblando de una manera que ni siquiera

dieciséis meses de miedo constante le habían enseñado a temblar hasta entonces.

Pero por debajo del miedo, en un rincón que ni él mismo esperaba encontrar todavía con vida dentro de sí, algo se le quedó grabado de aquella visita, algo que no tenía nada que ver con las amenazas: que existía, en algún sitio de este mundo, una mujer que Lucian Fauden no había conseguido romper del todo.

Y que esa mujer, sin saberlo, sin haberlo elegido nunca, era la única prueba de que aquel hombre, con todo su poder y toda su paciencia, no era invencible.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES
## Hogar

*Viernes, 30 de agosto de 2024*
*La Bodega. 19:40 h.*
*El Puerto de Santa María.*

Harper volvió de hacer la compra con las bolsas colgadas de ambos brazos y ese cansancio bueno de los viernes sin nada urgente que resolver. No había visto a Nya desde el desayuno: él había quedado con Alex a media mañana, primero para entrenar en el local de boxeo, después para comer juntos con calma y rematar la tarde con un café tranquilo, sin ningún expediente de por medio, el primero en semanas que no empezaba ni terminaba con un caso abierto sobre la mesa. Dejó las bolsas en la cocina, sin prisa, guardando la fruta y dejando el resto para más tarde, y fue entonces cuando lo oyó.

El piano.

Subió despacio, sin hacer ruido, por la misma escalera por la que había subido aquella otra madrugada de agosto, hacía apenas unos días, cuando descubrió a Nya tocando de oído sin saber que él la escuchaba. Esta vez no se escondió en el umbral. Esta vez, cuando llegó al estudio, se quedó de pie en la puerta abierta, dejando que ella supiera que estaba ahí.

Nya tocaba *Clair de Lune*, la misma pieza de Debussy que había sonado aquella otra noche, con los mismos titubeos cariñosos de quien aprendió de oído y nunca terminó de pulirlo del todo, y sin embargo algo en su manera de tocarla esta vez era distinto: menos

huida, más presente, como si por fin se permitiera ocupar el espacio entero de la música en vez de refugiarse dentro de ella.

Sobre la mesa, junto al piano, estaba la caja.

Harper se quedó un instante desconcertado, sin llegar a decir nada. Nya había quedado esa mañana con Carmen, no mencionó ningún plan que incluyera un banco, y sin embargo ahí estaba, cerrada, en el mismo sitio exacto que si llevara semanas allí, como un objeto que hubiera decidido convivir con ella sin llegar a abrirse del todo. No le había preguntado nada todavía. Se había limitado a mirarla, sorprendido, dejando que fuera ella quien decidiera cuándo explicarle cómo había llegado hasta ahí.

La última nota de Debussy se apagó despacio, dejando ese silencio particular que solo dejan las piezas bien tocadas, y Nya se quedó con las manos todavía sobre las teclas, sin girarse.

—Sabía que estabas ahí —dijo, al fin, con una media sonrisa que Harper no pudo ver pero sí escuchar en la voz—. Ya no necesito fingir que no lo sé.

—Lo sé. —Harper entró despacio, y se sentó en el sofá pequeño, junto a la ventana, sin mencionar todavía la caja, dejándole a ella todo el espacio para decidir cuándo hablar de eso—. ¿Cómo estás? Y, ya que estamos... ¿cuándo has ido tú al banco? Creía que habías quedado con Carmen esta mañana.

—Y quedé con ella. —Nya sonrió, un poco avergonzada, señalando la caja con la barbilla—. No estaba en mis planes recogerla, Aeris, te lo juro. Íbamos de compras, sin más, nada serio. Pero al salir de Área Sur, de repente, sin pensarlo del todo, le dije a Carmen que necesitaba pasar por el banco antes de volver a casa. Ella no preguntó nada, solo me esperó fuera. Fue un impulso. No sé explicarlo mejor que así.

Nya se giró en el taburete, y miró la caja un momento largo antes de continuar.

—No sé si estoy lista —dijo—. Llevo toda la tarde mirándola de reojo, pensando que ahora sí, que ahora la abro, y cada vez la dejo exactamente donde estaba. No sé qué hay ahí dentro, Aeris. Mi tío me avisó de que era solo el principio, no la respuesta completa. Y no

sé si tengo fuerzas para abrir una puerta que solo lleva a otro pasillo más largo.

Harper se quedó callado un momento, dejando que la pregunta implícita de Nya —qué se supone que tengo que hacer con esto— se quedara flotando en el aire sin que él se apresurara a llenarla con ninguna respuesta fácil.

—No sé si vas a estar lista alguna vez del todo —dijo, al fin, con la honestidad que aplicaba a todo lo que de verdad le importaba—. Puede que esa sensación no llegue nunca, Nya. Puede que siempre sea así: un poco de miedo, un poco de ganas, y ninguna certeza de que sea el momento perfecto, porque el momento perfecto seguramente no existe.

—Qué consuelo tan grande.

—No he terminado. —Se levantó, y cruzó el estudio despacio, hasta quedarse de pie a su lado, mirando la misma caja que ella llevaba toda la tarde sin abrir—. Lo único que sé de verdad, lo único que te puedo prometer sin que se me note la mentira, es esto: no importa lo que haya ahí dentro. No importa si es un nombre, o dos, o ninguno. No importa si lo que encuentres te hace más feliz o te rompe un poco más de lo que ya estás. Lo único importante, Nya, es que no lo vas a enfrentar sola. Nunca más. Ni esta caja, ni la siguiente puerta, ni el pasillo entero que Rafael te prometió que había detrás. Estaré aquí para cada una de esas puertas, aunque tarden años en aparecer todas.

Nya lo miró, con los ojos ya brillantes, y por primera vez esa tarde, algo en su cara se aflojó lo suficiente como para parecerse a una decisión.

—¿Y si lo que hay dentro es algo que no puedes arreglar? —preguntó, en voz baja—. ¿Algo que ni tú ni nadie pueda arreglar nunca?

—Entonces no lo arreglaré. —Harper se lo dijo sin ninguna solemnidad, con la misma llaneza con la que decía todo lo que de verdad sentía—. Te sostendré mientras no se pueda arreglar, que es distinto y a veces es lo único que hace falta. No todo tiene solución, Nya. Pero todo, absolutamente todo, se lleva mejor acompañado

que solo. Eso es lo único que sé hacer de verdad, si lo piensas bien. No arreglar. Acompañar.

Nya se levantó del taburete, y se quedó de pie frente a la caja, con Harper a su lado, sin tocarla todavía, mirándola con una mezcla de miedo y de algo parecido, por fin, a la calma.

—Hoy no —dijo, al final, con una sonrisa pequeña y sincera—. Hoy todavía no. Pero pronto, Aeris. Te lo prometo. Y cuando llegue el día, quiero que estés aquí, exactamente donde estás ahora.

—Aquí estaré. —Harper le pasó un brazo por los hombros, y ella se dejó caer contra él con todo el peso que llevaba esa tarde sosteniendo sola—. Hoy, y el día que decidas abrirla, y todos los días de en medio.

Se quedaron así un rato, de pie frente a la mesa, con la caja cerrada entre los dos como una promesa pendiente y no como una amenaza, mientras fuera, sobre El Puerto de Santa María, el sol de agosto empezaba a bajar despacio detrás de las viñas, pintando el estudio entero de ese naranja largo y tranquilo que solo tienen las tardes de viernes que ya no tienen ninguna prisa.

—Es mi último fin de semana de vacaciones —dijo Harper, al cabo de un rato, con la voz ya más ligera, dejando que el peso de la caja se quedara donde tenía que quedarse por esa tarde—. El lunes empieza el año judicial, y con él, septiembre entero de vistas atrasadas. ¿Te apetece que hagamos algo esta noche? ¿Vamos al cine?

Nya lo pensó un segundo, todavía con la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Y si en vez de eso estrenamos por fin el proyector, pero en la terraza? —dijo—. Nos ponemos Netflix, algo tonto, sin subtítulos que leer ni gente alrededor tosiendo. Es mejor plan que ir a un sitio lleno de desconocidos, sobre todo hoy.

Harper sonrió, de esas sonrisas suyas que le salían enteras con muy poca gente.

—Vale. —Le dio un beso corto en la sien—. Ve preparando la terraza y elige algo, lo que sea, que no proteste. Yo bajo a preparar la cena.

—¿Algo ligero?

—Algo ligero. —Se separó de ella, ya con la energía tranquila de quien tiene un plan sencillo y suficiente para el resto de la noche—. Último viernes de vacaciones, Nya. Hay que aprovecharlo bien.

La Bodega, alrededor de los dos, respiraba en paz.

El piano ya no estaba tapado. El saco de boxeo, en el ala vieja, tenía más marcas de uso de las que había tenido nunca. Y en algún cajón de la cocina, sin que ninguno de los dos lo hubiera decidido formalmente, habían empezado a acumularse cosas de Carmen, de Alex, de una familia que ninguno de los dos había pedido pero que los dos habían terminado, de alguna manera, construyendo entre sospechas resueltas y heridas todavía abiertas.

No era la vida que Nya había imaginado nunca tener.

Era, sin embargo, y por primera vez en mucho tiempo, un hogar de verdad.

# EPÍLOGO

# LA SOMBRA QUE AGUARDA

*Viernes, 30 de agosto de 2024. 23:50 h.*
*La Quinta Piel. Sevilla.*

La habitación olía a cuero y a cera derretida, con una única lámpara baja proyectando sombras largas sobre las paredes forradas de terciopelo negro. Lucian llevaba puesta, como siempre, la máscara de cuero que le cubría media cara —la misma que se ponía cada vez que entraba en aquella habitación, la misma que la mujer llevaba años sin haber visto quitarse ni una sola vez, ni al principio ni al final, ni en el momento de mayor entrega—, y fue detrás de esa máscara, con la respiración entrecortándose por fin, donde el control absoluto que sostenía sobre todo lo demás en su vida se rompió durante los pocos segundos que duró el placer, un gemido bajo y ronco escapándosele contra el cuello de ella, el cuerpo entero tensándose y soltándose de golpe, antes de que la calma de siempre volviera a instalarse en él con la misma rapidez con la que se había ido.

El silencio que siguió no fue el silencio del cansancio, sino el de una entrega absoluta que ninguna de las dos personas en aquella sala tenía ninguna prisa por romper.

Lucian se incorporó primero, recomponiéndose con una rapidez que no dejaba ni rastro de lo que acababa de sentir, y observó a la mujer que seguía tendida, todavía temblando, con la devoción absoluta de quien acaba de recibir, una vez más, la prueba de que pertenecía exactamente donde creía pertenecer.

—Te lo has ganado —dijo él, con una ternura calculada que no tenía nada de sincera y todo de eficaz, apartándole un mechón de pelo húmedo de la cara con dos dedos—. Has trabajado muy bien esta semana. Mereces el premio entero, no solo la mitad.

Ella no contestó enseguida, todavía recomponiendo la respiración, con esa mirada de quien encontraría cualquier precio razonable a cambio de que aquel hombre volviera a mirarla así.

Lucian se levantó, se puso la bata negra colgada del respaldo de la silla con la misma parsimonia con la que hacía todo lo demás, y del bolsillo interior sacó un sobre grueso, cerrado, que dejó sobre la mesita de noche sin ninguna ceremonia especial, como quien deja una propina.

—Cincuenta y cinco mil —dijo—. En efectivo, como siempre. Por los servicios de este mes, y por adelantado los del que viene, porque me vas a hacer falta más de lo habitual.

Ella se incorporó, envolviéndose en la sábana, y cogió el sobre con una mezcla de orgullo y de alivio que Lucian conocía de memoria en ella, la misma que conocía en todos los demás: el placer discreto de sentirse indispensable para alguien que, a su vez, la hacía sentir que el resto de su vida gris —el juzgado, los expedientes, la soledad de sus tardes libres— no era más que el disfraz necesario para llegar hasta aquellas noches.

—El expediente de Antonio Palacios se ha movido más de lo que esperábamos —dijo ella, ya con la voz recompuesta del todo, la misma neutralidad funcionarial de siempre, como si no acabara de estar temblando entre aquellas sábanas hacía apenas un minuto—. Se han ordenado intervenciones sobre varias de sus sociedades. No tenía autorización para saber que existían, y sin embargo las conoce ya con bastante detalle.

Lucian se sirvió una copa de algo oscuro de la botella que siempre tenían preparada en aquella habitación, sin prisa, dejando que la información se asentara.

—¿Y Harper? —preguntó, con esa calma que nunca subía de tono —. ¿Cómo se encuentra después de todo esto?

—Cansado. Pero decidido. —Ella se puso una de las camisas de él, sin pedir permiso, un gesto pequeño de posesión que a Lucian le divertía permitirle de vez en cuando—. No parece dispuesto a soltar ese hilo, sea lo que sea lo que crea que va a encontrar al final. Está tirando de las sociedades pantalla con una insistencia que no tenía hace un mes, y no sé decirle todavía si sabe lo que está tocando de

verdad, o si solo cree que está tocando a Antonio Palacios y nada más.

Lucian se quedó callado un momento, dando vueltas a la copa, con una expresión que no era exactamente preocupación, sino algo más parecido al interés genuino de un jugador que ve, por fin, que la partida empieza a ponerse interesante.

—Gracias por la información —dijo, al fin—. Como siempre.

—¿Alguna instrucción?

—Sí. —Lucian se sentó en el borde de la cama, frente a ella, y le sostuvo la barbilla con dos dedos, obligándola a mirarlo, con la misma ternura calculada de antes, ahora ya al servicio directo de lo que necesitaba de ella—. Quiero que sigas informándome de cada paso que dé Aeris Harper. De cada expediente que abra, de cada persona con la que hable, de cada noche que pase fuera de esa casa junto al río. Quiero saberlo todo sobre él antes de decidir qué hacer con él.

—Lo que quieras —dijo ella, sin dudarlo ni un segundo, con una devoción absoluta que no distinguía ya, ni falta que le hacía, entre lo que sentía por aquel hombre y lo que aquel hombre pagaba, en dinero y en atención, por sostener esa misma devoción.

—¿Va a eliminarlo? —añadió ella, casi como quien pide un capricho de más.

La pregunta se quedó flotando un momento en la habitación, y cuando Lucian volvió a hablar, lo hizo con una calma que resultaba, precisamente por su ausencia total de urgencia, mucho más aterradora que cualquier amenaza gritada.

—No. Matarlo sería un desperdicio, y además, demasiado rápido. Un hombre como Harper no se elimina, se destruye. Se le quita, uno a uno, todo lo que ha construido para sentirse a salvo, hasta que no le quede nada a lo que agarrarse. Y entonces, solo entonces, cuando ya no tenga ni un solo sitio donde refugiarse, sabremos si de verdad es tan fuerte como cree que es.

—¿Y ella?

—A ella la voy a matar. —Lucian lo dijo con la misma naturalidad con la que había hablado de todo lo demás esa noche, sin que ni un solo músculo de su cara, debajo de la máscara, delatara la más

mínima duda—. No porque me importe ella en sí misma, aunque en su día me costara más de lo que le costó a nadie más. La voy a matar porque es la única manera de terminar con Harper del todo.

Se quedó un momento callado, dando vueltas a la copa vacía, con la mirada perdida en algún punto de la habitación, como quien repasa mentalmente un plan que lleva ya mucho tiempo perfeccionado.

—A un hombre como Aeris Harper no se le destruye tocándole lo de fuera —continuó—. Podría quemarle la casa entera junto al Guadalete y él la reconstruiría en un año, con la misma terquedad con la que reconstruye todo lo demás. Podría arruinarlo, hundir cada empresa que llevara su apellido, y él seguiría teniendo lo único que de verdad necesita para sentirse entero. Harper Holdings, su padre, su fortuna, nunca le han importado una mierda, y ninguna de esas cosas le importa lo bastante como para que perderlas lo rompa de verdad; de hecho, creo que hasta lo aliviaría, en el fondo, perder ese apellido del todo. Un hombre como él no se destruye desde fuera. Se destruye encontrando la única grieta que tiene por dentro, y hundiendo el dedo ahí, despacio, hasta que el resto del edificio se viene abajo solo.

—¿Y esa grieta es ella?

—Esa grieta es ella. —Lucian lo dijo sin ninguna duda, con la certeza absoluta de quien lleva meses observando, con paciencia de cirujano, exactamente dónde presionar—. Aeris Harper puede sobrevivir a perder un caso, a perder una discusión, incluso a perder una pelea conmigo. Lo que no va a sobrevivir, lo que no le va a dejar levantar cabeza nunca más en lo que le quede de vida, es perderla a ella. Así que la voy a matar, y lo voy a hacer de tal manera que él lo vea, o que llegue lo bastante pronto para saber que podría haberlo evitado y no pudo. Quiero que sea lo último que le quede antes de que yo termine con él del todo: no un juez roto por un caso difícil, sino un hombre vacío que se pasará el resto de su vida preguntándose qué habría podido hacer distinto.

Se levantó, se sirvió el resto de la copa de un trago, y se quedó de pie junto a la ventana con las cortinas echadas, mirando hacia ninguna parte, mientras la mujer, detrás de él, con el sobre ya

guardado entre su ropa y la devoción todavía intacta en los ojos, esperaba la siguiente orden con la misma paciencia con la que llevaba años esperándolas todas.

—Puedes irte —le dijo, sin volverse—. Ya sabes cómo salir.

Ella se vistió en silencio, sin preguntar nada más, y salió de la habitación con el mismo sigilo devoto con el que había entrado, dejando a Lucian a solas junto a la ventana, con la copa vacía todavía en la mano.

Solo entonces, cuando la puerta terminó de cerrarse del todo, sacó un segundo teléfono, distinto al primero, y marcó un número que solo usaba para una clase muy concreta de encargos.

—Soy yo —dijo, cuando descolgaron—. Quiero que estéis atentos a partir de ahora. En cuanto tengáis una oportunidad clara, una sola, sin margen de error, quiero que la traigáis. Viva. Estefanía Palacios. Viva y entera, ¿me habéis entendido? No quiero un cuerpo. Quiero a la niña, tal y como Antonio Palacios la recibió hace veinticuatro años, entregada en mis manos otra vez.

Colgó sin esperar respuesta, y se quedó un momento más junto a la ventana, con la máscara todavía puesta, mirando hacia una ciudad que dormía sin saber nada de lo que se acababa de decidir esa noche entre sus calles.

Fuera, en la calle vacía de Sevilla a esas horas de un viernes de finales de agosto, la noche se extendía tranquila sobre la ciudad, ajena por completo a la sombra que, en algún lugar no muy lejano, acababa de empezar a moverse.

# AGRADECIMIENTOS

A A. Bueno, mi terapeuta y salvador.

Vuelvo a escribir tu nombre al principio de un libro, y vuelvo a quedarme sin letras suficientes. La primera vez me enseñaste a reconstruirme desde las ruinas. Esta segunda vez me has enseñado algo todavía más difícil: a sostenerme de pie mientras seguía construyendo, sin desmoronarme en el intento. Este libro nació en un tramo más oscuro que el anterior, y tú volviste a estar ahí, con la misma paciencia infinita, recordándome que la sombra no borra el núcleo, que se puede escribir sobre el dolor sin que el dolor se quede con la pluma. Gracias por sostenerme también esta vez. Sin ti, esta historia se habría quedado a medio camino, como tantas cosas que sin ti nunca habría terminado de sanar.

A John. Mi hermano. Mi faro emocional.

Otra vez tú, petardo. Porque no hay libro mío que no lleve tu huella dactilar en cada página, aunque nadie más la vea. Has vuelto a estar en la oscuridad de este segundo tramo, con la misma paciencia de siempre, sin exigirme nada, sin irte nunca, sosteniendo el peso de mis madrugadas mientras yo sostenía el de Harper. Hay libros que se escriben solos y libros que se escriben acompañados. Este ha sido, otra vez, de los segundos, y tú has sido, otra vez, el motivo. Te quiero muchísimo, y cada vez más.

A mis compañeros de profesión —jueces, psiquiatras y demás profesionales— que me habéis vuelto a prestar vuestros conocimientos:

Esta vez tocaba manipulación, gaslighting, el patrón exacto de cómo se desmonta a una persona por dentro sin levantar jamás la voz. Gracias por explicarme, con la misma pasión de siempre, los

pliegues de una mente capaz de hacer daño sonriendo. Este libro es más firme gracias a vosotros.

A mis compañeros de Faro de Tinta.

Seguís aquí, apostando por mí incluso en los días en que soy yo quien más duda de mí misma. Habéis vuelto a convertir cada desvelo mío en un proyecto compartido, cada locura en una posibilidad. Gracias por seguir haciendo de Faro de Tinta un hogar, y no solo un sello. Os quiero muchísimo, otra vez, y cada vez más.

A mi familia, que sigue ahí, incondicional.

Mis padres y mi marido, Iker, que han vuelto a sostener mi mundo mientras yo construía otro, de tinta y de sombra, sobre la mesa de la cocina. Gracias por la mirada cómplice de siempre, la de «todo va a salir bien», incluso cuando esta historia se puso más difícil que la anterior.

A mi sirenita, mi niña rubia de ojos azules.

Cada «te quiero, mamá» tuyo, aunque sea a tu manera, ha vuelto a ser el faro que necesitaba para no perderme del todo en la oscuridad de Irene, de Lucian, de todo lo que hay debajo. Escribo sobre madres que se rompen para poder recordar, cada noche, por qué merece la pena ser la que no se rompe. Gracias por existir, mi vida entera.

A la música que ha sostenido este libro.

A Sam Tinnesz, que volvió a acompañarme en el teclado como ya lo hizo la primera vez. Y a una canción muy concreta, que se convirtió en el latido de toda la segunda mitad de esta novela, sonando en bucle noche tras noche mientras Harper y Nya reconstruían lo que nadie más quería mirar. Esa canción sabe quién es. Yo también.

Y en especial… a Aeris Harper.

Volviste. Más oscuro, más cansado, más entero. Esta vez no solo tuviste que salvarte a ti mismo: tuviste que aprender a proteger a alguien más, y en enseñarte eso, sin darme cuenta, volviste a

enseñármelo a mí. Gracias por seguir existiendo entre estas páginas. Porque mientras tú sigues luchando, yo sigo viva.

Y, por supuesto, a todos los lectores.

A ti, que has vuelto a abrir la puerta de esta oscuridad, sabiendo ya lo que te espera dentro. Gracias por la confianza de una segunda vuelta. Sin ti, esto seguiría siendo solo tinta.

**A los narcisistas.**

Gracias por darme carne para esta novela, y no me alargo porque sería daros la atención que os gusta, y que tan poco merecéis. Mucho es que habéis tenido una novela entera. Next.

**A mis Bettas de la Corte: Ascen, Laia Alpe, Kali, Lourdes, Amparo, Lorena, Yolanda y Lara.**

Sin vosotras nunca me sentiría segura a la hora de crear, porque sentiría que estoy en arenas movedizas. Sois el suelo firme debajo de cada locura que se me ocurre, la corte que nunca juzga y siempre sostiene. Gracias por ser mi terreno seguro.

**A mi querida Saioa Bonvoyage.**

Porque cuando apareciste en mis cafés de Instagram, jamás imaginé que iba a ser una hermosa casualidad, y que iba a encontrar un reflejo del alma en ti. Y además, por ser una lectora cero que siente mis historias hasta lo más profundo, como si las viviera desde dentro y no solo las leyera. Un beso enorme, preciosa. Asko maite zaitut.

En definitiva, gracias a todos los que habéis vuelto a ser parte de esta travesía. Habéis vuelto a convertir mi sueño en realidad, y me habéis recordado, otra vez, que aunque la vida pueda parecer a veces una novela negra, siempre existe un final abierto, un pequeño rayo de luz, y un día más para volver a escribir.



# ACERCA DE LA AUTORA

**María Mateos** nació en El Puerto de Santa María en 1989, y desde entonces ha aprendido a habitar dos oficios que no deberían tener nada en común y que, sin embargo, se alimentan el uno del otro. Es abogada ejerciente, fundadora de Mateos Selma Abogados, y Directora Editorial y Maquetadora de Faro de Tinta Servicios Editoriales. De lunes a viernes vive entre expedientes, vistas y la frialdad exacta del procedimiento. Pero hay una grieta en esa vida ordenada, la única que respira de verdad, y es la palabra escrita: el momento en que deja de ser herramienta de trabajo y se convierte en herida abierta, en confesión, en arma.

Firma con su propio nombre la novela negra y el thriller, géneros donde no le interesa la realidad maquillada, sino la realidad enseñando los dientes: **«Los Crímenes de Erebos Nyght»** (mayo de 2025) y **«Sepulcros de Cristal»** (diciembre de 2025). Bajo el seudónimo de Lyra Blackthorn, en cambio, se permite la parte más íntima y visceral de su voz: la poesía como exorcismo, y la fantasía como el único territorio donde la oscuridad no necesita

disimularse, solo nombrarse. Entre el rigor de la ley y la libertad absoluta de la ficción ha encontrado su equilibrio particular, el mismo que se construye cuando una persona aprende a convivir con lo que no se ve pero pesa igual, o más.

De ahí nació su serie de cantos a la sombra, una manera de escribir que no busca la evasión, sino la supervivencia. El primero, **«No eras mi final»** (noviembre de 2025), es su particular descenso a los infiernos en mitad de un episodio de depresión: sin filtros, sin maquillaje, un homenaje crudo a la salud mental escrito desde el lugar exacto donde la propia mente se convierte en enemigo silencioso. El 21 de marzo de 2026 llegó el Segundo Canto a la Oscuridad, **«No eras mi estigma»**, dedicado a quienes conviven con la fibromialgia y la fatiga crónica: cuerpos que duelen sin pruebas que enseñar, cansancios que nadie aplaude, batallas libradas detrás de una sonrisa para que el mundo no se incomode. En mayo de 2026 debutó como Lyra Blackthorn en el género fantástico con **Crónicas de la Corte: La Guardia Arcana**, una mezcla propia de *noir*, fantasía y humor que solo podía salir de alguien acostumbrada a moverse entre géneros sin pedir permiso a ninguno.

Dos días por semana, en su cuenta de Instagram, dirige **«Un Café con María»**, un espacio de

coloquios y entrevistas con otros autores, pensado como una conversación entre iguales más que como una promoción. Porque María defiende, con la misma contundencia con la que defiende cualquier causa en un juzgado, la autopublicación y el respeto que merece como modelo legítimo de contar historias, exactamente igual que cualquier otro. Lo defiende con sangre en los dedos y el cuchillo entre los dientes. Una loba de tinta que no pide permiso para ocupar su sitio, y que defiende lo suyo con uñas y con dientes.

Para María, escribir nunca ha sido solo vocación. Es resistencia, y es belleza, pero de la que no pide perdón por ser oscura. Es el espacio donde explorar los claroscuros del ser humano, las trampas silenciosas de la mente, y la capacidad de la fantasía para sostener —no decorar— a quien la necesita, ofreciendo formas nuevas de mirar el mundo cuando la realidad aprieta demasiado fuerte. Porque, al final, escribir es también eso: ponerle nombre a lo que duele, para que deje de devorarte en silencio.

Faro de Tinta

# Títulos de la autora










María Mateos

Faro de Tinta

# Otros títulos de la autora







# Próximamente


Faro de Tinta
Faro de Tinta